

FEBRERO/MARZO

Universidad de México

DIFESA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

469/470

♦ Sergio

Fernández:

A Josefina Vicens

Nuevas ideas
para una vieja

Tierra

♦ Cinna Lomnitz

♦ Ismael Herrera-Revilla

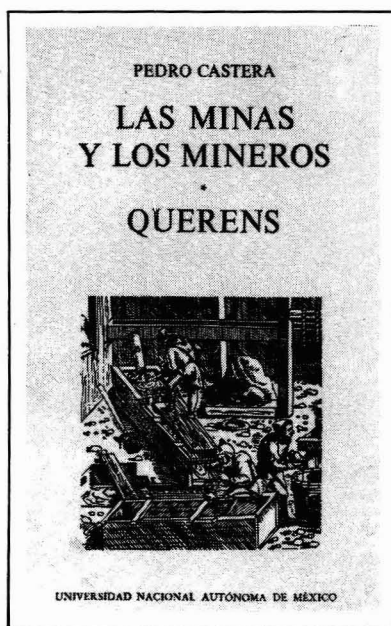
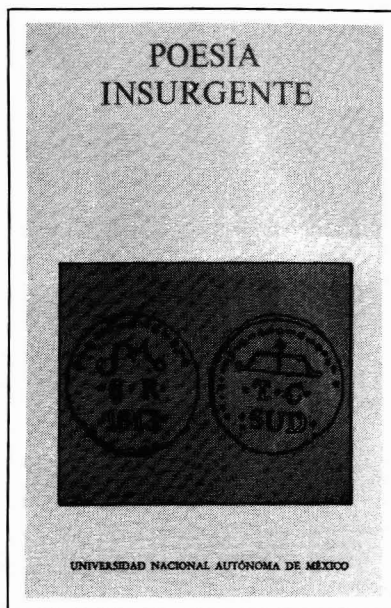
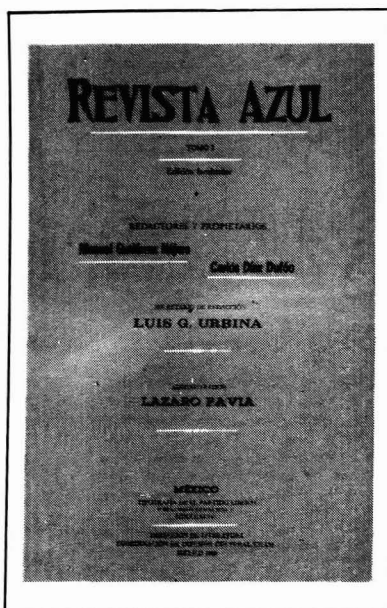
♦ Servando de la Cruz Reyna

♦ Gerardo Suárez

♦ Adolfo Orozco Torres

♦ Ramiro Rodríguez Castillo

*Adquiera libros universitarios:
la mejor lectura por el mejor precio*



Universidad de México

Director: Fernando Curiel *Editor en Humanidades:* León Olivé *Editor en Ciencias:* Miguel José Yacamán

Consejo Editorial: José Luis Ceceña, Beatriz de la Fuente, Margo Glantz, Ruy Pérez Tamayo, Sergio Pitó, Arcadio Poveda, Luis Villoro

Secretario de Redacción: Vicente Quirarte *Producción:* Héctor Orestes Aguilar *Corrección:* Adriana Pacheco *Promoción:* Martha Huízar
Administración: Humberto Rodríguez *Relaciones Públicas:* Silvia Ruiz-Vázquez *Asistente Editorial:* Natalia Henríquez Lombardo

Diseño: Bernardo Recamier / *Fotografía de portada:* Jorge Pablo de Aguinaco,

Coordinación de Humanidades

Oficinas: Edificio anexo de la antigua Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Primer piso. Ciudad Universitaria. Apartado Postal 70288. C. P. 04510 México. D. F.
Tel. 550-5559 y 548-4352. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC. Núm. 061 1286. Características 22 866 11212

Fotocomposición y formación: Magnetipo, S. A. Impresión: Imprenta Madero, S. A. de C. V. Avena 102 Col. Granjas Esmeralda C. P. 09810

Precio del ejemplar: \$ 4 000.00. Suscripción anual: \$ 40 000.00 (U. S. \$ 80.00 en el extranjero). Periodicidad mensual. Tiraje de seis mil ejemplares
Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto.

1990
FEBRERO/MARZO

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

469/470

Volumen XLV, número 469-470, febrero-marzo 1990



- | | | |
|--|----|--|
| | 3 | <i>Presentación</i> |
| Marco Antonio Campos | 4 | <i>Árboles</i> |
| Adolfo Orozco Torres | 7 | <i>El magnetismo terrestre. ¿Nuevos conceptos para una vieja realidad?</i> |
| Cinna Lomnitz | 11 | <i>Predicción de sismos: una ojeada al futuro</i> |
| Gerardo Suárez | 20 | <i>La revolución de Wegener: nuevas ideas para una vieja Tierra</i> |
| Ismael Herrera-Revilla y Ramiro Rodríguez Castillo | 23 | <i>Agua subterránea: recurso y desafío</i> |
| Servando de la Cruz Reyna | 27 | <i>De volcanes y erupciones</i> |
| Pável Grushkó | 33 | <i>Poemas</i> |
| Hernán Lavín Cerda | 34 | <i>Onésimo es distinto</i> |
| Angelina Martín del Campo | 39 | <i>Diderot y la Historia filosófica de las dos Indias</i> |
| Panayotis Nikiteas | 45 | <i>Poema</i> |
| Arturo Pascual Soto | 46 | <i>El Tajín. La evolución de una antigua ciudad mesoamericana</i> |
| Alberto Dallal | 50 | <i>Cuestión de vocaciones</i> |
| Elvira Fernández | 57 | <i>El color es un personaje</i> |
| Sergio Fernández | 61 | <i>Peque</i> |
| Ernesto de la Torre Villar | 64 | <i>Defensa y elogio de la cultura mexicana. Breves apuntamientos</i> |
| Christopher Domínguez Michael | 73 | <i>La ciudad tan oscura</i> |

Miscelánea

- | | | |
|-------------------|----|---|
| Jorge Ruiz Dueñas | 78 | <i>Edmundo Valadés: 50 años de El cuento y 75 años del narrador</i> |
| Noé Jitrik | 80 | <i>La escritura como salida</i> |

Libros

- | | | |
|---------------------|----|---|
| Francisco Cervantes | 82 | <i>Un bien orientado "Norte de aguas"</i> |
| Antonio Marquet | 83 | <i>La pasión según Roffiel</i> |
| Dionisia Urtubede | 84 | <i>Relación de la danza mexicana</i> |





Presentación

La denominación que los hombres hemos dado al tercer planeta de nuestro sistema solar es sinónimo de arraigo, estabilidad y morada nutricia: la Tierra. Su participación en el gran concierto del Universo comenzó hace 4,600 millones de años. Frente a ese lapso difícilmente concebible por nuestros parámetros, la aventura humana parece insignificante. Sin embargo, una de las mayores virtudes de los hombres ha consistido en preguntarse acerca del origen y la evolución del lugar que compartimos durante un breve lapso con creaturas de todas las especies.

La sabiduría del *Eclesiastés* ya contemplaba la permanencia de la Tierra, frente al paso fugitivo de las generaciones. No obstante, nuestro tiempo parece empeñarse en alterar ese concepto de eternidad que las antiguas culturas atribuyeron a sus ciudades, y a esa gran ciudad que es el planeta. Próximos al final de la centuria, nunca como ahora la Tierra se ha visto tan amenazada por su propia dinámica interna, y debido a la propia ceguera de sus pobladores más inteligentes pero al mismo tiempo más soberbios.

La sección monográfica del presente número de *Universidad de México* está destinada al estudio de la vieja Tierra, a la luz de las investigaciones científicas más recientes, hechas por especialistas de nuestra Máxima Casa de Estudios. Contemporáneo de las catástrofes nucleares que evidenciaron la capacidad del hombre para devastar nuestro común hogar, el poeta José Gorostiza concluyó su obra central preguntándose, frente a la contemplación de una estrella, si su luz no llegaría hasta nosotros una vez consumada su catástrofe. Los adelantos científicos nos han permitido mirar en fotografías la hermosura insuperable de nuestro planeta. Miremos hacia su interior, y que el conocimiento de sus prodigios y potencias nos enseñe a preservarlo y defenderlo. ◇

Agradecemos al doctor Juan Ramón de la Fuente y al doctor Gerardo Suárez su colaboración para elaborar el presente número.

Marco Antonio Campos

Árboles

Para Vida y Luis Chumacero

Somos sombras del tiempo y al pensar en nosotros y los otros –ayer, hoy– somos sombras en movimiento.

*

El espacio es real pero nosotros estamos hechos de tiempo. El espacio se transforma y nosotros somos sombras o fantasmas en el espacio. Desaparecemos y el espacio sigue transformándose.

*

La juventud es el don más grande que se da bajo el Sol. Y se sabe esto pero se olvida trabajando ciegamente para ser *alguien*. Y cuando se llega a la madurez, cuando aparecen las primeras canas o vemos las muchachas ligeras y espléndidas que lentamente van diciendo adiós, el mundo se ve con la calma cruel de la experiencia. Comprendemos que el mayor don que puede darse bajo el Sol es la juventud, pero que ésta la perdimos absurdamente, que no fuimos capaces de saber vivirla ni comprenderla, pero que tampoco teníamos las armas necesarias para saber vivirla y comprenderla.

*

Cuando niños somos *todos* los niños. Cuando adultos somos *un* adulto, pero sin fantasías ni sueños.

*

El presente nos niega al disolverse.

*

Quizá la historia del mundo se resuma *in extremis* en un hecho inexplicable y absoluto: el silencio de Dios.

La búsqueda hace la experiencia y la experiencia nos presenta y define. Sin la experiencia no se comprende la vida ni Dios. La experiencia da sentido al hombre y hace su camino a Dios.

*

Dios arde en nuestra conciencia culpable.

*

Un hombre que ha conocido la felicidad en la Tierra, ¿de qué puede ser salvado? ¿O para qué se le salva?

*

Quizá en el fondo Dios sólo quiere que lo dejemos en paz. ¿Por qué no, reconciliados, lo dejamos en paz? Él es lo que Es, y nosotros lo que llegamos a ser.

*

Las personas a las que quisimos y mueren van dejándonos más solos en la Tierra y deshabitándonos interiormente. Ese *algo* de ese *alguien* no podremos ya reponerlo. Es como irnos muriendo lentamente.

*

Y si me voy, y si no vuelvo, ¿los pájaros del bosque dejarán de cantar?

*

Al morir somos lo que dejamos de ser en la vida. La muerte nos toma en ese todo.

*

En ciertos tiempos de mi vida *el ser* consistió en *el hacer*. Mal o bien pero *hacer*. Era más importante la acción que las profundidades de uno mismo, o si se quiere, las profundidades de uno mismo eran un elemento más para *hacerse* uno mismo. En ciertos momentos creí que el hacer era un elemento del ser. Mal o bien pero tratar de saber quién es uno. Era más importante la interrogación que la acción, o si se quiere, todo hecho contribuye para que, interrogado, nos preguntemos quiénes somos, qué hacemos aquí, cuál es nuestro destino.

*

El gusto por la añoranza sirve para la literatura, pero niega la vida. Hay que afirmar la vida, aun si te vas mañana.

Las apariencias y las verdades a medias nos van haciendo o deshaciendo más que la verdad. Hay quienes se ponen tantas máscaras que pierden la verdadera cara, o a lo mejor, la cara que tienen son todas las máscaras que se pusieron en el tiempo.

*

La luz en la sombra nos deshace y la sombra en la luz nos deshace. Hay que buscar la luz en la luz. La luz de la luz.

*

Lo que suele ser frívolo en una mujer de mundo, es vulgar y aun escandaloso en una mujer del pueblo.

*

Una muchacha hermosa entristece una casa pobre, porque ni una ni otra se corresponden.

*

El doctor Johnson, citado por Boswell, veía la amistad como el vino de la vida, y por tanto, como una bodega bien provista que debía renovarse de continuo. Lo que no aclaró es que los vinos tienen distintas calidades.

*

La línea de luz que baja desde el cielo después de días de lluvia y niebla. LA LUZ.

*

Cuando se van los pájaros las hojas de los árboles sólo hablan de ellos.

*

No es la flor la que aroma: es el susurro y el zumbido de las abejas que chuparon de ella.

*

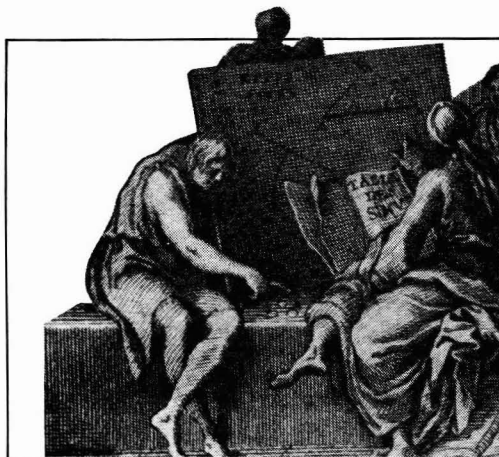
Toda belleza o verdad son melancólicas.
Toda belleza ó verdad son melancólicas, aunque se llenen de luz.

*

La naturaleza, el arte, los instantes éticos y las mujeres hermosas son los únicos paraísos de un mundo condenado. ◇

El Magnetismo Terrestre

¿Nuevos conceptos
para una vieja realidad?



Predecir el futuro siempre ha sido una tarea por demás azarosa, más aún en el campo científico, en donde es frecuente que el avance sea a saltos, y no en forma paulatina. Los ejemplos de avances “cuánticos” en diversas áreas de la ciencia pueden multiplicarse, basta citar, por mencionar sólo unos ejemplos: la relatividad, la mecánica cuántica y los agujeros negros.

Sin embargo, existen áreas de la ciencia que por su naturaleza no parecen proclives a descubrimientos espectaculares. Una de estas áreas es la del geomagnetismo, esto es, el estudio del campo magnético terrestre. Para el común de la gente, el magnetismo de la Tierra está simplemente asociado con el uso de una brújula, y esto, sólo para saber dónde queda el Norte. Para muchos científicos el campo magnético de la Tierra es uno de esos temas arcaicos, útiles para la navegación, y casi una simple curiosidad de laboratorio de física en secundaria y preparatoria.

En este contexto, se puede uno plantear legítimamente la pregunta de si ha habido algo notable en este campo en el siglo XX, o si se prevee para el siglo XXI algún descubrimiento o la solución de algunos de los problemas básicos asociados con el campo magnético de nuestro planeta.

I. EL PARTEAGUAS DEL SIGLO XX

La magnetósfera

Describir en unas cuantas líneas lo que fue el siglo XX para el geomagnetismo no es tarea fácil. De la imagen “clásica” del

campo terrestre, semejante a un gran imán colocado en el centro de la Tierra, a la imagen presente, hay una diferencia sustancial. Sin lugar a dudas, el descubrimiento más importante fue el de la magnetósfera o cavidad magnética en la cual se encuentra colocada la Tierra. Esta cavidad se forma en el espacio como resultado de la acción del campo magnético terrestre que no permite que las partículas cargadas (protones y electrones principalmente) emitidas continuamente por la atmósfera superior del Sol lleguen directamente a la atmósfera terrestre.

El campo magnético actúa pues como un “escudo magnético”, desviando este flujo hacia los lados y evitando que calienten nuestra atmósfera. Un resultado de esta interacción es que por el lado de atrás (en dirección opuesta al Sol) esta cavidad se extiende formando lo que se ha denominado la “cola magnetosférica”. La longitud de esta “cola” aún no ha podido ser determinada pero se sabe que se extiende hasta distancias mayores a un millón de kilómetros. Estos descubrimientos, que se iniciaron en 1960 con los primeros satélites artificiales, mostraron que nuestro planeta se encuentra en el interior de una cavidad magnética que tiene la forma de un cometa con la Tierra como una pequeña esfera en la parte delantera.

El segundo descubrimiento en importancia (aunque primero en el tiempo) fue el de los anillos de Van Allen. Estos “anillos” constituyen una zona del espacio que rodea a la Tierra como dos inmensas donas, una dentro de la otra. En el interior de estas donas o anillos se mueven a altas velocidades gran cantidad de partículas eléctricas que están “atrapadas” por el campo magnético. A pesar de su elevada velocidad, el

campo magnético las obliga a girar y girar alrededor del propio campo y alrededor de la Tierra, en trayectorias que no les permiten liberarse de esta fuerza magnética. Si bien el número total de partículas es pequeño comparado con la densidad del aire, por ejemplo, sus altas velocidades las hacen potencialmente peligrosas, por lo que los viajes tripulados y las misiones orbitales se calculan cuidadosamente para evitar el peligro de cruzar estas regiones.

Existen muchos otros aspectos interesantes de la magnetósfera que por espacio no podemos tratar, pero creo que estos dos reflejan claramente hasta qué punto cambió nuestra imagen del campo geomagnético.

Los polos viajeros

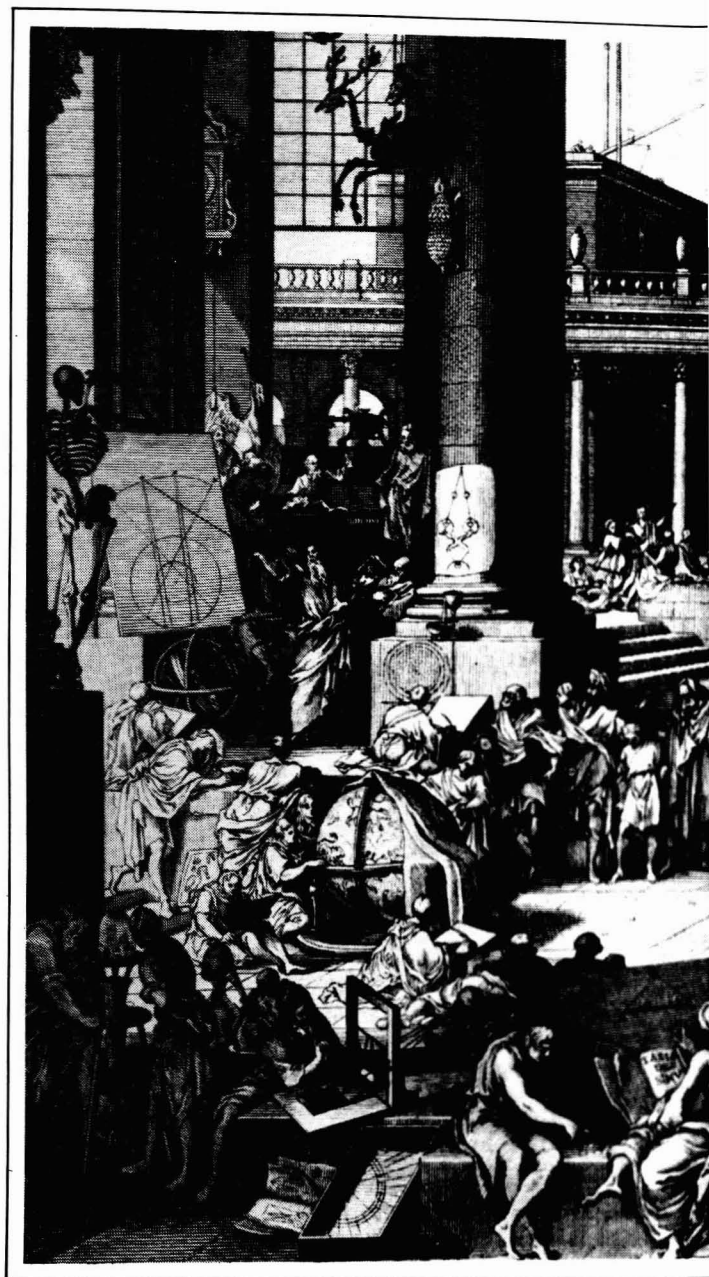
Otro aspecto revolucionario del geomagnetismo, el cual ya se conocía en siglos pasados, fue el de la "variación secular", esto es, el cambio a largo plazo en el campo magnético terrestre de origen interno. Consultando los registros que se tienen desde el siglo XVI en Inglaterra, se sabía que la dirección en que apunta la brújula ha ido cambiando paulatinamente en el transcurso del tiempo. No existía sin embargo una idea de qué tan grande, largo o profundo podía ser este cambio. En el transcurso de este siglo, se han establecido varias conclusiones sobre el tema. Una de las manifestaciones más espectaculares de esta variación, es el desplazamiento de los polos magnéticos.

Ya los exploradores polares a principios de este siglo habían descubierto que de un día a otro la posición del polo magnético cambiaba. Estos cambios eran a veces de varios kilómetros, y se producían como resultado de lo que se conoce como "perturbaciones del campo magnético". Sin embargo, existe un cambio gradual que provoca que estos polos magnéticos se vayan desplazando alrededor del polo geográfico siguiendo una lenta trayectoria irregular.

En el curso del presente siglo, este desplazamiento ha sido de varios grados en lentitud y longitud, obligando a que las cartas magnéticas se deban recalcular periódicamente. El estudio detallado de esta variación ha mostrado que la parte más importante del campo magnético ha venido disminuyendo consistentemente desde que se inició dicho estudio. Este fenómeno no ha sido aún bien definido pero no cabe duda que, junto con el mecanismo físico que da origen a este campo, se trata de dos de los interrogantes más importantes en este campo.

Inversiones del campo magnético

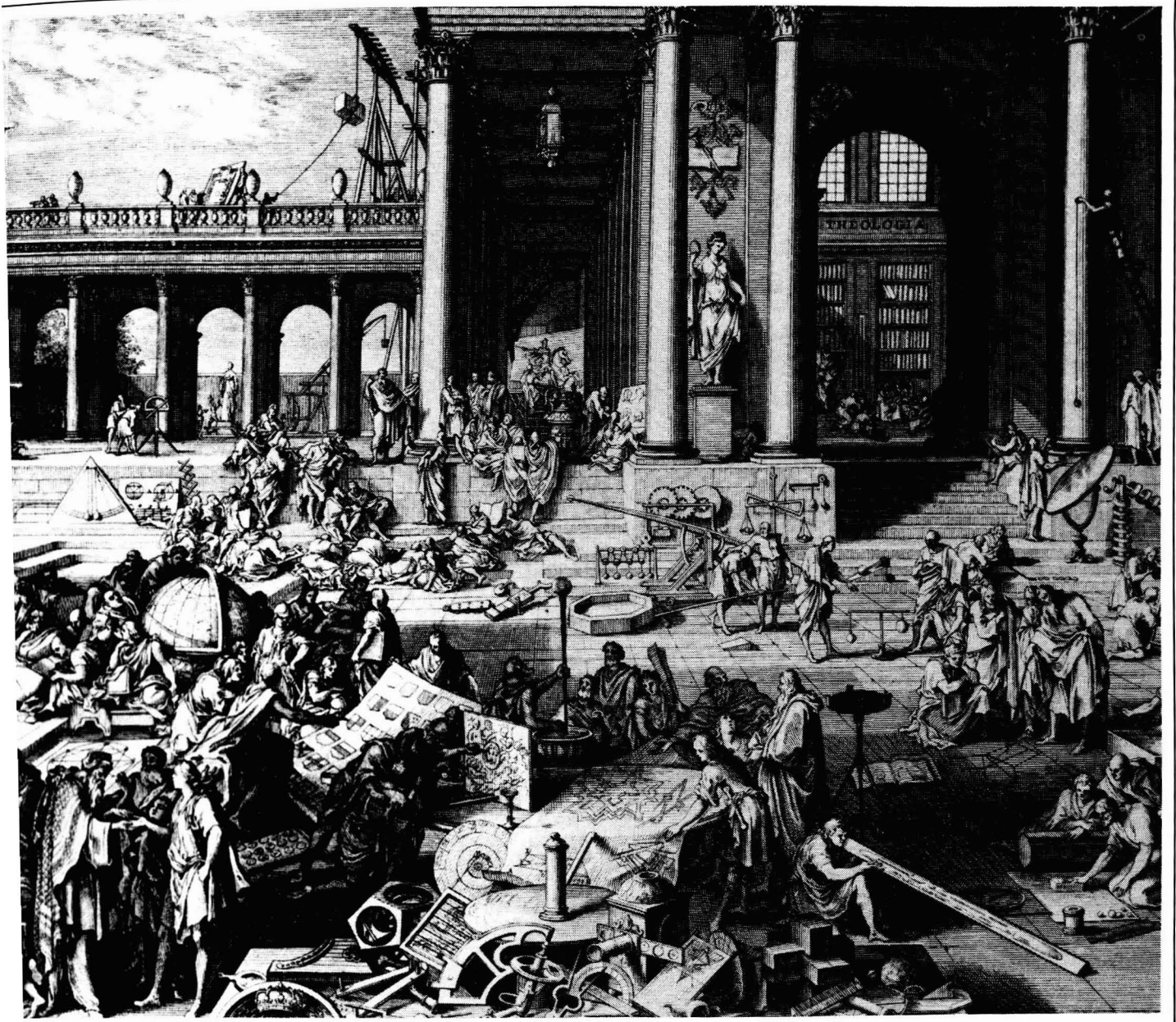
Finalmente, en esta revisión a vuelo de pájaro de los hitos del geomagnetismo en el siglo XX, debemos mencionar el paleomagnetismo o estudio del campo magnético en eras geológicas anteriores. El descubrimiento de que cierto tipo de rocas y minerales tienen la habilidad de "congelar" el campo magnético en el momento de su formación abrió todo un mundo de posibilidades para el estudio de la evolución a largo plazo de este fenómeno. En los años cincuenta un conjunto de estudios en el fondo del Océano Atlántico a los lados de la cordi-



llera centro-oceánica mostró, sin lugar a dudas, que los polos magnéticos de la Tierra habían invertido su polaridad en varias ocasiones en el pasado. Estudios posteriores en diversas parte de la Tierra han corroborado el hecho de que en el hemisferio norte han existido sucesivamente polos magnéticos positivos y negativos coincidiendo con algunos otros fenómenos. La relación de estas inversiones del campo magnético con otros fenómenos como las glaciaciones, extinciones masivas etcétera, es un campo que se encuentra apenas en sus inicios.

II. HACIA EL SIGLO XXI

¿Qué podríamos decir a grandes rasgos de lo que nos depara el próximo siglo en este campo? A mi juicio son tres grandes áreas: a) la variación secular, b) el biomagnetismo, c) recursos naturales. Desde luego que esta enumeración tiene todos los defectos de una predicción. Existen desarrollos teóricos para explicar la generación y mantenimiento del campo magnético



que podrían resultar espectaculares. El estudio del campo en el espacio vecino a la Tierra y su modulación por la actividad solar puede también dar grandes sorpresas. Igualmente el estudio del magnetismo en otros cuerpos del sistema solar arrojará luces para entender el de nuestro planeta y en fin, hay muchos trabajos particulares que no sabemos en qué momento pueden abrir campos nuevos e inesperados. Pasaremos a describir brevemente los mencionados al principio de este párrafo.

La variación secular

El conocimiento de que el campo magnético terrestre ha experimentado varias inversiones de polaridad en el pasado, y que en la actualidad su intensidad esté disminuyendo globalmente, ha abierto la inquietante pregunta sobre la posibilidad de que nos encontremos en medio de uno de estos procesos de inversión. El asunto podría ser simplemente académico si no fuera

porque existe un peligro potencial para la humanidad que aún no ha sido evaluado.

En el transcurso de una inversión magnética, la intensidad de este campo debe pasar por un valor muy cercano a cero, posiblemente con un campo remanente irregular resultado de la magnetización del material de la corteza terrestre. Este campo es relativamente pequeño comparado con el actual, y desde luego no tiene la posibilidad de mantener la cavidad magnética de que se habló al principio de este trabajo, ni tiene la posibilidad de conservar atrapada la radiación existente actualmente en los anillos de Van Allen.

Así pues, la desaparición temporal del campo magnético dejaría expuesta la atmósfera superior de la Tierra al impacto directo de las partículas provenientes del Sol que forman el llamado "viento solar". Si bien la densidad de energía que transporta el viento solar es relativamente pequeña, no tenemos ninguna idea sobre lo que este fenómeno pudiera inducir si la ausencia del campo magnético principal durara varios si-

glos. Desde luego que en esta etapa sólo se puede especular sobre cambios de temperatura, alteraciones en fenómenos convectivos y posibles cambios en el sistema de vientos troposféricos en última instancia. Este efecto es el que, de presentarse, puede tener consecuencias profundas en el clima, la agricultura, etcétera.

Por otro lado, la desaparición de los anillos de Van Allen puede influir dependiendo de la rapidez con que este fenómeno se produzca. Si el fenómeno ocurre lentamente es muy probable que no tenga un efecto apreciable; si es muy rápido sí podría tener algún impacto que debería ser evaluado.

Ahora bien, la pregunta clave es: ¿efectivamente podemos prever una inversión del campo magnético en algún futuro relativamente cercano? La respuesta a esta pregunta es que los

el momento este tipo de estudios apenas están iniciando la fase preliminar de definición y comprobación de datos básicos, considero que en un periodo no muy largo empezarán a dar resultados inesperados.

Recursos naturales

El otro aspecto que me gustaría resaltar es el del uso de los estudios magnéticos para la localización y evaluación de los recursos naturales. Si bien ya en la actualidad la magnetometría es uno de los auxiliares en los levantamientos geofísicos para la localización y evaluación de diversos tipos de recursos, estas técnicas tienen una serie de limitaciones bastante considerables y sus resultados en ocasiones son simplemente indicativos. Creo que con el avance en la física de materiales, los superconductores, la física del estado sólido y el comportamiento de ciertos elementos a grandes presiones y temperaturas, las técnicas de sondeo electromagnético de la corteza superficial y profunda experimentarán avances insospechados.

Este tipo de avances permitirá a mi juicio no sólo obtener secciones tomográficas horizontales y verticales de la corteza, sino además poder registrar en forma continua sus modificaciones y estudiar la dinámica asociada con las diversas interacciones entre las diversas capas y con la atmósfera y los océanos.

III. EL GEOMAGNETISMO EN MÉXICO

Hablar de geomagnetismo en nuestro país requeriría un trabajo especialmente dedicado a este aspecto. Para los fines de este trabajo baste decir por el momento que desde hace varios siglos se han hecho observaciones magnéticas esporádicas en nuestro territorio. A fines del siglo pasado se hicieron estudios más regulares y se iniciaron levantamientos magnéticos. Desde principios de este siglo se iniciaron observaciones regulares en Cuajimalpa, primero, y desde 1923 en Teoloyucan, Estado de México.

El observatorio magnético de Teoloyucan ha estado operando regularmente desde entonces y se han hecho varios levantamientos magnéticos en el curso del presente siglo. Además, tanto en la UNAM como en algunas otras universidades del país y desde luego en el INEGI, por medio de la Dirección General de Geografía, se han realizado varios trabajos en esta dirección.

Sin embargo, es evidente que se requiere un esfuerzo más coordinado y serio para poder mantener simplemente actualizada la información magnética en México. Considero que para el próximo siglo es muy importante que se generen en forma periódica las cartas magnéticas de México, se aumenten el número de puntos de observación, se desarrolle la carta de anomalías magnéticas y se promueva la formación de personal científico de alto nivel en esta disciplina. Es obvio que todas las ramas del conocimiento requieren de una atención particular, pero en función de la utilidad tanto científica como práctica que el conocimiento del geomagnetismo puede alcanzar, esta rama debe ser considerada como una de las prioritarias para el desarrollo científico y social del país. ♦



datos parecen indicar que sí podemos esperar una inversión en los próximos 500 años si el cambio en el campo magnético continúa en la misma dirección que en los últimos 150 años. De lo que también estamos seguros, es de que en algún momento en el futuro se debe presentar esta inversión por el simple hecho de que han ocurrido en el pasado y no hay razón para que no continúen ocurriendo.

El biomagnetismo

Otro de los aspectos que considero nos traerán grandes sorpresas en el próximo siglo es el del magnetismo de los seres vivos. En épocas muy recientes se ha empezado a hablar sobre la relación entre el campo magnético y las migraciones de ciertas especies animales. Se menciona que las palomas mensajeras tienen ciertos elementos en su organismo que les permiten orientarse ayudándose del campo magnético. Se habla de efectos similares asociados con los desplazamientos de ballenas y cardúmenes de peces.

Ciertos reportes en la Unión Soviética sugieren tímidamente una relación estadística entre perturbaciones magnéticas intensas y el número de casos de ingreso a hospitales por problemas cardíacos. Se habla también de relaciones entre el campo magnético y estados de ánimo, etcétera. Si bien hasta

Predicción de Sismos: Una ojeada al futuro



Sólo el espíritu crítico es creador.
Oscar Wilde

Si la Tierra estuviera hecha de cristal y pudiéramos observar directamente todos los procesos que ocurren en su interior, cualquier hijo de campesino podría aprender a predecir terremotos. De hecho, el interior de la Tierra es más inaccesible a nuestras mediciones que muchas estrellas lejanas. Por lo tanto, los esfuerzos para predecir sismos no han fructificado hasta ahora. En este artículo me propongo discutir algunos problemas de predicción, sobre todo desde el punto de vista de la validez científica de los esfuerzos que actualmente se están realizando en otras partes del mundo.

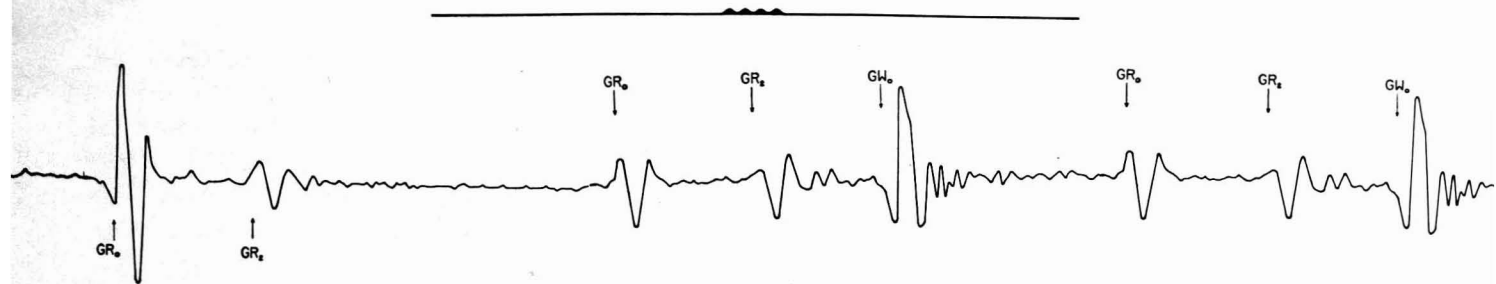
Muchos colegas han experimentado dudas, de tiempo en tiempo, en cuanto a diferentes aspectos de la predicción de sismos, tales como los sismos característicos, las vacancias sísmicas, la predicción de Haicheng, la de Shumagin, la de Oaxaca, la del Estado de Nueva York, la de Parkfield, etcétera. No parece útil insistir en tales dudas ya que a mi entender, estos episodios tienen más que ver con la política y con aspectos de la naturaleza humana que con la ciencia.

Me eduqué en una tradición científica que consideraba la predicción de temblores como ni más ni menos que brujería. Por ejemplo, recuerdo que Charles F. Richter guardaba los artículos y la correspondencia sobre predicción en un cajón especial que llamaba “el archivo de los locos” (*nut file*), y nos lo enseñaba para que los estudiantes pudiéramos percatarnos de la infinita e inagotable insensatez humana.

Gutenberg era un gran maestro y un científico cauteloso. Un día me pidió que le revisara una publicación que alegaba una pretendida correlación entre los sismos y las fluctuaciones del campo magnético terrestre. Tuve que informarle que el autor había manipulado la escala de las gráficas para exagerar el supuesto efecto: lo noté furioso y al mismo tiempo entristecido. Así supe que la esperanza nunca muere, hasta en el corazón del más escéptico de los geofísicos.

La Figura 1 resume el consenso del Grupo de Trabajo sobre Predicciones de Sismos en California (USGS, 1988) en cuanto a la probabilidad de que ocurran sismos importantes en diferentes segmentos de la Falla de San Andrés durante el periodo 1988-2018. Nótese que las probabilidades fluctúan entre más de 90% para la región de Parkfield a casi cero en la Bahía de San Francisco. En especial, nótese que al segmento de Santa Cruz, que se fracturó estruendosamente en el sismo de San Francisco del 17 de octubre pasado, se le había asignado una probabilidad de romperse de apenas 30% por ciento.

¿Cómo pensar que un mapa de este tipo no tendría efectos sobre la política preventiva en California? La Figura 1 apareció reproducida en *Earthquakes & Volcanoes* (1988), una revista de divulgación que publica el Servicio Geológico Nacional (USGS) de Estados Unidos. Si la cantidad de dinero disponible para prevención es finita, y si el experimento de Parkfield basado en esta predicción obtuvo financiamiento tanto federal como estatal, debe concluirse que hubo inversión preferencial en Parkfield, donde aún no ha temblado, cuando una inversión similar en San Francisco pudo haber redituado en términos de protección y prevención.



No sabemos si efectivamente ocurrió tal diversión de fondos; lo que afirmamos es que una predicción publicada con la aprobación de las más altas autoridades científicas y políticas *pudo* haber tenido tal efecto. La predicción de Parkfield fue oficializada en abril de 1985 mediante un oficio del director del Servicio Geológico Nacional a la Dirección General de Servicios de Emergencia del Estado de California. No hubo ningún cambio de actitud después del sismo de San Francisco; por lo tanto, es dable suponer que la predicción de Parkfield ha influido en la política de al menos una institución, que es el propio USGS.

Es legítima una influencia de este tipo en la medida en que la predicción de los sismos sea una disciplina científica reconocida y bien acreditada. Se ha dicho, por ejemplo, que “el experimento-prototipo de predicción de Parkfield representa un esfuerzo importante para reducir el riesgo sísmico a través del desarrollo de técnicas de predicción sísmica” (Bakun, 1988). Pero parece evidente que la verdad de un argumento de este tipo depende de cuán válida sea la filosofía que sustenta la disciplina de predicción de terremotos. Es lo que me propongo examinar en este breve artículo.

Supongamos que el sismo de Parkfield efectivamente ocurre, como tiene que suceder tarde o temprano. Recuérdese que la literatura menciona una increíble variedad de posibles fenómenos precursoros, desde anomalías magnéticas hasta cambios en el comportamiento de animales, pasando por fluctuaciones en los patrones de ocurrencia de sismos pequeños dentro y fuera de la región. Tales posibles “precursores” ocurren continuamente y la probabilidad de que al menos uno de ellos se produzca en las semanas y los meses anteriores al sismo de Parkfield es prácticamente una certidumbre.

Supongamos que ocurra un fenómeno A con una anticipación de días o meses antes del temblor. ¿Qué vamos a aprender de esto? Mejor dicho, ¿cuántos futuros sismos en Parkfield se necesitan para comprobar que se trataba efectivamente de un fenómeno precursor y no de una casualidad? ¿Cuántos más para desarrollar una técnica de predicción significativa? Se dice que los sismos de Parkfield se repiten cada 21.8 años en promedio; por lo tanto, tendríamos que esperar siglos hasta estar en situación de poder *reducir el riesgo sísmico* a través de tales técnicas. Pienso que una reflexión de este tipo es relevante en términos de cualquier discusión sobre estrategias efectivas para reducir el riesgo sísmico en un país como México.

La fusión en frío, el péndulo de Foucault y miles de experiencias esotéricas atestiguan la enorme credulidad del mundo postmoderno. Si se quiere evitar que la predicción de sismos se convierta en uno de estos pasatiempos más o menos inocentes, es indispensable ejercer una autocrítica permanente y vigi-

lante. La franqueza y la apertura a la discusión son factores esenciales.

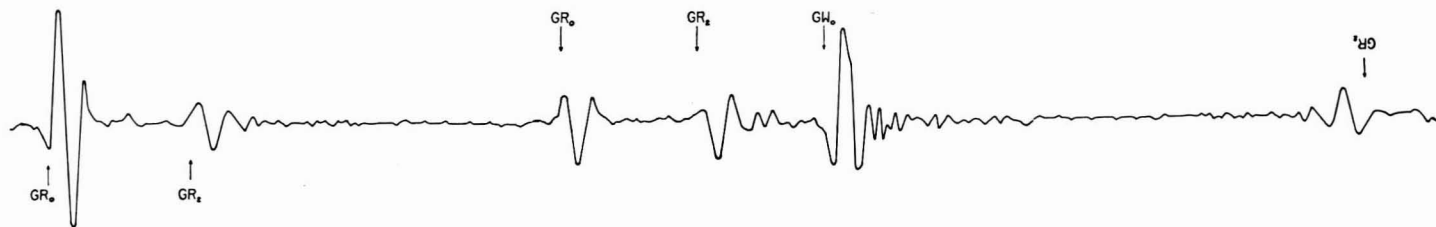
En principio, la predicción de cualquier fenómeno natural es una subdisciplina válida, en este caso de la sismología. No me cabe duda que algún día podrá tener éxitos similares a los que hoy conoce la predicción del tiempo. Pero al igual que esta última, la predicción de los sismos debe apoyarse en mediciones precisas en la región donde se producen los fenómenos que se quieren predecir. Mientras no dispongamos de tales mediciones, existe el peligro de que lo que actualmente se conoce como “predicción de sismos” se torne tan especulativo y potencialmente peligroso como el material que guardaba el Profesor Richter en su “archivo de locos”.

El juego de las probabilidades

Supongamos que un precursor de sismos ha sido identificado y reconocido. Luego debe ser confirmado y certificado como tal a través de observaciones repetidas durante un periodo de varias décadas o de varios siglos. Esta dificultad, si bien raras veces es mencionada, ha sido una de las causas de que proliferaran las argumentaciones estadísticas en sismología. Algunos de estos argumentos son válidos, pero otros pretenden reemplazar la observación directa con la mera especulación.

Dada la ocurrencia previa de un evento B, se pretende calcular la probabilidad condicional del sismo A de la siguiente manera. Supongamos que el sismo A tiene una baja probabilidad de ocurrencia. Por lo tanto, la probabilidad combinada de que ocurran tanto A como B es menor todavía. Esto puede interpretarse como una elevada probabilidad de que tal ocurrencia conjunta no sea casual. En otras palabras, se establece la conjetura de una *relación causal* entre A y B, o sea, que B es un precursor de A. Tengo la impresión de que muchas argumentaciones en predicción de sismos se basan en un razonamiento de este tipo.

Obviamente, el razonamiento es falaz, puesto que el supuesto fenómeno predictor B fue identificado y seleccionado *ad hoc* por el científico. Si se me permite, daré un ejemplo para aclarar lo que pretendo decir. El 20 de noviembre de 1989 el presidente de la República otorgó el Premio Nacional de los Deportes a dos distinguidos atletas, un hombre y una mujer. Resulta que ambos premiados (sin ser parientes) tenían el mismo apellido, digamos X. ¿Es o no es casualidad? Un vistazo al directorio telefónico de la Ciudad de México nos vencerá que hay unos 10,000 apellidos; por lo tanto, la probabilidad de que se seleccionara el apellido X era de una entre 10,000 y la probabilidad de que dicho apellido fuera seleccionado dos veces seguidas de una entre 10,000 x 10,000, o sea de una entre cien millones. Como hay menos de cien millones



de habitantes en México, se infiere que no fue casualidad que se seleccionara precisamente a esos dos entre todos los hombres, mujeres y niños que constituyen la población de México.

Ahora bien, tal razonamiento hace caso omiso del hecho obvio y elemental de que los ganadores forzosamente tenían que tener algún apellido. Así, la probabilidad de que los dos apellidos coincidieran depende de la frecuencia con que se repiten *todos* los apellidos (no solamente el apellido X) en México. Vuelta al directorio telefónico y constatamos ¡oh sorpresa! que el apellido X ocupa 11.7 páginas en total de 1,752 páginas: esto significa una probabilidad de 0.67 por ciento. Pero hay otros muchos apellidos que también ocupan diez o más páginas en el mismo directorio. Finalmente se llegó a la conclusión que la probabilidad de que se repitieran los dos apellidos era casi de 10 por ciento.

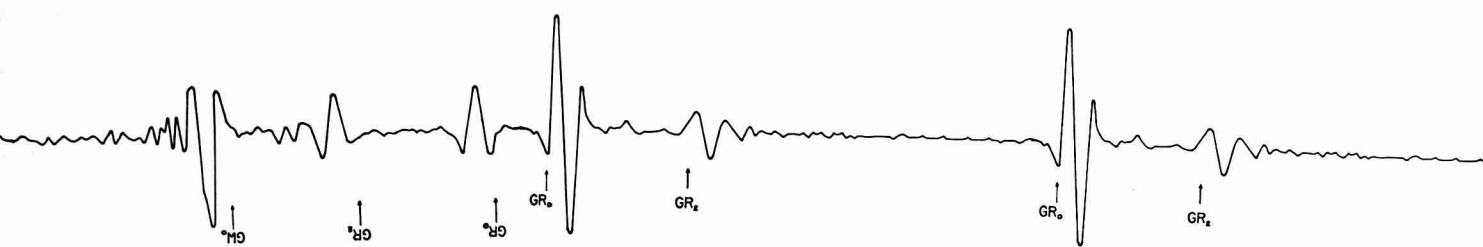
Evaluemos ahora la probabilidad de que el comité encargado de seleccionar a los ganadores no sólo se fijara en sus apellidos, sino que tuviera motivos inconfesables para otorgar el premio a una persona apellidada X y no a otra persona.

Quien esté dispuesto a apostar que tal probabilidad excede el 10% será capaz de creer cualquier cosa. Por ejemplo, tal persona se pondrá a buscar otras coincidencias sospechosas. Y si las hay. Uno de los ganadores era un distinguido montañista que había conquistado la cumbre del Everest, y la otra era campeona de Tae-Kwon-Do. ¿No habrá allí una clara relación con Asia? Y en efecto, los antropólogos afirman que los antepasados del pueblo mexicano atravesaron el Estrecho de Behring, viniendo desde Asia!

El caso de los sismos característicos

En fin, si se quiere encontrar relaciones causales entre dos fenómenos siempre se les encuentra. Veamos ahora el caso de la posible existencia de "sismos característicos", definidos en la siguiente forma: "Un evento característico es un sismo que rompe repetidamente el mismo segmento de falla y cuyas dimensiones definen tal segmento" (Nishenko y Buland, 1987). En la Tabla 1 del trabajo citado encontramos 14 segmentos





definidos de esta manera, entre ellos, por cierto, el de Parkfield. Estos segmentos están definidos con base en 62 temblores “característicos”, o sea 48 intervalos entre temblores, lo que hace un promedio de 3.43 intervalos para cada segmento. No es una muestra gigantesca. Un ejemplo típico es el siguiente:

Región	Eventos	Intervalo T	Promedio T_{ave}
San Marcos	1907-1845	62	56.0
	1957-1907	50	

Esto nos dice que el segmento de San Marcos (cerca de Acapulco) está definido por tres sismos “característicos”, en 1845, en 1907 y en 1957 (que fue el llamado “Sismo del Ángel”). Los intervalos respectivos fueron de 62 y 50 años, y el intervalo promedio fue de 56.0 años.

Ahora bien, en el mismo número del *Bulletin of the Seismological Society of America* aparece otro artículo (Nishenko y Singh, 1987) que casualmente habla del segmento de San Marcos. Dice lo siguiente: “Los sismos de 1937 y de 1950 y 1957 representan cada uno una ruptura parcial de la zona de 1907... Por lo tanto, los intervalos observados de recurrencia para la región de Acapulco-Ometepec durante el presente siglo varían entre más de 30 a 50 años (o sea, 1937 a 1907 y 1957 a 1907)”. Nótese que el primer autor de ambos artículos es la misma persona.

Resulta que uno de los sismos mencionados en el primer artículo, el de 1907, no era definitorio solamente del segmento de San Marcos sino también de un segmento más grande que lo incluye y que ahora se llama la “región” de Acapulco-Ometepec. Esta “región” se rompió parcialmente en el sismo de San Marcos de 1957, y también parcialmente en otros sismos (1937, 1950) que no se mencionan en el primer artículo. Todos ellos, sin embargo, siguen siendo sismos “característicos”.

¿No que los sismos característicos “definen” los segmentos en que ocurren? ¿Cómo puede decirse entonces que tanto el sismo de 1907 como el de 1957 “definen” el segmento de San Marcos, y que al mismo tiempo el de 1907 “define” el segmento de Ometepec, y además la región de Acapulco-Ometepec, que no es la misma?

En cuanto al intervalo promedio, ya no sabemos si es 56.0 años como afirma el primer artículo, o menos de 50 como dice el segundo. Quién sabe a qué sismos “característicos” se refiere cada uno de los artículos. Si los sismos “característicos” rompen repetidamente el mismo segmento de falla no deberían admitirse traslapes ni rupturas parciales. Una de dos: o bien algunos sismos citados no son eventos característicos (lo que arrojaría dudas sobre el autor común de ambos trabajos) o

bien los datos de la Tabla 1 eran incompletos. Aceptaremos esta última hipótesis, porque es la más compleja y por lo tanto probablemente más real; por lo demás, el co-autor del segundo trabajo es el más distinguido conocedor de la sismicidad de México, especialista en la zona de Guerrero y Oaxaca.

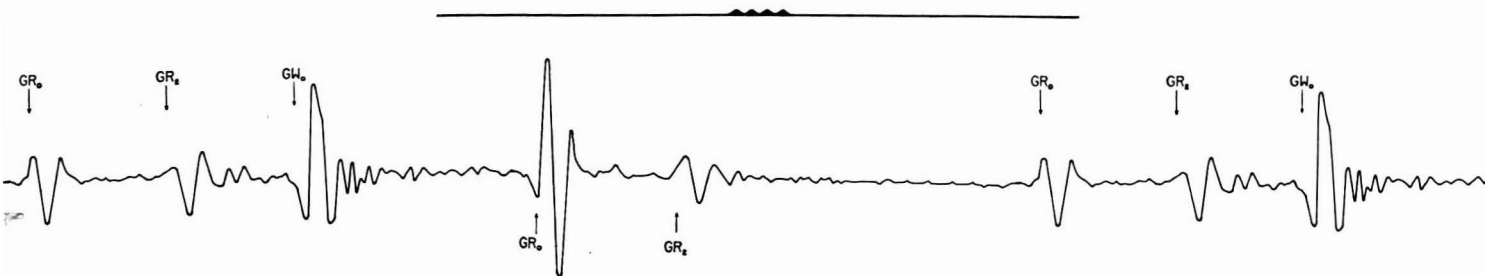
Ahora bien, si la muestra de San Marcos era incompleta ello debería modificar el promedio T_{ave} , cuyo papel en el primer trabajo es muy interesante. En efecto, Nishenko y Buland (1987) normalizan los intervalos T mediante su división por T_{ave} (sigamos, dividen 62 y 50 por 56), y hacen lo propio con todas las 14 regiones. Luego juntan todos los datos y los grafican en un mismo histograma, al que calzan una distribución logarítmico-normal. Reproduzco la conclusión de este procedimiento que suena a brujería: “Por lo tanto, la distribución de los intervalos de recurrencia para cada segmento de falla también es logarítmico-normal y $\ln(T)$ obedece a una distribución normal” (Nishenko y Buland, 1987).

Sobra decir que la distribución de muestras combinadas de 14 procesos logarítmico-normales no tiene por qué ser también logarítmico-normal. Pero eso no es todo. La normalización de las muestras no se justifica por nada. Los promedios T_{ave} , aun en el caso de que las muestras fueran completas, tienen una enorme varianza ya que el tamaño de las muestras es apenas de 3 a 4. No existe razón alguna para que la muestra combinada signiera alguna distribución en particular. Por lo demás, los autores nunca efectúan una prueba de normalidad de $\log(T)$.

Podría argumentarse que la distribución logarítmico-normal posee unas propiedades interesantes y que yo mismo he especulado con ella en mi libro (1974) por ser apta para representar la distribución de magnitudes de los temblores. Este resultado se basa en la idea de auto-similitud de las fracturas en la Tierra, cuyo mecanismo fuera discutido por primera vez por Kolmogorov (1941) y que ahora se ha hecho famoso con el nombre de *fractalidad*.

En tal caso, sin embargo, ¿cómo explicar el hecho de que los intervalos medios, en dos “segmentos” tan cercanos como Parkfield y Pallett Creek, ambos en la Falla de San Andrés, sean tan diferentes? El intervalo promedio de Parkfield (ya lo mencionamos) es de 21.8 años. El de Pallett Creek, de 194.3 años. Ambos supuestamente definidos con base en sismos “característicos”. Ambos sobre la misma falla. El corrimiento anual de la falla es el mismo en ambos lugares. Si hay auto-similitud el mecanismo de fractura debe ser homogéneo (Kolmogorov, 1941). Pero no lo es, puesto que hay diferencias tan enormes en el intervalo promedio de temblores.

Sin embargo, los autores explícitamente declaran que todos los sismos característicos son generados por *un solo proceso común*. Esto significa que debería poder predecirse un sismo de



Pallett Creek mediante observaciones hechas en Parkfield, lo que es absurdo puesto que los intervalos son completamente diversos. En conclusión, los sismos “característicos” no caracterizan nada, a no ser un gran deseo de predecir fenómenos que aún no entendemos suficientemente bien.

Parkfield

La predicción de un sismo en Parkfield para el año 1988 (Bakun y Lindh, 1985; Bakun, 1988) se basó en la secuencia siguiente de temblores supuestamente “característicos”.

1857, 1881, 1901, 1922, 1934, 1966.

Los intervalos respectivos son, en años:

24, 20, 21, 12, 32.

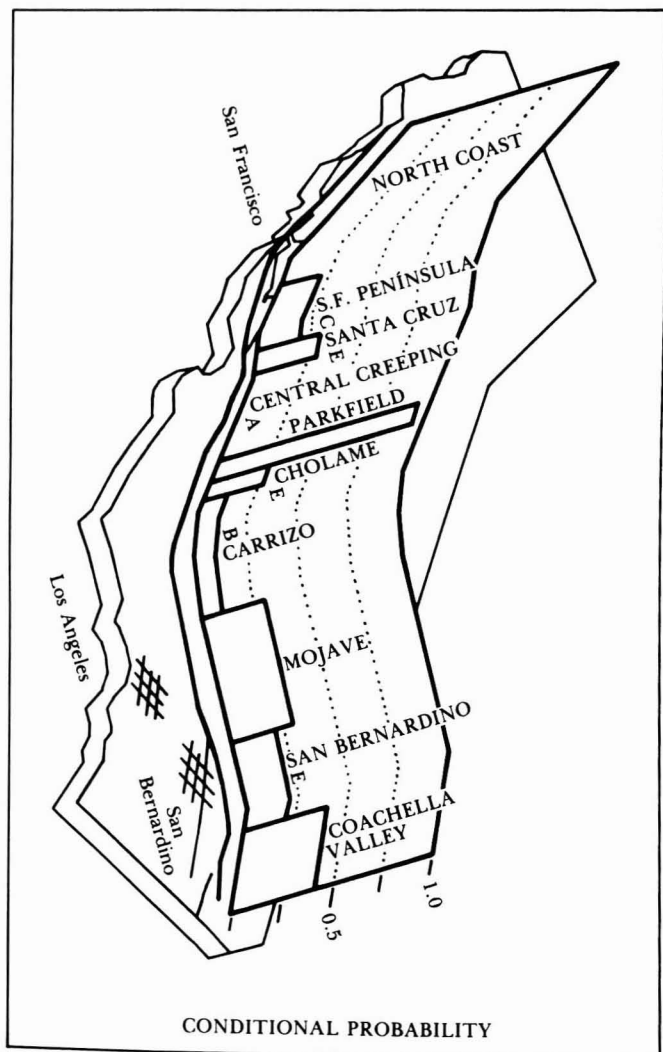


Figura 1

Esta secuencia de seis temblores ha sido descrita como “sismos de magnitud de cerca de 6 que ocurren cada 21 o 22 años y que tienen el mismo epicentro y la misma área de ruptura” (Bakun, 1988). Veamos si tal descripción corresponde a la realidad.

Notemos primero que la muestra es pequeña: apenas cinco intervalos. Luego, con la mejor buena voluntad, no puede afirmarse que los intervalos siempre sean de 21 o 22 años. El intervalo promedio sí es de 21.8 pero las observaciones varían entre 12 y 32 años, lo que representa una dispersión de más o menos diez años en torno al promedio. Esto viene a ser casi la mitad del promedio.

Hagamos una prueba a ciegas. Supongamos que estamos en 1950 y que el sismo de 1966 aún no ha ocurrido. Tenemos entonces cuatro intervalos con un promedio de $T_{ave} = 19.25$ años y una desviación estándar de 4.42 años. Hagamos nuestra predicción. Nuestro último temblor ocurrió en 1934, más exactamente (busqué la referencia) en 1934.45. Le agregamos el promedio T_{ave} más la desviación estándar:

$$1934.45 + 19.25 \pm 4.42 = 1953.7 \pm 4.42.$$

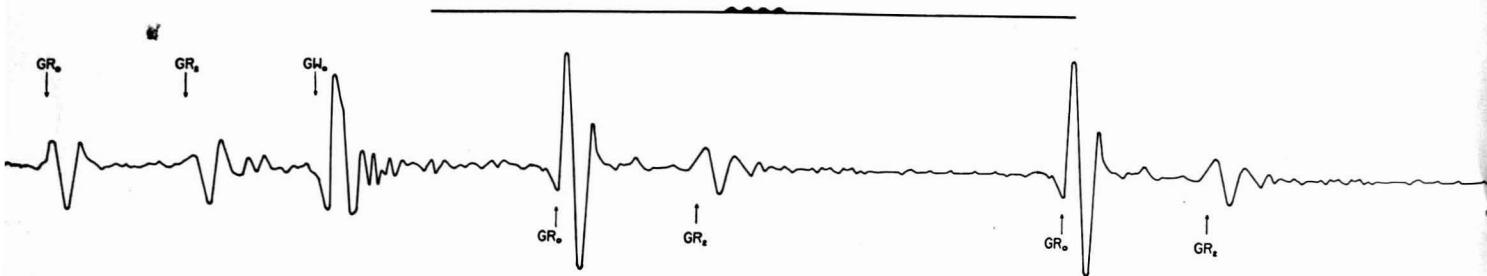
Pero esta predicción se equivoca en unos diez años, puesto que el sismo ocurrió en 1966.

El lector objetará que esto no merece llamarse “predicción” sino a lo sumo una extrapolación bastante simplista. Pero ese es exactamente el método que usaron Bakun y Lindh para la predicción hoy reconocida oficialmente (con una probabilidad de más de 90%) en California.

En este caso, resulta especialmente cuestionable el que usen la última fecha (1966) como punto de referencia para su actual predicción, puesto que el mismo método usado por ellos la predice con un error tan grande. Nótese que el intervalo precedente fue de 32 años, el intervalo extremo en toda la serie.

Bueno, podríamos ensayar nuestro propio método. Por ejemplo, si tomamos como punto de referencia el año de 1934 y le sumamos dos promedios vamos a predecir como fecha para el próximo sismo el año de 1978, con la misma probabilidad de éxito (91%) y con una variación probable de más o menos 4.3 años. Esa predicción ya pasó y con mucho; estamos en 1990 y aún no ocurre el temblor.

Otra posibilidad es la siguiente: simplemente extrapolamos el último intervalo registrado, que fue de 32 años. Obtenemos $1966 + 32 = 1998$, lo que quiere decir que aún faltarían ocho años. Pero esa predicción es tan buena como la de Bakun y Lindh, pues se basa en la suposición de que el proceso es una “caminata” aleatoria no estacionaria.



¿Qué nos queda entonces de la afirmación perentoria de que “un sismo de magnitud aproximada de 6 ocurrirá antes de 1993 sobre la Falla de San Andrés cerca de Parkfield” (Bakun, 1988)? Puede que sí, puede que no. Hay muchas alternativas plausibles. El mismo Bakun nos explica cuidadosamente que “la cantidad y la calidad de la información es dramáticamente inferior para los sismos más antiguos”. ¿Acaso deberíamos darle un peso menor a esa información del siglo pasado, época en que no había gente que vivía en la zona? (Actualmente Parkfield tiene menos de 100 habitantes y carece de todo tipo de edificios públicos.) Pero entonces deberíamos concluir que nuestro intervalo promedio está mal, puesto que las observaciones hechas después de 1901 son las que más se desvían del promedio de 21.8 años. Entre mejor sea la observación, menos se ajusta a la hipótesis de una “casi-periodicidad” que proponen los autores de la predicción.

Las “vacancias” sísmicas

El modelo más popular para predecir temblores es el de las llamadas *vacancias* (*gaps*). Básicamente, se dice que cuando 30 años han transcurrido desde el último sismo grande en una falla, es tiempo que ya ocurra otro. La zona en que se espera que ocurra se denomina “vacancia”.

Ahora bien: ¿qué hipótesis nula podemos oponer a esta hipótesis? Dicho de otra manera: ¿podemos imaginar un estado de cosas en que hubiera tales vacancias? Si la respuesta es “no”, entonces el concepto de vacancias es trivial y no puede servir para predecir nada.

Pensemos que el tamaño de la Tierra es finito. Por lo tanto, el largo de las fronteras de placas también lo es. Suponiendo que los sismos ocurren al azar en el espacio y en el tiempo, entre más largas son las rupturas mayor es la probabilidad de que se traslapen. Así, los sismos grandes tienden a repetirse en las mismas regiones o zonas de ruptura.

Por otra parte, el que se repitan inmediatamente o al poco rato es poco probable. Es más probable que pase un buen tiempo antes de que vuelva a romperse en el mismo lugar. Bueno, ¿no es esto lo mismo que dice la hipótesis de las “vacancias”? ¿Qué modelo de Tierra podríamos diseñar en que las cosas fueran de diferente manera? No se me ocurre ninguno. Se concluye que la hipótesis de las “vacancias” no contiene ninguna información que nos pueda ayudar a predecir temblores. Tomemos por ejemplo la “vacancia” de Guerrero, en el tramo entre Petatlán y Acapulco. Es verdad que no ha ocurrido una ruptura grande en este tramo en muchos años, quizá desde el año 1909. Muy bien. Tarde o temprano se volverá a romper. Pero eso lo hemos sabido siempre. ¿Quién nos dice que el próximo sismo ocurrirá precisamente allí y no en

la “región” de Acapulco-Ometepec o en Colima o Jalisco o en Michoacán o en Oaxaca? Se me dirá que es más probable, puesto que esas regiones han tenido rupturas más recientes. Pero hasta los defensores de la teoría de los sismos “característicos” reconocen que los intervalos entre éstos son de una variabilidad extrema y no los conocemos bien.

Golpes y porrazos

La política es menos interesante que la ciencia: todo se reduce a un puñado de personalidades y de dinero. Pero en el caso de la predicción de temblores, sería imposible entender su evolución sin adentrarse tantito en el campo de la política científica, que es política al fin.

Las personalidades, en nuestro campo, son pocas pero fuertes: Mao Zedong, Frank Press, Harrison Schmitt. En cuanto al dinero, ha salido principalmente de los bolsillos de los contribuyentes.

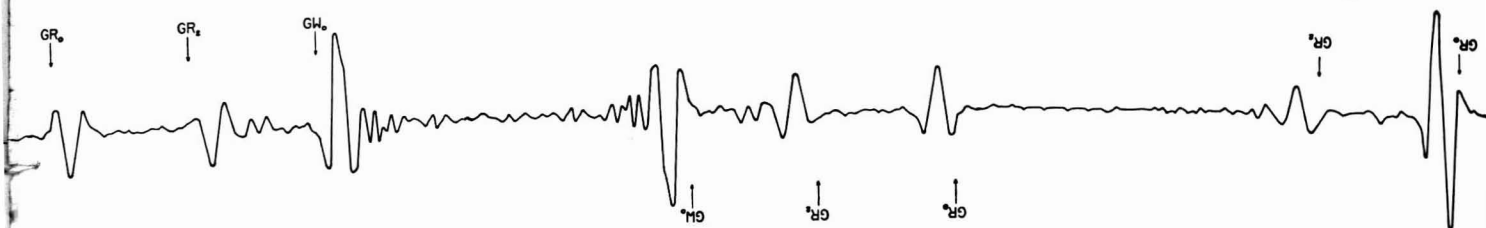
En un principio dominaban el estrecho campo de la sismología media docena de barones o señores feudales, tales como Jeffreys, Gutenberg, Ewing, Tsuboi, Merle Tuve y otros. Vivían como espartanos y hacían investigación como podían. Repentinamente surgió la política y el dinero empezó a fluir.

El proyecto VELA-Uniform (1960-1965) era un proyecto semisecreto destinado a encontrar un método para detectar las explosiones nucleares soviéticas mediante las ondas sísmicas registradas a gran distancia. Los sismólogos no estaban acostumbrados a tener dinero, y con la euforia terminaron su trabajo rápidamente y demasiado bien. Hubo que frenarlos, ya que de lo contrario podrían haber logrado un tratado prohibiendo todas las explosiones nucleares: y los políticos no estaban preparados para ir tan lejos.

En otras palabras: se vio que era enteramente factible controlar las explosiones nucleares desde cualquier distancia. Los generales de ambos bandos sostenían, en cambio, que era necesario permitir una inspección mutua en el terreno, cosa que nadie estaba dispuesto a conceder.

¿Cómo distraer a los sismólogos? El problema era similar al que estaba teniendo Mao. Él también tenía problemas con sus científicos e intelectuales. Los rusos y los japoneses, también. Todos tenían problemas en aquella lejana época.

En 1966 el primer ministro chino, Zhou En-lai, estaba visitando el pueblo de Singtai después de un fuerte sismo. Los sobrevivientes contaban historias de perros que ladraban y cochinos que enloquecían antes del temblor. Entonces Zhou tuvo una idea. Mao odiaba a los malditos intelectuales y no desperdiciaba oportunidad para amargarles la vida. ¿Qué tal si obligamos a los científicos a regresar a las mugrosas aldeas en que vivía el pueblo y a escarbar entre el estiércol de los



cerdos, en busca del secreto de los temblores? El Jefe estaría encantado...

Así nació la Resolución de 1966 del Partido Comunista Chino, que obligaba a los sismólogos a predecir temblores *a través de la sabiduría del pueblo*. Y lo hicieron. Empezaron a predecir temblores porque no tenían otra alternativa.

Los americanos estaban pensando en predicción en esa misma época; lo mismo los rusos y los japoneses. Estaba en el aire. En fin, pasaron los años, y en 1984, cuando Bill Clark, secretario del Interior de Estados Unidos, ordenó al USGS predecir el sismo de Parkfield, ya habían muchos precedentes para tan insólita acción. Su orden ejecutiva no sólo estaba basada en la de China en 1966 sino en una ley del Congreso: la Ley Nacional de Reducción de Riesgos Sísmicos de 1977. Ésta a su vez se basaba en una propuesta de 1967 promovida por un comité encabezado por Frank Press, distinguido sismólogo que después fue asesor del presidente Carter y hoy es el presidente de la Academia de Ciencias de Estados Unidos.

En aquella época (1967), el comité había agregado a su propuesta un anexo intitolado *Alternativas*, que empezaba así:

"Con base en los conocimientos hoy existentes, sin un programa de investigación de gran alcance, mucho podría hacerse para reducir las pérdidas de vida y los daños de los futuros sismos."

Esto sonaba más convincente que toda la propuesta anterior: por lo tanto, el Congreso rechazó el proyecto.

Diez años más tarde los sismólogos habían aprendido la lección: no hablaron de "alternativas" y el proyecto fue aprobado.

El Servicio Geológico Nacional fue encargado de todo lo que se refería a predicción de sismos. Pasó el tiempo, y en la primavera de 1982 la ley de Prevención de Sismos pasó a revisión y reautorización del Congreso. La revisión demostró que la predicción de los sismos no había avanzado un ápice y que posiblemente "el USGS no se estaba moviendo agresivamente en dirección a un sistema operacional de predicción de los temblores" (Filson, 1988).

El senador Harrison Schmitt, ex-astronauta y presidente de la Sub-Comisión de Ciencias, Tecnología y Espacio del Congreso, se expresó en términos fuertes y llegó a sugerir que otro servicio federal, el NOAA, podría "ser el organismo apropiado para encabezar lo de predicción y prevención de sismos", por tener experiencia en la predicción del tiempo. Finalmente el Senado le escribió al director del USGS diciendo: "Expreso mi fuerte convicción de que algún tipo de prototipo de sistema de predicción sísmica debe funcionar en los Estados Unidos de aquí a cuatro o cinco años."

Como lo hubiera hecho cualquier dependencia del gobierno federal, el USGS dobló las manos. "En 1983 y en respuesta a la inquietud del senador Schmitt, el jefe de Programas para

Predicción del USGS, James Dieterich, publicó su informe intitolado 'Evaluación de una Red Prototipo de Predicción Sísmica para el Sur de California' " (Filson, 1988).

Los antecedentes científicos e intelectuales de la predicción de temblores no eran especialmente brillantes, desde luego; pero la comparación con la predicción del tiempo había dolido al USGS. No hace falta decir que era injusta: los meteorólogos no adelantaron nada hasta que no tuvieron equipos para medir presiones y temperaturas en la alta atmósfera, donde se generan los cambios de tiempo. Hoy disponen de todo un arsenal de equipos de medición: globos-sonda, radio-sonda, radar, satélites meteorológicos, aviones especiales, etcétera. El interior de la Tierra, en cambio, sigue inaccesible a cualquier medición directa.

Resulta, además, que las incertidumbres en la estructura interna de la Tierra habían sido subestimadas, especialmente en el problema sísmico. Por ejemplo, la profundidad focal de un temblor no puede calcularse en principio, aunque la Tierra fuera esférica y compuesta de capas concéntricas, porque todas las mediciones están en la superficie. La precisión de nuestros conocimientos sobre el interior de la Tierra dependen en forma crítica de los experimentos con explosiones. La tomografía sísmica y otras técnicas similares suelen ignorar tales limitaciones y tienden a perpetuar los errores estructurales de generaciones de sismólogos.

Galletas de la suerte

En algunos restaurantes chinos se acostumbra servir al cliente una "galleta de la suerte", que no es otra cosa sino una tortillita de masa hecha tamal que contiene un papelito con una frase enigmática, que se supone predice la buena ventura.

Veamos algunos hechos poco conocidos de la evolución de la predicción de temblores en China. En primer lugar, la afamada "predicción exitosa" del sismo de Haicheng en 1975 no fue tal. Fueron los sismos premonitorios que empezaron a ocurrir diariamente, semanas antes del sismo, los que alarmaron a la población de Haicheng. Los sismólogos se beneficiaron de la reacción natural de la gente, que consistió en construir cabinas frente a sus casas y mudarse con bastante anticipación. No hubo pues una "evacuación" de la ciudad como se dijo después. La población se salvó con o sin los sismólogos.

Pese a que la predicción de Haicheng fue inflada por la propaganda, se la sigue citando en apoyo de cualquier propuesta de un gobierno occidental para programas de predicción.

Un año después de Haicheng ocurrió el gran sismo de Tangshan, de magnitud 8. Aquí no hubo sismos premonitorios, y por lo tanto tampoco hubo predicción. Casi 350,000 habitantes de Tangshan murieron en pocos segundos, en me-



dio de la noche. Se trataba de la peor catástrofe sísmica del mundo desde 1556, cuando murieron 810,000 personas también en China.

Seis meses después de Tangshan recibí una invitación personal a Beijing para una semana de discusiones sobre el terremoto. Fueron tantos los trabajos sobre predictores que escuché que finalmente me animé a preguntar: si tanta evidencia se tenía sobre fenómenos que anunciaban el sismo, ¿por qué no lo predijeron? En la noche, me visitó una pareja de jóvenes investigadores en mi hotel, para explicarme que todos esos “precursores” habían sido estudiados e identificados *después del sismo*.

Semanas después, recibí una carta de un distinguido colega chino en la cual me decía que en gran parte sucedía lo mismo en otras pretendidas “predicciones” que se habían anunciado. Es lo que tiene que suceder cuando una comunidad científica, no importa cuán distinguida, es presionada por el gobierno para producir resultados prematuros o fuera de su alcance. La mala ciencia se parece a la buena en que es fruto de determinadas circunstancias políticas y sociales.

Veamos cómo hacían nuestros colegas chinos para predecir los temblores. La estrategia que eligieron consistió en lo siguiente. Tomaron el *Libro rojo* y eligieron una frase, construyendo toda su teoría en torno a ella. La frase fue: “Para agarrar los cachorros del tigre es necesario entrar a la cueva del tigre” (Mao Zedong, 1937).

Un momento, se dirá. La frase es suficientemente enigmática como para emcontrársela en una galleta de la suerte, pero ¿cómo predecir temblores con ella? Tal pregunta no cuenta con el ingenio de nuestros sismólogos. Considérese la siguiente interpretación: el “tigre” es el sismo, los “cachorros” son los fenómenos precursoros y la “cueva del tigre” es el epicentro del temblor. Por lo tanto, lo que el Gran Líder está tratando de decirnos es esto: para encontrar los fenómenos premonitorios es necesario entrar a la región epicentral del sismo.

Pero ¿cómo hacerlo si el epicentro del futuro sismo es precisamente lo que deseáramos saber? *Oh*, dirían los sismólogos, *ahí está precisamente la genialidad del Líder. Puesto que no lo sabemos, es necesario cubrir todo el país con estaciones de aficionados, que son gente del pueblo cuya sabiduría debemos aprovechar. Miles de estaciones, con instrumentos caseros atendidos por analfabetas, no importa, pero algunos registrarán los fenómenos precursoros si están cerquita del epicentro.*

No se vale sonreír. La predicción por el método de las galletas de la suerte dio resultados tan buenos como cualquier otro método conocido hasta ahora. Yo mismo he sucumbido a la tentación de probar este método, usando una cita china de hace 2,500 años:

*Los grandes capitanes de antes se hacían invulnerables
Y acechaban la vulnerabilidad del enemigo.*

Tu propia defensa depende de ti;

La vulnerabilidad del enemigo depende de él.

Si bien el mejor comandante puede hacerse invulnerable

No podrá hacer vulnerable al enemigo.

Dicho de otra manera:

“uno puede saber jugar

pero no puede trocar sus naipes.”

Sun Tse: *El arte de la guerra.*

Mi interpretación es la siguiente. El “enemigo” es el sismo. El “juego” que jugamos es la estrategia de control del riesgo sísmico. El “comandante” es el sismólogo. El consejo que nos da Sun Tse desde su remota prehistoria es el siguiente: la invulnerabilidad contra los sismos puede hallarse solamente en la prevención. No busquemos predecir las movidas del enemigo (o sea, el temblor) hasta que no seamos invulnerables al sismo.

¿Es acaso buena la estrategia que apuesta a la predicción mientras nuestras ciudades, nuestros edificios, nuestros puentes y nuestras carreteras se siguen cayendo en los temblores? Es tanto lo que no sabemos en el aspecto de prevención que puede parecer contraproducente tratar de ganarle el juego a un enemigo que conocemos tan poco. Si nos preparamos en Parkfield nos golpeará en San Francisco; si nos preparamos





en la costa de Guerrero nos ha de golpear en cualquier otro lugar.

Los movimientos del suelo que se registraron en la zona lodosa de San Francisco fueron inesperados, como lo fueron también los que causaron la caída de 371 edificios en la Ciudad de México en 1985. Hay mucha investigación que hacer. Por ejemplo, no conocemos la longitud de ondas del movimiento destructivo, ni en México ni en San Francisco. He propuesto muchas veces que podría tratarse de olas hidrodinámicas cortas, con una longitud de onda de unos 20 metros. Muchos colegas me han dicho que ello no es posible, pese a que tanta gente las ha visto (Richter, 1956; Lomnitz, 1970); pero la discusión continúa y no hay mediciones.

El problema urgente de medir la respuesta dinámica de los materiales geológicos en movimientos fuertes es uno de tantos problemas no resueltos gracias a nuestra negligencia en "hacernos invulnerables". Si no hubieran existido edificios de 7 a 20 pisos de alto en una pequeña zona de 25 kilómetros cuadrados en el Distrito Federal, el sismo de 1985 no hubiera hecho noticia.

Algunos ejemplos de tecnologías que podrían usarse desde ya para controlar el riesgo sísmico en nuestras grandes ciudades:

a) Amortiguadores sísmicos. Como es sabido, las inclinaciones de los edificios en el sismo de 1985 han sido hasta diez veces mayores de lo que se calculaba. Es importante reducir estas inclinaciones durante los sismos futuros. Esto es factible. La instalación de un amortiguador pasivo de tres toneladas en la azotea de un edificio de quince pisos puede reducir el movimiento hasta en un 60%, lo que basta para que el edificio no se caiga.

El principio es el mismo del amortiguador de un coche. Un bloque de concreto corre sobre rieles al interior de un tinaco lleno de agua. Al sobrevenir el temblor el bloque se desplaza dentro del agua disipando energía y reduciendo el movimiento del edificio. Cada amortiguador tiene resortes y puede sintonizarse al periodo exacto de vibración del edificio, lo que representa una gran ventaja para México puesto que los periodos de vibración son conocidos y son los mismos en casi todos los temblores, cualquiera que sea su epicentro.

b) Cojinetes amortiguadores. Otra tecnología interesante es la de los cojinetes de amortiguamiento que se usan en las cimentaciones de los edificios con el objeto de aislarlos de las vibraciones sísmicas. Son bloques de hule que contienen láminas de plomo y son capaces de soportar cargas de muchas toneladas. Su efectividad ha sido comprobada especialmente en sismos vibratorios de alta frecuencia; pero también están siendo pro-

yectados para un edificio de Teléfonos de la Ciudad de México.

c) Refuerzos. La tecnología de refuerzos para edificios sísmicamente dañados ha tenido un importante desarrollo en México después del sismo de 1985. La experiencia mexicana sin duda es de las más importantes del mundo.

d) Diseño. El mejoramiento del diseño sísmico de estructuras sobre suelos blandos representa seguramente la oportunidad máxima para la ingeniería mexicana. Se trata de un tema de frontera, que depende aún considerablemente de la investigación. No creo equivocarme al predecir que México descollará en esta rama y que contribuirá a soluciones de gran prestigio en la ingeniería mundial.

e) Alarma sísmica. México puede y debe ser el primer país en desarrollar un dispositivo de alarma capaz de alertar a los ciudadanos del Distrito Federal con un minuto de anticipación a la llegada de las primeras ondas sísmicas desde un epicentro costero. Existen sistemas tales como el dispositivo mexicano patentado Olin® que pueden cumplir con este cometido y que eventualmente representan un importante rubro de exportación de tecnología para México. ¡Manos a la obra! ◇

Referencias

- Bakun, W. H. 1988. "Introduction, and History of significant earthquakes in the Parkfield area". *Earthquakes & Volcanoes*, 20, 41-51.
- Bakun, W. H., and A. G. Lindh, "The Parkfield, California earthquake prediction experiment", *Sience*, 229, 619-624.
- Cornell, C. A., and S. R. Winterstein, 1988. "Temporal and magnitude dependence in earthquake recurrence models", *Bull. Seis. Soc. Am.*, 78, 1522-1537.
- Epstein, B., and C. Lomnitz, 1966. "A model for the occurrence of large earthquakes", *Nature*, 211, 954-956.
- Filson, J. R., 1988. "The role of the Federal government in the Parkfields earthquake prediction experiment", *Earthquakes & Volcanoes*, 20, 56-59.
- Kolmogorov, A. N., 1941. "Über das logarithmisch-normale Verteilungsgesetz der Dimensionen der Teilchen bei Zerstückelung", *Izv. Akad. Nauk SSSR*, 31, 1-99.
- Lomnitz, C., 1970. "Some observation of gravity waves in the 1960 Chile earthquake", *Bull. Seis. Soc. Am.*, 60, 669-670.
- Lomnitz, C., 1974. *Global Tectonics and Earthquake Risk*, p. 93 (Elsevier, Amsterdam, 320 pp.).
- Lomnitz, C., 1985. "Tectonic feedback and the earthquake cycle", *Pegeoph*, 123, 667-682.
- Mao Zedong, 1937. *On Practice* (Complete Works, Beijing).
- Nishenko, and R. Buland, 1987. "A generic recurrence interval distribution for earthquake forecasting", *Bull. Seis. Soc. Am.*, 77, 1382-1399.
- Nishenko, S. P., and S. K. Singh, 1987. "The Acapulco-Ometepe, Mexico, earthquakes of 1907-1982: evidence for a variable recurrence history", *Bull. Seis. Soc. Am.*, 77, 1359-1367.
- Richter, C. F., 1956. *Elementary Seismology* W. H. Freeman, San Francisco.
- Savage, J. C., and R. S. Cockerham, 1987. "Quasi-periodic occurrence of earthquakes in the 1978-1986 Bishop-Mammoth Lakes sequence, eastern California", *Bull. Seis. Soc. Am.*, 77, 1347-1358.
- Shimazaki, K., and T. Nakata, 1970. "Time predictable recurrence for large earthquakes", *Geophys. Reg. Letters*, 86, 279-282.
- USGS, Working Group on California Earthquake Prediction, 1988. "Probabilities of large earthquakes occurring in California on the San Andres fault system", *U. S. Geol. Survey Open-File Rept.* 88-398, 62 p.

La Revolución de Wegener:

Nuevas ideas para una vieja Tierra

En 1543 Copérnico revolucionó las teorías astronómicas de la época al sugerir al Sol como el punto de referencia con respecto al cual calcular los movimientos de los planetas y las estrellas. Hasta entonces, la Tierra era considerada por los astrónomos como el centro del Universo. Un siglo después, el Sol había ya reemplazado a la Tierra como el centro del sistema planetario, desplazando a la Tierra de este sitio de honor que había ocupado erróneamente hasta entonces. Esta aparentemente sencilla corrección en esotéricas observaciones astronómicas, no sólo cambió radicalmente la concepción que el hombre tenía del Universo, sino que sembró la semilla de una revolución científica que culminaría 150 años después en la concepción newtoniana del mundo, sentando las bases de la ciencia moderna.

Las evoluciones científicas, al igual que las convulsiones políticas y sociales, son inevitables cuando el viejo orden establecido es ya inaceptable e insostenible. A principios de este siglo, se empieza a gestar una revolución científica que modificaría de raíz las teorías sobre la evolución y comportamiento de nuestro planeta. Esta nueva revolución científica iniciada por el meteorólogo berlinés Alfred Wegener, sustituye el concepto de una Tierra inmóvil y casi inerte donde los fenómenos geológicos eran explicados con base en movimientos verticales de origen casi misterioso (epeirogenismo), por una Tierra viva, pujante y en constante evolución donde los desplazamientos horizontales de la corteza terrestre juegan el papel protagónico en la evolución del planeta. La evolución de la hipótesis propuesta por Wegener en los últimos 80 años es un ejemplo interesante de una revolución científica que a mediados de este siglo integró, con una admirable capacidad de síntesis, la gran diversidad de observaciones independientes que se habían hecho de nuestra Tierra.

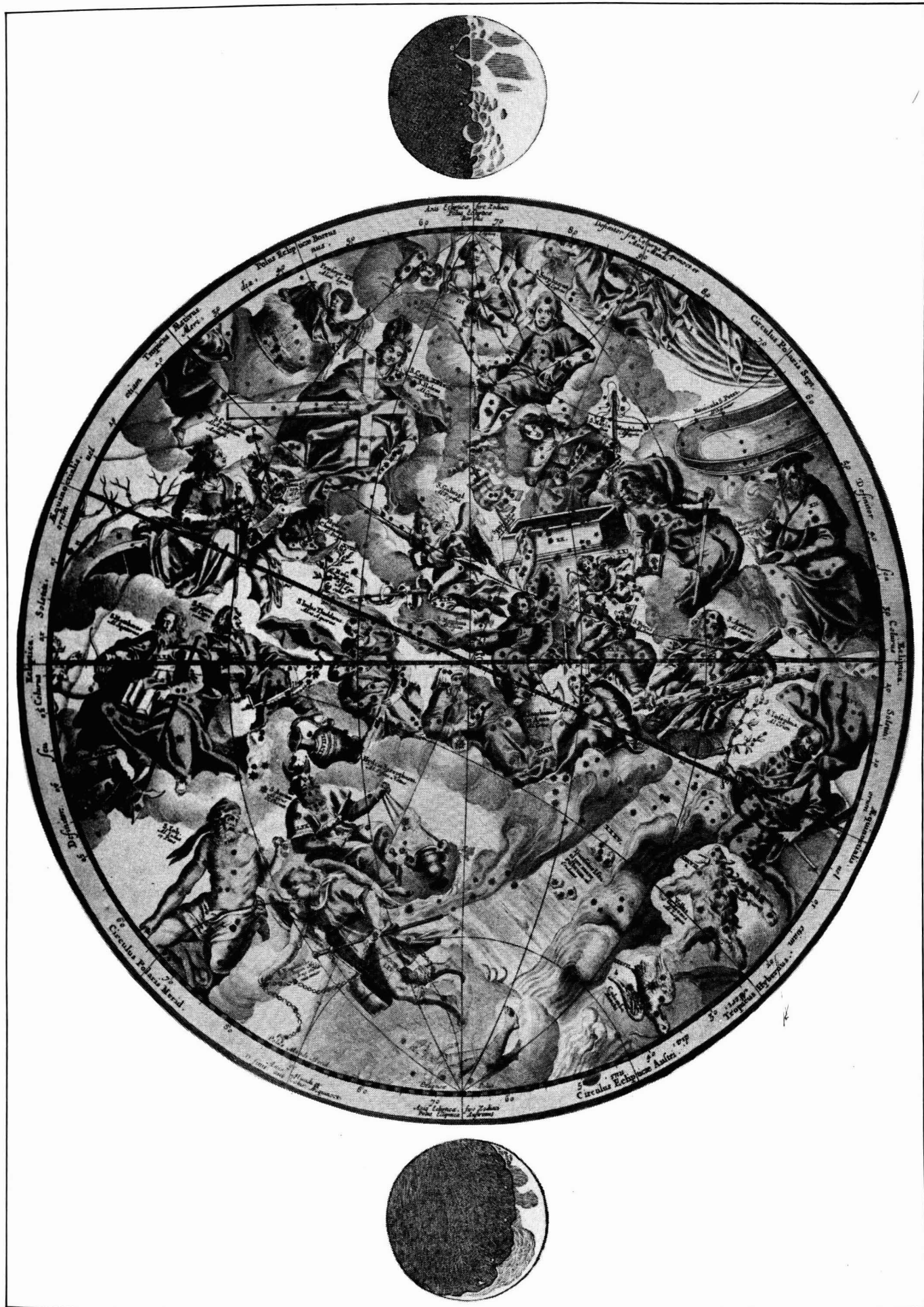
Wegener, un ávido lector de la literatura científica de la época, propone que los continentes se desplazan sobre la superficie de la Tierra, surcando los océanos como grandes balsas; de ahí el nombre de deriva continental. Insatisfecho con las teorías de la época, Wegener ve en estos desplazamientos horizontales de las masas continentales, la explicación del origen de las fallas y plegamientos de los estratos de roca, para

los cuales había en esa época sólo hipótesis *ad-hoc* que invocaban alternativamente una Tierra en contracción o la evidencia de movimientos verticales. La similitud de las líneas de costa entre África y América del Sur es otra evidencia adicional usada por Wegener para apoyar la deriva de los continentes.

Por otro lado, de sus lecturas en paleontología sabía que la evolución faunística en varios continentes era muy similar hasta cierto periodo, tomando después caminos evolutivos totalmente independientes. Desde Darwin, esta evidencia sugería que durante cierto tiempo debió de haber comunicación entre estas masas continentales. Para resolver este problema, se había propuesto, con imaginación casi homérica, la existencia de "puentes" continentales que como la Atlántida carecerían después derrumbados bajo los océanos. Resultaba ya embarazoso ver cómo la cantidad de puentes continentales requeridos se multiplicaba a medida que aumentaban los descubrimientos de fósiles.

Recuperándose de lesiones sufridas en la guerra, Wegener escribe en 1914 la primera versión de *El origen de los océanos y los continentes*, publicada por primera vez en 1915. En esta publicación Wegener describe las observaciones que lo llevan a postular su hipótesis y sugiere dos mecanismos para explicar el movimiento de los continentes. Argumenta que existe una fuerza producida por la rotación de la Tierra que empuja a los continentes hacia el Ecuador (Polfluchkraft), y que las fuerzas gravitacionales ejercidas sobre los continentes por el Sol y la Luna los induce a moverse hacia el oeste, a una velocidad que varía de acuerdo al tamaño de las masas continentales.

Si bien Wegener estaba en lo correcto en los principios generales, los argumentos que utilizó para fundamentar su teoría estaban totalmente equivocados: tuvo razón con los argumentos incorrectos. Por ejemplo, Wegener había intuido correctamente que Groenlandia, el sitio favorito para sus observaciones meteorológicas, y Europa, habían estado unidas en una época separándose posteriormente. Wegener llegó a esta conclusión estudiando los depósitos glaciales en ambos continentes, que pensaba habían sido depositados simultáneamente. Considerando que estos depósitos tienen apenas 50,000 años, la separación actual entre Groenlandia y Europa indicaba que éstas debían separarse a una velocidad de decenas de metros por año.



A sabiendas de que los cartógrafos de la época habían logrado medir la latitud de cualquier punto de la Tierra con una buena precisión, Wegener utilizó las mediciones sucesivas realizadas por el Servicio Cartográfico danés para probar que la velocidad de desplazamiento de Groenlandia propuesta por él era correcta. La cuarta edición del libro de Wegener, en 1929, cita los resultados preliminares obtenidos por los daneses, donde se reportaban desplazamientos entre Groenlandia y Europa de 36 metros por año; un desplazamiento horizontal casi nueve veces mayor que los errores promedio esperados y mil veces más grande que las velocidades ahora aceptadas. Casi en éxtasis, Wegener escribe a su suegro, el famoso meteorólogo alemán Wladimir Köppen, que las viejas ideas habían muerto: logró al fin comprobar su hipótesis.

Alfred Wegener muere un año después, en abril de 1930, durante una expedición meteorológica a Groenlandia. Para su desgracia, a pesar de haber tenido inicialmente una recepción cálida, aunque escéptica, entre gran parte de la comunidad geológica, sus ideas caen prácticamente en el olvido. El golpe mortal se da cuando los daneses repiten en 1936 y 1938 las observaciones usadas por Wegener. Descartando las erróneas observaciones hechas en 1922, se comprueba que no había habido en ese lapso ningún cambio importante de latitud, desavalando completamente la prueba usada por Wegener para comprobar la deriva de los continentes. Por otro lado, el inglés Sir Harold Jeffreys, uno de los geofísicos más notables de este siglo, con una elegante simplicidad demuele dos de los argumentos principales de Wegener. Jeffreys demostró que las propiedades mecánicas de las rocas que forman el fondo oceánico no permitirían a los continentes navegar a través de ellas como enormes transatlánticos, y menos aún a las velocidades propuestas por Wegener. Además, Jeffreys muestra que las fuerzas gravitacionales propuestas por el meteorólogo alemán para desplazar los continentes son tres órdenes de magnitud menores de lo estimado originalmente por él. Paradójicamente, Jeffreys vivió para ver que las ideas de Wegener —que tan duramente combatió— se comprobaban en los años sesenta con una avalancha de nuevas evidencias. Hasta su muerte, hace un par de años, utilizó su estatura académica y su formidable intelecto para debatir incansablemente, aunque sin éxito, las nuevas teorías.

En los años treinta la deriva continental pierde credibilidad, manteniendo sólo un número limitado de partidarios. Las argumentaciones científicas bajaron de tono y cantidad, asemejándose a una guerra de trincheras donde se disparaban ocasionales tiros a favor y en contra. La mayor parte de los partidarios eran geólogos del hemisferio sur liderados por A. du Toit, quienes abrumados por las evidencias a la mano veían la necesidad de un origen común para África y Sudamérica a pesar de las refutaciones de Jeffreys. Desdeñando los resultados cuantitativos de geofísico inglés, los geólogos del hemisferio sur, con una envidiable capacidad de observación y síntesis, seguían viendo en la deriva continental la explicación más lógica para explicar no solamente la similitud entre las líneas de costa de África y América del sur, sino en especial el registro fosilífero y la similitud geológica que existe entre ambos continentes.

En retrospectiva, al estudiar el desarrollo de la deriva continental a principios de este siglo, es claro que el problema fundamental radicaba en que en esa época no había los métodos ni los instrumentos necesarios para demostrar la hipótesis de Wegener. El mundo tendría que esperar 30 años más para hacer las mediciones necesarias.

Las observaciones iniciadas en 1950 de las características del fondo oceánico, financiadas primordialmente por las necesidades militares de la estrategia antisubmarinos en la época más álgida de la guerra fría, proporcionaron un verdadero alud de información que para 1965 demandaba de nuevo grandes desplazamientos de los continentes para su explicación. Entre 1965 y 1968, en medio de un desarrollo intelectual vertiginoso, un grupo de jóvenes científicos, trabajando fundamentalmente en tres instituciones: el laboratorio Scripps de la Universidad de California en San Diego, el Observatorio Geológico de Lamont-Doherty de la Universidad de Columbia, y la Universidad de Cambridge, lograron sentar las bases teóricas necesarias y proponer los mecanismos que finalmente dieron solidez al viejo y empolvado sueño de Wegener.

Ya hacia finales de los años sesenta, la comunidad científica internacional se había convencido casi en su totalidad de que los continentes efectivamente habían sufrido desplazamientos horizontales de miles de kilómetros. De hecho, se demostró que los actuales continentes estaban agrupados hace aproximadamente 250 millones de años en un gran supercontinente llamado *Pangea*: todas las tierras; su desintegración es responsable de nuestra geografía actual. La velocidad promedio de los movimientos relativos entre las masas continentales, sin embargo, se ha demostrado ser del orden de varios centímetros al año, un valor mil veces menor que lo especulado por Wegener.

Por otro lado, lo que podría parecer un mero capricho semántico, el nombre de deriva continental, fue desechado y en su lugar se propuso el nombre de tectónica de placas. Esto debido a que se demostró que los continentes no surcan los fondos oceánicos como grandes barcos —como Jeffreys demostró correctamente en los años veinte— sino que son transportados sobre los cascarones que forman la superficie de la Tierra como si estuviese en enormes bandas transportadoras. A estas piezas de aproximadamente 80 km de espesor que forman la superficie de la Tierra se les dio el nombre de placas tectónicas (del griego construir). Estas placas tectónicas repavimentan constantemente, por así decirlo, la superficie de la Tierra, al ser creadas de material fundido que emerge del interior de la Tierra a lo largo las grandes cadenas montañosas del fondo oceánico, y se destruyen al chocar con otra placa, sumergiéndose al interior de la Tierra en un proceso continuo de rejuvenecimiento.

A Alfred Wegener debemos el inicio de una teoría, que a pesar de cimentada sobre bases falsas, años más tarde se demostraría correcta en términos generales. Su gran mérito es haber propuesto en forma empírica, sin apoyo teórico u observacional, las bases de una teoría que sintetiza y ordena datos geológicos y geofísicos de gran diversidad obtenidos durante casi 200 años de experimentación y observación en esta joven disciplina que es la ciencia de la Tierra. ◇

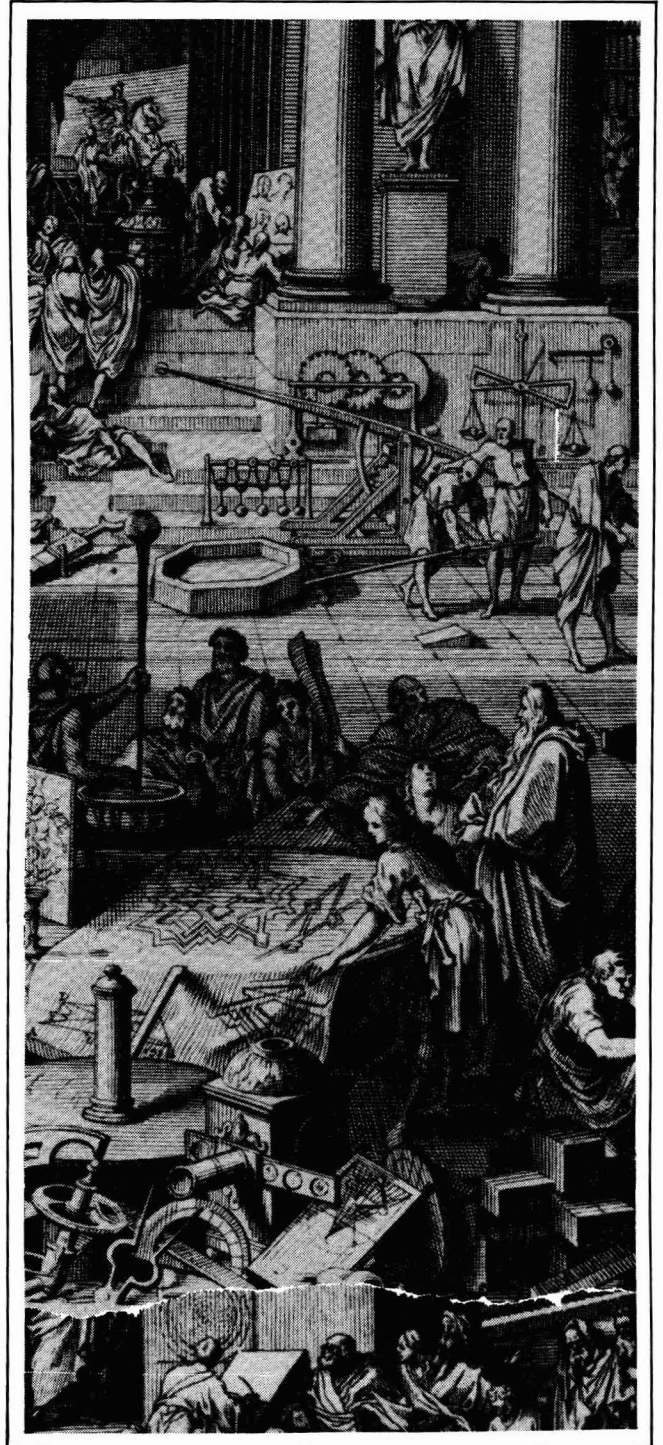
Agua Subterránea: Recurso y desafío

1. Introducción

El suelo que pisamos generalmente no es impermeable porque tiene huecos que permiten el paso del agua. No todo el espacio que ocupan los suelos está lleno de los granos que los forman, sino que hay intersticios vacíos que además de permitir la circulación de líquidos tales como el agua o el petróleo, tienen la capacidad de almacenarlos. A las formaciones del suelo y del subsuelo que permiten la circulación y tienen la capacidad de almacenar el agua se les llama acuíferos. El recurso que de esta manera se acumula es el agua subterránea. La hidrología del agua subterránea es la ciencia que estudia la afloración, distribución y movimiento a través de la superficie de la Tierra, de este recurso. Geohidrogeología es sinónimo de hidrología del agua subterránea. En cambio, el término hidrogeología tiene una significación ligeramente diferente, ya que esta disciplina pone su énfasis en la geología.

La explotación y desarrollo del agua subterránea datan de los tiempos más remotos. El Antiguo Testamento contiene numerosas referencias acerca del agua subterránea, de fuentes y pozos. Grandes túneles de agua subterránea construidos en Persia y Egipto 800 años antes de Cristo, han sido descritos por Tolman. Por otra parte, el agua subterránea constituye un recurso escondido que sólo en ocasiones se pone en evidencia a través de fuentes y manantiales, por lo que los fenómenos asociados han despertado el interés de los científicos y pensadores de todos los tiempos. Así, escritores y filósofos griegos y romanos trataron de explicar el origen de los manantiales y con mayor generalidad del agua subterránea, y sus teorías van desde la pura fantasía, hasta conjeturas más cercanas a la realidad, que constituyen valiosos antecedentes del conocimiento contemporáneo.

Homero y Platón creían que el agua que brotaba de las fuentes y manantiales provenía del mar, conducida por canales subterráneos a través de las montañas que la purificaban, de donde era llevada a la superficie. Aristóteles sugirió que el aire penetraba en las frías cavernas del interior de las montañas, donde se condensaba en agua. Mucho más realista fue el arquitecto romano Vitruvius, quien se adelantó a sus contemporáneos al sugerir la teoría de la infiltración, que es la concepción contemporánea del origen de este recurso.



Sin embargo, el estancamiento intelectual característico de la Edad Media, afectó por igual a la geohidrología, por lo que no hubo avance hasta el final del Renacimiento. El alfarero y filósofo francés Bernard Palissy (1510-1589) revivió la teoría de la infiltración, pero no fue escuchado por sus contemporáneos. Todavía en la primera parte del siglo XVII no se creía que el agua de los manantiales pudiera derivarse del agua de la lluvia, porque se estimaba que la cantidad era insuficiente y que la tierra era demasiado compacta. El eminente astrónomo alemán Juan Kepler (1571-1630), en esta materia permitió que su imaginación dominara a su espíritu científico ya que sostuvo que la tierra se comportaba como un enorme animal, que bebía agua de los océanos, la digería, la asimilaba y luego, al final de estos procesos fisiológicos, la convertía en agua subterránea. Mejor estuvo, aunque no mucho, el matemático y filósofo francés René Descartes (1596-1650), quien a pesar de su grandeza como científico y pensador, optó por revivir la teoría de los griegos que sostenía que era el agua del mar, completada con procesos de vaporización y condensación dentro de la tierra, la que daba origen al agua subterránea.

Curiosamente, fue un abogado francés, Pierre Perrault (1608-1680), quien superó estas ideas de Descartes, lo que logró midiendo la lluvia caída durante tres años y calculando el desagüe de la cuenca superior del río Sena. En 1674 sus resultados mostraron que la precipitación en la cuenca era seis veces la descarga del río, con lo que probó que el volumen del agua de lluvia era compatible con la teoría de la infiltración. Los resultados de Perrault fueron confirmados por el físico francés Edme Mariotte (1620-1684). Fue así como la teoría de la infiltración se estableció en forma definitiva. A mayor abundamiento, el astrónomo inglés Edmund Halley (1656-1742), realizó 1693 medidas de la evaporación, demostrando que la evaporación del agua del mar era suficiente para explicar todos los manantiales y corrientes del mundo.

Durante el siglo XVIII se establecieron los fundamentos de la geología que permitieron mejorar la comprensión de los fenómenos asociados al agua subterránea. Posteriormente, en el siglo XIX, el ingeniero hidráulico francés Henri Darcy (1803-1858), estudiando el flujo del agua en arenas obtuvo un resultado de gran trascendencia, que hasta la actualidad ha constituido el ingrediente de los modelos matemáticos del flujo de fluidos a través de medios porosos. En su tratado de 1856 estableció la relación, conocida como Ley de Darcy, que permite deducir la velocidad de flujo cuando se conoce el gradiente hidráulico. A partir de entonces el desarrollo de la hidráulica subterránea ha sido vigoroso. Por la importancia de sus contribuciones merecen mención: Boussinesq, Dandré, Dupuit, Forchheimer y Thiem. Posteriormente a ellos son Dacher, Imbeaux, Keilhack, Koehne, Kozeny y Prinz. Muchos de los progresos de la hidrología subterránea habidos en la primera mitad del presente siglo fueron motivados por O. E. Meinzer, quien impulsó a muchos hombres a investigar las aguas subterráneas.

Los progresos de la modelación matemática del flujo del agua y el transporte de sustancias en ella disueltas, pueden sin gran dificultad atribuirse a investigadores en forma específica, identificando las publicaciones en que han aparecido las fór-



mulas correspondientes. A partir de la contribución de Darcy ya mencionada, la hidráulica de pozos fue desarrollada sucesivamente por Dupuit (1863), Thiem (1870), Webber, Theis (1935) y Jacob (1940). Los primeros modelos para la descarga del agua subterránea en ríos y lagos fueron desarrollados por Boussinesq (1905) y Maillet. Contribuciones fundamentales a los métodos generales para la simulación del flujo del agua subterránea fueron hechas por Forchheimer (1886), Muskat (1937) y Hubbert (1940), aunque posteriormente muchos más han participado en estos desarrollos. Aprovechando el rápido avance que ha habido en la computación electrónica, el progreso de la modelación matemática de los procesos que tienen lugar en el agua subterránea ha sido impresionante.

2. Ocurrencia del agua subterránea

Los estratos que están por debajo de la superficie son los que determinan la distribución de las aguas subterráneas. Por eso el conocimiento de la geología es el punto de partida para la comprensión de esa clase de recursos. A los huecos o intersti-

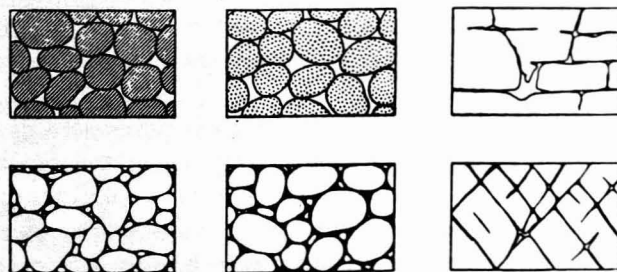


Figura 1 Tipos de porosidad



cios de una formación se les llama poros (Figura 1). En realidad, a la geohidrología le interesan solamente los que están interconectados, ya que los que se encuentran aislados resultan irrelevantes pues el agua que en ellos se encontrara estaría atrapada y sería incapaz de participar en la dinámica del sistema.

La magnitud de la porosidad de un estrato determina su capacidad para almacenar agua. Por lo que se refiere a la facilidad con que el agua transita o fluye a través de una formación, ella no está determinada exclusivamente por la porosidad, sino que depende de una combinación de factores que resultaría inapropiado pretender explicar en este breve artículo. Además, es necesario distinguir la capacidad de almacenar agua, la cual depende exclusivamente de la porosidad, de la capacidad para cederla, la cual depende además de la deformabilidad o elasticidad de la formación. El lector comprenderá fácilmente esta distinción si piensa en una esponja llena de agua. El volumen de líquido contenido en la esponja está determinado por el volumen de los poros, pero para extraerlo de la esponja es necesario que la esponja sea deforma-

ble. En particular, si la esponja fuera rígida sería imposible recuperar el agua contenida en ella.

La porosidad de los acuíferos puede tener orígenes diversos, como se muestra en la Figura 1. Los suelos y las arenas están formados por granos más o menos redondeados, incapaces de ajustarse perfectamente entre sí, por lo que necesariamente dejan huecos. En cambio los estratos formados por rocas ígneas o volcánicas, que en su estado original serían completamente impermeables, llegan a presentar una porosidad importante únicamente cuando están fracturados. Debido al elevado vulcanismo del territorio mexicano, este tipo de acuíferos es abundante en nuestro país. Otro ejemplo de formaciones abundantes en México, son las calizas. Ellas también en su estado original, son impermeables. Sin embargo, debido a procesos diversos parte del material que las forma puede ser disuelto desarrollando innumerables huecos, lo que les proporciona porosidad y permeabilidad considerables que las puede convertir en magníficos acuíferos.

Por otra parte, el agua puede llenar los poros de la matriz porosa o por el contrario puede no llenarlos. En el primer caso, se dice que el material está saturado. Por eso, en los acuíferos, se suele distinguir entre zonas saturadas y otras que no lo están. Generalmente la saturación varía en la dirección vertical (Figura 2), estando la parte más profunda del subsuelo saturada. A la parte más superficial, que no está saturada, se le llama zona de aireación. En ella los poros están ocupados por agua y aire. La altura del límite superior de la zona de saturación corresponde al nivel freático y la superficie freática es la que separa a la zona saturada de la zona de aireación.

A los acuíferos que están limitados superiormente por un estrato impermeable se les llama confinados (Figura 3) y cuando éste no es el caso decimos que el acuífero es libre. La distribución mostrada en la Fig. 2 corresponde a un acuífero libre. En cambio, los acuíferos confinados frecuentemente están saturados en toda su extensión, por lo que no hay zona de aireación ni existe superficie freática. Sin embargo, si en un acuífero confinado que está saturado hacemos una perforación, como se muestra en la Fig. 3, el agua se elevará hasta un nivel igual al que ocuparía la superficie freática si no existiera el confinamiento que la limita. A esta altura se le llama nivel

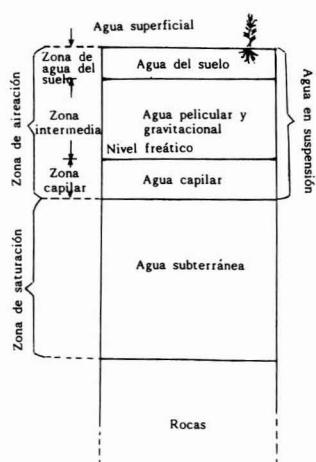


Figura 2 Distribución del agua en el subsuelo

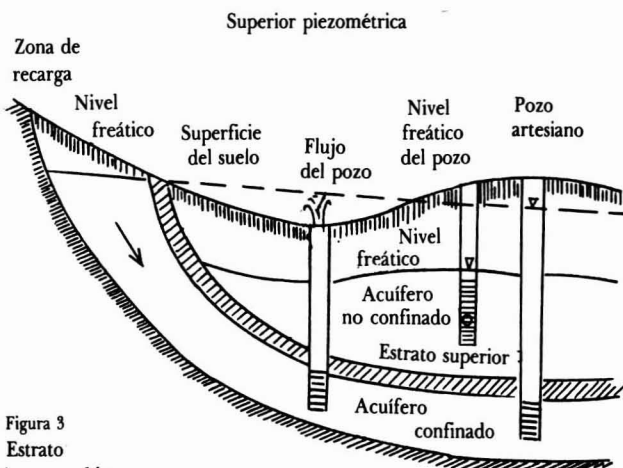


Figura 3 Estrato impermeable

piezométrico. Al respecto, es importante distinguir dos situaciones posibles: que el nivel piezométrico esté por debajo de la superficie del terreno o que por el contrario esté por encima de la misma. En el primer caso, al perforar un pozo el nivel se eleva hasta cierta altura en su interior, sin producirse ninguna manifestación superficial. En cambio, en el segundo caso el nivel del agua se elevará más allá de la boca del pozo dando lugar a un pozo brotante, también llamado artesiano. De paso esto aclara el misterioso origen de los manantiales o fuentes brotantes. Si en vez de existir un pozo, hubiera un fracturamiento o con mayor generalidad una comunicación de origen natural del acuífero con la superficie, la corriente que así se originaría se manifestaría como un manantial.

Los acuíferos libres, al no estar limitados superiormente por una capa impermeable están comunicados verticalmente con el exterior y pueden ser recargados por la lluvia que caiga en la superficie de la zona en que se encuentren. En el caso de los acuíferos confinados esto no es posible. El agua que contienen los acuíferos confinados y la recarga con que se recuperan cuando se les extrae el líquido contenido en ellos, proviene de zonas alejadas frecuentemente localizadas en las montañas, donde las formaciones que los constituyen emergen a la superficie (Fig. 3). Cuando la elevación de la montaña donde se recargan es superior a la del acuífero, eso mismo puede provocar que el nivel piezométrico sea mayor que la superficie del terreno donde subyace el acuífero. El fenómeno es esencialmente el mismo que el de los vasos comunicantes.

Pero no es ésta la única forma en que puede surgir un manantial. En ocasiones existen fracturas que llegan hasta grandes profundidades en la corteza de la Tierra donde, especialmente en zonas volcánicas, las aguas se ponen en contacto con magma a altas temperaturas. Se eleva así la presión y la temperatura de estas aguas subterráneas. La alta presión provoca que el nivel piezométrico se eleve por encima del nivel del terreno al que subyace el acuífero. Surge así una fuente termal, cuyas aguas suelen estar sumamente mineralizadas ya que disuelven muchos de los minerales de las rocas con que han estado en contacto. Si la presión es sumamente grande aparece un geyser o un campo geotérmico capaz de generar muchos kilovatios de energía. En el territorio mexicano abundan este tipo de manifestaciones, debido a su alto vulcanismo. En la actualidad los campos geotérmicos de Cerro Prieto, uno de los más grandes del mundo, y de los Azufres están siendo explotados para la producción comercial de electricidad, en los estados de Baja California y Michoacán, respectivamente.

3. Estudio del agua subterránea

El estudio del agua subterránea es eminentemente interdisciplinario. Como el agua se encuentra en un medio geológico su estudio requiere de un planteamiento que incluye en primer lugar la definición del tipo de roca en que ésta circula, la geometría y distribución de las unidades permeables e impermeables que conforman el acuífero. La localización y en general el conocimiento de las cuencas subterráneas se realiza por medio de estudios geológicos y geofísicos. La evaluación del potencial disponible y la predicción de su comportamiento, necesita del

desarrollo de modelos matemáticos que se aplican por medio de las computadoras electrónicas. En casos como el de la Ciudad de México, esta clase de modelos permiten también predecir el hundimiento del suelo que provoca la extracción del agua subterránea.

Su calidad está controlada por factores tanto naturales como por otros que dependen de la actividad humana. Las interacciones químicas entre el agua y las formaciones geológicas que atraviesa son frecuentemente complejas. Aún más complejos son los procesos que controlan la contaminación antropogénica. El desarrollo industrial ha dado lugar a la generación de más de 40,000 compuestos orgánicos de carácter tóxico que pueden incorporarse al flujo subterráneo degradando la calidad del agua. Más de 5,000 de estos compuestos son producidos por la industria nacional. A pesar de todo esto, la calidad del agua subterránea es en general mejor que la del agua superficial, debido a que su vulnerabilidad a la contaminación es mucho menor. El cauce de un río llega a contaminarse fácilmente en tanto que en un acuífero es un proceso lento y más complejo. En el caso de la Ciudad de México, sus acuíferos están protegidos por una gruesa capa de arcilla, de poca permeabilidad que se extiende en el subsuelo.

La simulación computacional de los sistemas acuíferos es ya una herramienta necesaria en la planteación y administración de este recurso. Conocer la evaluación tanto de la cantidad como de la calidad, es indispensable para definir las políticas de explotación de los acuíferos. Es por eso que es necesario modelar con métodos matemáticos tanto el flujo como el transporte, ya que de este último depende la migración de los contaminantes.

Finalmente, la isotopía hidrológica (análisis isotópicos de Deuterio, Oxígeno-18, Tritio, Carbono-14, Azufre-34, Radón, etcétera) ofrece resultados complementarios en estudios hidrogeológicos. Mediante ellos es posible conocer origen y edad de las aguas.

En países en vías de desarrollo como el nuestro, hasta hace un par de decenios bastaba con hacer una noria o un pozo medianamente profundo (50 m) para disponer del vital elemento, si es que no se contaba con un cauce superficial (río, arroyo, manantial o un reservorio natural (lago, laguna) de donde tomarlo sin mayor problema. La expresión "agua subterránea" era, y en algunas áreas aún sigue siendo, un término raro. Se llegaba a pensar en "ríos subterráneos", en "venas de agua" que circulan por donde Dios o la Madre Naturaleza dispone. Se le veía como un recurso escondido, inagotable, que está a la disposición de todos.

Como recurso no se le valora suficientemente. Muchos de nuestros compatriotas aún no se percatan de que su localización y aprovechamiento necesita de muchos estudios y de investigaciones científicas.

La Universidad debe jugar un papel importante en el mundo del agua subterránea. Su participación tanto en investigaciones tendientes a ampliar el conocimiento de los sistemas acuíferos, como en la formación de personal de alto nivel para la administración científica de este recurso subterráneo, constituyen un desafío que debemos atender para beneficio del país. ◇

De Volcanes y Erupciones



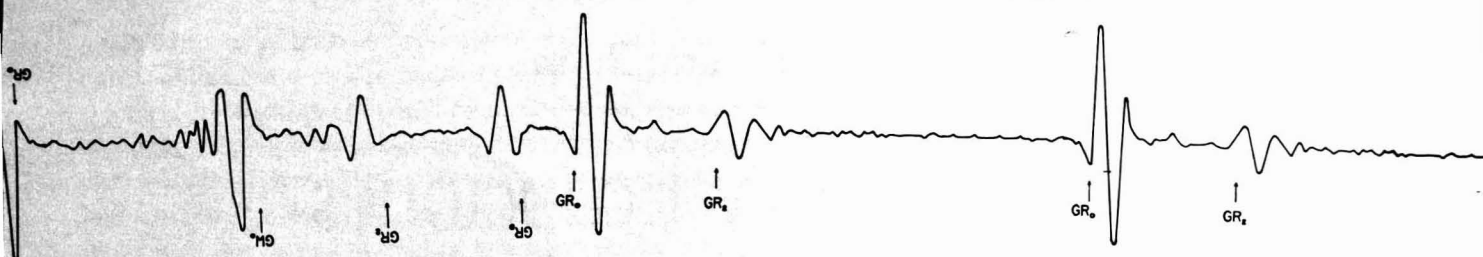
Platón escribe en uno de sus *Diálogos*¹ (Timeo) refiriéndose a un poderoso Estado que dominaba, además de su isla a muchas otras, y a diversas tierras continentales incluyendo partes de Libia y Egipto en África, y Tyrrenia en Europa: "Mas en los tiempos sucesivos, ocurrieron intensos terremotos e inundaciones, y en un solo día, en una noche fatal, todos los guerreros que había en vuestro país fueron tragados por la tierra que se abrió, y la isla Atlántida desapareció entre las olas; éste es el motivo de que todavía hoy día no pueda recorrerse sin explorarse este mar, porque la navegación encuentra un obstáculo invencible en la cantidad de limo que la isla depositó al sumergirse..." Y continúa en Critias: "(Esa isla) ...que sumergida hoy por los temblores de tierra en el fondo del mar, no es más que un légamo impenetrable que constituye un obstáculo a los navegantes y no permite atravesar aquella parte de los mares."

La leyenda de un mítico estado de la Atlántida posiblemente surgió de un hecho real, ocurrido unos mil años antes de que Platón escribiera sus *Diálogos*, no en una gran isla del Atlántico, sino en una isla menor del Mediterráneo, cerca de los grandes centros culturales de la antigüedad. La isla Santorini del archipiélago de las Cícladas en el mar Egeo, a unos 110 Km al norte de Creta, está formada por los restos del volcán Thera, que tuvo una terrible erupción hace unos 3,400 años.

¹ Platón. *Diálogos*. 18a edición, Porrúa, México, 1979.

Este evento es aproximadamente contemporáneo (aunque probablemente anterior) a la extinción de la civilización minoica, que floreció en Creta y en algunas otras islas cercanas, y posiblemente esté también relacionado con la decadencia del imperio hitita. Se puede especular que la ocurrencia de otro fenómeno asociado a la erupción, produjo daños tan considerables en los asentamientos costeros y en las flotas de ambos pueblos que los condujo a su ruina económica y al debilitamiento ante sus enemigos. Se trata del tsunami o maremoto, una onda marina generada por la explosión y el movimiento del fondo marino provocados por la erupción volcánica. Esta onda se propaga por el interior del agua, sin manifestarse en la superficie. Pero cuando llega a una costa o litoral donde el espesor de la capa de agua disminuye, la gran energía que acarrea, al concentrarse en volúmenes menores de agua, genera una enorme ola de gran poder destructivo, capaz de alcanzar varias decenas de metros de alto.

Algunos pasajes bíblicos describen otros fenómenos que podrían también asociarse a esa erupción y a los sucesos mencionados por Platón. Por ejemplo, entre las plagas de Egipto, se menciona un oscurecimiento del Sol por tres días, el enrojecimiento de las aguas del Nilo, la ocurrencia de pestes mortíferas y la caída de "granizo" y fuego. Estos fenómenos pueden explicarse como los efectos de una nube de productos volcánicos, ceniza y gases principalmente, producida por la columna eruptiva del Thera, que al ser dirigida por vientos estratosféricos en una dirección preferente hacia el sur y sureste, provocó lluvias de ceniza sobre los asentamientos a lo largo del Nilo, bloqueó la luz solar y contaminó sus aguas.



Algunas de estas descripciones son similares a las que 22 siglos después se reportarían² desde Batavia (hoy Jakarta) refiriéndose a la catastrófica erupción del volcán Krakatau. Los siguientes son extractos de dos telegramas recibidos en Singapur desde la capital de Indias Orientales Holandesas (Indonesia) el 27 y 28 de agosto de 1883: "Durante la noche terribles detonaciones desde Krakatau se escucharon hasta Soerakarta" (reportes posteriores indican que las explosiones se escucharon hasta la Isla Rodríguez en el Océano Índico, a más de 4,650 km): "Serang en la oscuridad total toda la mañana...La temperatura ha descendido diez grados"... "Llueven piedras...varias aldeas devastadas"... "Los botes Actaea y Elisabeth (situados a 193 km al oeste y 32 km al norte del Krakatau respectivamente) reportan el día como muy oscuro y una caída continua de polvo fino"... "Ayer por la mañana enormes olas (posteriormente se determinaron de 40 m de altura) se aproximaron rugiendo...Anjer Tjeringin y Telok Betong destruidos."

El comandante Van Doorn de la marina holandesa reportó las observaciones hechas por el barco Hydrograaf, a fines de septiembre de 1883, sobre la desaparición de la mayor parte de la isla de Krakatau: "Se ordenó a nuestro barco explorar el estrecho de Sunda... Krakatau no ha desaparecido por completo, aunque hasta ahora no se observan nuevos volcanes en las cercanías... las nuevas islas entre Sebesie y Krakatau son como una masa de rocas humeantes." Posteriormente otros barcos reportaron los cambios en el fondo marino que dificultaban la navegación en el estrecho de Sunda y regiones vecinas y concluyeron que se debían al depósito de unos 6.3 km cúbicos de detritos de los materiales que formaban la isla, la cual tenía un volumen de casi 6.8 km cúbicos antes de la erupción.

Del estudio de la erupción del Krakatau, y de los depósitos de materiales volcánicos emitidos durante la erupción del Thera, se pueden inferir algunas características comunes de ambos eventos. Estos volcanes-isla no eran nuevos, sino complejos edificios volcánicos formados por varios episodios anteriores de actividad. Por ejemplo, del Thera se sabe que tuvo otra gran erupción hace unos 100,000 años, y que otras erupciones menores fueron conformando las islas donde se asentaban algunos de los grupos minoicos. Del Krakatau existen reportes de erupciones importantes en el siglo III y en el año 1680.

El clímax de la actividad eruptiva de los grandes eventos del Thera y del Krakatau estuvo, en ambos casos, precedido por manifestaciones precursoras, temblores y erupciones menores que, en el caso del Thera, fueron reconocidas como tales y

motivaron una evacuación de la isla Santorini, como lo sugieren los restos de algunas edificaciones bien preservadas por los depósitos volcánicos, y de las cuales en ninguna se han encontrado restos humanos.³ En ambos casos también se generaron tsunamis destructivos y las columnas eruptivas de las erupciones se dispersaron sobre grandes extensiones. Actualmente se piensa que en el caso del Krakatau, este efecto modificó sustancialmente el clima de todo el planeta durante los cuatro años subsiguientes a la erupción, y es muy probable que un fenómeno similar se diera tras la erupción del Thera.

El clímax de las erupciones se desarrolla cuando grandes cantidades de magma, roca volcánica fluida generada a grandes profundidades bajo un volcán, a temperaturas por encima del punto de fusión y muy ricas en gases disueltos, quedan expuestas a presiones relativamente reducidas por ascender a profundidades someras. Al encontrar el magma caminos hacia la superficie, los diversos gases en solución se separan abruptamente de la roca fundida, formando burbujas que se expanden con tal rapidez que en ocasiones se producen explosiones con una potencia equivalente a varias decenas de megatones.

La roca fundida es entonces atomizada por los gases en expansión y el mismo proceso produce una baja en la temperatura que puede solidificar parcial o totalmente los fragmentos de roca, los cuales pueden tener desde la consistencia de un polvo finamente molido (ceniza volcánica), en las fases más explosivas, hasta dimensiones de varios centímetros cuando el proceso explosivo es incompleto. En algunos de estos fragmentos mayores es posible observar las burbujas en el material volcánico vidriado (pómez). La ceniza volcánica puede ser arrastrada a grandes alturas por el proceso eruptivo, penetrar la estratosfera y propagarse horizontalmente, bloqueando la luz solar y produciendo lluvias de fino polvo sobre grandes extensiones.

Los casos de Thera y Krakatau mencionados aquí, aunque no representan de ninguna manera las erupciones más grandes posibles, tienen el doble interés de haber producido una diversidad de manifestaciones y efectos sobre el suelo, la atmósfera y el océano, y debe provocar efectos tan marcados sobre extensas áreas pobladas como para cambiar significativamente el curso de sus historias. Existen también numerosos casos de erupciones con efectos devastadores sobre poblaciones concentradas en áreas relativamente menores alrededor de los volcanes. Tal es el caso de la erupción del año 79 del Vesubio, a la cual se refiere Plinio el Joven en un detallado y objetivo relato, o de las erupciones del Monte Pelée en Martinica, que destruyó la ciudad de St. Pierre en 1902, y de El Chichón en Chiapas que, en 1982, causó cerca de dos mil víc-

² Simkin, T. y Fiske R. Krakatau 1883, *The volcanic eruption and its effects*. Smithsonian Institution Press. Washington D. C., 1983.

³ Heiken G. y McCoy F. (1984) *Caldera development during the Minoan Eruption*, Thira, Cyclades, Greece. Jour. Geophys. Res. 89-B10: 8441-8462.



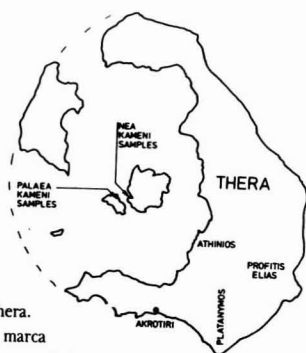
timas. De hecho, durante los siglos XVIII al XX, en los que existen reportes mejor documentados, se estima que en el mundo han perecido más de 250,000 personas por efectos de erupciones volcánicas.

Esta situación nos plantea la necesidad de definir de una manera consistente conceptos como la probabilidad de ocurrencia de un cierto tipo de erupción y el impacto que ésta puede tener sobre el medio y la población. Tales conceptos se pueden reunir en uno solo: riesgo volcánico. El mejor conocimiento del riesgo volcánico (y de cualquier otro riesgo natural) es indispensable para elaborar racionalmente los mecanismos para su mitigación. Dado que las componentes del riesgo pueden analizarse separadamente, tratemos primero algunos aspectos referentes al tamaño o magnitud de las erupciones y sus probabilidades de ocurrencia.

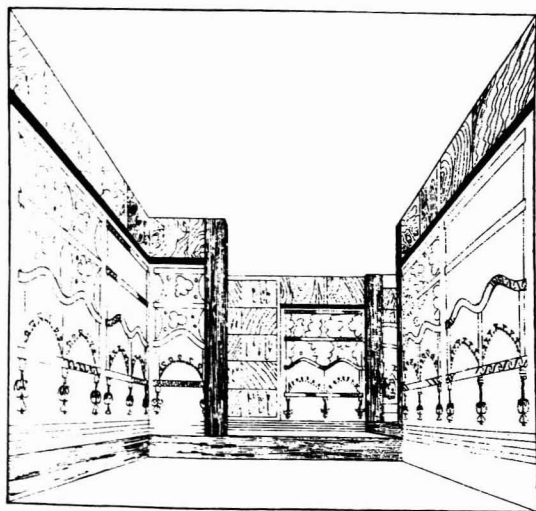
Las erupciones antes mencionadas son sólo algunas de las que han tenido importancia histórica. Actualmente, más de 1,300 volcanes en el mundo son susceptibles de manifestar algún tipo de actividad, y por lo menos unos 600 volcanes han tenido episodios de actividad en tiempos históricos.

Desde luego esas erupciones no siempre tiene un carácter

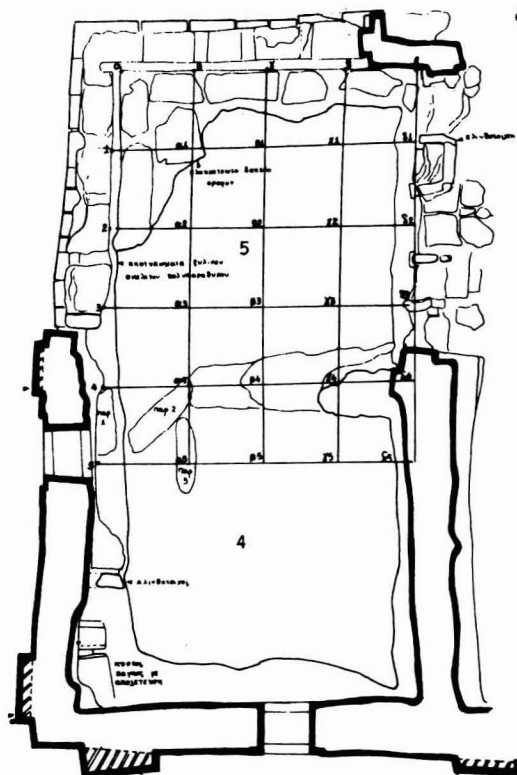
catastrófico. La actividad volcánica se puede dar sobre un amplio rango de formas y de grados de violencia, que pueden manifestarse a través de distintos fenómenos. Así, en la erupción del Krakatau, la destrucción de la isla, la gran columna eruptiva y el tsunami fueron las componentes más destructivas. En erupciones como las del Vesubio, el Monte Pelée o El Chichón, los flujos piroclásticos, nubes ardientes de ceniza volcánica que descienden por los flancos del volcán a gran velocidad, representan el factor más destructivo. Pero también ocurren en el mundo numerosas erupciones de menor violencia. El Parícutín, que nació en 1943, desarrolló una actividad relativamente menos violenta. Si bien hubo explosiones, éstas fueron menores y los flujos de lava que produjeron avanzaron con lentitud y no causaron víctimas. En una erupción del tipo hawaiano, son los flujos de lava que avanzan a velocidades de varios kilómetros o decenas de kilómetros por hora, los que representan el principal mecanismo de transporte de energía, pero carecen de explosividad. Y muchos volcanes del mundo han producido y están produciendo frecuentes erupciones menores, consistentes efusiones moderadas de lava o simplemente en fumarolas.



Mapa de la isla Thera.
La línea punteada marca
la forma de la isla antes de la erupción



Reconstrucción de una casa de Akrotiri



Plano de Akrotiri, ciudad therana



De aquí puede percibirse la dificultad en cuantificar el tamaño de las erupciones por medio de la asignación de una magnitud. En contraste con los temblores, en los que la energía generada durante la ruptura de grandes volúmenes de roca es transportada por un solo mecanismo, ondas de energía elástica, y cuyas amplitudes y duraciones pueden darnos una medida unívoca del tamaño de la ruptura, las erupciones volcánicas liberan energía por mecanismos muy diferentes. La energía puede entonces repartirse en distintas proporciones entre las diversas manifestaciones de las erupciones. Sin embargo puede definirse una escala de magnitudes de las erupciones basada, por ejemplo, en la energía total que disipan en diversas formas (térmica, cinética, sísmica, demolición total o parcial del edificio volcánico), y en la rapidez con que ésta es liberada.

Desde el año de 1500 hasta la fecha han ocurrido en el mundo 5,940 erupciones a las que se ha podido asignar una magnitud con estos criterios. Un análisis estadístico reciente de esta actividad, muestra una tendencia muy regular a que la probabilidad de ocurrencia de las erupciones explosivas decaiga exponencialmente con su magnitud⁴. Este análisis muestra que en un periodo de tiempo dado, cada magnitud ocurre con una frecuencia 5 a 6 veces menor que la inmediata inferior. Así por ejemplo, si una erupción de magnitud 6, como la de la del Krakatau de 1883 (correspondiente a una liberación total de energía del orden de 6×10^{25} ergs), ocurre en algún lugar del mundo con un periodo medio de ocurrencia de unos 170 años, en promedio ocurren, en otros volcanes del mundo, 5 o 6 erupciones de magnitud 5 (como la de El Chichón en 1982, con una energía liberada del orden de 10^{25} ergs) y unas 30 de magnitud 4 (como la del volcán de Colima en 1913) en el mismo periodo de tiempo.

¿Existe entonces la posibilidad, aunque sea remota, de que en algún momento de la historia de la humanidad, que hasta el momento representa tan sólo un instante de la historia del planeta, se produzca una erupción tan grande como para afectar sustancialmente la estabilidad de áreas del planeta del tamaño de, digamos, un continente?

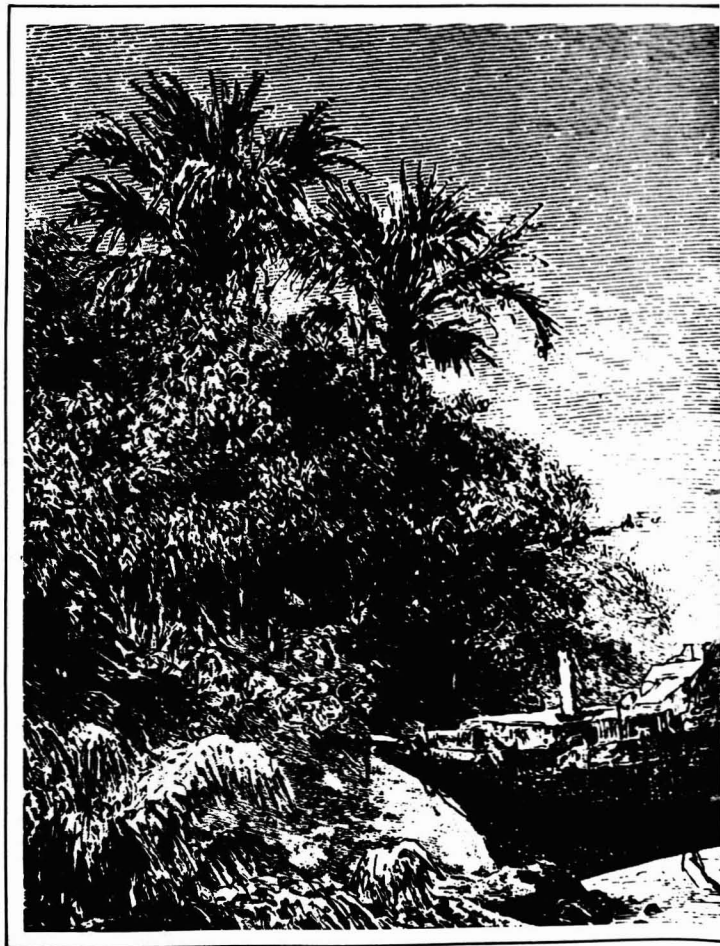
Esta pregunta es sin duda relevante al problema de la evaluación del riesgo volcánico global. Pero para poder constatarla es necesario ir más allá de los argumentos estadísticos y buscar una respuesta en los principios mismos que gobiernan los procesos terrestres.

La Tierra es un sistema dinámico que a lo largo del tiempo geológico ha evolucionado a tal grado que nos sería imposible vivir en este mismo planeta tal como era hace 4,000 millones de años. El carácter cambiante del planeta lo percibimos a tra-

vés de numerosos fenómenos que se desarrollan sobre diferentes escalas de tiempo. La deriva de los continentes y la formación de montañas ocurren a velocidades del orden de centímetros por año o por década respectivamente. Los terremotos y las erupciones volcánicas explosivas ocurren sobre tiempos del orden de segundos y horas o días respectivamente.

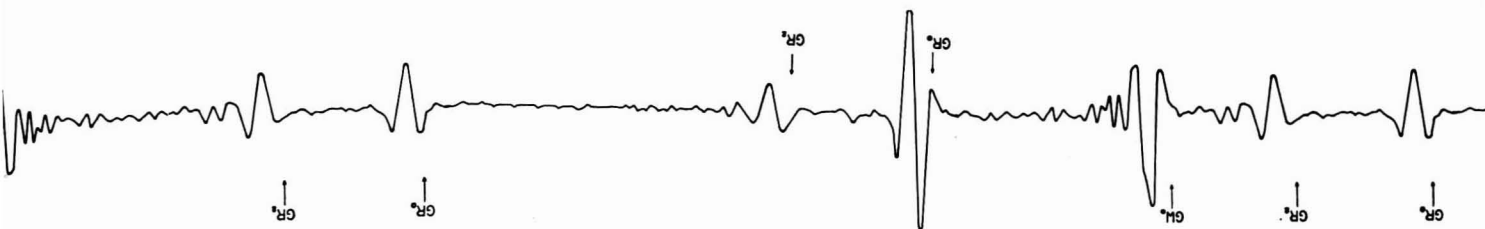
En todos los casos el planeta responde a distintos tipos de esfuerzos mecánicos y procesos termodinámicos manteniendo siempre los principios generales de conservación de masa, energía e ímpetu (o momentum). El balance de las distintas formas de energía disponibles en el interior de la Tierra y la naturaleza de los materiales que la constituyen, es lo que en un momento dado puede poner un límite a la cantidad de energía que puede ser concentrada en una pequeña región de la superficie para ser liberada como un solo evento de corta duración.

Así, la magnitud máxima que se ha observado en un terremoto corresponde a una liberación de energía sísmica en el orden de 10^{25} ergs. y una de las erupciones más grandes que se han producido como un solo evento es aquella que formó la caldera volcánica de Yellowstone hace unos 630,000 años, la que liberó del orden de 10^{28} ergs, cantidad que inciden-



El barco Berouw como se encontró, casi intacto, 2 1/2 km. tierra adentro

⁴ De la Cruz Reyna, S. *Poisson-distributed patterns of eruptive activity*. Bulletin of Volcanology, (1990).



talmente corresponde al flujo de calor del planeta en un año.

Podemos concebir a la Tierra como una especie de máquina térmica, obediente de las leyes de la termodinámica, en la cual las fuentes de energía de distinta índole (trazas de materiales radiogénicos, energía interna remanente del colapso gravitatorio primigenio y de la separación manto-núcleo, etcétera) mantiene su interior a muy alta temperatura, estimada en el orden de 4,000 grados absolutos. El calor que fluye desde el interior hacia la superficie, donde es radiado al espacio, es entonces la forma de energía que esta "máquina" transforma en movimiento, fundamentalmente a través de mecanismos convectivos. Este movimiento se manifiesta en la superficie como los lentos procesos que a escala global desplazan las grandes placas tectónicas que conforman su corteza superficial, acarreado continentes enteros como parte ellas.

Pero estos movimientos disipan a su vez energía en forma de calor adicional, dado que los materiales que componen al planeta tienden a oponerse al movimiento por mecanismos disipativos como son la fricción o la viscosidad. Es esta energía secundaria, disipada principalmente en regiones definidas, coincidentes con las márgenes de las placas donde los procesos

de fricción y por ende los esfuerzos son máximos, la que en gran medida contribuye a que la Tierra no se comporte como un sistema casi estacionario, que cambia muy lentamente en el tiempo, como ocurriría en ausencia de esta disipación secundaria. Al concentrarse la disipación de energía en los lugares donde los esfuerzos y las deformaciones son mayores, generan zonas bien definidas de alta actividad sísmica y volcánica que se manifiestan sobre escalas relativamente más cortas de tiempo.

Por la naturaleza misma de los procesos que gobiernan a las máquinas térmicas, tal energía secundaria no puede igualar o exceder a las fuentes primarias de calor. De allí que deban existir límites tanto al tamaño de ese tipo de eventos como a la frecuencia con que pueden ocurrir. Así por ejemplo, una gran erupción como la de Yellowstone aquí mencionada, por haber tomado una cantidad apreciable del monto energético disponible, no puede ocurrir frecuentemente. De hecho, de las consideraciones anteriores se ha podido establecer que el producto de la razón media de ocurrencia global por una magnitud dada es una constante. Esto significa que mientras mayor es la energía disipada por una erupción tanto más rara es su ocurrencia. Esto nos daría un periodo medio global de recurrencia del orden de 10% años para erupciones del tamaño de la de Yellowstone. Ello significaría que estadísticamente es concebible la ocurrencia de una erupción como esa, capaz de producir volúmenes de magma en el orden de los 1000 km cúbicos en un sólo evento (equivalente a una magnitud volcánica de 9.5), sobre periodos de tiempo comparables al que lleva el homo sapiens sobre la Tierra.

Los argumentos anteriores nos han provisto de algunas ideas generales sobre la distribución temporal de las erupciones. En lo que respecta a la distribución espacial de los volcanes activos (y de las regiones de alta sismicidad), es claro que coinciden en general con las márgenes de las placas tectónicas, zonas de mayor disipación que forman largos cinturones que rodean a la Tierra. Krakatau es sólo uno de los más de 120 volcanes que conforman el arco de islas de Sumatra, Java y las Sunda Thera es uno de los seis volcanes activos de Grecia y los 14 volcanes que han mostrado episodios de actividad en tiempos históricos en el cinturón volcánico mexicano son sólo una pequeña proporción de los casi 200 conos que conforman la distintas regiones volcánicas del país.

El nivel de riesgo, en el sentido mencionado aquí, combinación de probabilidad de ocurrencia con impacto sobre el medio, que puede asociarse a distintos volcanes mexicanos, no ha sido del todo determinado... ¿Cuál es la probabilidad de que un volcán dado produzca una erupción de cierto tamaño y características? ¿Cuáles serían los efectos de tal actividad sobre el medio, los asentamientos humanos y los medios de producción? La respuesta a estas preguntas requiere sin duda





un enfoque multidisciplinario que involucre aspectos vulcanológicos, sociales y políticos.

La vulcanología misma no puede considerarse como una sola disciplina, dada la gran diversidad de ramas que en ella convergen. Así por ejemplo, mientras el petrólogo describe el origen, evolución y clasificación de las rocas volcánicas, los geofísicos se concentran en el proceso eruptivo considerado como fenómeno termodinámico, o en analizar la dinámica del mismo o bien en estudiar e interpretar las manifestaciones sísmicas, anomalías gravimétricas, magnéticas y otras asociadas a la actividad volcánica o sus precursores. El estratígrafo ígneo estudia los depósitos de los productos de las erupciones volcánicas y reconstruye la historia y desarrollo de una erupción en detalle, mientras el geoquímico analiza e interpreta las distribuciones de elementos, isótopos y compuestos básicos de los productos volcánicos y el físico atmosférico o el especialista en radiaciones solares se interesa en el efecto de las cenizas y gases volcánicos sobre la atmósfera y el clima.

El número de especialistas en México ha sido suficiente para cubrir estos aspectos en todos los volcanes del país que lo

ameritan, con la profundidad que se hace en los países desarrollados con niveles de riesgo comparables y aun menores que el nuestro, los cuales cuentan con cuadros de investigación en las diversas ramas de la vulcanología entre 50 y 100 veces más numerosos que los nuestros. Y no sólo los aspectos propiamente vulcanológicos requieren mayor desarrollo. El estudio del impacto de un fenómeno eruptivo marca una frontera entre los aspectos formalmente vulcanológicos y aquéllos pertinentes a las ciencias sociales. ¿Cómo es la respuesta pública antes, durante y después de una crisis volcánica? Sólo la comprensión del fenómeno mismo y sus efectos pueden permitir al investigador social y al funcionario responsable analizar y modelar la respuesta del sistema social y económico ante una crisis. Lamentables experiencias recientes se tienen, cuando la falta de preparación y la poca comunicación y credibilidad de la comunidad científica se traducen en inacciones que conducen al desastre, como fue el caso de la actividad del volcán Nevado de Ruiz en Colombia. Allí, una erupción volcánica relativamente pequeña (a la que podría asociarse una magnitud cercana a 3) disparó una avalancha de lodo producido por la mezcla de ceniza, nieve y agua, que devastó un área considerable y produjo 25,000 víctimas.

El desarrollo actual de todos los aspectos de la vulcanología y de las tecnologías de detección y reconocimiento de fenómenos precursores a las erupciones permiten, si se cuenta con los fondos adecuados, instalar en los volcanes que se consideren de riesgo equipos de vigilancia y monitoreo con una alta capacidad de pronóstico de las erupciones, aun de las menores. Pero esto puede ser de poco valor si el sistema social no cuenta con los mecanismos que le permitan responder ante tales señales. En el Nevado de Ruiz se detectaron los precursores del evento destructivo casi seis semanas antes de su ocurrencia, y probablemente cualquier otro país latinoamericano hubiera adolecido de la misma falta de respuesta pública que Colombia.

Sin embargo aún estamos a tiempo de conseguir lo que aparentemente lograron aquellos antiguos habitantes de Santorini hace 34 siglos: reconocer cuándo existe un riesgo y aprender a tomar una decisión cuando las circunstancias indican que éste excede un valor aceptable. Actualmente diversos organismos están instalando algunos dispositivos de monitoreo en los volcanes Colima, Tacaná, Popocatepetl y El Chichón. Se han establecido también mecanismos de protección civil a los niveles federal y estatal que no existían antes del terremoto de septiembre de 1985. Esta situación es, sin duda alguna, mucho mejor que la que se tenía al inicio de la década de los ochentas. Pero aún no alcanza el nivel de prevención y preparación que corresponden a un país con el nivel de riesgo volcánico que tiene México. Confiamos que en la década de los noventa se logre. ◇



Poemas

EL CÁLIDO ARTE

Me gusta envolver en pañales
desde que a los nueve años
tuve a mi primer niño:
mi hermana.

TODO EL PESO

Todo lo que en mí fue peso
volverá algún día a ser tierra,
se tornará peso terrestre.
¿A dónde, entonces, volverá
la tan pesada existencia de mi pensar?
¿Dónde se halla la tierra de la razón?
¿Cómo sería?

REPROCHE

Mi madre siempre hablaba conmigo
de lo cotidiano.
Pero después de muerta
a diario casi
habla conmigo
de lo eterno.

EL HUMO PATRIO, 1937*

Cuando arrestaron la corriente de aire,
el humo le arrebató la vivienda.
En esa época casi todas las corrientes de aire
entregaron su alma al viento.

CADA DÉCIMO

¿Por qué cada décimo en la fila
resulta un hombre
no nacido para redondear la cuenta?

ALGO

El todo
sin cierta cosa
es nada.
Pero hay ciertas cosas
que sin todo lo demás
son algo.

MISÁNTROPO

Todos comenzaron a molestarle.
Incluso aquel
que lo observa por las mañanas
desde el espejo.

LA PERESTROIKA EN TÉRMINOS CIENTÍFICOS

La Obstrucción le gruñe
a la Reconstrucción:
“¡Destrucción!” ◇

* Año de grandes represiones stalinistas.

Onésimo es distinto

1

Desilusionado hasta de su propia sombra por un defecto de su maxilar superior, Onésimo de la Torre sonreía sin límites. Durante el otoño lo conocí en Valdivia, esa lluviosa ciudad del sur de Chile, hace más de veinte años. Debo decir que su sonrisa fue siempre un enigma, como sucede con la mutación de las serpientes. Lento de ojos y de manos, un poco gordo, la nariz pálida, curva, casi pálida; más bien taciturno y con las pupilas dilatadas como huevos de codorniz.

Su padre, que aún vive, abandonó Valdivia y se vino a vivir a Cataluña, donde pude verlo en septiembre de 1980.

“Nunca hemos sabido qué hacer –me dijo con lágrimas en los anteojos, después de un largo abrazo–: Onésimo no quiere salir de Chile y todavía sigue cultivando su doble personalidad; durante el día se dedica, no sin asombro, a inventar nuevos formularios en la Oficina Federal de Hacienda, construyendo claves, casillas, registros de contribuyentes, documentos que deben acompañar a esta solicitud, fecha de nacimiento, anotaciones de la oficina receptora, apellido paterno, teléfono, materno y nombres, si los hay, zona postal, municipio o delegación, y lea detenidamente las instrucciones contenidas al reverso antes de llenar esta forma. Por las noches, llueva o no llueva, mi hijo se encierra, solitario, en su cuarto que está muy cerca del río, y después de derramar una lágrima ante el retrato de Alejandra Santelices, su novia que no pudo ser, extiende el mantelito sobre la mesa, destapa la botella de vino tinto, devora sus tallarines de cada día con queso parmesano, suele quitarse la corbata, no se quita el sombrero de color verde oscuro, se ha puesto las pantuflas y en el viejo tocadiscos pone a Frank Sinatra cantando *If you never come to me*, de Antonio Carlos Jobim, como si necesitara evadirse de la humedad del sur. Entonces, melancólico, irascible, va escribiendo con lentitud, débil, como una medusa, casi como un gurú destinado a revelar las mayores contradicciones del espíritu. Como usted sabe, mi Onésimo no es un niño de mucho impulso, ya tiene más de cuarenta años, sonríe sin necesidad ninguna, pero sonríe, y escribe cosas no siempre legibles para una persona más o menos sencilla como yo. Tres días antes de mi viaje, me dijo en pocas palabras:

‘Llévate este cuaderno de apuntes y, si tienes la suerte de verlo, entrégalo a Jack Livi, el viejo amigo de Lavín Cerda. Lo recordamos con entusiasmo. Él estuvo en Valdivia hace algunos años, quizá después del invierno que, como tú sabes, es casi permanente, y no podríamos olvidarnos de su capacidad para confundir la naturaleza divina con la humana. Creo que el humor suyo no se comprende todavía, así como su paradójico patetismo que en mi opinión es el juego hilarante de las catacumbas. Hay algo perruno en Jack, perruno y catatónico; un poder de animal místico suspendido en el éter del Universo’. Reciba usted el cuaderno de cuadritos, no tiene muchas páginas, y estoy seguro de que lo leerá en una sola noche. Mi hijo piensa en frases cortas, como jugando, y su caligrafía es la filigrana de un caballero antiguo que estudió con las monjas.”

–Gracias –dije–, pero yo no soy Jack Livi.

–Es casi lo mismo –dijo el padre de Onésimo sin levantar los ojos. Él tiene un espíritu musical y dice que siempre es lo mismo.

–Gracias –repetí como un autómatas y tomé el cuaderno que, en efecto, era de hojas cuadriculadas.

–Ábralo, léalo: un verso, una frase, aunque sea una palabra. Fue lo que hice. Abrí el cuaderno en la página 7 y leí en voz alta, poco a poco:

“Todo objeto, al fin, es una sombra, y su configuración da vida al hecho atómico. En el hecho atómico, los objetos dependen unos de otros, como los eslabones de una cadena que se combinan formando un ritmo. El modo como los objetos dependen, de sombra en sombra, es la estructura del hecho atómico. La forma, entonces, es la única posibilidad de la estructura. Dudo que sea la única, aunque la estructura del hecho consiste en la estructura del hecho atómico. Se ha dicho que la totalidad de los hechos existentes es el mundo. Quién sabe. A mí me parece una afirmación muy temeraria y demasiado simple. Se sigue diciendo que la totalidad de los hechos atómicos existentes determina, asimismo, cuáles hechos atómicos no existen. Los hechos atómicos son independientes; de la existencia o no existencia de un hecho atómico, no se puede concluir la existencia o no existencia de otro. La total realidad es el mundo. ¿Han visto afirmación más ambigua? Cada ser humano se hace una figura de los hechos y dicha figura

presenta o representa los estados de cosas en el espacio lógico: la existencia y no existencia de los hechos atómicos. La figura de todo objeto, por último, es asombrosa y sombría, pudiendo convertirse en modelo de la realidad." Cerré el cuaderno y no pude seguir con la lectura.

–Llevaré la noticia por todo el mundo– dije en voz baja y alcancé a ver al padre de Onésimo jugando con un gato de peluche, sin ocultar su júbilo.

–Me siento muy feliz–dijo observándome las manos. Usted debiera disculparme, pero no sé qué me sucede. Aún estoy feliz, no entiendo nada, ni siquiera el principio, más bien nada, y mi hijo es todavía un enigma o la posibilidad evidente de que alguna vez lo sea. ¿No le parece?

Debí decirle que por supuesto. Sin embargo, no se lo dije.



2

Algunos dicen que mi verdadero nombre es Onésimo y que todavía soy el único hijo de Jacinto de la Torre, uno de los contadores públicos de mayor reputación en todo el país. Me atrevo a creer que lo conocí durante los últimos años, de noche, y en una taberna con olor a catacumbas: liviano de sangre, más bien lento, livianísimo de uñas a pesar de sus 95 kilos, fiel a la urdimbre de la contaduría, medio calvo, casi fiel a sí mismo y con una parsimonia de noctámbulo dedicado a las evoluciones del pensamiento abstracto, no obstante el cultivo de las matemáticas de acuerdo, únicamente, al sistema de las ofertas y las demandas. Como ustedes pueden ver, aún tengo la sospecha de que don Jacinto llegó a convertirse en mi padre a través de las involuciones más o menos inciertas de aquello que todavía conocemos como pensamiento abstracto.

En esta foto no se ve a nadie: solitario en uno de sus ángulos, no debo tener más de cinco años y mi madre es una sombra bajo este árbol de hojas amarillas. Tal vez se trata de un abedul, aunque lo dudo porque en Valdivia no

hay más abedules que aquel eucalipto cubierto de peste. Un perro se oculta detrás del árbol y ese perro soy yo: tiene los ojos del color de las hojas del eucalipto, mueve siempre su cola en sentido contrario, parpadea como un recién nacido y ha perdido la costumbre de ladrar cuando se encuentra en una situación difícil. Esta nariz de perro escondiéndose en la sombra del viejo eucalipto; el temblor de esta cola cuyo destino nadie conoce. La cola me ignora por detrás del árbol, así como esta nariz que después de olfatearme sigue desconociéndome sin pudor alguno, sin ninguna misericordia. De pronto el perro se desprende y parece huir de su cola, pero la realidad lo desmiente: toda fuga es una burla. Esta nariz está burlándose del perro que todavía la sostiene en la punta de su hocico; la lengua de esta nariz se cansa y el hocico es un paisaje estéril, el paisaje del pensamiento abstracto donde Jacinto de la Torre prepara su estrategia destinada a confirmar, científicamente, que toda concreción es absoluta, no obstante el accidente espiritual de sus desviaciones. Así soy yo, más o menos, y así es don Jacinto: así fuimos desde el primer día. Pudiera decirse que aún nos desconocemos en medio de este bosque donde los perros han perdido la costumbre de ladrar cuando se encuentran en una situación difícil.

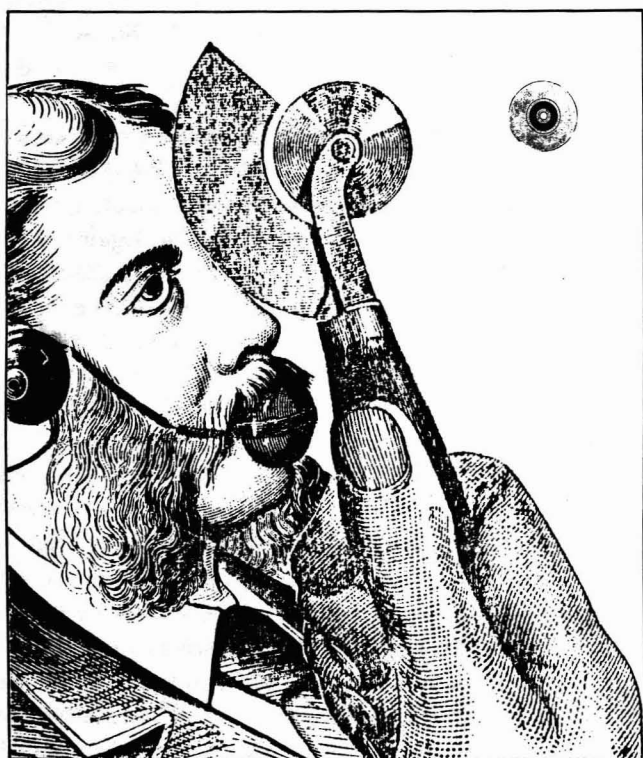
Vemos que el perro no sabe cómo agitar la cola y su madre le dice no te muevas, aún no has cumplido los cinco años, mañana será otro día, toda fuga es una burla. Todavía no sé quién eres, le digo y corro bajo las nubes. Sí, ya sé que te llamas Alejandra, como mi novia, y me persigues como yo la persigo a ella en el fondo de este retrato donde la realidad es la existencia o la inexistencia de los hechos atómicos.

Creo que mi madre es el símbolo de una forma lógica, aun cuando parezca lo contrario a los signos que a menudo se ocultan en la trampa de su propio error. Tal vez ella es capaz de contenerse a sí misma, suceda lo que suceda y en un tiempo de muy difícil precisión. Don Jacinto es otra historia, ya se sabe, y nunca pudo llegar a las honduras de Alejandra convirtiéndose en una muñeca de cera sumergida en su retrato: rojizo es el color de su pubis casi adolescente y es amarillo el ámbito donde la lengua no tiene más destino que el de su propio vértigo. Debo decir que ella es alegre, dinámica y ventrílocua, más allá de toda apariencia melancólica; no estoy diciendo una mentira si afirmo que Alejandra posee el busto más perfecto del continente americano. Desearía no referirme a este fenómeno atómico, situándolo en Alemania, Suecia o Suiza. ¿Para qué irnos tan lejos? Sin embargo no puedo olvidarme de su erotismo con implicaciones germanas: el tatuaje en su muslo izquierdo –una pequeña lengua–, qué maravilla de tatuaje, una lengua azul agitándose dentro de la mayor sutileza. Qué finura de lengua, como de serpiente venenosa de cuello dilatable, subiendo y bajando desde las ondulaciones interiores del muslo cuyo vigor es un peligro cuando uno quiere vivir o sobrevivir en comunidad. Súbitamente, la lengua se transfigura y acaba multiplicándose hasta convertirse en todo el mundo que la sostiene o, mejor dicho, trata de sostenerse a sí misma. Más que muslo, muslazo; más que muslazo, muslote. Un registro inusual, una temperatura de

configuración múltiple. Alejandra es una sustancia que se basta a sí misma y es independiente de su propia forma y contenido; pareciera que su capacidad erótica no es de este mundo, a pesar de sus ritmos que son el reflejo de la desmesura o del demonio acariciando las figuraciones o desfiguraciones de su lengua. De pronto me habla con el estómago: abre sus labios en un gesto imperceptible, parece que me ha dicho ven, no tengas miedo, déjame quitarte el sombrero, la corbata, los calcetines de color oscuro. Afuera sigue lloviendo, la taza de café es una línea curva sobre una hoja en blanco y no me atrevo a decirle que mi corbata es lo último. Nadie sabría decir qué representa mi corbata o más bien qué fuimos en medio del bosque donde la sombra del abedul cuelga eternamente del eucalipto y el perro es el representante de otra intriga que todavía nadie ha descubierto.

Ella le dice muévete, no abandones la tumba, muérdeme la figura del pezón izquierdo, sólo el dibujo amarillo del pezón izquierdo, y estoy riéndome como toda bestia que acaba de cumplir cinco años y quisiera escaparse de las profundidades de su autorretrato.

—Entonces veo que la forma ya no es una posibilidad de la figura— digo, al fin, sin entenderme.



3

Onésimo toca la flauta en el momento más inoportuno. Él lo sabe y emite sonidos sin ningún equilibrio cuando todo está amenazado por la falsa orgía del orden perpetuo. Así es el hijo de Jacinto de la Torre y debemos aceptarlo tal cual es: un individuo cuyos anteojos ni siquiera lo protegen de la incertidumbre de su propia mirada. Casi siempre está triste, pero siempre sonríe a causa del defecto de su maxilar superior. Ahora se ha sentado en la bacinica de porcelana

—una reliquia de familia— y piensa en el destino del funcionario de la Oficina Federal de Hacienda que se volvió anacoreta en los últimos años: “Yo soy el que toca la flauta para que las moscas no me abandonen y demuestren su amor por la alegría del zumbido. Don Jacinto es un fantasma y Alejandra Santelices tampoco existe; sin embargo no estoy solo y mis hábitos de solitario no deben confundirse con la soledad. Me rodean estas sillas y aquellas moscas cuyo propósito es acabar con las moscas después de acabar con las sillas. Nunca me explico qué sucede. ¿Por qué razón las sillas no permiten que las moscas sigan zumbando sobre nuestras cabezas? ¿Por qué razón las moscas no permiten que las sillas sigan arrodillándose a nuestros pies? A menudo bostezo, caliento el agua en una tetera con dibujos que corresponden al pensamiento abstracto; creo que voy a morirme de risa, una risa inaudible, y las moscas, llenas de envidia, se burlan de mi actitud que apenas puede disimular su júbilo. No es fácil aceptar que en el espíritu de cada mosca se oculta una silla. Es más bien increíble. Sin embargo, la ciencia ha demostrado que lo pequeño contiene a lo más grande y lo más grande, a veces, no es más que el desequilibrio de lo pequeño. Supongo que todo esto aparece en el pensamiento de los filósofos presocráticos; en realidad, yo nunca tuve la suerte de ser amigo de algún filósofo en esta ciudad tan húmeda. Pienso que lo húmedo es un obstáculo para el desarrollo de la filosofía y es muy difícil que la reflexión pueda cultivarse en esta atmósfera donde el crimen se ha vuelto imprescindible.

“Ayer supe que al odiarse entre sí, hasta las moscas me odiaban; no sé si ocurrirá lo mismo con los zancudos y las mariposas nocturnas. Con las ratas sucede lo contrario y eso tiene una explicación simple: ninguna puede sobrevivir en este clima de fin de mundo. Valdivia es amorosa, pero insoportable. No podríamos vivir lejos de aquí: la humedad y el frío lograron el exterminio de las ratas que tal vez nos hubieran hecho felices con su música de roedor empecinado en destruirlo todo. Es una lástima que no haya ratas en medio del bosque. Alejandra dice que yo no les tengo miedo y acabo de cumplir cinco años bajo la lámpara que ella enciende con asombro: ‘Tus primeros cinco años’, dice riéndose; ‘¿no te parece un enigma?’ No me atrevo a decirle que no entiendo: todo es de una normalidad ilimitada. Mi cumpleaños ni siquiera es una ceremonia y el olvido es la única certeza del fantasma que los cumple. Gozo burlándome de Alejandra y ella me ha dicho que el olvido es una utopía fundada por Dios en un momento de peligro: ‘No debieras olvidar que la memoria es lo único que se salva de la descomposición final. No hay más alternativa que la memoria en este universo donde hasta las estrellas se pudren; desaparecen las civilizaciones y siguen con vida esas ratas cuya memoria las redime lentamente’. ¿Tú crees?, le dije sin provocar ningún desasosiego con mi pregunta. ‘No me inquietas, Onésimo, cómo se ve que no me inquietas’, dijo Alejandra y cerró los ojos. Desde entonces recuerdo que yo seguía tocando la flauta con el único fin de que las moscas no me abandonaran en el momento más inoportuno.”



4

Casi todo es incierto y la sonrisa ya no existe. Onésimo amaneció con dolor de muelas, esa experiencia inefable, cuando se disponía a escribir sus aforismos. “No hay mayor profundidad, física y metafísica, que una muela en estado de incertidumbre. Es casi lo mismo que la patología política, aun cuando su precisión no tiene mucho que ver con las leyes internas del universo ideológico. Diríamos, entonces, que cada cosa en lo suyo. Por un lado el dolor de naturaleza indescriptible y por el otro las especulaciones que podrían llegar a ser tan dolorosas como la muela en estado inconveniente, pero a causa de un motivo absolutamente opuesto. Las ciencias de la política y la odontología se confunden pero no son iguales; conservan sutilezas que las distancian, poco a poco, aunque el grupo sanguíneo sea el mismo: incisivos para morder el polvo –como diría un personaje del realismo social– y colmillos para sufrir, a plenitud, la misma suerte de los incisivos. Ahora el bisturí va cortando la mucosa y los labios no quieren o no pueden recuperar la sonrisa del comienzo, cuando la mandíbula era autónoma y no dependía de cualquier accidente. Muerte al cuchillito invisible, piensa la lengua, pero el bisturí se introduce de improviso en la pequeña bóveda destinada a la muela final. El estallido es inmediato; risa nerviosa, combustión en el cerebro. Una aguja sale, otra brilla en el aire, y un alfiler muy delgado busca la raíz del nervio bajo la lámpara. No podríamos soportar este dolor; más bien no puedo seguir con este juego que ideológicamente no conduce a nada favorable. Casi toda política es cruel y lo mismo sucede, diente por diente, con el desarrollo histórico del lenguaje convertido en fonética. No olvidemos, como dijo Jack Livi cuando vivía

en Valdivia, que ‘si uno emite muchos sonidos a una velocidad acelerada, esos sonidos se agarrarán los unos a los otros automáticamente, formando sílabas, palabras o frases; es decir, agrupaciones más o menos importantes, reuniones puramente irracionales de sonidos desprovistos de toda significación, pero, tal vez por eso, capaces de mantenerse sin peligro a una altura elevada en el aire. Solitarias, las palabras se derrumban llenas de significado, pesadas a causa de sus sentidos, y siempre terminan sucumbiendo o desmoronándose en la peor confusión. A veces, revientan como globos.’ Pasa el tiempo, la última muela abandona su lugar de origen y yo empiezo, como zurcidor japonés, a escribir mis *¿aforismos?*”

Onésimo se levanta de la cama, sonríe, destapa la botella de vino y va escribiendo con tinta verde, casi como un calígrafo o un miniaturista:

1. Son muy pocos los que saben morir. Me atrevo a pensar que poquísimos son los que mueren, porque morir es un acto de energía que muy pocos cumplen cabalmente. Casi todos llegan a la muerte ya rendidos, en situación larvaria, y pasan al más allá como succionados por una aspiradora. Así pudo sucederle a Alejandra, mi novia que acaba de cumplir treinta años en su casa de ventanas ovaladas. Sin embargo le ocurrió a don Jacinto de la Torre, aunque él afirme lo contrario; se fue a Cataluña o a Nueva York, no estoy muy seguro, y allí se perdió para siempre. Nunca me escribe, le perdí las huellas, ¿por qué no me habla?

2. Uno comete siempre el error de ser uno mismo. Toda identidad es peligrosa. Todo árbol lleno de raíces no pasa de ser un suicida. Sin embargo, hay una especie de identidad que no es auténtica. Quizá sea la más vital, la menos vulnerable. De cualquier modo, sobrevivir es lo que importa.

3. Nunca sé adónde voy. Ciertamente, no voy a ningún lado. Valdivia es una ciudad inmóvil, a pesar de su deslizamiento. Chile no existe, no existió nunca, y me dejo llevar por mi sombra: tampoco sé adónde voy. Nunca salgo de mi habitación donde la ventana es otro simulacro; ni siquiera cuando me traslado a la Oficina Federal de Hacienda. Oigo ruidos. Ahora vienen por mí. De repente oigo ruidos aunque nadie vendría a visitarme hasta que deje de llover. Soy una imagen subiendo al escenario: alguien que se dispone a tocar la flauta en medio del frío. Pienso que Chile es Valdivia, pero casi no existe.

4. ¿Onésimo dejando de ser Onésimo? Me levanto muy temprano, me acuesto muy tarde y tengo la costumbre de mirar por la ventana, llueva o no llueva, y salgo a recibir al que no viene. Regreso a mi ventana, sigo mirando y estoy seguro de que algún día descubriré a Onésimo mientras camina con lentitud por esta calle.

5. Aunque todos se opongan, uno resucita a cada instante. No se trata de una situación envidiable, pero uno resucita de improviso, suceda lo que suceda. Estamos condenados a la resurrección y nadie puede cambiar nuestro destino.

6. Por tu respiración podría decirte lo que estás pensando. Por mi respiración podrías decirme lo que estoy escribiendo.

7. Ya lo dijo Jack Livi: "Tomen un círculo con los dedos, acarícienlo, sigan acariciándolo y se convertirá en un círculo vicioso". Así sucedió con Alejandra Santelices, aunque ella no quiera reconocerlo.

8. Vienes de morirte: no de haber nacido. De haber nacido te vas por la ventana abierta, tocando la flauta y soñando en el espacio no siempre lógico donde se configuran los hechos atómicos.

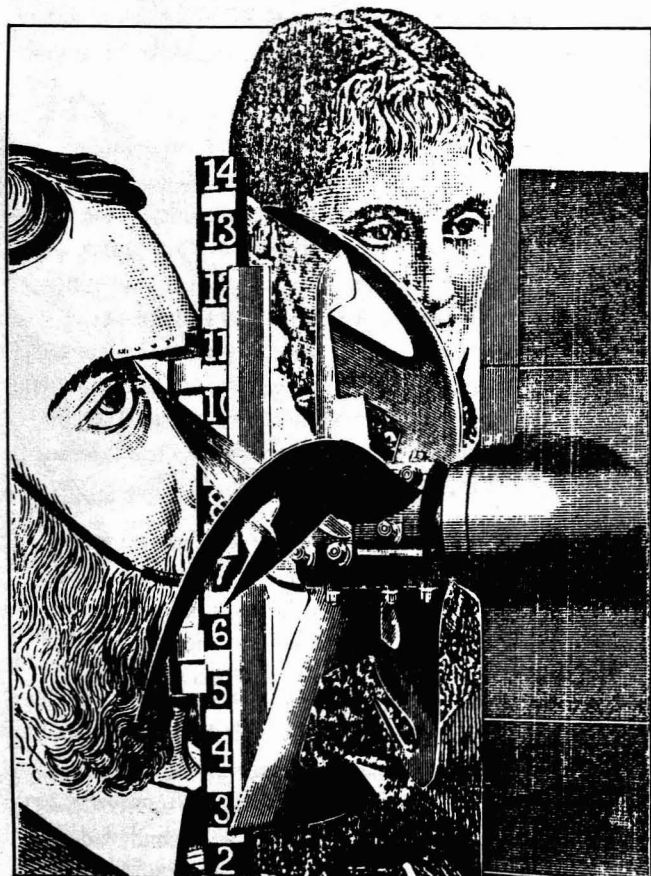
9. Bienaventurado el que sonríe: no es fácil reconocer otro heroísmo.

10. Dios es un poeta de vanguardia, pero lo ignora. Dios es un árbol incapaz de mirarse en el agua que lo refleja, pero lo ignora. Hijo de Narciso, Dios no sabe qué hacer con nuestras vidas, pero lo ignora.

11. Sueño con los cruzados de ayer y de mañana. En el sueño, soy un niño temblando.

12. Las máscaras del origen serán las del Absoluto en sus últimos días.

13. Me confieso en cosmopolita soledad: si algún día llego al poder, acabaré en el púlpito o en el patíbulo que a menudo se confunden hasta convertirse en una misma realidad.



14. Somos relativos y es relativo, incluso, lo que soñamos. Me atrevo a decir que anoche soñé con Onésimo de la Torre y lo vi repitiendo sus ideas de siempre: "Toda flauta es absurda. Toda corbata es aún más absurda. Sin embargo, no podríamos vivir sin una corbata desde donde cuelga nuestro espíritu; tampoco viviríamos sin una flauta para tocar esta música que todavía nos conmueve". Una vez que hubo terminado el sueño, pude comprobar que la corbata era la misma y mi flauta estaba en su sitio, como siempre. Sonreí con algo de tristeza, una tristeza inexplicable, y me puse a tocarla.

15. Nadie está en posesión de la Verdad. Todos estamos en posesión de la mentira por medio de la cual podríamos aproximarnos a la Verdad que nunca nos pertenecerá del todo. Sé que mi padre no está totalmente de acuerdo conmigo, pero no puedo permanecer en silencio. Mi novia dice que don Jacinto es aún más lúcido, a pesar de su maniqueísmo, y yo la observo con asombro y envidia.

16. Que perduren las vibraciones de una flauta, aunque nadie las oiga. Lo más probable es que Dios disfrute con ellas, riéndose.

17. Ten cuidado, Alejandra. Recuerda que eres esclava de tu propia imagen. Ocurre en Valdivia pero hubiera sucedido lo mismo en Nueva York. La idolatría es un atavismo universal.

18. Nunca salgo. Nunca entro. En esta casa no hay nada que ocultar. Repito que nunca salgo porque si entro no hay nadie, seguramente, y existe el peligro de que nadie venga a recibirme. Dicho de otro modo: casi no hay nadie en la casa de nadie. Y por si fuera poco, me olvido del mundo tocando la flauta, observo la ventana, pero nunca salgo.

19. Sólo la muerte dice la verdad, aunque a menudo se equivoca.

20. Lo que sé —un poco de espuma sobre otro poco de espuma— lo soporto con lo que todavía no sé.

21. No tengo ganas de comer, estoy cansado. Qué error trágico, cuánta vergüenza, qué error sublime. Me duermo en esta buhardilla enterrada en el sótano de una casa que aún desconozco. No sabría decir lo que ahora pienso, pero lo digo.

Había dejado de llover y Onésimo dejó su pluma en el tintero. Qué mal calígrafo soy, dijo sin énfasis. Si tuviera que ganarme la vida dibujando el perfil de cada letra, me habría muerto de hambre. Mi biógrafo que escribe estas líneas, cree que yo pertenezco a la estirpe de los estilistas pero se equivoca rotundamente. Los lectores han de saber que me siento desilusionado hasta de mi propia sombra por un defecto de mi maxilar superior. Es cierto que vivo riéndome, aunque detrás de la risa se oculta el abismo. Aún no tengo conciencia de lo que esto significa y, poco a poco, voy creando la parodia de mi vida. ♦

Diderot y la Historia filosófica de las dos Indias

La *Historia filosófica y política del comercio y de los establecimientos de los europeos en las dos Indias*, más conocida con el nombre abreviado de *Historia de las dos Indias*, fue durante mucho tiempo atribuida exclusivamente al abate Raynal. En la actualidad se sabe que la obra tuvo además varios colaboradores; poco a poco se ha ido aceptando que el texto se transformó de manera radical gracias a la intervención de Diderot.

El título abreviado podría sugerir tan sólo un texto histórico más; en ese sentido sería poco significativo. Pero el interés de esta obra no se limita a procurarnos un ejemplo de representación de la historia como conocimiento de lo acontecido, que a la vez se proyecta al porvenir; si se ubica la época de su elaboración a partir de 1770, puede también valorarse como un revelador documento del movimiento intelectual denominado Ilustración. Recordemos que las “Luces”, iniciadas mucho antes por espíritus progresistas como Bacon, se desarrollan de manera más amplia en el siglo XVIII. Entonces los afanes enciclopédicos y racionalistas, expresados en una variedad de discursos y doctrinas, se apoyaban siempre en lo que la época consideraba filosofía; de tal manera que voces que nos parecen diferentes como la del moralista, político, o filósofo, se confundían con la del historiador. Desde esa óptica, en otros discursos del siglo XVIII, también con intenciones históricas, se destaca la creencia de que los hombres pueden y son capaces de actuar sobre el curso de las cosas.

La *Historia de las dos Indias* es además producto del desarrollo económico derivado del movimiento colonizador. Al entrar nuevos objetos en el tradicional discurso histórico, podía irse infiltrando en su trama un discurso de índole más política que “filosófica”. En ese sentido sería de gran interés precisar el verdadero carácter ideológico de la obra.

La *Historia de las dos Indias*, a pesar de estar configurada por un número de discursos contradictorios y tesis opuestas –debido seguramente a las tan variadas colaboraciones–, delinea un movimiento coherente que, sobre todo gracias a Diderot, se convierte en un desafío, casi un manifiesto, de tal manera que el lector, que va del escepticismo al asombro, puede volver a plantearse no sólo las preguntas explícitas del texto (como aquella que cuestiona todas las revoluciones pasadas e incluso las del porvenir, para saber si serán “útiles a la naturaleza humana”, y si con ellas los hombres tendrán “más tranquilidad, felicidad y placer”), sino también otras igualmente significativas, induciéndolo además a pensar en todas sus

implicaciones, sean éstas lúdicas, económicas o éticas: ¿Cuál es la razón de ser del colonialismo? ¿Tiene la palabra *libertad* opuestos significados? Entonces, ¿existen posibilidades reales de liberación? ¿De cuál opresión es más urgente liberarnos?, etcétera.

En un primer reconocimiento del texto, el índice y los incisos de los capítulos de la edición de 1780 parecen indicar que, en rigor, se trata de una historia de todas las colonias europeas –véase el plural del título–; así, a lo largo de los cuatro volúmenes de esta edición, que corresponden a las cuatro grandes partes del mundo, se siguen las huellas de los europeos de un continente a otro: Vol. I: *Asia e Indonesia*; Vol. II: *América del Sur*; Vol. III: *Antillas y África*; Vol. IV: *América del Norte*; este último volumen incluye, además, el cuadro actualizado de Europa.

De cada nación estudiada se presenta casi siempre su forma de gobierno desde el inicio de su existencia como tal, así como sus costumbres, leyes, religión y progresos, y de las grandes potencias son valorados, sobre todo, sus triunfos y fracasos en la empresa colonizadora.

Un sucinto muestreo de los cuatro volúmenes nos presenta capítulos como: Vol. I. Lib. 3. “Viajes, establecimientos, guerras y comercios de los franceses en las Indias Orientales”; Vol. II. Lib. 8. “Conquista de Chile y de Paraguay por los españoles. Detalle de los acontecimientos que han acompañado y seguido la invasión. Principios sobre los que esta potencia conduce sus colonias”; Vol. II. Lib. 9 “Establecimientos de los portugueses en Brasil. Guerras que allí se han sostenido. Producción y riquezas de esa colonia”; Vol. III. Lib. 11. “Costumbres, hábitos y ocupaciones de los pueblos de Guinea”; Vol. III. Lib. 15. “Gobierno, costumbres, virtudes, vicios, guerras de los salvajes que habitan Canadá”, etcétera.

Ya propiamente en el cuerpo del texto aparecen muchos fragmentos dedicados al comercio, tantos que podría pensarse que todo va a girar en torno a tal enunciado, pues continuamente se alude a: “viajes, establecimientos, guerras y comercio” de tal o cual nación... En ese sentido nos parece suficientemente explícita la exclamación: “¡Guerras de comercio! ¡Expresión antinatural; el comercio alimenta y la guerra destruye”. (Vol. IV. Lib. 19, cap. 6.)

Además, el título completo sugiere que el punto de partida será el origen de todos los establecimientos fundados por los europeos en todas partes; establecimientos en el sentido de

empresas comerciales a las que algún Estado daba el privilegio de funcionar en algún país lejano, como las famosas Compañías de Indias. Pero, ya que los establecimientos tienen en principio el propósito fundamental de ocuparse del comercio, resulta redundante ponerlos juntos como en el título; en ese caso funcionan como sinónimos. Por otra parte, la cópula que en el mismo enunciado une a "filosófica" y "política", cambia el sentido de los términos separados, conformando en cierto modo lo que todavía no se denominaba historia económica, que también tiene sustento político.

Tradicionalmente la historia se halla dividida en diversos sectores: historia universal, historia general, o historias particulares como: historia del arte, historia política, historia filosófica, historia de la ciencia, etcétera; en fin, puede haber historia particular de cualquier actividad. Ahora bien, los enunciados que en el título se unen por lo común se consideran separados, como dos sectores con ritmo propio. Pero en la *Historia de las dos Indias* todos los sectores se comunican e incluso a veces se identifican. Entonces, en la óptica del siglo XVIII, la obra sería producto de un historiador filósofo, con las implicaciones que esa última noción tiene en ese siglo, es decir, el que reflexiona sobre cualquier cosa esclarece y juzga. En la *Historia de las dos Indias* son superados, pues, los cuadros habituales de las historias particulares, y, al intentar presentar una historia global de la colonización, se ofrece casi la historia entera de la civilización occidental.

También los lectores del siglo XVIII, que pretendieran guiarse por el título, esperarían que se ofreciera justo y cabal conocimiento de su mundo contemporáneo. Iban, pues, a conocer las riquezas de cada nación, tanto la colonizadora como la susceptible de ser colonizada por las diversas potencias, en un implícito rechazo de los límites de la empresa colonial, de tal modo que la *Historia de las dos Indias*, que encubría una intención eminentemente política, se les presentaba a la vez como una historia natural, moral y civil.

La yuxtaposición, en el título, entre Europa y sus establecimientos, sugería unión indisoluble, es decir, no podría pensarse más en Europa sin aquéllos, confirmando así la creencia de que el mundo era otro, luego de los llamados "descubrimientos", "acontecimientos para la especie humana en general" y, en "particular, para Europa" (Introducción p. 8). Queda claro que hablar de Europa y de sus establecimientos equivale a ocuparse del mundo colonial en toda su extensión.

Ciertamente, desde que surgieron necesidades de expansión, el comercio a menudo fue a la par de la colonización, pero es después de la llegada de los ibéricos a América cuando se pone de manifiesto la importancia de un verdadero comercio ultramarino.

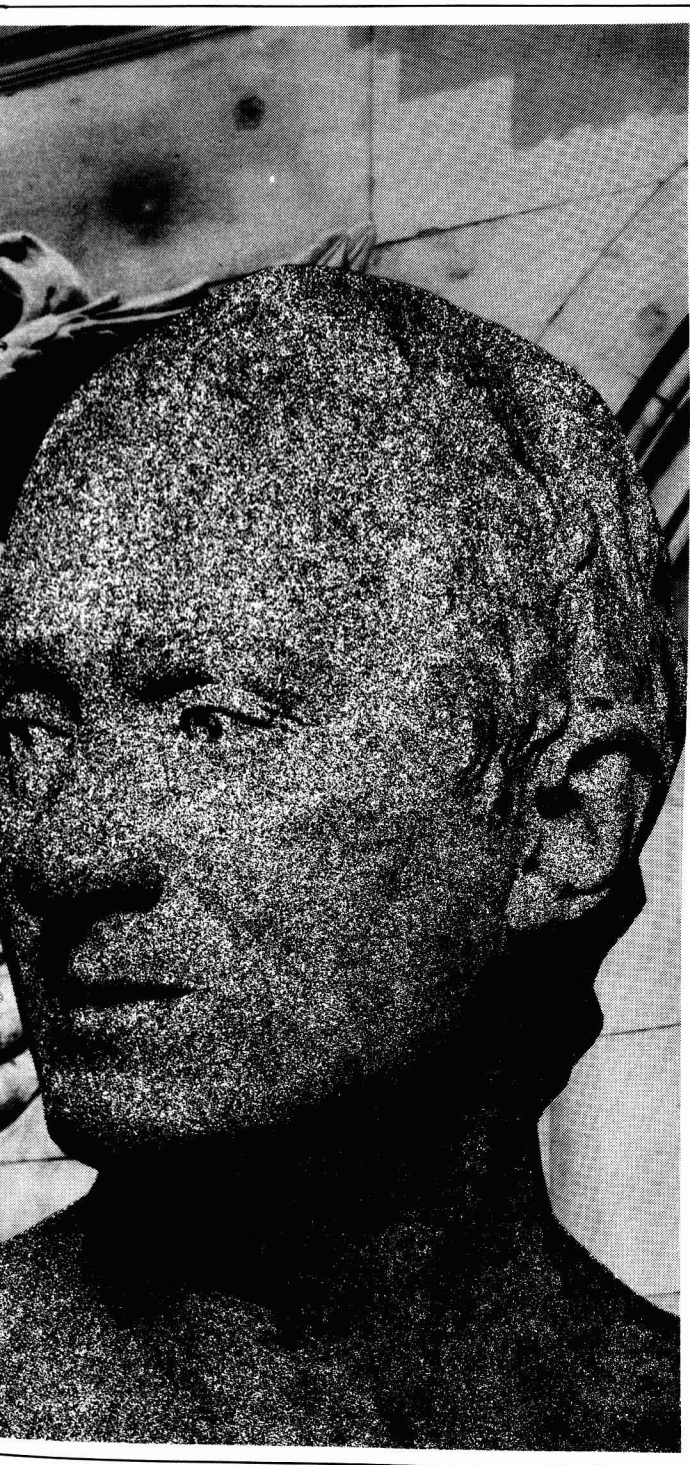
Cuando las potencias europeas pretenden suplantarse a España, las pautas para el porvenir son sacadas del modelo español, estudiando a fondo la experiencia hispánica y, en no pocas ocasiones, criticando duramente sus métodos. Son sopesadas, así, las posibilidades nuevas de expansión económica, y se empieza también a describir sistemáticamente las nuevas o futuras adquisiciones, valorando "racionalmente" —óptica de la *Historia de las dos Indias*— sus recursos y potencialidades.

Por otra parte, no se debe olvidar que el siglo XVIII es una época de disturbios y conflictos europeos, tanto continentales como ultramarinos. Así, las posibilidades de expansión acrecientan las rivalidades, y luego de una preponderancia de los ingleses, que habían suplantado a España en los mares, Francia, a su vez, empieza a surgir como potencia colonial. Es entonces cuando las guerras van a sucederse unas a otras en diferentes combinaciones de coaligados europeos. Entre tantos conflictos, la llamada *Guerra de los siete años* (1756-1763), cuyo detonador fue una querrela entre colonos franceses e ingleses por la posesión del valle del Ohio, trastoca las antiguas alianzas haciendo participar, por un lado a Francia con Austria (su tradicional enemiga) y con Rusia; y por el otro, a Pru-



Diderot

sia e Inglaterra. A partir de esa guerra, los franceses e ingleses se ocuparán más de sus territorios ultramarinos, pues una de sus consecuencias es que Francia –al no poder ocuparse de dos frentes– pierde parte de sus colonias en Canadá, India y Antillas; otra consecuencia es la ruptura del equilibrio europeo que hace surgir nuevas potencias: Prusia y Rusia. Pronto además, la Independencia americana –en la que Francia participa activamente– propina también un rudo golpe al antiguo sistema colonial. Urgía que éste se racionalizara, aspiración ilustrada cuyas consecuencias culturales se traducen en una creciente demanda de obras sobre los imperios que estaban formándose. Entonces la cultura difundida gracias a la Ilustración, y la necesidad de conocer mejor los lugares de las futuras



colonias, es lo que impulsa la publicación de multiplicidad de historias, tanto generales como particulares de un sinnúmero de lugares, amén de variados estudios más específicos; eran, sin embargo, las historias generales las que atraían a un público mayor. Las publicaciones en el siglo XVIII destacarán, también, las tendencias mercantilistas y una necesidad de proteger y estimular los intereses coloniales, no sólo de una potencia, sino europeos en general.

En ese contexto la *Historia de las dos Indias*, atribuida a Raynal, en apariencia no es más que una compilación fragmentaria de materiales poco originales, que pretende hacer el papel de una enciclopedia de la colonización, fundando el saber de las reglas futuras. El texto parte del hecho real de que hay colonias, para dejar de inmediato deslizar la duda sobre la posibilidad de que no se hayan conocido los “verdaderos principios” para colonizar, y ésa sería en realidad su finalidad básica.

La primera edición de la *Histoire de las dos Indias*, fechada en 1770 (aunque existe un primer manuscrito desde 1765), empezó a difundirse en 1772 sin nombre de autor. Entre 1772 y 1788, hubo al menos 17 ediciones diferentes con varias reediciones y antologías. Para la tercera versión muy ampliada de 1780 –que incluye un retrato de Raynal ya aparecido sin su nombre en 1774–, se había pedido mayor colaboración a Diderot¹.

Una edición posterior –a punto de estallar la Revolución– fue expurgada por el propio Raynal, probablemente debido a la condena que el Parlamento hizo de esa obra.

Algunas antologías modernas (como la francesa de I. Benot y los estudios sobre la obra)² se basan en general en la edición de 1780, difundida en 1781.

La confusión que se ha hecho entre el pretendido autor y la obra ha dado resultados paradójicos: no sería inútil, pues, presentarlos, aunque sea a grandes rasgos.

Guillaume Thomas François Raynal, como la mayoría de sus contemporáneos ilustrados, se educó con los jesuitas;³ a pesar de no haber cumplido con el tercer voto –obediencia– hizo alarde de ser un abate.

Se le ha considerado como un hombre de letras con cierto talento, al mismo tiempo que un hombre de negocios. El matrimonio, muy común en el siglo XVIII, entre la ambición “literaria” y las ganas de actuar, hacen de Raynal un precursor de los periodistas modernos. El abate frecuente al grupo más radical de los enciclopedistas,⁴ pero también asiste a reuniones en salones moderados; se codea sobre todo con los funcionarios de los diferentes ministerios, fungiendo durante algún tiempo como escribano en el de Asuntos Extranjeros. Algunas de las obras que se le atribuyen son: *Anecdotes historiques*; *Mémoires historiques militaires*; *Anecdotes littéraires*; *Des assassinats*

¹ Guillaume-Thomas Raynal, *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des européens dans les deux Indes*, Genève, chez Jean-Leonard Pellet, MDCLXXX. Existe una traducción abreviada en español, por Eduardo Malo de Luque: *Historia política de los establecimientos ultramarinos de las naciones europeas*, Madrid, A. de Sancha 1784-1789, 3 vol. in 8° (En la Biblioteca Nacional sólo aparece el primer volumen).

² París, Ed. Maspero, 1981.

³ Otros ilustres alumnos de los jesuitas fueron Voltaire y Diderot.

⁴ El salón del ateo barón de D'Holbach, autor de un *Système de la Nature*.

et des vols politiques; Considérations sur la paix; Essai sur l'administration de Saint-Domingue, etcétera.

En ellas se adivina al aficionado a la historia: la mayor parte es sólo compilación, es decir, préstamo de otros. Sin embargo, Raynal es sobre todo conocido por la obra que nos ocupa, la cual, probablemente como los otros escritos, tiene su origen en un encargo. Inicialmente se trataba de una obra que debía servir como guía para las futuras colonizaciones francesas, para lo cual Raynal tenía que reunir previamente todos los datos concernientes a las que antes había hecho. Raynal, al percatarse de que al público le encantaba todo lo que se refiriera a asuntos coloniales –gusto que coincidía con las aspiraciones ultramarinas apoyadas en la creencia de que Francia pronto iba a tomar el lugar que antes tuvo España–, vislumbró el éxito que podría alcanzar la obra dándole un “toque filosófico”. Se lanzó, pues, a la obra como eficaz empresario, consciente además de la originalidad de su proyecto, y organizó las colaboraciones para su vasta empresa. Entre los principales colaboradores de Raynal se encuentran diversos literatos, sabios y eruditos, como por ejemplo Lambert, Suard, Martin, Deleyre y, sobre todo, Diderot, principal participante en la obra, más por la calidad de su intervención que por su extensión. No obstante, el astuto abate, que en la última edición dejó a Diderot la libertad de escribir lo que quisiera, hizo gala de prudencia al tomarse el trabajo de recopiar los textos que el filósofo le entregaba.

Para Raynal, el primer destinatario del texto era la clase dirigente; se trataba de un llamado de atención a los hombres políticos, para que tuvieran la inteligencia de ponerse al día y no se quedaran rezagados respecto a la marcha de la historia. Pero, siendo con ello fiel a la difusión de la Ilustración, también tuvo la intención de tocar a un amplio público. Por eso, en general, el interlocutor es un lector ilustrado, explícitamente nombrado, como en ese pasaje donde, luego de exponerle los pros y contras de China (Vol. I Lib. 1, caps. 20-21), se le dice de manera insistente: “Lector, (Se te han presentado)... tú debes decidir”. Después sigue el efecto retórico, para hacerle creer que se respeta su criterio: “¿quiénes somos nosotros para pretender dirigir tu opinión?” Inmediatamente se sugiere que la verdadera decisión sólo podría hacerse al tener más conocimientos de la cuestión planteada.

Desde su aparición, la *Historia de las dos Indias* tuvo mucho éxito. El público se mostraba alerta a todas las alusiones de la vida cotidiana, como los efectos de la depresión económica iniciada en 1774 –una de las diferentes causas de la Revolución. Por eso la crítica a la actualidad, ya desde 1771, se había vuelto muy atractiva en vista del estado que estaban alcanzando las cosas; tan es así, que poco después al abate se le consideró uno de los padres de la patria. La celebridad de Raynal cruzó las fronteras y la *Historia de las dos Indias* logró cierta influencia sobre los humanistas ingleses, a quienes les interesaba sobre todo el tratamiento dado al problema de la esclavitud. Al respecto puede citarse el relato de “acciones dignas de asombro”, que no se esperarían en esa condición envilecedora (Vol. III Lib. 14 cap. 16). Por lo mismo, los opositores de Raynal, paradójicamente también ilustrados lo tildean de fanático al creer que rechazaba la racionalidad esclavó-

fila, pues ciertamente el texto cuestiona los fundamentos de la esclavitud.

Si bien a medida que Francia fue constituyendo un nuevo imperio colonial –Asia y Norte de África–, la *Historia de las dos Indias* cae en cierto olvido, en el siglo XX Raynal todavía es considerado por muchos como uno de los precursores de la Revolución. El texto que se le atribuye se considera, con razón, como inequívoca propaganda de la Ilustración, además de ser terreno de experimentación de todas sus corrientes. Por eso es fácil encontrar en él muchas contradicciones, que además son prueba de los conflictos internos del mismo movimiento ilustrado. Entre las más flagrantes lagunas destacan: una visión rousseauiana de la sociedad, junto con una visión profundamente pesimista de la historia: “la Tierra sigue siendo el teatro eterno de desolación, lágrimas, miseria y duelo”, para luego expresar un optimismo ingenuo: [los tiranos y los explotadores verán sus errores] y también la creencia en un progreso ineludible derivado de la Ilustración.

Todavía después de la primera mitad del siglo XX, hay autores que siguen atribuyendo a Raynal la paternidad exclusiva del libro, hecho que ha provocado lecturas erróneas. Es más fácil atribuir a un solo autor la elaboración de una obra tan densa y poco clara, en razón de su riqueza e intenciones cruzadas; de otra manera habría que realizar estudios más precisos y sólidamente documentados.

Pero en descargo de los apologistas de Raynal, debe decirse que sus colaboradores aceptaron no ser citados. Aquéllos –confundiendo la obra con el supuesto autor– con gran entusiasmo lo toman como aliado de sus buenas causas, pues con agrado encuentran que en el libro se pone en tela de juicio la expansión europea; la posición general de Raynal, dice uno,⁵ “es lo que hoy llamaríamos antiimperialista”. Pero los panegiristas del abate pronto se ven obligados a aceptar que las ideas expuestas en la *Historia de las dos Indias* no son muy originales, y deben matizar sus elogios en cuanto se trata de la tan descuidada forma para comprender cabalmente que lo emotivo predomina en ella, y constituye su fuerza y su debilidad al mismo tiempo.

Feugere,⁶ quien ve en Raynal al típico cosmopolita de pensamiento seglar, liberal y racionalista del siglo XVIII, declara su admiración por esa “indignación humanitaria”, pero después acepta que en muchos sentidos es un historiador superficial; sin embargo, no puede considerársele como escritor superficial, “dada la profundidad de sus ideas”.

H. Wolpe⁷ está persuadido de que el abate acaba de golpe con ciertos prejuicios históricamente intocables, siendo su texto una “máquina de guerra” que rompe las viejas categorías.

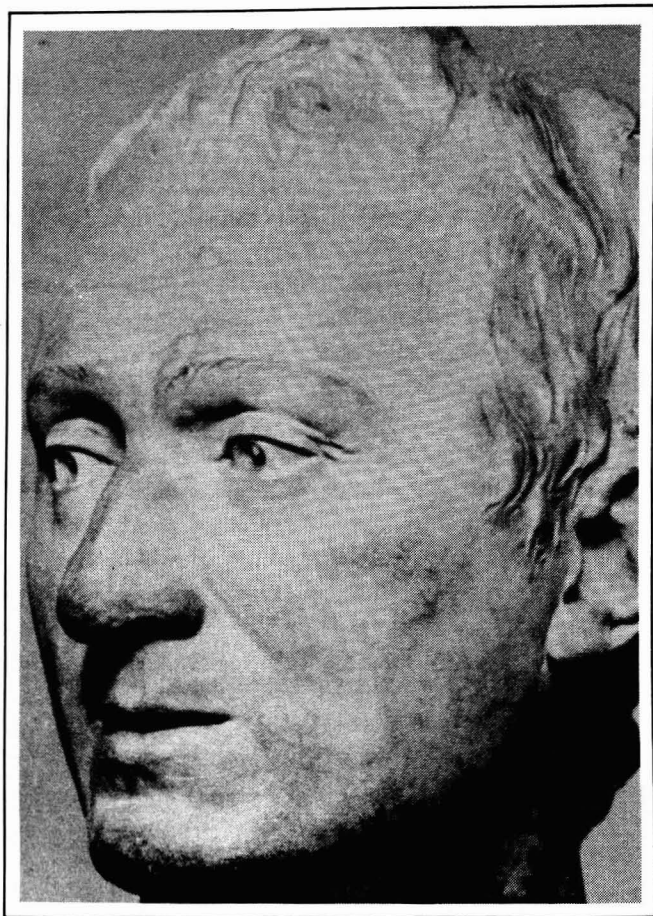
Por su parte, Picot,⁸ quien sabe que la obra fue colectiva,

⁵ E. Goveia, *Estudios de la historiografía de las Antillas inglesas hasta finales del siglo XIX*, La Habana, Casa de las Américas, 1984. Colección Nuestros Países, p. 53.

⁶ A. Feugere, *Un précurseur de la Révolution: l'abbé Raynal, 1713-1796*, Angoulême, 1922.

⁷ H. Wolpe, *Raynal et sa machine de guerre*, París, Ed. Génin, 1956.

⁸ J. Picot, *Un philosophe anticolonialiste, l'abbé Raynal*, París, Albums du Crocodile, Supplément du Crocodile II, 1967. (Microfilm, BN. París).



pero con toda razón hace responsable a Raynal, le critica el abuso de documentos sobre lugares y cosas que no conoce. El propio Raynal se defiende al respecto en la presentación de la edición de 1771. Además, la parcialidad que Raynal muestra continuamente hace dudar de su calidad de historiador. También Picot considera que el cuadro de la realidad que el libro presenta es muy discutible, pues Raynal nunca ratificó los datos y dejó el texto plagado de inexactitudes. Asimismo, le achaca a Raynal el hecho de exagerar y ver sólo el lado épico y romántico de las cosas y no sus consecuencias; acepta, sin embargo, que el texto permitió “batir brecha en cierto número de ideas tradicionales”. Curiosamente Picot también sugiere que Bonaparte leyó a Raynal y que esa lectura influyó en la política consular con respecto a las colonias; prueba de ello es que le quitó Luisiana a España y se lo cedió a Estados Unidos.

Así pues, algunos de los autores que se han ocupado de Raynal, lo sitúan en general en uno de los primeros lugares de los que minan el antiguo régimen.

Ahora bien, a lo largo de la *Historia de las dos Indias* hay muchas digresiones que parecerían temas independientes, en apariencia sin enlace con el tema central o general; por ejemplo: sobre las artes, danza, dibujo o baile, o también sobre la minuciosa descripción de la vida de los castores (Vol. IV Lib. 15, cap. 9), que, como en algunas otras digresiones, dan a Diderot la oportunidad de intervenir. En este caso, luego de la rigurosa presentación de estilo naturalista, se lanza a un elogio de la vida republicana!

De este modo, el autor inicial de un artículo, o de parte de

él, se ve despojado de su discurso por otro autor más osado (muchas veces Diderot). Así, a veces en un mismo fragmento se encuentran modificaciones espectaculares a la propuesta inicial. Por ejemplo, en la reiterada apología del comercio, al intervenir Diderot se funden los temas y se enlazan estrechamente lo social, lo político y lo moral. Del “laissez faire” –abolición de monopolios–, al “laissez passer” –supresión del impuesto de consumo de esta teoría del comercio como motor del mundo–, se pasa insensiblemente a una especie de filosofía del comercio como “alma del mundo moral y social”.

En ese texto de estilo eminentemente coloquial –de donde provienen tantas redundancias–, no puede dejar de sorprender la variedad de voces que se mezclan sin cesar. Éstas son, parcialmente, de índole narrativa, o bien argumentaciones en forma de diálogo, que se apoyan en fábulas o leyendas, en explicaciones tradicionales de tipo escolar, en crónicas o en apasionadas intervenciones en primera persona. Esas voces a veces pueden adjudicarse a un historiador, otras a un filósofo, aunque para Benot⁹ corresponden principalmente a un funcionario civil, a un filósofo idealista o a un pesimista.

En realidad las diversas enunciaciones se van anulando conforme aparece otra voz. Por ejemplo, hay una especie de “historiador filósofo” que toma su distancia al enunciar lo que considera “principios”, para intervenir luego como narrador y transformarse en un “ser sensible” muy típico del siglo XVIII. Entonces pronuncia esos patéticos discursos tan repetidos a lo largo de la *Historia de las dos Indias*, en donde habla de las víctimas de la barbarie de la civilización. En esas ocasiones, el mismo “historiador filósofo” hace su autorretrato, en el que se presenta como “imagen viva del dolor”, y que asegura que cualquier hombre digno de ese nombre “debe sentir con ese tipo de relatos”; o bien muestra, en otra parte, con tono enfático, el castigo que tendrán los que han cometido abusos; otras veces se presenta como vengador que arenga a la muchedumbre sojuzgada.

También aparecen muchos diálogos, como en el famoso “apóstrofe a los hotentotes” (Vol. I Lib. 2, cap. 18), amenazados éstos de destrucción por los europeos, donde la reflexión sobre la felicidad y la libertad del hombre salvaje, menospreciado por los civilizados, se exponen bajo esa forma tan típicamente diderotiana.

A pesar de cierta incoherencia y muchas contradicciones, que según I. Benot se “erigen en sistema de composición”, resalta, como antes señalamos, el humanismo moralista del siglo XVIII y la función del historiador como impugnador que aprovecha las oportunidades para extraer de su relato la moraleja o las consecuencias morales.

En cuanto al sentido y al alcance de las colaboraciones, hemos encontrado que muchas de éstas provenían de documentos de partida que debían discutirse exponiéndose tanto los pros como los contras del asunto. Sin embargo, en no pocas ocasiones y en los grandes momentos, la discusión es a menudo tomada por Diderot; uno, entre varios, es el ejemplo de la demolición que hace de la *Apología de China* que se había

⁹ I. Benot, *Diderot, de l'athéisme à l'anticolonialisme*, Paris, Maspero, 1970, p. 180.

tomado a Quesnay. Así pues, en un mismo apartado se incluyen varios autores con diferentes teorías, y por lo regular se pasa de una tesis a otra dejando aparentemente en suspenso el juicio definitivo, cuando en realidad se rebate por lo común la primera tesis expuesta. El texto, pues, se modifica sobre todo cuando Diderot interviene, por lo que autores como Michele Duchet¹⁰ afirman que su participación trastocó en sus fundamentos el proyecto inicial: de un manual del buen colonizador, se pasa a una crítica de la colonización.

Recordemos brevemente que el genio de Diderot no se expresó tan sólo como organizador y colaborador de la *Enciclopedia*, sino que se desplegó en gran número de escritos de la más variada índole: textos filosóficos, políticos, estéticos, literarios, etcétera. Sin embargo, en cualquiera de esos apartados pueden encontrarse formas o pensamientos más propios de los otros, pues en la pluma de Diderot lo más natural es mezclar lo moral, lo estético y lo político, y desarrollarlos en diversas ocasiones, en un marco de ficción y bajo la forma de diálogos que permitan réplicas contrastadas. Hay, además, otros textos de Diderot difíciles de clasificar según los parámetros tradicionales, como es el caso de *El sobrino de Rameau*.

Recordemos también que la escritura de Diderot es deliberadamente fragmentaria, incluso en sus textos más largos. Así pues, esa típica escritura, que según E. de Fontenay¹¹ podría por ello combinarse al infinito, encuentra nuevamente un campo propicio para desplegarse en la *Historia de las dos Indias*, que hará el papel de relevo de la *Enciclopedia*. Se trata de una oportunidad preciosa que se le presenta a Diderot para tener una amplia tribuna, desde donde pasa a la *Historia de las dos Indias* sus ideas más atrevidas. De esta manera su estilo característico se integra al texto con toda facilidad; por ello su intervención no deja de ser dispersa, va de capítulos enteros (con toda certeza pueden adjudicarse tres completos) a párrafos, líneas e incluso frases aisladas; además, en muchas ocasiones aparece su huella en fragmentos atribuidos a otros autores. Si bien el número de sus intervenciones es casi de igual importancia entre 1770 y 1774, su número se duplica a partir de 1780.

Es difícil hacer una selección de esta obra con la sola aportación de Diderot; aun cuando se hiciera la correcta atribución de los fragmentos, es indudable que se destruiría la esencia del texto, que en sí es múltiple y también contradictoria. Pero, por otra parte, para entender el alcance verdadero de la *Historia de las dos Indias* se tiene que tomar en cuenta la colaboración de Diderot, pues gracias a ella el libro alcanza mayor intensidad política.

Entre los investigadores que han seguido la pista de las colaboraciones de Diderot, destaca la citada M. Duchet, que las analiza en su conjunto y las clasifica cronológicamente. Sin embargo, lo que más le interesa es relacionar esos fragmentos con otros escritos, comparándolos y destacando el doble o diferente uso que Diderot hacía de ellos según los contextos, que requerían además de tácticas diferentes, pues implicaban

diferentes intenciones. Duchet se ocupa de determinar los escritos de Diderot que circulan de un lado a otro, como *Fragments politiques*, *Mélanges*, *Pensées détachées*, etcétera, insistiendo en que cada empleo requiere lectura diferente según el contexto.

Actualmente se está haciendo la atribución y datación precisa de los fragmentos atribuidos a Diderot, comparándolos con los fragmentos similares impresos en otras partes. G. L. Goggi, uno de los grandes especialistas italianos del siglo XVIII, preparó la cronología interna de los fragmentos. Aún está por hacerse la edición crítica de la *Historia de las dos Indias*, tarea que posiblemente emprendan los estudiosos del siglo XVIII, cuando sean publicadas las obras completas de Diderot, en la nueva edición científicamente establecida que prepara Hermann¹² y en la que aparecerá incluida la "Apología del abate Raynal", donde Diderot muestra su gratitud por el abate, quien era el que asumía el riesgo de la publicación.

Dado que en la obra -cuya composición se hace por múltiples adiciones- es difícil encontrar unidad, de una lectura a otra el lector de la *Historia de las dos Indias* pondrá el acento en uno u otro aspecto; por ejemplo: ¿cuál es, en resumidas cuentas, la solución que el texto propone para el problema político más urgente: reforma o vía violenta?

Si el lector tiene alguna información sobre las diversas ciencias humanas, seguramente experimentará cierto escepticismo acerca de las buenas intenciones del "narrador" más insistente. ¿No será -puede preguntarse- pura y simplemente el portavoz de la típica buena conciencia occidental, que forja coartadas para lograr de manera aparentemente humanitaria los fines perseguidos: una colonización más racional y más "científica", en la que no se despilfarren energías que pueden ser utilizadas de manera más satisfactoria? Por otra parte, la exhortación al mejor trato de los colonizados se vuelve sospechosa cuando el texto no deja de ocultar algo de racismo inconsciente e incomprensión de las culturas que aparentemente alaba. En realidad, todo ello encierra afán de rentabilidad. Los ataques a la administración pública propiciadora de esos errores "inhumanos", parecen calcos de las quejas de los "liberalismos" de todos los tiempos. La *Historia de las dos Indias* también supone que los empresarios son los que sabrán sacar más jugo de las cosas por hacerlo racionalmente: "el comercio racional es el motor del mundo". Sin embargo, el patetismo en que a menudo cae el texto y que a fin de cuentas es el tono dominante, parece lograr el efecto retórico que él mismo anuncia: "maldito quien no se conmueva". Es probable que el lector se vea atrapado y sienta malestar cuando ese texto ambiguo le presente el relato colorido de la historia repetida tantas veces a lo largo de casi toda colonización: violencia y tiranía. Si el lector no se siente atraído por la energía del hombre de negocios, probablemente se vea más tironeado por otra reflexión, que, a pesar del texto y por el propio texto, gracias a Diderot tiene que ver más con asuntos de liberación, no sólo del comercio, sino del individuo, de los pueblos y de uno mismo. ♦

¹⁰ M. Duchet, *Diderot et l'Histoire des Deux Indes ou l'écriture fragmentaire*, Paris, Nizet, 1978.

¹¹ E. de Fontenay, *Diderot ou le matérialisme enchanté*, Paris, Grasset, 1981. (Existe edición en español: México, FCE, 1988.)

¹² *Oeuvres complètes de Diderot*, Paris, Editions Hermann, 1984, 33 tomos, de los cuales se han publicado 18. Faltan dos tomos de *Ideas políticas*, en la serie "Ideas", donde aparece todo lo relacionado con la *Historia de las dos Indias*.

Panayotis Nikiteas

Poema

Το παιδί με τεντωμένο το χέρι
κρατούσε τον ουρανό.
Από το ανοιχτό στόμα του
βγαίνανε νυχτοπούλια.
Κρατούσε ισορροπία
σε κυλιόμενους αερόδρομους.
Έπαιζε με τους νόμους ισορροπίας
στο χρονοδιάγραμμα.
Το γλίστρημα.
Εσυνέβη.
Απλό βιολογικό φαινόμενο.

El muchacho con el brazo extendido
sostenía el cielo.
De su boca abierta
salían pájaros nocturnos.
Conservaba el equilibrio
en aéreos caminos deslizantes.
Jugaba con las leyes del equilibrio
en el cronodiagrama.
La resbalada.
Sucedió.
Un simple fenómeno biológico. ◇

Arturo Pascual Soto

EL TAJÍN

La evolución de una Antigua Ciudad Mesoamericana



A chi, se non a Voi, Illustre, Imperial Città (di Messico) che date il nome ad un Regno vastissimo, dove fiori un tempo la singolar coltura de'suoi primi fondatori... A chi, se non a Voi, che avendo presenti tanti altri monumenti degli antichi Messicani, possedete ancora lumi in abbondanza per illustrarli compitamente... Ricevete dunque di buon grado i miei voti, e desideri, ed accogliete benigni questa piccola operetta, che sin dalla lontana Italia vi offre chi protesta di essere stato, ed esser tuttavia della comun patria.

Pietro Giuseppe Marquez (1804)

En *Due Antichi Monumenti d' Architettura Messicana* (1804), cuyo opúsculo dedicado a la arquitectura de El Tajín fue escrito en italiano y publicado en Roma tras la expulsión de la Compañía de Jesús de la Nueva España (1767), también de su autor Pedro José Márquez, el *Monumento di Papanila* es objeto de un detenido estudio que revela la propia conciencia histórica, la conciencia "actual" diría Márquez, ya advertible en su anterior *Discurso sobre lo bello en general* (1801) y en alguna de sus reflexiones sobre el origen y antigüedad del monumento mexicano.

Quando dividebat Altissimus gentes, quando separabat filios Adam constituit terminos populorum juxta numerum filiorum Israel... Sortirono pertanto dal luogo della divisione ai giorni di Phaleg gli Egizi, ed i Caldei, i Siri, ed i Cinesi, ed in somma tutt'i Popoli originari del Mondo antico, e sortirono i Peruviani, ed i Messicani, e tanti e tanti del nuovo Mondo, o per meglio dire del nuovamente scoperto dagli Europei (1804: 3-4).

Es de suponerse que el jesuita de San Francisco del Rincón (México) ya trabajara en las *Tavole nelle quale si mostra il punto del mezzo giorno e della mezza notte, del nascere e tramontare del sole, secondo il meridiano di Roma* cuando fue publicada en la *Gaceta de México* (1785) una nota del "Cabo de la Ronda del Tabaco" Diego Ruiz, acompañada de una ilustración, referente al hallazgo "nel mezzo di un folto bosco..." de la construcción piramidal que más tarde el Padre Márquez llamara *Monumento di Papanila*. En su exilio debió siempre valerse de la *Gaceta* para suplir su desconocimiento del monumento y del "sitio chiamato in

lingua totonaca Tajín, ...a due leghe, o sei miglia verso il ponente della popolazione indiana nominata Papanila" (1804). Al parecer, Márquez nunca visitó el lugar. Vivió en Roma hasta 1816, año en el cual se le permitió regresar a la Ciudad de México, al Colegio de San Ildefonso, donde habría de morir poco tiempo después. Sin embargo, a diferencia de lo que pensara el Padre Márquez, el *Monumento di Papanila*, la pirámide de los Nichos, no era lo único construido en aquel paraje de la costa norte del Golfo de México.

Márquez, como tantos otros, como el propio Dupaix del cual dice Humboldt en su *Essai Politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne* que habría visitado El Tajín y dibujado "...los jeroglifos con los que están cubiertas las enormes piedras" (1811), no repararon en que allí quedaban los restos de una antigua ciudad mesoamericana. Ya abandonada cuando los "mexica", la gente de México-Tenochtitlan, sometieron aquella región. Sólo entonces de habla "totonaca", la misma lengua que debieron oír los conquistadores en Zempoala, luego de desembarcar en las costas

atlánticas de México (1521).

Tajín –rayo o trueno– es un nombre “moderno”, tan reciente como la ocupación “totonaca” del centro-norte de Veracruz (ca. 800 dC.). Sin embargo, la última historia de la ciudad se toca en términos de cronología con la llegada de este grupo étnico a las playas del Golfo. Sólo entonces la pirámide de los Nichos tendría el aspecto que hoy conocemos. Los tableros con nichos dispuestos en series y las cornisas voladas se habrían convertido en los elementos característicos de una arquitectura ceremonial que ocupaba, en el centro de la ciudad, algo más de ochenta hectáreas y cuya configuración urbana no es anterior al Protoclásico (ca. 0-300 dC.).

El Tajín debía contar con extensas zonas habitacionales, servidas por pequeñas áreas de culto y distribuidas a lo largo de los arroyos que convergen al sur de la pirámide de los Nichos, en la Plaza del Arroyo. Sus edificios, pintados con diferentes tonos de rojo, azul, verde y amarillo, contrastaban con el

paisaje costero. En las techumbres de los mismos dominarían los materiales perecederos, mas es posible que ya se hubiera iniciado una búsqueda de soluciones constructivas que permitieran techar amplios vanos, con ayuda de apoyos aislados, a través de losas muy ligeras. Esta particular solución, que introdujo cambios significativos en el manejo de los espacios arquitectónicos del siglo XI dC., habría de manifestarse más tarde en las edificaciones de la parte alta del asentamiento, hoy conocida como *Tajín Chico*. Abandonado, como el resto de la ciudad, hacia el año 1200 dC.

Las excavaciones del Instituto Nacional de Antropología e Historia han confirmado que el encharcado terreno que alojó la actual “Subestructura” de la pirámide de los Nichos habría sido usualmente transitado en el Formativo Medio (ca. 1500-60 aC.), especialmente el área que corresponde a la Plaza Oriental. Las cerámicas que así lo indican, cuya posición cronológica puede establecerse a través de los resultados obte-

nidos por la National Geographic Society en la desembocadura del Río Tecolutla, ofrecen claras relaciones con los materiales arqueológicos de Santa Luisa, un antiguo poblado de recolectores de mariscos cuyos orígenes pueden situarse alrededor del año 4100 aC. Aun así, por más que los itinerarios de aquella gente del Formativo incluyeran El Tajín, su ocupación formal debió ocurrir sólo en un momento tardío. Entre tanto, el desarrollo cultural del centro norte de Veracruz prosiguió en diversos lugares del curso bajo del Río Tecolutla y a lo largo del Arroyo Tlahuanapa.

Sabemos que durante el lapso que se forma entre los años 1200 y 500 aC. aparece en varios de estos sitios, también en Santa Luisa, una cerámica oscura con decoración linear incisa distintiva de la cultura olmeca. Quizá la más importante de las culturas del Formativo en Mesoamérica (ca. 1500-100 aC.) y cuyos logros artísticos se exponen hoy en el Palacio Ducal de Venecia en la muestra “*Prima di Colombo. Arte del*



Pirámide de los Nichos

Edificios 2 y 5, Tajín, Veracruz



Edificio 4



Messico". Sus rasgos, incluso su particular iconografía, pueden reconocerse en varios artefactos procedentes de Morgadal Grande, Rancho "El Suspiro" y otros antiguos asentamientos de las inmediaciones de El Tajín.

Los estudios que actualmente lleva a cabo el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México sobre la compleja iconografía local, han demostrado que precisamente en Morgadal Grande, en algún momento del Formativo Medio, habrían sido labrados de conformidad con el estilo artístico de los olmecas y con los elementos propios de su iconografía los más antiguos ejemplos de escultura que se conservan en la región (ca. 800-600 a.C.).

Aun así, de acuerdo con las últimas investigaciones, la difusión del pensamiento simbólico olmeca, manifestado en los relieves de Morgadal Grande, no im-

pidió un desarrollo paralelo de la más antigua tradición iconográfica. Debieron conservarse los cultos tradicionales e inalterada la expresión plástica de las deidades documentadas en las primeras fases cerámicas de Santa Luisa.

Al iniciarse el Formativo Tardío (ca. 600 a.C.) ya se estaría atenuando la presencia cultural olmeca, ahora seguida de la consolidación de una cultura regional típicamente agrícola. Donde el cultivo del maíz, también de la calabaza y el frijol, se habría convertido, quizá ya en los primeros años del Formativo Medio, en el sustento básico de la población. Fuera de Santa Luisa, remontando el Río Tecolutla, este periodo de la secuencia cultural mesoamericana resulta prácticamente desconocido, salvo por las investigaciones que conduce el Instituto Nacional de Antropología e Historia en Coyoxquihui. Aun así, lo sucedido en Santa Luisa, en la costa, difícilmente ex-

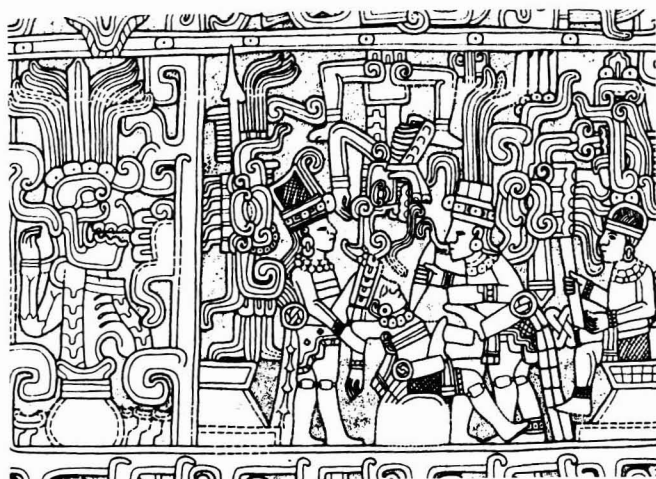
plica el contemporáneo desarrollo de las localidades del interior, cuando menos de aquellas que entonces tendrían en El Tajín un lugar de culto.

Sabemos que hacia el año 100 a.C., fue construida una sencilla plataforma ceremonial donde hoy se encuentra el Edificio 4, junto a la pirámide de los Nichos y a un lado de la "calzada" que durante el Clásico (ca. 300-800 d.C.) sirvió de acceso al Tajín Chico. En los primeros años del Protoclásico (ca. 0-300 d.C.). El Tajín fue objeto de una discreta actividad constructiva, no sólo en los terrenos sujetos al periódico afloramiento de las aguas del subsuelo —fundamentalmente la plaza de la pirámide de los Nichos— también en aquellos lugares cuya posterior nivelación daría origen al "grupo arquitectónico" del *Tajín Chico*.

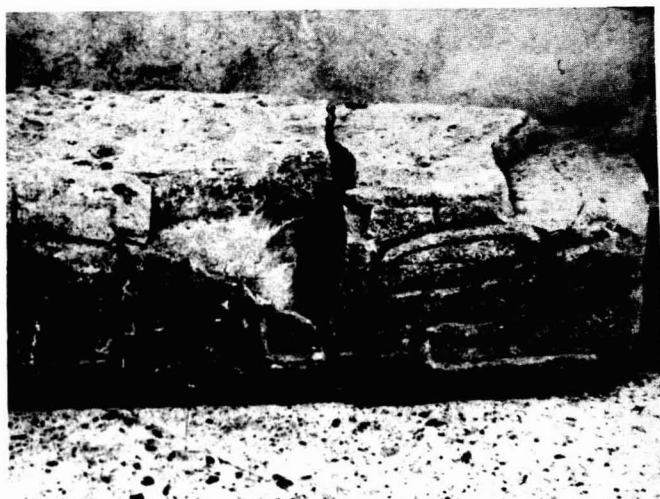
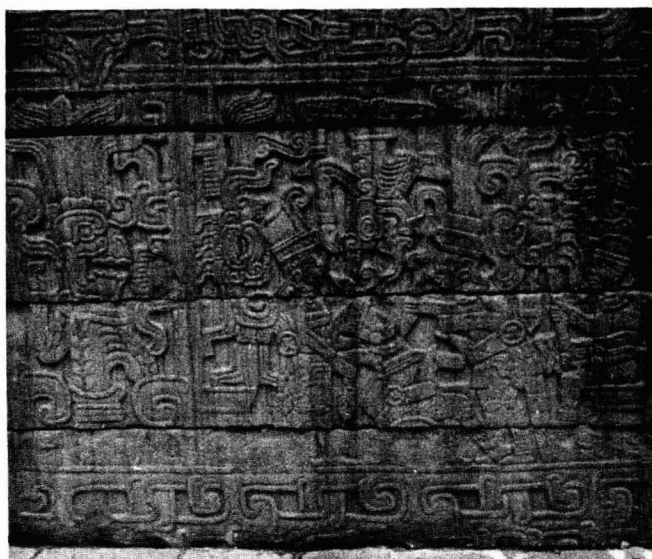
Alrededor del año 300 d.C., como parte del centro ceremonial, fue construida la "Subestructura" de la pirámide de los Nichos, hoy sólo parcialmente explorada. Entonces, el Edificio 4 ya habría sido modificado, también el antiguo Edificio 2, y en el lugar que ocupa la "Gran Plataforma", con la cual debió salvarse un importante desnivel del terreno en el siglo VI d.C., se encontraría un basamento piramidal que ahora cubre el Edificio 5. Poco antes que la pirámide de los Nichos tomara su aspecto actual, cosa que ocurrió hacia el año 600 d.C., se dio forma al Edificio 3, un basamento de siete cuerpos que cierra al oriente la plaza de la pirámide de los Nichos.

Al finalizar el Clásico Temprano (ca. 300-600 d.C.). El Tajín se habría convertido en una de las ciudades más importantes de Mesoamérica, quizá la más importante del Golfo de México, y durante el Clásico Tardío (ca. 600-800 d.C.) seguiría creciendo a los lados del "Grupo" del Arroyo, de la Plaza Oriental y al pie del promontorio del Tajín Chico.

A esta época corresponde la construcción del "juego de pelota" que forman los Edificios 13 y 14, un 'corredor ceremonial' recientemente excavado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y localizado al sur del edificio 3. Se trata de un tipo de construcción muy frecuente en El Tajín, muchas veces con los paramentos esculpidos (Juego de Pe-



Relieve del Juego de Pelota Sur



Escultura de Mongadal Grande (formativo medio)



Fragmento de un relieve de El Tajín (clásico tardío)

lota Sur y Juego de Pelota Norte) y cuya antigua función podría explicarse a través del ritual que en tiempos de los "mexicas" incluía una competencia por la posesión de una pelota de hule macizo. Su continuo roce sobre el cuerpo de los "jugadores" hizo necesario el desarrollo de una indumentaria capaz de proteger aquellas partes del cuerpo con las cuales se permitía golpear la pelota.

Los "yugos", uno de los accesorios destinados a cubrir la cintura de los "jugadores", bien pronto se convirtieron en elementos del ajuar funerario, al menos su representación en piedra, y ahora "protegiendo" la cabeza del difunto. Aunque los hay lisos, durante el Clásico fueron labrados con los "entrelaces" característicos del estilo escultórico de El Tajín y con los motivos de la iconografía local. Formando parte del complejo de pequeñas esculturas que también integran las llamadas "hachas" y "pal-

mas" se les encuentra en los más diversos lugares de Mesoamérica, incluso en El Salvador (Centroamérica).

En el momento de su mayor apogeo, el Clásico Tardío, los rasgos de su cultura se extendieron por gran parte de la llanura costera veracruzana. En las estribaciones de la Sierra Norte de Puebla, los tableros con nichos y las cornisas voladas sirvieron como elementos arquitectónicos de los varios edificios de Yohualichan, enteramente construido a imitación de El Tajín. En la región de Misantla y junto a la Sierra de Chiconquiaco, Morelos-Paxil y Cerro de la Morena se habrían convertido en sus "colonias" meridionales.

El Tajín ha sido definido como una ciudad donde los elementos culturales del Clásico tuvieron clara continuación durante el Postclásico Temprano (ca. 900-1200 d.C.), inmediatamente después del profundo deterioro de los cen-

tros más importantes de Mesoamérica. Teotihuacan, en el Altiplano Central Mexicano, habría sido desocupado hacia el año 800 d.C., dejando un enorme vacío comercial en gran parte de los territorios del México prehispánico y causando la reestructuración de muchas economías locales. Sus efectos, también las causas de aquella crisis general agudizada por fenómenos de relocalización étnica anteriores a la llegada de los "mexica" al Valle de México, debieron manifestarse en El Tajín complicados con la reciente penetración "totonaca" hacia las playas del Golfo.

Si bien la ciudad persistió cuando otras habían sido abandonadas, se hizo evidente en la pintura y en la escultura locales la existencia de una reforzada aristocracia guerrera. Ahora responsable de la construcción del tardío Edificio de las Columnas (ca. 1200 d.C.) y del último florecimiento de la ciudad. ◇

Cuestión de vocaciones

A nadie le gusta descubrir que sus papeles personales han sido hurgados por un ser desconocido. Es como sentir unos dedos fríos en la más recóndita e inaccesible intimidad del cuerpo. Hay huellas casi imperceptibles en las hojas que he garabateado con los nombres de Berta y Desideria por todas partes. Una presencia invisible. La persona que las revisó tuvo buen cuidado de acomodar el cuaderno tal como yo lo dejé la última vez pero no tomó en cuenta que sus manos –a pesar suyo– impregnaron mis posesiones con un leve perfume. Sonríe. Debe ser Margarita quien, sin confesarlo, siente celos de Berta y Desideria. O tal vez la nueva muchacha, Hilaria; también se roba, como lo hace Margarita, el perfume que mi madre acomoda ingenua, después de usarlo, en su tocador todas las mañanas. La única que queda fuera de mis sospechas es mi madrecita santa, para quien los deberes morales corren parejos de las buenas costumbres y el respeto intachable y profundo hacia las pertenencias de sus dos hijos: Margarita y yo.

Pero no puedo hacer nada. Si acuso a Margarita, mi madre no tendrá empacho en inventar una excusa para salvaguardar el buen nombre y la reputación de mi hermana. Dirá que invento historias. Ya bastante ha sufrido Margarita –aducirá mi madre. Tienes la obligación –tú más que cualquier otra persona en el mundo– de condescender a sus deseos, de acogerla en tu comprensión, de perdonarla si cometiese un yerro. Margarita –según mamá– es un ser desvalido, desgraciado y desangelado, aunque jamás nuestra progenitora exprese la imagen tripartita con estas mismas palabras. Por lo demás, soy el hermano menor. Margarita me lleva fácilmente siete años y ciertamente ha sufrido más que cualquier otra muchacha de su edad. No se le olvida el percance. A veces, por la noche, gime. Escucho sus extrañas quejas –como de animal solitario– y adivino cómo mi madre se desplaza hasta su recámara para consolarla. Podría yo añadir que si su novio se mató en la motocicleta no fue culpa de ella ni mía ni de nadie. Mucho menos de él. El chavo era trabajador, carita y buena onda. Estaban muy enamorados y a punto de casarse. Pero en el último de los casos, ¿qué tendría que ver todo esto con el hecho de que a Margarita le guste saber qué pienso, sueño o escribo acerca de las mujeres? ¿Qué relación tiene su curiosidad con la trágica faz de sus agobios y recuerdos? Por lo visto al chavo no le dio tiempo de...

Tampoco debo ensañarme con la nueva sirvienta. Es un triunfo que haya permanecido más de dos meses en nuestra

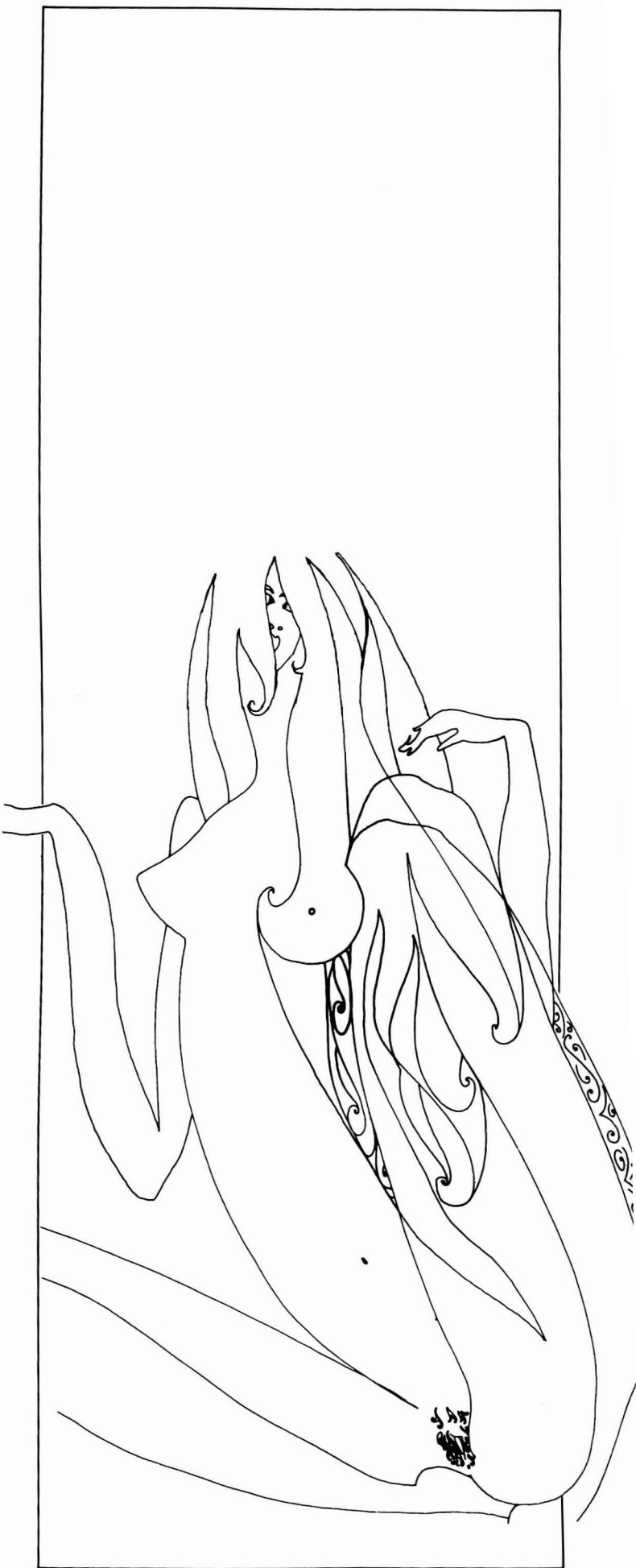
casa. Mi madre tiene la costumbre de hacerlas huir apenas cumplen tres semanas de servicios. Y después, que si son unas flojas sin remedio, que si son unas malagradecidas, etcétera. Prefiero que Hilaria se regodee con las escenas que imagino y vivo con Berta y Desideria –a veces estamos los tres al mismo tiempo– para que vaya aprendiendo poses, ritmos, secuencias del cuerpo o de las partes de él, posturas, combinaciones. La improvisación es mi elemento; aun cuando Desideria resulta bastante inhibida, a la hora de la hora mis manos y algún cuchicheo junto al oído –mordiéndole la orejita suavemente– la convencen de que en la cama todo se vale. Cualquier cosa se puede hacer si uno sabe hacerla. Así la hice razonar cuando Berta esperaba en el otro cuarto, impaciente, para entrar en el juego. Para los castos oídos de Hilaria, lo que cuento en mis apuntes se convertirá en un pecado descomunal, un episodio del Infierno. Y se morirá de ganas. Más se merece –quien seapor andar leyendo lo que no debe. O tal vez quiera realizar conmigo el consabido himeneo...

Lo curioso es que yo me divierta tanto relatando pormenores de mi vida secreta e incluso trazando uno que otro dibujo. A veces descubro que son las tres y media de la mañana y decido al fin meterme en la cama –no se vaya a dar cuenta mi madre, por el reflejo de la luz de mi lámpara en su ventana– y se me arma la de San Quintín. La pobre se preocupa mucho –demasiado– por mi salud. Pero es que el impulso es más fuerte que yo. ¿Por qué no contentarme con vivir las susodichas situaciones? No sé cómo Berta y Desideria no se cansan de mí. Ni cómo un buen día me delatan ante las autoridades superiores –alguna amiga o sus padres o sencillamente mi hermana Margarita. Lo que pasa es que al acusarme se convertirían en acusadas, ya que son tan culpables o más culpables que yo. Porque, pues, sencillamente: me encantan las dos chavas. Y como a ellas les encanta el cuchicuchi... Tengo batería para las dos. Y a decir verdad ellas también tienen suficiente energía para... cada uno de nosotros. Es un lío, no cabe duda. Pero yo me entiendo. Y tal vez perpetro estos documentos para que no guarde yo la menor duda, rencor o descripción técnica. Nada sale sobrando. Con los apuntes aprendo un chorro. Aprendo, acomodo y recapitulo. Algún día les mostraré los papeles a Berta y a Desideria. Primero a Desideria porque es la más razonadora, la más intelectual de los tres. Luego a Berta. Les diré que en estas cuestiones es bueno llevar siempre un registro. Ellas deberían hacerlo. Por aquello de la

inventiva y la creatividad... que tienden a perderse, a extinguirse. La posteridad merece nuestras mejores intenciones. Lástima que en este asunto de ser un artista notable en la cama, no operen, en lo más mínimo, los procedimientos legales para el registro de derechos de autor. Sobre todo en estos tiempos en los que la gente tiene tanto que aprender.

Aparte de la felicidad de tener dos amiguitas tan dulces y perniciosas como Berta y Desideria –junto a ellas mi hermana resulta una monja, y de las mojigatas–, me sacude la dicha de ser “el hombre de la casa”. Mi padre no se aparece por aquí ni pa’ remedio. Según mi madre desapareció de nuestra vista desde hace muchos años. Además, no tengo anotada ninguna ficha, descripción o experiencia que se refiera a eso: mi padre. A veces creo que mi madre tampoco tuvo el cuidado de apuntar con quién lo hacía, de manera que ni mi hermana ni yo pudimos alcanzar el derecho de colocarnos bajo el ala protectora de un ser cristiano, real y benevolente que asumiera la paternidad de nosotros. Mi padre –pienso a veces– es una imagen inventada por mi madre. Para salir del apuro, ya que siendo tan púdica y decente... En fin: me huele que mi padre hizo exactamente aquello del cuento: dijo que salía un instante a comprar cigarros y jamás regresó. Pero ni modo de preguntárselo a mi madre: estallaría en tremendas exclamaciones en torno a qué me creo yo, desalmado, ¿acaso soy una cualquiera?, etcétera. Pero si tan siquiera tuviéramos una fotografía paterna en la sala... nos azuzaría la inventiva, los sueños, qué sé yo. La única pista que mi madre proporciona de vez en cuando se refiere a ciertos parientes por parte de padre que se hallan en alguna ciudad de la República. Tienen dinero. Pero no concede más. Así que yo, gustoso con mi harem, tampoco intento demasiadas incursiones en la indagación del paradero de mi –o nuestro– padre porque el hechizo podría extinguirse ante una realidad inconveniente: gángster, lechero, funcionario, maricón o narcotraficante.

Tampoco quiero entrar en demasiadas aclaraciones con Margarita. Ella debe saber más cosas acerca de mi padre que las demás personas a mi alcance porque no sólo es la hija, la mujercita, la preferida de mi madre; también es la confidente. Ambas vetarras –creen– me han educado. Es obvio que las mujeres pueden detestarse entre sí pero de alguna manera establecen alianzas bastante funcionales y fructíferas, sobre todo cuando se trata de salvaguardar la estabilidad familiar y el buen nombre de la entidad. O cuando quieren acabar con un varón, domeñarlo a huevo. A veces siento que no puedo entender a Margarita y que jamás lo lograré. Mi hermana parece un ser inteligente, razonador, astuto y confiable cuando me acerco a ella y la convengo de que sea mi cómplice. Si la hago participar en algo, en cualquier cosa, en la experiencia más inocua e inútil del mundo, proclama en seguida que somos los hermanos más unidos, felices y operativos de la existencia. Pero cuando se descubre aislada, sobre todo cuando yo tomo la saludable decisión de vivir mi vida, entonces Margarita arde en celos, levita, se desgañita, confunde y se convierte en un ser conflictivo, malhumorado, incomprensible. Agua que se le escurre por los dedos. No se detiene en su labor de zapa: maldice e inventa, trastorna y agrede. No tolera a mis féminas amigas. Se vuelve una verdadera fiera. Increpa. Me acusa de



grosero y malviviente. Se manifiesta enemiga número uno de este pobre servidor, del que esto escribe. No la aguanta ni su sombra. Ni mi madre. Mucho menos yo.

Cualquiera podrá entender, entonces, si llegara a leer estas líneas, que el arte de la escritura es, con creces, mi único tranquilizante. Ante la presencia de tal número de viejas sencillamente me vuelvo creativo. Se trata de un arte, como bien puede verse, que surge de la evasión; no lo hago para buscar fama ni fortuna. Porque a decir verdad, mi vocación se halla referida a las tablas, la farándula, el espectáculo. En una palabra: a la actuación. Soy lo suficientemente carita y narciso como para saber que sí la hago. No faltaba más. En realidad, escribo porque me encuentro solo en una selva femenina, rodeado de fieras y serpientes, monstruos con piel y disfraces de corderas y corderitas. Si no fuera porque en el fondo me divierto un chorro y además porque jamás pierdo el sentido del humor, ya me hubiera largado de la casa. Ah: y otra de mis cualidades: resguardo mi lucidez, mi capacidad de análisis. ¿A dónde hubiera ido a dar sin la salvaguarda de mi enorme, profunda, extraña habilidad para procesar, sin tapujos, prejuicios ni dilaciones todo lo que ocurre a mi alrededor, así como la actitud de todo ser humano que se acerca a mi personaje inolvidable –yo–, a mi modesta existencia? No puedo negarlo: este *Diario* viene a ser simultáneamente el venero de mis talentos, la crónica de mis desaguizados y mi diversión favorita. Tal vez pura trivía, dirá alguien algún día. Pero en fin, ya quisieran los novelistas de hoy en día y tal vez otros más, todavía un tanto cuanto serieticos y más jóvenes que los de la onda. Mi *Diario*, según releo, no es poca cosa. Con respecto a lo último compite –y lleva todas las de ganar– con las verdaderas “peleas” que realizo con Berta y Desideria en el estrecho lecho de mi cohecho, el rincón más oscuro y primoroso de mi recámara. Porque las actividades eróticas y la escritura se me dan sin más, por la buena, sin obstáculos, como agua, tranquilamente, de manera natural, espontánea y agradable. ¿Y por qué no hacerle caso a las vocaciones? Al fin la única que se asustará será la subrepticia que inicia con prisa la revisión de mis privacidades.

El perfume que percibo al leer estas líneas lleva el nombre de *Rosas del estío*. La primera botellita la detecté en el tocador de mi madre –que, por cierto, a su vez se llama Sandra–; se la había regalado su eterna, fiel amiga Elena, una señora bastante madura pero muy, muy bien conservada (como que no tiene otra cosa que hacer que andarse conservando mediante operaciones quirúrgicas carísimas, inyecciones peligrosísimas, procesos extravagantes). Elena llegó con el frasquito de *Rosas del estío* el 12 de diciembre del año pasado para rendirle pleitesía a Sandra porque es –asegura Sandra– el día de su cumpleaños. Qué se me hace que en su acta de nacimiento, que mi madre jamás ha querido mostrar, dice con todas sus letras: Guadalupe. Eso de Sandra se lo ha de haber inventado más tarde, a causa de los vejámenes de la existencia. Edades a la enésima potencia, las de ambas, Sandra y Elena. Me llamó la atención lo de *Rosas del estío* por aquello de *Rosas los del tío* o *Rosas lo muy mío*, etcétera, cuestión que hizo reír a mis cuates durante unos buenos cuarenta minutos. Pero, ¿a quién chingaos se le ocurrió ponerle ese nombre al perfumito? ¿Acaso al

flaco de oro? Aparte de la reseña con mis amigos, aproveché la hechizante esencia para coquetearle a Elena, haciéndole que me pusiera un poco en el cuello y luego lo oliera. Me echó el rollo –al mismo tiempo que me acercaba la boca y me toqueteaba– que mi piel era tan lozana que bien podía tolerar todas las esencias y olores. Por poco le doy un beso a la buena jamonsona y le pescoteo un pezón, que buena falta le hace. Aunque jamás me imaginé que las famosas *Rosas del estío* se impregnarían tanto a mi vida, ya que se han adherido incluso a estas páginas tan, tan personales e íntimas. Por lo que toca al perfumito, ni qué decir que le diserté a Elena –y después a mis cuates– que era un producto unisex. Porque si existen tantas marcas, modos, combinaciones para las mujeres y otros muchos para los hombres, ¿por qué no generalizar el género, desparramar las oportunidades y declarar a todos los perfumes, aguas olorosas, de baño y similares productos al alcance de todos los sexos y edades?

Lo único malo con respecto al susodicho olor se refiere a que cuando uno es bendito entre las mujeres, las muy canijas diluyen sus culpas en perfumitos y aun sin saberlo se vuelven cómplices, como si pertenecieran a una muy bien equipada banda de forajidas. Soy la víctima, no cabe la menor duda. Porque, a pesar de sus apapachos, nada de lo mío se salva de sus incursiones, acosos, envidias y coqueterías. Todas y cada una parecen poseer un plan bien definido con relación a mi humilde persona. Creen que les pertenezco en cuerpo y alma. Hasta mis documentos, guardados con tanto celo, pueden hallarse, a la menor provocación, en sus manos, ante sus ojos. Mi escritura, por lo visto, sí es unisex, apta para cualesquiera pares de ojos. Los cualesquiera de ellas. Y me imagino –esa es mi única venganza– la cara de extrañeza que pondrá la que ya se haya atrevido. Si es la mismísima Sandra, allá ella. Puedes ir con el chisme y platicarle a la dulce Elena mis convicciones acerca de sus jadeantes empeños. O si Margarita, pues tú tendrás la culpa, mamacita, toda vez que no tienes ningún derecho a andártela jalando –digo la chichi– con cosas que le incumben sólo a éste, su servilleta. O bien, si Hilaria, aquí yace por escrito una proposición descomunal: encuérate y ya verás. Hasta Berta y Desideria se quedarían pasmadas con la sorprecita...

En fin, que todo esto carece de importancia si se entiende que sufro personalmente una de las más grandes crisis de mi biografía: ¿qué hacer, a quién acudir? Soy actor pero no tengo donde actuar. Y frente a este enormísimo problema ninguna de mis mujeres puede ayudarme. Antes bien, se aprovecharían de la “coyuntura” para lograr un papelito para ellas. Nadie puede auxiliarme porque se trata de la razón fundamental de mi estancia en esta tierra de pecadores: mi vocación. ¿Qué será de mi vida considerando que el trabajo es la realización del hombre y la realización su más caro y válido apuntamiento sobre el orbe? Deseo ser payaso, galán, saltimbanqui, cómico de la legua, cantante. Nunca he querido pensar en lo que realmente amo: fornicar –con auxilio, naturalmente, de la contraparte–, actuar y escribir, aunque sea este *Diario*. En el mismo orden de importancia. ¿A qué preclaros parajes pueden conducirme estas inclinaciones? ¿Bastan el erotismo y las letras para sentirse fuera de peligro? Lo dudo. Y todo lo que me

rodea y quienquiera que me aconseja me lo repite, casi al oído, constantemente: ¿crees que tienes algún futuro? En realidad, mi primera inclinación se halla bien fundamentada en el tamaño de mi verga y en mis fogosos e inquietos, permanentes desvelos. Pero alcanzar el estrellato histriónico es otra cosa: necesitare oportunidades para lucir mi talento y mi figura; y después, si bien me va, me veré obligado a escalar la interminable, altísima escalera de la fama. Por ello mi actividad cultural más agradable y segura sigue siendo, hasta el momento, la elaboración de estas páginas, toda vez que yo solo y mi cándida alma –sin la necesaria presencia, sin el auxilio de nadie más– nos las ingeniamos para definirnos, defendernos, desfogarnos: para crear. Aunque, a decir verdad, no debo creermelo tan seguro y tan chingón. Esta curiosa sociedad en la que vivimos le puede dar el batacazo a cualquiera. Sin miramientos. El día menos pensado y de la manera más inesperada. Y es que no creo que en este pueblo mexicano pueda o deba justifi-

carme –en la primera parte de mis actividades favoritas– el poseer un miembro bastante aceptable y de buen tamaño. Eso ayuda, lo sabe todo el mundo. Es como una credencial que puede abrir puertas y suscitar respeto. O qué, ¿no todos los mexicanos miramos de reojo, comparativamente, el tamaño de nuestros congéneres en los mingitorios? Tampoco que se deban despreciar mis aficiones literarias, toda vez que en sentándome yo a la mesa y poniendo la cuartilla en el rodillo para llenarla de letras, me acaece una muy noble y leal obsesión por decir cosas y describirlas y razonar al unísono que pongo las palabras y las frases sobre el papel. Pero es que en esta sociedad, tan echada a perder y hasta jodida, estos menesteres sólo conducen al más infeliz de los proxenetismos y a la más ingenua de las fintas, ya que las oportunidades, como el capital y la propiedad, se hallan concentradas en unas cuantas manos. Ni el sexo hecho a fondo y con esmero ni la escritura hecha con ídem e ídem pueden garantizar una considerable ha-



cienda. Todo por culpa de las llamadas profesiones liberales y las carreras y ocupaciones ilícitas. Por allí dicen que la mayoría de la población activa mexicana deja de pagar impuestos. Y que aquello de las actividades no registradas es un hecho en México.

Elena tiene buen busto y es jovial. Sus manos, muy bien arregladas, comienzan a tener pecas cafés. Le lleva algunos años a mi mamá y por tanto a veces se comporta como una hermana mayor y otras como una protectora casi madre. Se ve a leguas que Sandra le cuenta todos sus problemas –reales e inventados– y por la manera de mirarme y de hablarme colijo que doña Elena se halla al tanto –por boca de Sandra– de la mayor parte de mis andanzas, pujanzas y semblanzas con las mujeres. Qué mucho o poco sabe de que me agasajo con dos chavas simultáneamente, no lo sé. Pero desde que el famoso olorcito de *Rosas del estío* impregna mis textos íntimos me mira Elena de una manera distinta, como si se le antojaran mis modestos servicios: quihubo, muchachón, cómo van esas agitas tareas; órale, a ver si me invitas un día de estos, siquiera al cine; dónde te anduviste metiendo últimamente... y todo me lo dice Elena cuidando con el rabillo del ojo de que mi mamá se encuentre ocupada en la cocina o hablando por teléfono. En fin, yo no tengo ningún inconveniente en echarle una manita a Elena pero desde luego debe hacerme la lucha, no soy facilote ni de la calle. Qué caray.

Ayer entró Elena a mi recámara cuando leía yo una novelita rosa –entretienen como nada porque todos los personajes, hasta el perro, sufren lo indecible– y se me quedó viendo. Yo estaba tendido sobre el lecho, simulando un muerto, embebido en la trama idiota del libro y por un buen rato me hice buey fingiendo que no me daba cuenta de su contemplación. Al fin, acercándose a la cama me saludó y nos enfrascamos en una vana conversación sobre el hábito de la lectura. Elena adujo razones y sinrazones. Yo la miraba desde abajo y me pareció buenísima. Y de tan seria, por poco le creo que posee el hábito de leer buenas obras –eso dijo. Pero cuando estiré el brazo para agarrarle la mano, entonces se puso a caminar por el cuarto, hizo comentarios sobre la limpieza y qué bueno que yo soy ordenado y que mi mamá me adora y que un hombre joven debe saber “levantar” su habitat, etcétera. Cuando descubrió mis calcetines tirados dijo que qué lástima. Bueno, nadie es perfecto. Me levanté apresurado y aventé los calcetines en la papelería. ¿Qué haces?, preguntó. Pues tirarlos, ¿qué otra cosa? ¿Cómo? Pues, sí, porque ya tienen dos o tres agujerillos por ahí y mi amá no remienda calcetines ni yendo a bailar a Chalmá. Entonces, bien modosita, Elena sacó los calcetines del cesto y se acercó y me transmitió un consejo inigualable para las economías domésticas, el cual yo transmito de manera literal para bien de los que quieren aplicar la receta: “Mira –dijo. Los calcetines medio rotos, sin remedio, bien limpiécitos, los retacas con las tejitas de los jabones del baño, esas que siempre sobran y ya no pueden usarse. Entonces te restriegas tu lindo cuerpecito con el calcetín y así se aprovechan tanto las tejitas de jabón fino como esos calcetines que el consumismo contemporáneo te obliga a tirar sólo con uno que otro hoyito...”

Ante esa prueba de sabiduría y de espíritu práctico y moder-

nizador de Elena me pregunté qué pensaría de mis acostones con Berta y Desideria pero, la verdad, me abstuve de tratarle el tema tan intempestivamente. Cada día se aprende algo nuevo. Pero Elenita huyó en cuanto le sugerí que nos bañáramos juntos para que me enseñara a “restregar el calcetín en su lindo cuerpecito...”

Entre si son peras o son manzanas hoy por la mañana me metí a la regadera y puse en práctica la fórmula helénica. Metí el jabón –todavía no tengo tejitas que utilizar– en el calcetín y me limpié mi estructura muscular hasta decir basta. Vi que funcionaba a las mil maravillas. Y el descubrimiento hasta me puso de buen humor. Antes de irme a desayunar, puse en mi *Diario* un lindo dibujo-retrato de mi instrumento y escribí el siguiente letrero: esto, en vivo, para la que ande husmeando el presente texto... no se asuste. Está lavado, restregado a morir con un calcetín bien limpiécito que a su vez deja todas las partes del cuerpo limpiécitas.

Pero después, durante todo el día, tuve que hacer unos esfuerzos sobrehumanos para no caer en la tentación de estar pensando en esta bella, abúrnea, sistemática mujer que se metió en mi cuarto... para nada. Es decir, para enseñarme cómo ahorrarse hasta las tejitas de jabón que todo el mundo manda al carajo y desperdicia. Durante la clase de sociología me descubrí pensando en las piernas de Elenita y en sus dos abultadísimos senos; también recordé el tono de su voz y su actitud de no rompo un plato. Es evidente que sentí cosquilleos allí “dónde tú sabes” y que no ponía mucha atención en las explicaciones del profe. Con todo, la dictadora imagen de Elena al fin desapareció cuando me topé con Berta. En la escuela, Berta es muy, muy seria y jamás alude a nuestras convivencias. Sólo me sonríe con los ojos y hasta parece que describe con la mirada las buenas sobadotas de cuerpo entero que nos damos... Con Desideria, naturalmente, y sin calcetines.

Al mediodía, insisto, me sentí cansado de estar obsesionado con tantos cuerpos, miradas, actitudes y manoseos de viejas, así que me puse a repetir algunos teoremas, con el instinto matemático a flor de piel pero con la convicción profunda de que el ser humano –varón para ser exacto– tiene la obligación de hacer en esta vida algunas cosas distintas a tener satisfechas y a sentirse satisfecho con todas las mujeres que aparecen en su vida.

Al principio de mis juegos mentales, Berta no agarró la onda; fue hasta después de un paseo por el jardín de la escuela que se convenció de que yo había caído en uno más de mis estados de concentración, actitud asaz silenciosa que ella califica de “abstracta” a secas. (Gajes del oficio y el vocabulario.)

Sin embargo, estuve a punto de arrepentirme de tanta concentración porque otra vez caí en ese tipo de sensaciones inhóspitas, graves, esdrújulas y cabronas que acaban por asustarme: sucede de vez en cuando, sobre todo en esos instantes en que elucubro acerca de cómo carajos prepara un actor sus estados de ánimo para, digamos, volverse otra persona. Cómo alcanza a ser la figura que debe hacerle creer al público que realmente es. Parece idiota la imagen pero a mí me trae de un ala. Sencillamente a veces no me deja dormir. ¿Para qué engañar al público con un yo, con alguien que se encuentra dentro de nosotros, muy en el fondo, fuera, tal vez, de la conciencia,



si ya de por sí uno es lo suficientemente impresionante? Bueno, me refiero a cualquier integrante de nuestra apesada especie, cualquier ser humano. Todos traemos la música por dentro. No nos medimos. Cada uno de nosotros es, no un mundo sino una galaxia entera. Me fascina pensar que en el escenario uno puede, de cuerpo entero y presente, ofrecérselo a los espectadores bajo una piel distinta, portando una magnífica máscara, pero transformado hasta la médula, de tal manera que aquellos que depositan sus humildes e ingenuos ojos sobre la humanidad de uno, no tienen otro remedio que estar viendo y oyendo a una persona distinta. Precisamente al personaje, al personaje en turno.

A veces he tratado de explicárselo a Berta, quien resulta la más prudente y atenta de mis mujeres pero ella misma parece irse por otro lado, una onda diferente al rumbo de mis reflexiones. Hoy mismo intenté hacerla entrar en mis razonamientos, pero se limitó a pelar sus hermosos ojos verdes y a guardar un respetuoso silencio que en realidad indicaba que estoy muy cerca de la locura o de la idiotez.

Ya en mi casa, en mi cuarto, antes de comer, juré solemnemente que en otra ocasión obligaría a mis pensamientos a converger en este tema porque –siento– me va la vida en entender qué busco y qué prefiero en el mundo del espectáculo: convertirme en un actorcillo medio carita, lleno de la pendejez de las circunstancias sociales e históricas, o convertirme en el papucho de los actores, en el mejor de todos, aquel que resulta capaz de hacer que el público deje los asientos mojados de tanta sorpresa e intensidad. En fin... me concedo el derecho de escoger mi propia vida, no obstante esta bola de viejas marrulleras que darían el corazón y todo lo demás por mantenerme bajo su yugo, personal o colectivo.

Los últimos dos días, los dispositivos de Elena volvieron a hacer acto de presencia en mi cuarto, pero en estas dos ocasiones un servidor se mantuvo a la expectativa de pasar a maniobras mucho más fructíferas que las anteriores. Antier por la tarde se le ocurrió abrir la puerta de mi recámara para ver cómo andaba su “cachorrito de bronce” (ese soy yo, según ella porque soy adorable y morenazo); penetró cuando me hallaba frente al espejo haciendo mis ejercicios de muecas, con la vista clavada en mí mismo, frunciendo la boca y arrugando la frente, la nariz y todo lo arrugable que podemos poseer en el rostro. La muy astuta no se dio por enterada, aunque estoy seguro de que en estos momentos todavía se pregunta qué puede estar haciendo un flaco como yo frente al espejo... Me preguntó acerca de mis cursos en la escuela y fingió demencia cuando le platiqué del arribo, a mi vida, de una nueva Dulcinea, cuyo nombre no quise confiarle. Pero le describí la dulzura de su rostro y de su carácter, así como la notable finura de sus lindas protuberancias anteriores y posteriores. (Naturalmente le describía a Desideria, a quien ella no conoce.) Le confesé que durante los siguientes días estaría dedicado a organizar baterías primordiales sobre la suculenta niña y Elena creyó conveniente chotearme un poco. Que si me creía el galán, que si tenía tanto éxito como para considerarme “superior”, que si no me engolosinaba con tanta vieja. Como no le paró allí sino que siguió hacia adelante poniéndose prrrr-funda, yo le saqué mi teoría de las determinaciones. ¿Qué es

eso? me preguntó. le expliqué que vivíamos en un país que fincaba sus actitudes culturales en la doctrina de los perdedores. Siempre perdemos los mexicanos: frente al destino, los invasores, el amor, la muerte, la organización, el capitalismo y... los mexicanos. Es una actitud clasemediera, le dije. Pero mi reacción personal al respecto –añadí orgullosamente– consiste en preguntarme a mí mismo qué prefiero ante las dos alternativas fundamentales, qué prefiero que me ocurra en cada situación: si lo que le sucedió a Tarzán o aquello que le hicieron al niño de la naranja. En las explicaciones metí el asunto de la modernización: para ponernos a tiro con lo que se hace en el mundo, tenemos los mexicanos que erradicar de nuestras mentes y cuerpos la culpa ancestral que nos dejaron conquistadores y conquistados. Nada de lagrimitas. Como que los únicos vencedores en la historia del país han sido don Benito Juárez y el tata Lázaro Cárdenas. Los demás terminaron mal: en imagen o en cuerpo presente. A todos acabaron por darles en la madre. Ya está bueno. Hay que quitar de todas partes esta idea del destino propio. ¿Por qué no hemos de ser chingones, los mejores, realizadores fluidos y exactos en el amor, la política, la empresa, el concierto de los jamones y de las naciones? Insistió Elena en que le hablara sobre las diferencias de ambas alternativas, la de Tarzán y la del niño de la naranja, pero yo me negué rotundamente y la dejé en un cabroncísimo *suspense* que la obligó a regresar ayer, ya tardezón, casi de noche... Sigilosamente abrió la puerta de mi recámara. Yo estaba sentado sobre la cama recitando en voz alta *Los amorosos* de Jaime Sabines (procuro leer en voz alta una hora diaria, tal como me lo recomendó un profesor de literatura, y así mato dos pájaros de un tiro: mejoro mi dicción y asimilo buena sintaxis). Pues bien, la Elenona mi hizo callar y me pidió melosamente que le explicara lo que le había sucedido a Tarzán y lo que, por su parte, le habían hecho al niño de la naranja. Yo todavía me resistí: no, porque te vas a reír y vas a creer que son vaciladas, cuando todo va en serio: yo lo pienso en cada situación y me acojo a mis decisiones: o me va como a Tarzán o como al niño de la naranja. Estás loco, espetó frente a mí. Ni tanto, espeté frente a ella. Casi nos olíamos los respectivos alientos. Bueno pero me das un beso. Está bien. Pero qué le pasó a Tarzán y qué al niño de la naranja. A Tarzán –sentencié– se lo llevó la changada; y al niño de la naranja se la pelaron. Luego no quería darme el beso, la muy canija pero se lo “arrobaté” no con pocos estrujamientos cuerpo a cuerpo. Al final, antes de que saliera de estampida, le hice prometerme que jamás revelaría las bases de mi personal, pragmática, funcional filosofía; las dos alternativas posibles.

Hoy estuvo más amable que de costumbre mi hermanita Margarita. Ni siquiera se ofendió cuando le pregunté si conocía a Lola Meraz. Siguió seria, caminó de frente y se perdió en el interior de su recámara sin chistar, sin emitir quejido o lo que sea. Será que anda de regla o que entendió el albur y quería reírse a solas. También aproveché el viaje y le confesé a mí amá que quiero ser actor. Resulta que me pidió que la acompañara a Perisur. “Sandrita de mi alma –me quejé. Siempre que vamos acabas por invitarme a tomar un helado de yugur porque es para lo único que te alcanza.” Qué importa, espetó. Estaba fresca, guapa y francamente olorosa a

Rosas del estío. Y como vi que tenía razón pura, porque, total, los helados de yugur no son tan malos pues nos fuimos. Además me gusta manejar el vochito. Ibamos muy campantes cuando se lo dije y al principio no sabía de qué le hablaba. Actor, actor, repetí. No quiero ser nada en esta vida sino actor. De cine, radio, teatro y televisión. Me dijo que estaba loco y encendió el radio. Pero yo le bajé al sonido y en serio, Sandra, aunque te parezca extraño o jalado yo no quiero estudiar cualquier carrera. Quiero ser actor y –enronqueciendo– ojalá puedas comprenderlo. Sandra apagó el radio y se me quedó viendo. Me miró de arriba a abajo (perfil, naturalmente y sentadito...) y entonces se rió y me dijo estás loco. Me deslizó, con palabras lisonjeras, que tuviera cuidado. Podía yo ser un buen deportista y estudiar administración de empresas. Ella –Sandra bella– sólo podría mantenerme hasta que tuviera una edad razonable. La gente va y viene, dijo. Tú sabes hacer muchas cosas y ese es tu problema como chavo. Eres ágil, sincerote, tienes pegue con las mujeres, todo el mundo te quiere. Eres práctico y escribes bien. ¿Para qué estudiar algo tan alejado de tus aptitudes? Sandra me miró fijamente y después bajó la vista y se miró el escote. Acabó por decirme que teníamos –ambos– que preocuparnos por mi hermana. Su voz se hizo medio ronca. Nunca la había visto tan sacada de onda y por lo que percibí en el fondo de su alma llegué al entendimiento de que jamás la querría más que en ese momento. Me dije como si le dijera a ella: “Loco, loco pero ya verás...”

Me gustó más Sandra por la noche. Se acercó sigilosamente hasta mi cuarto, sin hacer ruido para que Margarita no supiera que quería hablar conmigo, completamente a solas, y me apapachó. Yo permanecí acostadote en la cama, haciéndome el ofendido, el incomprendido, y Sandra se sentó a mi vera. Me dijo que estaba yo todavía muy chavito para andar pensando en esas cosas, toda vez que hasta no terminar la preparatoria debe uno preocuparse por “la carrera”. Si dentro de dos años insisto en la idea de volverme actor pues... ya veremos. Añadió que no veía el porqué de mi tango pues nadie en la casa me estaba impidiendo ser quien quisiera ser. Cuando se fue –después de darme un besito perfecto en la frente– tuve que llegar a la conclusión de que Sandra estaba inusitadamente propia y prudente. Es más: acertada, porque –que yo recordara– ninguna de mis viejas se oponía a nada de lo que yo quería hacer. Saqué el *Diario* y me puse a escribir. No cabe duda de que mis elucubraciones me permitieron dormir como un bendito: diez horas de un jalón. Pero no cabe duda, tampoco, de que me estaba yo inventando un infiernito causado por mi vocación incomprendida para ¡no pensar en cómo desarrollar mi talento de actor! En lugar de andar haciendo tanguitos, obviamente –como dijo el presidente– debiera andar planeando mi desenvolvimiento vocacional. Y que a nadie más se culpe de mi posible fracaso... en caso de ocurrir...

Mañana me alejo de tanta vieja, me inscribo en las clases de actuación de la Prepa, me meto a los meneitos de los de danza e indago dónde se puede vocalizar. A lo mejor necesito enfundarme en las mallas de los bailarines, leer en voz alta, meterme en una puesta en escena. No puedo andar perdiendo el tiempo. Si me dieran a escoger, preferiría ser el niño de la naranja. Tarzán ya no tiene tanto prestigio como antes... ◇

El color es un personaje

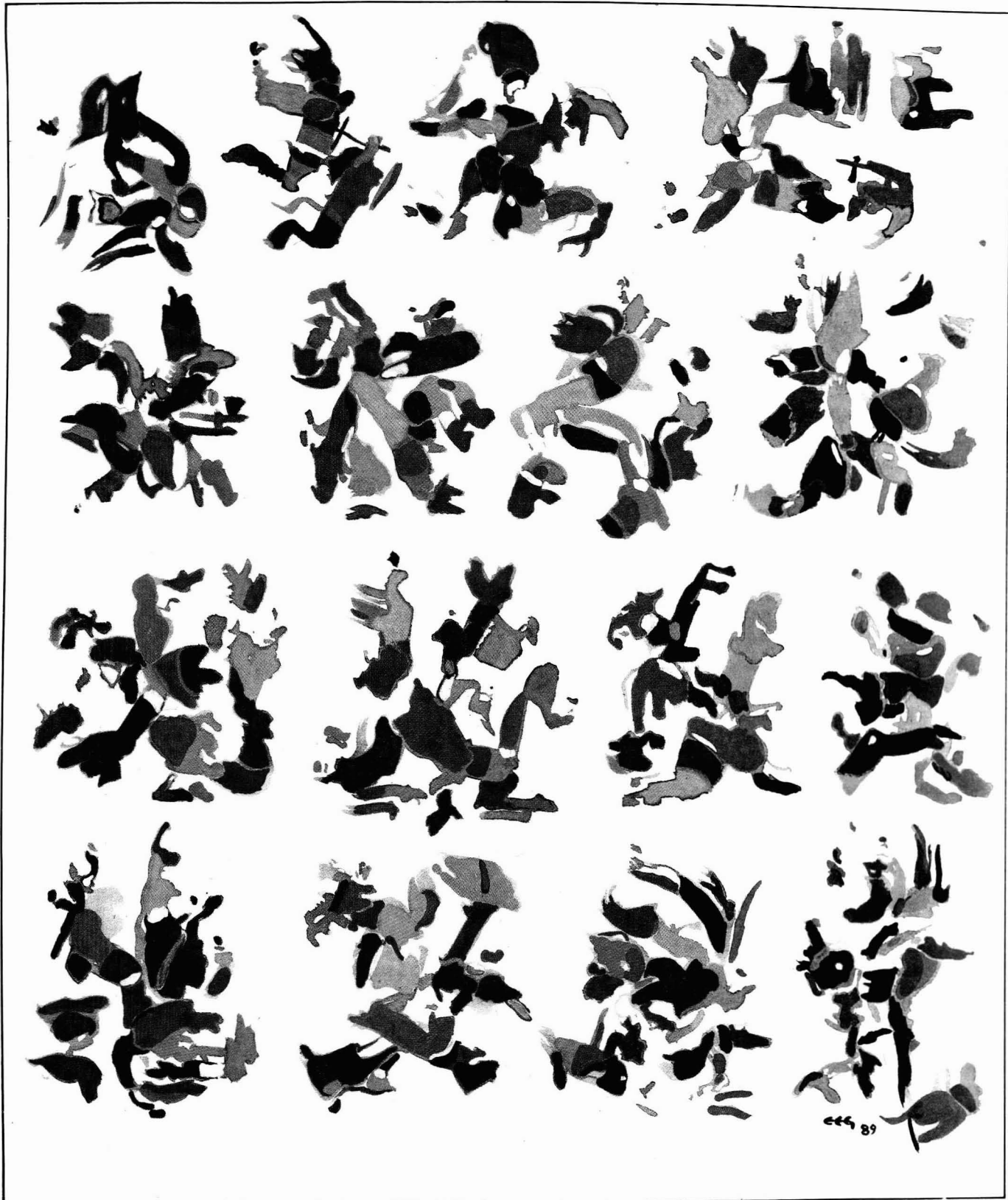
“Sueño con un arte de equilibrio, de pureza, de tranquilidad, sin sujeto inquietante o preocupante, que sea, para todo el que trabaja con el cerebro, bien se trate de un hombre de negocios, bien un hombre de letras, un calmante cerebral, un objeto análogo a un buen sillón que lo consuele de sus fatigas físicas.” Las palabras de Henri Matisse, extraídas de sus *Notes d'un peintre*, sintetizan la autonomía de la pintura, el triunfo del artista del color que supo liberarlo de la rigidez conceptual del modelo y convertir a la pintura en su propio sujeto. Las criaturas coloridas de Elvira Fernández, sus serios juguetes para grandes, sus manchas de color de calculada espontaneidad, cuya lectura no tiene otro límite que aquel que les imponga el espectador, son fieles a la idea del maestro.

Quien ve las manchas de Elvira Fernández, o elabora sus propias historias a partir de esas criaturas que —conquista del arte moderno— viven por sí solas, acaso no medite que tras ellas se encuentra un proceso que ha costado un largo periodo de contemplación. Su historia se remonta a un día de 1976, en Suecia. Elvira Fernández era entonces una economista, ex profesora de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, recluida en su cuarto a causa de una pulmonía. Imaginemos la escena. Aún permanece en la habitación el recuerdo de la amiga que ha estado a visitarla. Además del calor de la visita, ha dejado un libro que acompañe ese viaje interior que llamamos enfermedad. Elvira lo toma del buró. Se trata de *Lointain*



intérieur de Henri Michaux. Al tiempo que lo abre, mira el paisaje que el invierno ha dejado en el vidrio de la ventana: un primer plano de manchas acuosas y detrás, un paisaje de grises amortiguados que el vidrio de la ventana enmarca con una fidelidad que parece preconcebida. Paulatinamente, conforme la muchacha se absorbe en la lectura, aquellas manchas arbitrarias se transforman en sentidos, historias, personajes, del mismo modo en que el poeta abre compases entre el tiempo y el espacio, o en el espacio, para dominar al tiempo e instaurar el presente inextinguible del arte.

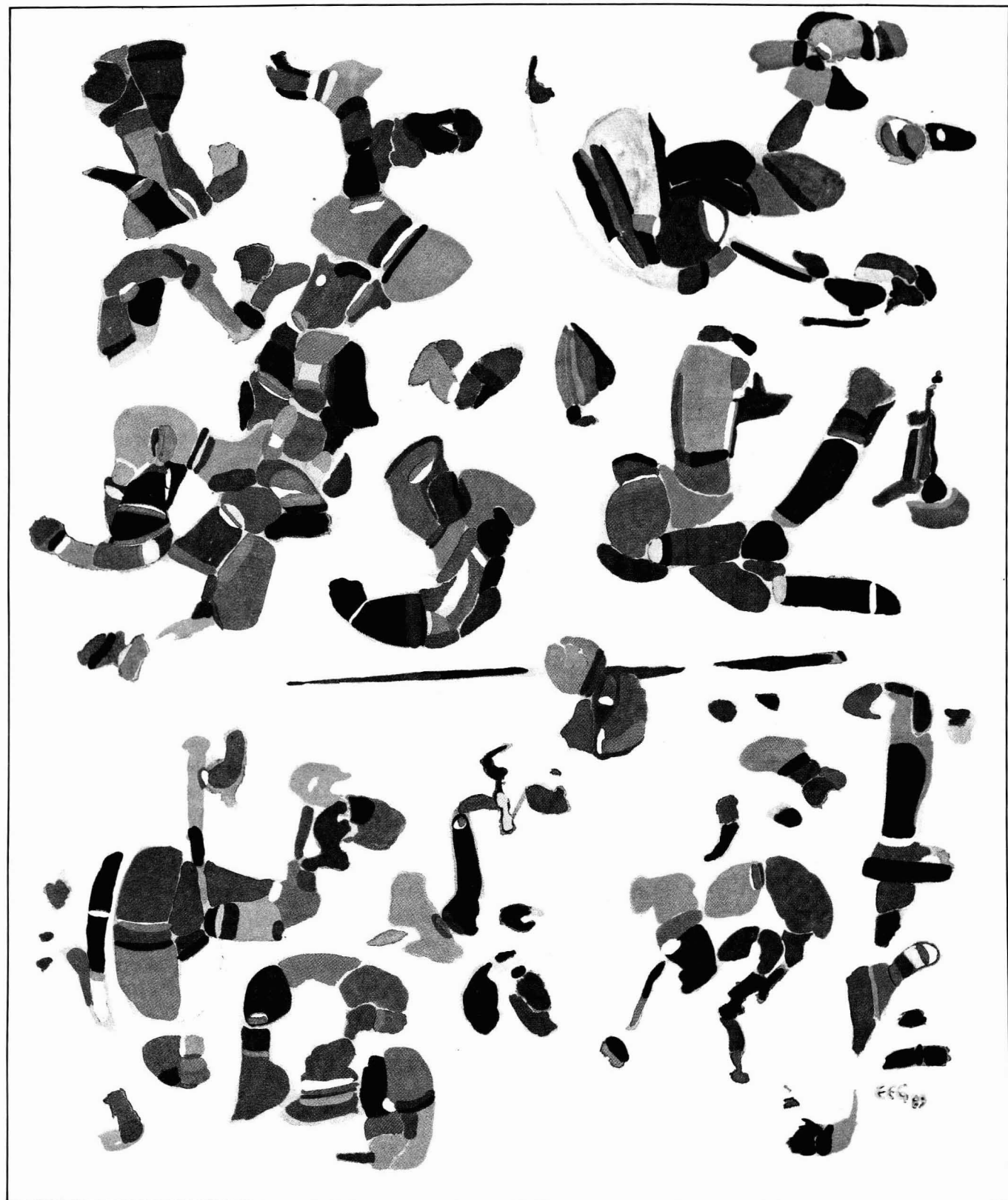
Más tarde, Elvira descubrirá que Michaux es también un artista de la línea, un explorador de las múltiples lecturas que una mancha proporciona. El encuentro con la obra de Michaux ha sido decisivo. Salida de la enfermedad física, que no de la obsesión creadora, se da cuenta de que ha quedado tendido un puente que parecía interrumpido. Se ha reanudado así una conversación con la niñez, aquella etapa donde sus cuatro años se aproximaban a la mesa de mármol con el afán de descifrar los signos que en el periódico, extendido sobre la mesa, parecían ofrecer la invitación a



mundos nuevos. Ese mismo asombro la invadirá años más tarde, cuando, ante los papeles goteados de pintura, su vista ya educada la conduzca a descubrir reinos y personajes en esas figuras arbitrarias, como el niño que se tiende a mirar las metamorfosis de las nubes.

"Trabajo sin usar bocetos, sin utilizar una referencia inmediata, jugando con el armazón y con las fibras, como si los encontrase; como si al recoger trozos de alambre retorcido, cortezas de un árbol, les diese un nombre, reconociéndolos." Sin embargo, para llegar a esa síntesis, a ese orden y

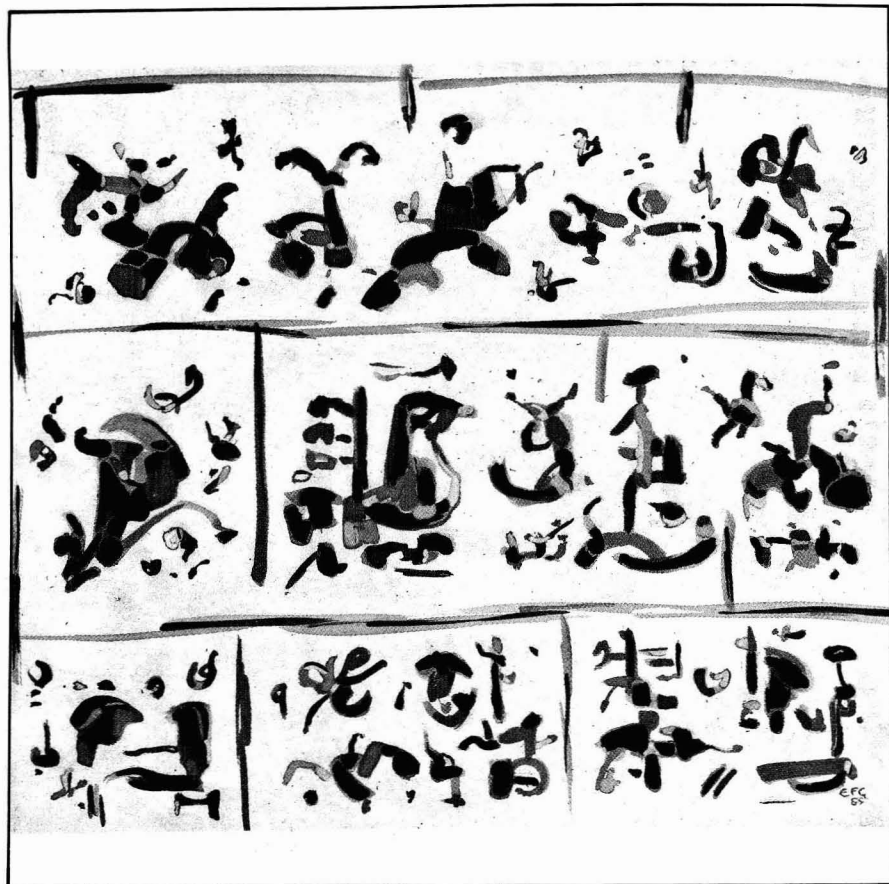
pureza que Piet Mondrian consideraba el punto extremo del quehacer artístico, fue preciso aceptar los rígidos moldes de la disciplina. El descubrimiento de Michaux la había llevado al convencimiento de que su vocación era la escritura. Decidida a traducir al español su poesía, pudo



conocerlo en persona. Recuerda sus entrevistas con el poeta que amaba, como parte de la vida, el misterio: la recibía con lentes oscuros y siempre con una mesa de por medio. Licenciado Vidriera, fuerza en paradójico punto de ruptura, su actitud ante la vida era tan exigente

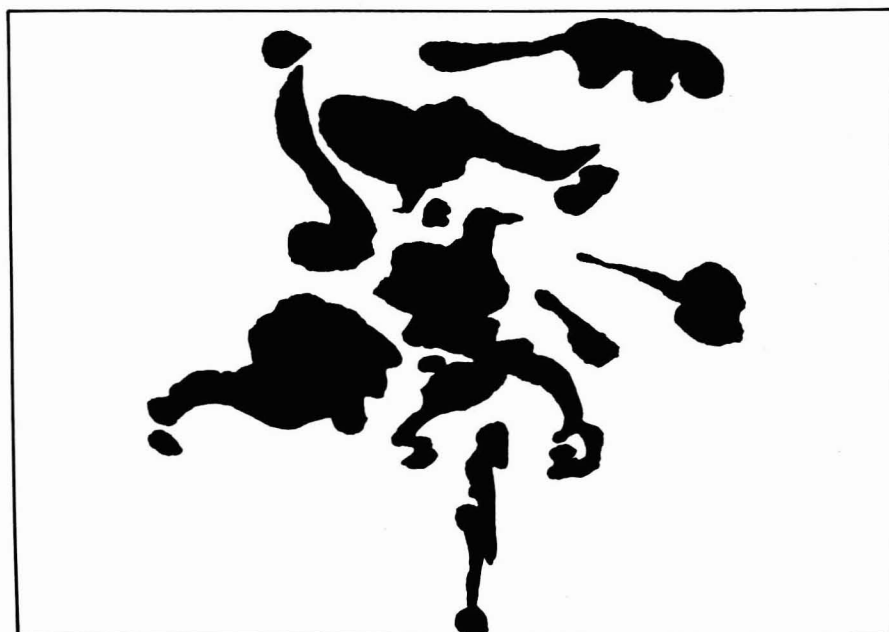
como la que supone la lectura de su obra. Los caminos, sin embargo, iban a ser otros. Elvira Fernández, sin olvidar la lección de Michaux, entró en 1981 a estudiar grabado en el Atelier Lacourière-Frélaud, de Montmartre, donde el miedo a expresar lo que ella

era en realidad, la llevó a adoptar la técnica tiránica y laboriosa del grabado. Necesitaba atarse las manos y el alma, ejercitar una técnica, antes de llegar hasta sí misma y decir esta voz es mía. Posteriormente comenzó a trabajar con el "objeto encontrado" de los años treinta, lo cual la llevó a



una mayor libertad expresiva: a partir de un hueso, establecía las transformaciones del objeto. Determinante en estos años fue conocer al grabador checoslovaco Dado, también —las afinidades electivas de Goethe— amigo de Michaux. Cuando se dio cuenta de que el grabado era insuficiente para la

libertad que precisaba, Elvira Fernández pasó a la litografía. Ingresó al Atelier Clos y Bramsen, donde el ambiente era muy estimulante. Ahí, la artista empezó a recoger papeles salpicados de manchas, materiales de desecho, objetos elevados por el azar a una dimensión que acaso les ha pertenecido desde siempre y sólo esperan el soplo que los reconozca y



los redescubra. "Al pintar, leo las formas obtenidas y van apareciendo un ojo, una carcajada, un personaje furtivo o reservado, una larva o muchas, que me divierte conservar en el acrílico en un estado transitorio y de evidente carencia."

Otro de los maestros de Elvira Fernández fue el pintor y escultor Jean Dubuffet, cuyos *Prospectus et tous écrits suivants* leía entonces con asiduidad. Matisse y Dubuffet comenzaron a hacer escultura para comprender tangiblemente lo que representaban en la unidimensionalidad de la superficie. Para Elvira Fernández, la diferencia entre Picasso y Matisse, y su preferencia por el arte de este último, consiste en que en éste el color no está sujeto por el dibujo: el color es el personaje. Dubuffet, uno de los primeros en trabajar con materiales de desecho, aspiraba a que las líneas formaran contornos: de ahí su llegada a la escultura. De acuerdo con ese precepto, Elvira Fernández cree que la escultura es un pretexto para sostener un trozo de color en el espacio, y actualmente trabaja en una escultura de dos metros, titulada *Lúdica*, donde se sintetizan los intentos anteriores. Ha proyectado asimismo la maqueta de un parque de diversiones donde los juegos sean esculturas, objetos en los cuales el espectador se transforme en usuario y viva el arte, de acuerdo con la idea del escultor Henry Moore, quien abogó siempre porque desaparecieran los letreros NO TOCAR que invaden los museos y la escultura llegara hasta nosotros también a través del tacto.

"Trabajar con yeso, que fragua casi de inmediato, sin un proyecto previo, me obliga a aceptar lo irremediable, a cederle un lugar importante al azar. La fuerza de gravedad, la memoria vegetal, las leyes de la química trabajan conmigo arrebatándome el modelado de mis personajes. Esta violencia es lo que me atrae: el misterio que elabora una fibra, un pliegue o una gota, siguiendo fórmulas implacables, fríamente precisas." ◇

Peque

Hablar de un muerto es fácil: siempre –bien por circunstancias, bien por memoria– sólo se dice lo excelente. En este sentido todo el que muere cobra un rango, lo haya o no tenido en vida. Hablar de un muerto ilustre, sin embargo, tiene sus bemoles. ¿Quién puede predecirlo si no está con nosotros y por eso mora en nuestra intimidad? ¿Quién recordarlo plenamente, si todo –o casi– nos es desconocido por ajeno y aún más, ya desaparecido?

Tratar a alguien es ponerse en contacto, siempre, con fuerzas desconocidas. Es un viaje. Tenemos el peligro de consumirnos en su trayectoria más que nada si, al igual que Peque (tan mínima, tan poderosa) nos deja en el alma marcada en fuego blanco sobre rojo su huella, que, como dicen los alquimistas, se graba para siempre con las molestias de lo imperecedero.

Empezaré como en las malas novelas de cualquier época. La conocí una tarde en casa de Guadalupe Amor, en una cita que Pita prefijó (debo reconocerlo), especialmente para nosotros. “Te encantará, Caramelo, no sabes qué ser humano tan excepcional.” Aquel telefonema, como todos los suyos me dejó caviloso. ¿Quién sería ese ser de quien así se expresaba Pita, siempre rijosa, siempre altanera? Era –lo sentí– una especie de reto. Vivía la poetisa en Duero, en un segundo piso, sitio de extravagantísimos encuentros donde hubo, en su momento, *open houses* entre divertidos y siniestros. Enfrente, al otro lado de la acera, vivía Emilio Prados, partícipe de otra generación extinta. Por Duero pasamos los jóvenes de aquella época incluida, claro, la donación de la Facultad de Filosofía y Letras.

Pita pepenaba, vampirizaba. “No dejes de venir. La he citado a las 5 de la tarde. Te dejo, tengo que ponerme un poco de salvado en el pelo. Besos, Caramelo”. Naturalmente fui. Entré directamente a la recámara. Pita, recargada en su cama, hablaba con alguien muy escondido, sí, en un rincón. Peque estaba sentada con un traje sastre “chanel”, en nada parecida a la que la mayor parte conoció: gorda, sólida, maliciosa, un poquito indecisa.

Se hallaba en la semi-oscuridad de la tarde, agazapada, hablando con una vocecita casi nula; siempre, también, metida en huecos insondables. Es obvio que de inmediato la aprehendí. La arranqué de su sitio y bonitamente la guardé en mi interior, como se conserva una reliquia, o mejor, un talismán. Porque (ahora lo sé) eso es ella para mí, un objeto que, consabidamente tratado, nos beneficia a su contacto.

No sé si Pita tuvo capacidad de sentir celos (su vanidad le permitía en cambio padecerlos) pero yo, celoso, el más de mis amigos, habría caído enfermo en caso de que Peque a otro y no a mí hubiera preferido. Lo digo de verdad, colocado en aquel momento, porque después varían las cosas y al envejecer no requerimos de los talismanes en los bolsillos; nos basta, con la memoria, acariciarlos.

Y así fue. Nuestra amistad –con los tropiezos de mis reclamos– duró desde entonces hasta ahora: es decir, casi 40 años. Bellas y horribles décadas en que lo compartimos todo: mis enfermedades, sus borracheras, mis viajes, sus amores, mi impaciencia y desdén, su iracundia que estrangulaba su voz por la emoción. Su amor “no llores, ya pasará, al fin y al cabo estás aquí, conmigo. Yo me quedaré en el sofá, tú, en mi cama. Descansa. Ya no tienes temperatura”.

Por aquellos años –o algunos después– empezó a enseñarnos tímidamente *El libro vacío*, del que hacía meticulosas correcciones. “No deseo cansarlos. Yo no sé escribir; tampoco soy culta. En realidad ignoro el por qué de estos borrones. ¡Son tan aburridos! Pero ¿qué voy a hacer si José García es un hombre mediocre, el ‘otro’ que en mí existe?” La presionábamos. Generalmente acudíamos la propia Guadalupe, María Luisa Algarra, Toño Peláez, Olivia Zúñiga, Tita y yo. A veces, también, Soriano, Carito Amor, varios y agregados. El bordado de los dos libros –la lectura de un libro inexistente –nos obligaba a comentarios precavidos. Era como hilvanar negro sobre negro emologando a un Sciascia desconocido, en donde acudía por escrito la mediocridad para obtener su alcurnia; una alcurnia naturalmente extraña porque lo que escuchábamos era lo opuesto a una trama brillante; a la vida como placer y como lujo. Surgía el dios cotidiano, gris, cuya alquimia se reconoce cuando las hojas del libro vacío a sí mismas traicionaban la apariencia para volverse malignamente inteligentes. Porque Peque obligaba a su personaje a la mediocridad, embalsamándolo con ella. Por temor, tal vez, a que aquella su mancha interior –que todos la tenemos– pudiera ampliarse y degradarla. De ahí la lucha del vacío para hacerlo: para rechazar la inteligencia y vencerla.

Él –José García– era ella; ella era él; él no era ella; ella no era él. Aquel jugar con la androginia me paralizaba de placer, como todo lo que saliera de la boca, de la pluma, del ser entero de Peque. Pues además de un talismán para mí, fue, para todos, un seductor. Terminaba –de proponérselo– con la brillante fantasía de Pita, con la aparatosa belleza de la Félix, con la cultura y maldad de la Garro, con los manotazos virtuales y reales de Lupe Marín, fiera sin domar, si las había; con el encanto interminable de Toño; cayendo interminablemente sobre sus dos temas preferidos: la Garbo y París, París y la Garbo. También con mis parrafadas entre eruditas, pedantes, pseudo-inteligentes; llenas, también de soledad. Hablábamos sin cesar. Pero inventábamos juegos, como escribimos cartas y leerlas juntos los fines de semana, en casa de O’Gorman. Se proponían temas. Se cenaba. Tomábamos la copa. La amistad era promiscua y tentacular, divertida y, a lo Laclos, peligrosa: riñas, cercanías, pleitos, besos, telefonemas de agresiones y arrepentimientos.

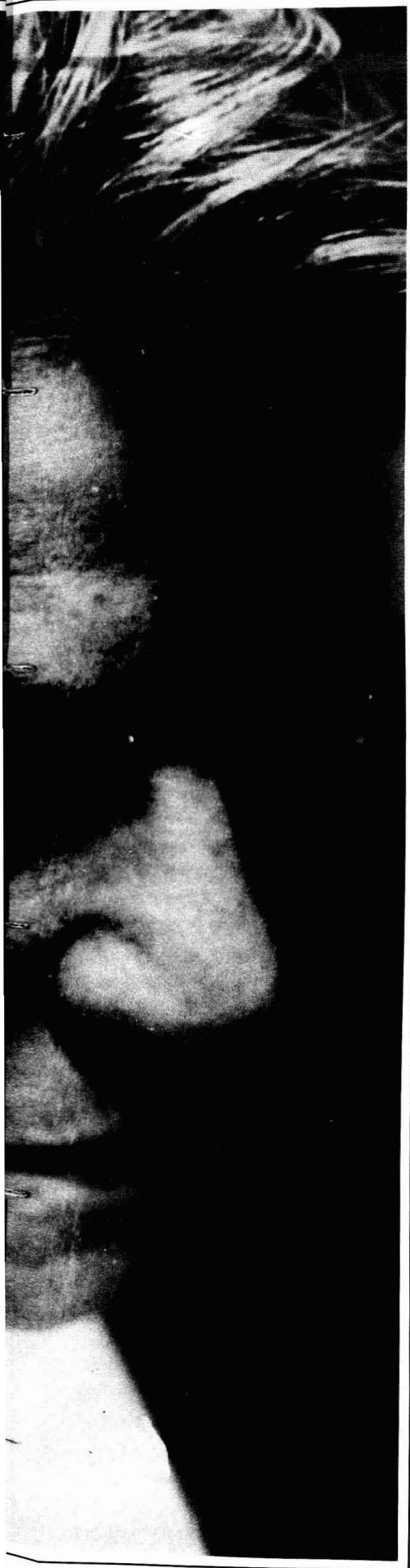
Por aquella época surgió un asunto misterioso. Inventé una cena. La cocina de mi madre era excelente y nadie de nosotros en aquella época se cuidaba de nada: la vida entraba en abundancia, como tiene que ser, para después salir. Recuerdo, exactamente, a Lilia Carrillo, a Juan Ibáñez, a Sergio Pitoll, a Pilar Pellicer y, claro, a la propia Peque. No sé por qué improvisamos una ouija. Y ante nosotros, créase o no, se hizo el milagro: aparecieron algunas entidades –como se dice en el espiritismo– de modo que tan escalofriantes fueron los resultados que nada tuvimos que envidiar a Hans Castorp cuando contempla el cuerpo astral de su primo Joachim.

Peque se aficionó; se inficionó; comprobó datos de difuntos que hablaron con nosotros. Con el tiempo discreta o abiertamente, por miedo, los demás nos hicimos ojo de hormiga. Pero ella: “Es fascinante. ¿Te das cuenta? No me lo vas a creer, pero ayer fuimos Gloria Barrera y yo a la calle de Bahía de Santa Magdalena, al 128, como nos dijo José García durante la sesión. Me abrió una criada. Pregunté por él; se me contestó que ya no; que había muerto un mes atrás, exactamente un mes antes del día en que se comunicó con nosotros dándonos su dirección y el lugar exacto donde lo enterraron.” El caso fue que un hombre así llamado –el homónimo del personaje de *El libro vacío*– pidió precisamente hablar con Josefina. El libro se había publicado meses antes, de modo que él lo leyó justo para morir. Nos dijo que su identificación con José García fue tan estrecha que al mover nosotros la ouija, acudió al llamado para poder hablar con Peque.

“¡Comunicarse con un muerto!” Ella me decía que deseaba morir pronto, muy pronto, *para saber qué había*, “pero así son las cosas de desproporcionadas, mira tú qué ambición, yo, una mediocre.” Cigarrillo tras cigarrillo (era el mejor compañero de su vida porque la presionaba a envejecer y a morir) cualquier tema que cayera en sus manos tenía dos caras: una –la que fuera– y la otra, empalmada siempre, siempre tanática pero no necesariamente sombría. Y siguió adelante en tal búsqueda, que si no fue la de los muertos sí la del más allá.



Josefina Vicens. Archivo fotográfico, Dirección de Literatura



Por lo demás era una gran lectora; también una formidable conversadora, pero tal vez su mayor virtud consistía en escuchar. Lo minúsculo, en ella, se convertía en lo magno. Penetraba en los demás, se expandía apresándonos sin hacerlo sentir, porque se empequeñecía para no estorbar y desde el escondrijo se complacía en dar, en entregarse (ya en un consejo certero, ya en una caricia, ya en una sonrisa indescifrable): “¿Te imaginas la vida de un panteón? Vida, ¿puedes creérmelo? Porque los muertos la poseen. Yo también quiero, como ellos, estar en una tumba. Acaso mi libro –el verdaderamente vacío– es el que debo llenar con mi propio cadáver. Pero entonces, ¿quién lo escribirá? ¿Serás tú?”

Con trabajos enormes finalizó aquellas apretadas, dolorosas, punzantes, durísimas páginas: “No sé escribir. No puedo.” Era como si José García le impidiera todo movimiento. “Ha resultado ser mi mejor enemigo, pero tiene razón. Soy la Venus de Milo porque él me corta los brazos.” Y sonreía del despropósito.

“Está enterrado en el Panteón Jardín. Gloria y yo preguntamos en la oficina, a mano izquierda. Fue muy fácil”, a ver, a ver... Aquí está: José García, 7 de octubre de 1978. Un muchachito de los que riegan los floreros nos llevó hasta el lugar. Por supuesto aún estaba la tierra amontonada, con una cruz de madera y ramos apretados y marchitos. Entonces pudimos comprobar que su aparición no fue paradójicamente aparente. Sólo lo es la de los vivos.” Con los años se hizo, si cabe, más pequeña, más frágil, “el puro esqueletito” como las calacas que, según ella, tanto se le asemejaban. “Peso lo que valgo”, decía con entusiasmo. “Si hubiera tenido las agallas de Sor Juana quizá hasta hubiera intentado la felicidad”. Amó a Rilke, a la Dickinson; yo le entregué, entero y verdadero, a Jorge Cuesta, quien hubiera podido dedicarle la serie entera de sus tanáticos sonetos:

Hora que fue, feliz, aún incompleta,
de mí no tiene ya, para ser mía,
sino los ojos que la ven vacía,
despojada de mí, sorda y secreta.

Se me borra su voz, y no interpreta
sus ecos póstumos la fantasía,
que vida ajena y emboscada cría,
en mi dicha más íntima y sujeta.

Prófugo, ausente el gozo en que se apura
el ocio vivo y la pasión futura,
no arranca más a mi exterior abismo

memoria que se nubla y se suprime
y mirar que la muerte se aproxime
y una oscura insistencia de sí mismo.

Cuando me llamaron para darme la noticia de su agonía estaba ya inconsciente. “Ven sólo si vuelve en sí. Te llamo más tarde para darte noticias.” No me sorprendió. De la gente que he conocido era la única auténticamente enamorada de la muerte, aun cuando su sentido del humor la disfrazaba algunas veces. Cuando llegué al hospital su hermana le dijo quién estaba a su lado. Sonrió. Aquel espíritu superior se negaba a seguir atado a un cuerpo enemigo desde siempre, a pesar del placer. El “abismo exterior” de Jorge Cuesta era el del que Peque, ahora, se fugaba. Le tomé una mano, hincado; la besé despacio, como si tuviéramos mucho tiempo para las caricias. Poco después perdió de nuevo la conciencia y yo salí.

“Me asombras siempre. Jamás nadie ha sido tan fuerte y temerario como tú. Me das idea de que vas por un alambre, dando pasos de equilibrista, o de que en el trapezio nada te importan, al saltarlos, los abismos.” Era su forma de alentarme, de coger mis pedazos, de ayudarme a seguir. La leve voz de Peque no se me borra aún, ni es tiempo ya de que eso ocurra. En el talismán, hecho de pan ácimo, dos o tres arcanos mayores del Tarot, entre los que se encuentra el suyo, y algunos versos de Cernuda. Peque es parte de una constelación lunar, de las que cambian ciclo a ciclo. Pero, por ser vieja en el mundo, jamás reencarnará. ¿Qué haría otra vez entre nosotros si despreciaba el “vil semblante” con el que nos cubrimos mientras estamos vivos? ◇

Defensa y Elogio de la Cultura Mexicana

Breves apuntamientos



Visión inicial

En la historia cultural novohispana, se distinguen por su importancia y finalidades específicas dos grandes instituciones: el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco y la Real y Pontificia Universidad. Ambas forman parte del mismo proyecto cultural que se pretendió dar a la Nueva España, aun cuando se distinguiera claramente su función. El Colegio de Santa Cruz, fundado en 1536, se avoca a la formación de la sociedad indígena, a su incorporación a la cultura europea, utilizando los elementos aprovechables que esa sociedad tenía, que fueron bien identificados por sus dirigentes. La Universidad, creada en 1551-1553, estuvo encargada de la difusión de la alta cultura, de la formación intelectual de la comunidad criolla, de la preparación de sus cuadros dirigentes.

En ambas instituciones se advierte el influjo de importantes funcionarios, pilares de la administración civil y religiosa, portadores de la idea de que la que formaban era una sociedad cristiana mixta sobre la cual había que construir una nación. Tanto el obispo fray Juan de Zumárraga como el virrey Antonio de Mendoza aspiraban a la formación de una sociedad que debía identificarse en la cultura, en sus aspiraciones y destino. Comprendieron con entera claridad que la comunidad india era diferente en cultura, mentalidad y costumbres, de la española, que ellos representaban, pero que a base de la enseñanza, de la transmisión de la cultura europea, podría identificarse con ésta. En el espíritu de los fundadores de esas instituciones no existió sentimiento discriminatorio alguno, ni

sentido de superioridad. Aceptaron la naturaleza humana de los indios, su capacidad racional intelectual y espiritual y, si rechazaron sus ideas y costumbres religiosas, pensaron que una auténtica conversión al cristianismo y sus normas igualaría a esta comunidad con la europea. Uno de los egregios de la obra cultural, Julián Garcés, afirmaría que era mayor la inteligencia de los indios que la de los españoles, que aquéllos tenían mayor disposición para el estudio y mayor rapidez en el aprendizaje. Gante, a quien se confió su educación, diría por su parte que sus calidades intelectuales eran comparables a las de los europeos, que sólo su mundo religioso era diferente.

Bajo estos principios se creó y desarrolló el Colegio de Tlatelolco, el cual bien pronto sería objeto de la suspicacia y mala fe de encomenderos, autoridades y todos aquellos que no admiten superioridad ninguna en los vencidos, en el pueblo puesto bajo su dominación, en los hombres de otra procedencia o nivel social diferente. No entendieron que la clase noble que se formaba en ese plantel poseía rica tradición de cultura, enormes disposiciones para la labor intelectual y espiritual. En la metrópoli, el rey y el Consejo no tuvieron tampoco esa visión. Aceptaron que la sociedad española debía regir y dominar en todo a la indígena, la cual debería estar subordinada. No era aceptable dar a los indígenas la opción dirigente, la posibilidad de ser iguales a la comunidad europea.

El proyecto de establecer repúblicas de indios, con el propósito de que fueran regidas por sus propios líderes y bajo la aplicación de sus propias normas, todo esto en tanto se lograba una integración social total, se esfumó, y quedó implantado en

adelante el gobierno español por arriba de los indios, quienes, pese a todo, conservaron subyacentes multitud de formas y costumbres prehispánicas, muchas de las cuales aún subsisten.

A finales del siglo XVI el gran proyecto cultural ideado para la sociedad indígena se diluyó. Eclesiásticos como Pedro Moya de Contreras, quien no tuvo la inteligencia necesaria ni la sensibilidad para comprender a la sociedad indiana, ni siquiera a los propios criollos, y de otros más, fueron fieles instrumentos de la política cerrada de Felipe II y sus consejeros y coautores de la extinción de ese gran proyecto cultural.

Con la desaparición de ese vasto proyecto, aun pequeñas instituciones consagradas a la formación de la sociedad indiana sucumbieron, o llevaron una vida lánguida, con sus finalidades desviadas a otros horizontes. El Colegio de San José, grandiosa obra inicial de formación íntegra de los naturales desapareció, y el Colegio de San Juan de Letrán, extinguido en el siglo XIX, continuó su labor, un tanto alejada de sus finalidades iniciales. Las instituciones que sucedieron a éstas, tendrían ya el cariz que les dio la clase dominante.

La Real y Pontificia Universidad sí prosiguió su labor. Sus promotores, arzobispo, virrey y cabildo civil, que representaban los grupos de poder, fundieron sus anhelos con el espíritu humanista de sus catedráticos y convirtieron a esa institución en la formadora de la mentalidad de la sociedad novohispana. Creada paralelamente, aunque con posterioridad a Tlatelolco, dejó a ésta libre en su campo de acción y se consagró al que tenía asignado. No se dio una conexión entre ambas, que era lo deseable, debido a los cambios operados en la política cultural novohispana.

La Universidad creció en plenitud, pues la animaba una gran idea que lo mismo se encontraba en fray Alonso de la Veracruz, en Francisco Cervantes de Salazar, en Blas de Bustamante o en Pedro Morones. Sirvió para la formación de los dirigentes civiles y eclesiásticos, e imprimió en la sociedad novohispana de criollos y mestizos incorporados social y económicamente a los primeros, normas esenciales de convivencia. Al abrir poco a poco diversas cátedras como Medicina en 1579 y otras de carácter científico, contribuyó a la formación de un grupo selecto de hombres de cultura. La filosofía enseñada por fray Alonso, posibilitó el conocimiento de Aristóteles; las cátedras de Santo Tomás superaron las explicaciones dadas a través del Maestro de las Sentencias y los cursos de ambos derechos transmitieron el conocimiento del derecho romano justinianeo, de sus glosadores y de la legislación española. Los cursos de "Justitia et Jure" revitalizaron el cultivo de los textos clásicos. Las nuevas ideas que exponían los teólogos juristas de Salamanca: Soto, Victoria, Cano y las ideas de los teólogos preocupados por la actividad económica que transformaba al mundo, como Azpilcueta y Tomás Mercado, enriquecieron nuestro pensamiento. Los cursos de artes y retórica sensibilizaron a los criollos para gozar la belleza de las obras de Ovidio, Virgilio y Horacio, fundamentalmente para impregnarse del transfondo ideológico que contienen. También la prosa de los humanistas renacentistas: Vives, Erasmo, Moro, pero principalmente su pensamiento actuó en profundidad. No olvidemos cómo Cervantes de Salazar fue un seguidor del valenciano Vives. La lírica de los Luises, el de León, el

de Granada y San Juan de la Cruz estimuló la lírica novohispana como también lo harían la novela y el teatro. Al crear en 1580 los cursos de lenguas indígenas, la Universidad llenó un vacío que comenzaba a sentirse con la decadencia del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. El estudio de las lenguas indígenas era la forma más perfecta de penetrar en la cultura de los indios, conocer su historia, su forma de ser. Si ya no surgió otro Olmos u otro Sahagún que prosiguiera su gigantesco proyecto, frustrado también por la política cultural española, y hubo que contentarse con los trabajos parciales de los cronistas religiosos, por lo menos no se olvidaba de preparar personal dedicado a trabajar con la sociedad indiana. El material referente a esas culturas se conservaría en parte. Varias décadas más tarde lo emplearía el catedrático universitario Carlos de Sigüenza y Góngora, salvándolo fragmentariamente.

La Universidad a través de sus maestros de filosofía, teología y derecho, difundía el pensamiento universal. No formaba sólo a eclesiásticos, pues éstos ya formados tenían que ingresar a ella a perfeccionarse y poder ser así doctores y aspirar a puestos de importancia en la administración religiosa, sino que formaba juristas que velarían por la implantación de un estado de derecho, por organizar las relaciones entre la sociedad y el Estado, y las de toda la sociedad, impartiendo recta y expedita justicia. Las secretarías virreinales, las audiencias, los tribunales todos requerían juristas bien formados. Nuestro régimen judicial apenas se ha comenzado a estudiar y la jurisprudencia formada es casi desconocida, al igual que la bibliografía jurídica. Pese a esas deficiencias, es indudable que el cultivo del

Missale romanum ordinarium.



Missale Romanum nuper adoptatum comodū

quorūcūq; sacerdotū summa diligentia fin-
ctū: atq; ita ex nouo ordine digestū vt appo-
sitq; introitib; gradualib; offertoriisq; cō-
munionebus oēs missę sint in suis locis
integre. In quo etiā adiunctę sunt
multę missę uog; et alia plurima
supaddita, q̄ in missalib; hac
sen; ipseis dīderabātur.

AN 1561

derecho y su aplicación en la Nueva España se desarrolló profundamente. Los numerosos alegatos y procuraciones de derecho público y privado elaborados desde el siglo XVI, muestran la solidez de las argumentaciones fundadas en rigurosa preparación jurídica.

Uno de los testimonios reveladores del hondo cultivo del derecho en México, es sin duda la preciosa *Laudanza de la Jurisprudencia* pronunciada el año de 1596 por Juan Bautista Balli, criollo nacido en México en 1572 y la cual revela la amplitud de conocimientos que los mexicanos tenían de esa disciplina, su penetrante reflexión y hondo sentido jurídico. Esa alabanza de este jurista novohispano es pieza clave comparable con disertaciones de los maestros de Salamanca y de Alcalá de Henares.

Hay que aceptar que el gran trasfondo jurídico de la dramaturgia de Ruiz de Alarcón, lo obtuvo de los cursos que realizó en nuestra Universidad. Aquí ocupó diversos puestos, poco relevantes en la judicatura, pero de su experiencia vital deriva el hondo análisis moral y psicológico que anida en sus obras. Aquí también debió nacer su amor a las letras, que crecería con su estancia en Salamanca y Sevilla. La defensa de los derechos de la sociedad novohispana posibilita la aparición de una tendencia nacionalista, la cual encontrará en las centurias posteriores destacados representantes, como es el caso de Francisco Xavier Gamboa.

La acción formativa de la Universidad en la sociedad novohispana aún no ha sido estudiada, pero es indudable que ella contribuyó en forma preponderante a crear la inteligencia novohispana, la rica cultura humanística y científica que debe enorgullecernos. Esa labor la reconocerían dos de las más renombradas figuras intelectuales de México. El primero, don Juan José de Eguiara y Eguren, que fue su rector en la primera mitad del siglo XVIII y catedrático en ella de filosofía y teología, la califica de *Alma Parens*, y la ensalza en su espléndida *Bibliotheca Mexicana*. Medio siglo más tarde, al reflexionar Francisco Xavier Clavijero desde Europa sobre la cultura, dedica su *Historia Antigua de México* a la Universidad y la llama "el cuerpo literario más respetable de ese nuevo mundo".

Estos reconocimientos hechos a más de doscientos años de su creación, son balance fiel y justo de la labor intelectual y espiritual de la Universidad, la cual durante más de doscientos años no sólo formó los cuadros de la administración civil y eclesiástica de la Nueva España, sino que moldeó la mentalidad mexicana dentro de los marcos de la cultura europea más avanzada y con una sensibilidad nacionalista equilibrada y profunda.

Esta fue labor callada y continua, firme y permanente. No se circunscribió al centro de México sino que abarcó toda la Nueva España y más aún ejerció benéfica influencia cultural en las Antillas y el mundo del Caribe. Esta influencia, como la económica y política, la perdimos al advenir el movimiento emancipador y la anarquía que envolvió nuestra vida en el siglo XIX.

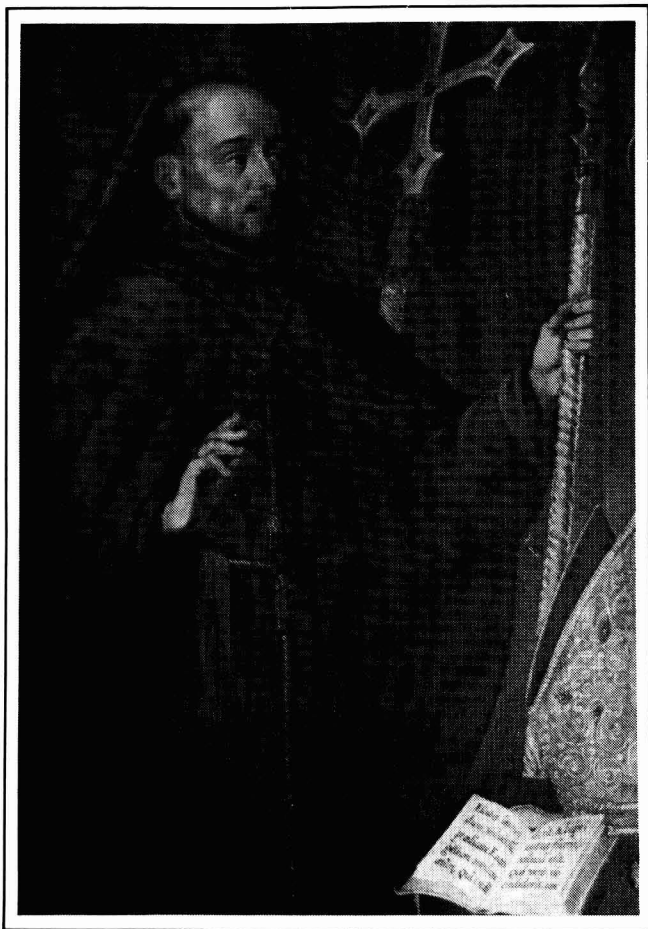
Figuras sobresalientes se observan en el desarrollo cultural del país pero en el siglo XVII son figuras aisladas, grupos y, aun cuando son sobresalientes como es el caso de Ruiz de Alarcón, de Sigüenza y Góngora y de Sor Juana, no logran catalizar

núcleos intelectuales numerosos. Tendrá que correr el tiempo para que la labor de la Universidad se perciba como también se advertirá la que realizan los colegios de la Compañía de Jesús, los cuales permanentemente contribuirán a la formación de la sociedad novohispana y de su cultura. Como estos colegios están distribuidos en todo el virreinato, su acción tendrá más amplitud.

De esta suerte, al transcurrir los años y crecer la sociedad, crecerá la comunidad intelectual, la cual estará más unida debido a los contactos que se establecen entre maestros y alumnos, entre los colegiales de la Ciudad de México y los de otras poblaciones, a la fuerza que adquieren los criollos en las instituciones enseñantes y en los claustros, en los que llegan a dominar casi por completo, y a su favorable posición social y económica. La clase culta, la "inteligencia" novohispana se vincula estrechamente por múltiples razones. A ella se asimilan algunos peninsulares que por razones sentimentales, familiares y aun económicas se adscriben a la tierra. Eclesiásticos, funcionarios civiles y militares son ganados por el espíritu y el intelecto novohispanos. Advierten la existencia de un valioso conglomerado de instituciones tan sólidas como las europeas, en las que ciencias y humanidades se cultivan esmeradamente. Varios de ellos laborarán al lado de los criollos en la administración civil, en la judicial y religiosa, percibiendo las condiciones intelectuales y espirituales de sus colegas, la calidad de su producción, de su inteligencia y conducta. Se identificarán con su nueva patria y la verán, como apunta el padre Juan Antonio de Oviedo apoyado en Hierocles y en Estrofeo, "como un segundo Dios, y el padre mayor y primero, por cuyo buen nombre deben esmeradamente velar sus hijos ... y la corona que por sus egregias hazañas han merecido, deben ceder y reclamar, no para sí, mas para su patria". Y ese sentimiento, apoyado también en los hermosos ejemplos que propone el autor de la *Eneida*, es el que lleva a todo un grupo a aceptar que la raza mestiza "sobrepujará en piedad y en saber a los hombres y aun a los mismos dioses".

Esta concepción plena del valor y autenticidad de la cultura mexicana, esta identidad que la intelectualidad mexicana reclama de su cultura con sus orígenes, es la que hace suya un amplio grupo, el de los intelectuales criollos, cuando se produce un nuevo ataque a la cultura americana, al valor de la obra intelectual de los americanos, cuando un hombre de letras desconocedor de los valores intelectuales de nuestra patria, de la existencia de sus instituciones culturales y de su producción literaria, la tacha de tierra inculta y bárbara en la que no brota flor ni fruto de la razón.

América, como bien lo ha mostrado Antonello Gerbi, había sido desde su descubrimiento ignorada o subestimada en su aspecto intelectual. Muchos fueron los malquerientes que la denigraron o ignoraron. Cuando se trató de calumniadores de poca monta como Cristóbal Suárez de Figueroa, sus gruesas diatribas no produjeron eco alguno, mas no todos los que ignoraban o despreciaban su cultura eran de escaso calibre. Uno de los publicistas más notables del siglo XVII, Justo Lipsio, quien se constituyó en el oráculo del mundo intelectual de su época, al ignorar la cultura americana provocó elevada aclaración de un criollo excepcional, el peruano Diego de León Pi-



Fray Juan de Zumárraga

nelo, quien en su *Hypomnema Apologeticum* advirtió a Lipsio el error de ignorar o desdenar la cultura americana. Esta obra, brillante apología del mundo intelectual de América, de sus hombres e instituciones, si bien es un libro clave en el mundo del pensamiento del Nuevo Mundo, no tuvo gran resonancia. La falla del Lipsio fue desconocer, por falta de información, hombres e instituciones consagrados al cultivo del espíritu.

En el mismo siglo, uno de los gigantes de la erudición española el famoso bibliógrafo Nicolás Antonio, al elaborar sus grandiosas *Bibliothecas Hispana Nova y Vetus*, incorpora en aquéllas como ejemplos de labor intelectual en el mundo hispánico a varios americanos, cuyas obras cita. Estaba por tanto consciente que en las colonias españolas existían hombres de letras muy estimables. Sin embargo este europeo, embebido en el mundo intelectual del Viejo Mundo, conocedor extraordinario de la literatura universal, en cartas que dirige a un amigo suyo, Juan Lucas Cortés, trata de disuadirle de pasar a América, indicándole que era esta tierra erial para el espíritu, sin instituciones ni cultores de la inteligencia.

Continuador de la obra de Nicolás Antonio fue el dean de Alicante Manuel Martí, notable humanista, autor de numerosas obras muy del gusto de los eruditos de la primera mitad del siglo XVIII. Escritor de pluma fácil y elegante, era Martí de esos hombres que creen que su pensamiento y letras pueden regir al mundo. El eco de su producción resonaba (como hoy el de otros escritores) en el ambiente culto de Hispanoamérica. Sus cartas latinas engolosinaban a los literatos americanos

y sus reflexiones eran atendidas como lo eran las del padre Feijoo, sólo que éste defendía el mundo americano.

Manuel Martí, aprovechando sin citarlo el pensamiento de Nicolás Antonio, en la carta 16 del libro 7 de su *Epistolario* impreso por Juan de Estuñiga en Madrid en 1735 y el cual pronto llegaría a las colonias ultramarinas, al referirse a Nueva España, a donde debía dirigirse un amigo suyo, le escribe disuadiéndolo de venir:

Vamos a cuentas, ¿a dónde volverás los ojos en medio de tan horrenda soledad como la que en punto a letras reina entre los indios? ¿Encontrarás por ventura no diré maestros que te instruyan pero ni siquiera estudiantes? ¿Te será dado tratar con alguien no ya que sepa alguna cosa, sino que se muestre deseoso de saberla, o –para expresarme con mayor claridad– que no mire con aversión el cultivo de las letras? ¿Qué libros consultarás? ¿Qué bibliotecas tendrás posibilidad de frecuentar? Buscar allá cosas tales, tanto valdría como querer trasquilar un asno u ordeñar un macho cabrío. ¡Ea por Dios! Déjate de esas simplezas y encamina tus pasos hacia donde te sea factible cultivar tu espíritu, labrarte un honesto medio de vida y alcanzar nuevos galardones. Mas por acaso objetarás: ¿Dónde hallar todo eso? En Roma, te respondo.

Martí, luego de dar a su amigo, el joven Carrillo, como Nicolás Antonio lo hacía con don Juan Lucas Cortés, varios consejos para que fuese provechosa su estancia en la ciudad eterna, prosigue su disuasión para que Carrillo no pasase a Indias, escogitando diversos argumentos en contra del ambiente natural, espiritual e intelectual del mundo americano.

Este ataque tan directo, conmociona la mente y el espíritu de los criollos, quienes van a responder indignados a esas diatribas. No fue un individuo aislado el que reaccionó ante la ofensa, sino varios. Un grupo de criollos pertenecientes a las instituciones culturales más importantes de América salió a la defensa de su cultura, de su identidad nacional que veían afectada. Por ello varias voces surgidas en México, en Puebla, en Quito, protestaron airadamente. Hemos empezado a recoger sus enérgicas voces, agrupándolas al lado de la más lúcida y eficaz, la que no sólo replicó con firme tino sino la que a través de un esfuerzo de lucidez gigantesca destruyó la calumnia de Martí y mostró a todo el mundo, incluso a los propios americanos, la amplitud y valor de la cultura mexicana y con ella de la americana toda.

Esa voz fue la del maestro de la Universidad y también rector de ella Juan José de Eguiara y Eguren. Para entonces Eguiara era uno de los intelectuales más distinguidos de México. Cerca de treinta años de labor magisterial en la Universidad, enseñando filosofía y teología; más de treinta años como orador sagrado orientando a la sociedad novohispana desde el púlpito, “hombre de continuo estudio, conocedor de las obras más salientes de las ciencias, artes y humanidades aparecidas en Europa”, ser colmado de virtudes, recto e incansable, el señor Eguiara era cabeza de la intelectualidad novohispana. Su acción magisterial le sirvió para ejercer fecunda influencia entre cientos de discípulos esparcidos por todo el reino novo-

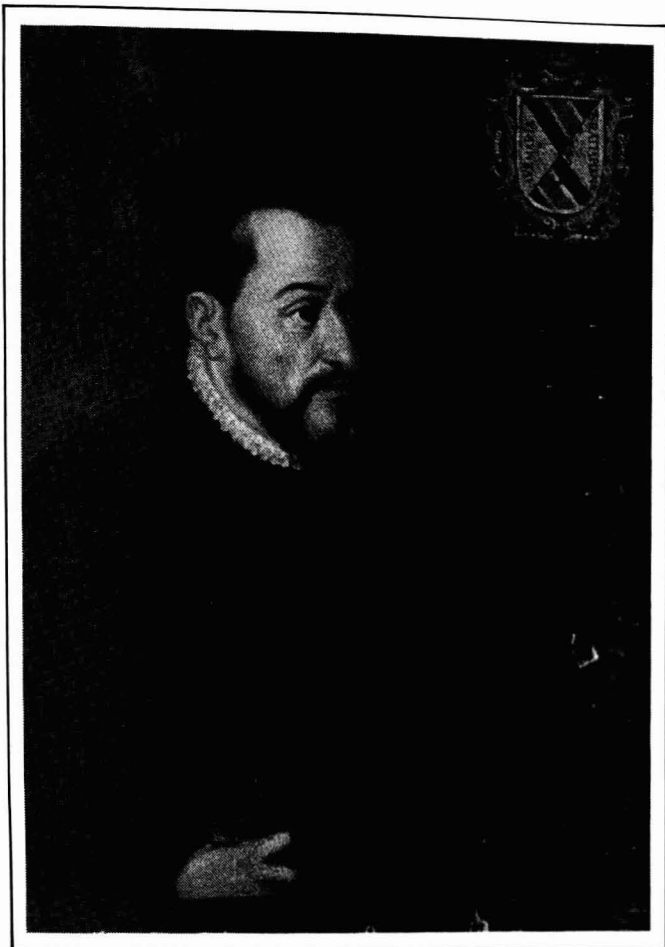
hispano. Su afán por elevar el nivel intelectual del clero y sus cualidades morales, mostrado en la creación y dirección de la Academia Neriana, que tanto influjo ejerció en ese aspecto, tuvo enorme repercusión. La respetuosa amistad que le profesaban sus colegas de la Universidad y la admiración que hacia él sentían los más prominentes miembros de la Compañía de Jesús, de los dominicos y de la Congregación del Oratorio, por entonces las instituciones de mayor reputación intelectual y religiosa, hizo que el señor Eguiara se convirtiera en el paladín de la inteligencia criolla novohispana, en su vocero, y fuera él quien respondiera a las engañosas imputaciones del dean de Alicante, el que presentara en magna obra la réplica más efectiva.

La explicación de cómo aceptó ser el replicante de Martí, la proporciona el mismo Eguiara, quien también nos confirma que aceptó impulsado por la opinión de toda una generación, por el consenso de un grupo social relevante, de amplio sector de la inteligencia al que pertenecía.

Así escribe que: "habiendo consultado con amigos sobresalientes a la par por su inteligencia e ilustración, fue decidido que debíamos lanzarnos a la empresa, consagrarle todos nuestros esfuerzos, y puesta en Dios la confianza, dar cima a la obra meditada —una Biblioteca Mexicana— y publicarla, con el fin de aniquilar, detener, aplastar y convertir en aire y humo la calumnia levantada a nuestra nación por el dean.

Este apoyo unánime fue el que posibilitó a Eguiara realizar su obra, pues le permitió obtener preciosa y abundante información acerca de la labor realizada por cientos de hombres en dos centurias en toda la extensión de Nueva España. A ella también se deberá se le abrieran archivos y librerías y que los eruditos elaborasen para él nóminas y juicios críticos que enriquecerán su Biblioteca. Para defender la identidad nacional expresada en la cultura, Eguiara reflexiona hondamente, y advierte que ella se forma por la confluencia de las culturas indígenas y la europea, a través de incesante labor intelectual y espiritual.

La réplica de los criollos novohispanos y de otros americanos y a la que Eguiara dio forma y sentido, no estuvo dirigida únicamente contra Manuel Martí, por muy destacado e influyente humanista que fuera, sino que fue la respuesta unánime contra la ignorancia, mala fe, sentimiento de superioridad y discriminación que muchos intelectuales europeos tenían contra el Nuevo Mundo. Las afirmaciones de Martí fueron la gota que derramó la copa ácida de infundada crítica que corroía el esfuerzo de muchos americanos realizado a través de varias centurias y aniquilaba el espíritu creador de una conciencia espiritual, cultural y política. Era en suma la negación del valor espiritual e intelectual que América tenía, la posibilidad creativa de sus habitantes, la esperanza de elaboración de una cultura original propia, fincada en potentes raíces y que definiría a una nación o un grupo de naciones. Si se atacaba la posibilidad de una cultura recia, definida, se atacaba igualmente la existencia de una nación capaz de progresar, de regirse por sí misma, y se admitía la idea de que el Mundo Nuevo estaba constituido por seres ignorantes e incapaces, y por tanto sujetos a la dominación política con todas sus peores consecuencias.



Antonio de Mendoza

Impugnación a la calumnia

La defensa de la cultura mexicana, que es también elogio de la misma, cristaliza en la obra magna que es la *Bibliotheca Mexicana*.

Su contenido, método y finalidades ya los hemos señalado en el estudio preliminar que para ella escribimos. En esta ocasión, trato de mostrar cómo Eguiara no estuvo solo en esta batalla, aun cuando él hubiera sido el máximo combatiente. Me interesa seguir mostrando a través de ejemplos, cómo otros criollos americanos respondieron a la calumnia europea.

Uno de los primeros que se lanzó con indignación contra el dean alicantino fue el prolífico dominico poblano fray Juan de Villasánchez quien mantenía con Eguiara y sus amigos de Puebla, como Andrés de Arze y Miranda, estrecha colaboración. Este religioso cholulteca a más de ser autor de numerosos panegíricos, escritos hagiográficos y fecundo orador sagrado, fue también autor de una obra histórica que enriquece la historiografía poblana, aportándole rica información social y económica sobre el desarrollo histórico de la provincia poblana. Su libro *Puebla sagrada y profana*, tipifica el interés que los historiadores mexicanos del siglo XVIII tuvieron por los fenómenos socioeconómicos.

Aparte de esos escritos, le debemos la publicación y continuación de una obra de otro dominico poblano, fray Antonio López Cordero, la *Vida de la esclarecida Virgen Dulcísima Esposa de N. Señor Jesu Christo, Santa Inés de Monte Policiano*, editada en Puebla en la imprenta de la viuda de Miguel Ortega y

Bonilla en 1744. Los últimos capítulos de esa obra fueron escritos por el P. Villasánchez y entre ellos sobresale el capítulo XVII, en el cual al resumir la labor cultural de numerosos poblanos, indica que ha sido menospreciada e ignorada por los publicistas europeos, quienes afirman que "Las Indias son la Beocia del mundo que engendra troncos por hombres". Ello le da pie para refutar vehementemente a don Manuel Martí, cuyas epístolas lastimaban su sensibilidad criolla. Lo importante de la réplica de Villasánchez, independiente de la del señor Eguira, es que este sagaz dominico sí conoció la fuente de donde procedía la afirmación de Manuel Martí. Percibió que ella no era original, sino que derivaba de la correspondencia de Nicolás Antonio con Juan Lucas Cortés. Por ello escribe: "Yo sé que lo mismo escribió el doctor D. Nicolás Antonio... en las cartas familiares a D. Juan Lucas Cortés... aconsejándole que no pretendiese plaza ni acomodo en las Indias". Y agrega a continuación: "Son tan semejantes sus palabras a las del Dr. Martí que no necesito copiarlas", y en seguida comenta con fina ironía muy poblana, con la agudeza propia de quien maneja con habilidad la dialéctica eclesiástica, con tono zumbón:

¿Quién daría a estos señores tan especiosas noticias? ¿Quién le diría al Dr. Martí, que en las célebres Universidades de México, de Lima, de Guatemala, se enseña a trasquilar asnos? ¿Quién le haría tan exacta descripción de los genios y de los ingenios de los indios? Unas tablas rasas que no sólo se admiten, sino que despiden, que rechazan la imagen de Minerva como el laurel de Apolo. ¿En qué tablas geográficas hallaría que las Indias son los países cimerios al Sol de la inteligencia? ¿Quién le haría saber que los americanos se muestran tan poco hijos de Adán, que no experimentan la tentación; poco es eso (para que usemos de su gradación retórica), que son incapaces de sentirla; porque aborrecen, abominan, detestan el suavísimo fruto del bello árbol de la ciencia? ¿Quién le diría que a los libros famosos que vuelan (como el de Zacarías), por todo el mundo se les cortan las alas para no llegar a las Indias? Pudiera el doctor Martí compadecido de nuestra grande impericia, haber aconsejado a su ingenioso joven que pasara a este nuevo mundo, para arribando a la región de la ignorancia, poniendo el pie en las playas de Veracruz, comenzara desde allí a clamar: *Stulti aliquando sapite*; que empezara su doctrina por el primer difícil rudimento de hacernos conocer nuestra ignorancia y hacernos (como a Aspaste, criada de Séneca) ver nuestra propia ceguedad; pero esto que podía haber hecho el doctor Martí de compasivo, lo omitió de desesperado. No juzgo dócil nuestra capacidad, aun cuando tuviera tal maestro.

Adelante proporciona nombres de diversos ingenios criollos que enaltecen la cultura mexicana.

Esta respuesta de fray Juan de Villasánchez a las imputaciones de Martí, se encuentra, como afirmamos, en un libro impreso en Puebla en 1744, lo cual indica que fue escrita antes de ese año, y prueba que las *Epístolas* de Martí eran ya



conocidas en Puebla por esos años. También nos revela que este dominico conocía las cartas enviadas por Nicolás Antonio a Juan Lucas Cortés, las cuales aparecieron por vez primera en una recopilación póstuma de escritos de Nicolás Antonio: *Censura de historias fabulosas*, que se imprimió en Valencia en 1742. Recordemos que Mayans y Siscar las reimprimió en Francia en 1755. Por ello hay que decir que es evidente que fue en la edición de Valencia de 1742 en donde las leyó Villasánchez. El señor Eguira no menciona esa obra de Nicolás Antonio, cuyas *Bibliotecas*, ampliadas con un alto sentido moral e intelectual, le sirvieron de modelo en la elaboración de la *Bibliotheca Mexicana*.

Eguira señala que la edición de las *Epístolas* de Martí que manejó es la de Juan de Estuñiga de 1735, que es la misma que menciona Villasánchez. También señalamos en el *Estudio Preliminar* a la obra de Eguira que edita nuestra Universidad, en qué momento ese ilustre catedrático se sintió lastimado por las afirmaciones del dean de Alicante y en qué momento empezó a preparar su réplica.

Asentamos también que en la década de los cuarenta, al preparar sus *Selectas Disertaciones Mexicanas*, Eguira tenía en mente, y más que eso, comenzaba a preparar su *Bibliotheca Mexicana*; que en las *Disertaciones* las páginas preliminares de esta obra teológica son laudanza de la cultura novohispana y prelude de la *Bibliotheca*.

Por todo ello afirmamos que la reacción de Villasánchez fue contemporánea de la de Eguira y sus amigos de México, y que la indignación de los criollos de América fue general.

Importa mencionar como comprobación de lo asentado un nuevo ejemplo, el que nos proporciona el testimonio de un alto funcionario de la administración virreinal, quien además ostentaba el nobiliario título de marqués. Este personaje, que había sido oidor de la Real Audiencia y Cancillería de México, consultor del Santo Oficio, auditor general de la Guerra y que era juez privativo y superintendente general de Reales Azogues en esta Nueva España, puestos muy significativos por entonces y a quien se debían sensatas opiniones sobre el estado que guardaban las provincias internas, emitió el año de 1745 la censura del *Teatro Americano* escrito por José Antonio de Villaseñor y Sánchez. Ya he señalado en otro trabajo el alto valor que esta obra tiene para el conocimiento de la naturaleza novohispana, de su valor social, económico y político. Por ello he denominado a Villaseñor y Sánchez junto con Eguiara como los “descubridores de la Nueva España”, esto es, los hombres que descubrieron en el siglo XVIII a los mexicanos el valor de su tierra y de sus hombres, los que revelaron a la sociedad criolla la enorme potencialidad material e intelectual de México.

Pues bien, el marqués de Altamira, al escribir la “Censura al *Teatro Americano*” en el año de 1745, después de elogiar la obra de Villaseñor, los méritos que poseía, señala que el sueldo que recibía éste por el puesto de contador de Azogues era insuficiente y recomienda se le mejore económicamente para que pueda seguir realizando su importante labor. El marqués razona que una mejoría económica le sería muy útil y que ello alentaría a “muchos brillantes ingenios de esta Nueva España a semejantes recomendables obras en servicio de ambas Majestades, de la Patria y de todo el público”.

Reconoce Altamira que obras semejantes no sólo sirven al rey y a la Iglesia, sino también a la patria, a Nueva España y a todo el público. La patria aquí era Nueva España, y al servirle al igual que a los monarcas, los intelectuales criollos defendían su proyecto de nación, su identidad con la cultura que elogiaban y los sustentaba, y además a través de sus obras, éstas se convertirían en las más “eficientes declamaciones contra la inconsiderada impostura del orden del dean Alicante D. Manuel Martí en su *Epístola 16* tomo 2”.

Dos cosas importa señalar en esta parte del escrito del marqués de Altamira: la primera es que conocía en 1745 las *Epístolas* de Martí, que le habían molestado. Hacia esta fecha el señor Eguiara había decidido escribir su *Bibliotheca* y reunía el material necesario. No sabemos, aunque es posible, que Altamira haya frecuentado a Eguiara y su grupo, mas sí podemos afirmar que el marqués poseía la suficiente cultura para leer las *Epístolas* y además honda sensibilidad criolla que se sintió lastimada por las groseras afirmaciones del dean. La segunda reflexión es que Altamira estimaba que los criollos deberían ser estimulados por el Estado a fin de que produjesen obras tan importantes como el *Teatro*, las cuales serían las más “eficaces declaraciones” contra las imposturas de los intelectuales europeos.

Tanto en los elogios de numerosos ingenios criollos y aun peninsulares que aparecen en las *Disertaciones teológicas* de

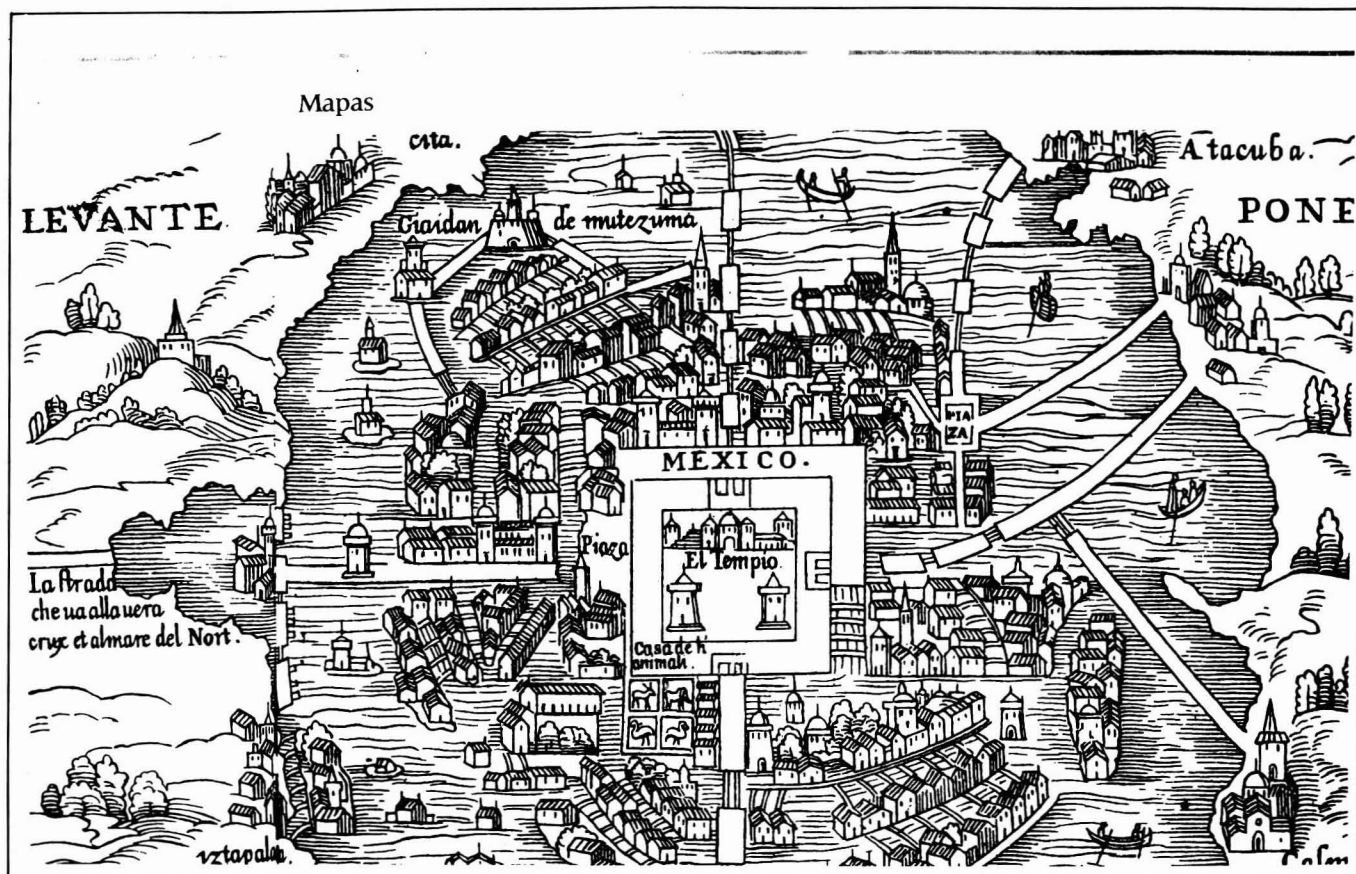
1745, como en el *Diálogo de Abril* y las censuras que tiene la *Bibliotheca Mexicana* impresa en 1755 se encuentra unánime y respetable sentimiento de apoyo a la labor cultural que emprendía el señor Eguiara. No es uno, sino muchos los criollos que impulsaron y apoyaron su labor. Por ello tenemos que reafirmar que los criollos heridos por la calumnia europea, se aprestaron a rebatirla a través de uno de sus miembros más relevantes.

La voz del marqués de Altamira, miembro de la clase dominante y pieza clave en la administración española, revela que la identidad con una cultura mixta, con lo mejor de la indígena y de la española, las cuales justipreciaría Eguiara, era uno de los elementos más valiosos que el grupo criollo tenía en su proyecto de gobierno. No cabe duda alguna que Eguiara imprimió a su obra, la *Bibliotheca Mexicana*, que es su respuesta, una filosofía político-cultural muy precisa, filosofía que animaba a su amplio grupo.

Hemos de añadir otra reflexión en este tema. A finales del siglo XVII y en la primera mitad del siglo XVIII, la sociedad y la cultura criollas de América en general, y en concreto la novohispana, habían alcanzado madurez. Aquí se dio ya el mismo fenómeno dado en otras latitudes, el de mostrar que las culturas nacionales tenían gran solidez, que ellas habían producido frutos intelectuales de gran valor, los cuales mostraban orgulloosamente a los demás en densas obras denominadas bibliotecas, teatros etcétera, esto es, catálogos henchidos de nombres de autores y obras intelectuales sobresalientes. Estos repertorios contenían la exposición organizada de largo proceso, el balance de una labor creadora de gran mérito, la demostración de alta capacidad razonadora. Esto es lo que originó la aparición, entre otras, de las bibliotecas de Nicolás Antonio, que deseó fuesen la tarjeta de presentación de la cultura española, y también la de Kennett White, la *Bibliothecae Americanae Primordia*, contemporáneas o casi de la de Eguiara.

Este fenómeno de madurez, de anhelo de mostrar la mayoría de edad, de orgullo de la propia cultura, va acompañado del deseo de expresar esa cultura en las propias lenguas nacionales, y no en la latina que era la lengua culta de la época, la lengua franca de todos los estudiosos en esos años. Barbosa Machado escribe su obra en portugués, por estimar que así sería más aprovechada. Eguiara no lo hizo así. Siguió el ejemplo de Diego de León Pinelo de responder a la diatriba en la misma lengua en que había sido escrita. Lo hace justamente para mostrar que los intelectuales criollos eran capaces de dialogar con los del mundo europeo, en la lengua culta, a su misma altura. El dominio del latín que poseían los humanistas criollos, serviría para mostrar la hondura cultural de los criollos, su dominio en los instrumentos de comunicación intelectual. Es evidente que ese latín no posee la claridad y concisión del clásico, pero sí era el mismo que utilizaban los sabios escritores del Viejo Mundo.

Dijimos arriba que los términos de la afirmación de Martí, por desmesurados –cosa que no es rara en las críticas españolas a todo lo que no se acomoda a sus conceptos– y más que por la desmesura, por las expresiones groseras que emplea, no sólo hirieron a los novohispanos, sino también a los criollos de otras latitudes. En Ecuador, Ignacio Chiriboga y Daza, impor-



tante miembro de esa familia y canónigo de la catedral, en una de sus piezas oratorias pronunciada entre 1740-1745 –no sé la coincidencia de los años– contrarió asimismo los argumentos de Martí, calificándolos de afirmaciones calumniosas. Es posible encontrar muchos ejemplos que muestran la reacción criolla contra la inquina y sentimiento de superioridad de los europeos.

Añadamos otro testimonio que confirma nuestra opinión de que el desdén de Nicolás Antonio y la grosera afirmación de Manuel Martí, provocaron en diversos grupos de criollos gran disgusto. En Nueva España la intelectualidad criolla mantenía estrechos contactos. Maestros de la Universidad como Eguara y Eguren estaban muy bien relacionados con los maestros de los colegios de la Compañía y los del Oratorio, con médicos y funcionarios de alto nivel, clérigos, etcétera, todos ellos unidos por lazos políticos e ideológicos que habían permitido la elaboración de un proyecto político muy atractivo. Vinculados por un sentimiento de identidad cultural y de origen, se sentían orgullosos de él y, por ello, les herían los ataques de los extraños. Es por esto que voces y actitudes como la de Cayetano Cabrera y Quintero, que se trasluce en su magna obra *Escudos de México*; la del Dr. José de Mercado, quien escribió el *Parecer* de esta obra; la *Oración Apologética* del doctor Juan Gregorio de Campos y Martínez, publicada en 1746 y la *Aprobación* del oratoriano Julián Gutiérrez Dávila a las *Selectas Disertaciones* de Eguara, constituyen parte del clamor general de los criollos novohispanos en contra de las afirmaciones de los españoles, ignorantes del valor de la cultura en estas tierras.

Este último testimonio es del fraile mercedario fray Antonio

Bermúdez, quien radicaba en el centro del país, en Lagos, hombre de recia formación humanista y quien mantenía correspondencia epistolar en latín con otros criollos humanistas de Valladolid de Michoacán, Guadalajara, León, México y otras poblaciones. Bermúdez poseía extraordinaria formación como bien lo mostró Gabriel Méndez Plancarte en su precioso libro *El Humanismo Mexicano* aparecido en 1970. Pues bien, este religioso, quien gustaba saborear los escritos de Manuel Martí comentándolos con sus amigos, al encontrar la epístola denigrativa y comentarla con otro religioso allá por 1745, estalló de indignación y se propuso replicar. Así escribió al señor Eguara cuál fue su reacción inicial y cuál la prudente decisión que tomó. Veámoslas: “Inmediatamente –afirma– al escuchar tal noticia, hice resobar el clarín bélico apercibiéndome a la lucha. Cosquilleábanme, me lo puedes creer, los dedos que se utilizan para escribir. No respiraba sino puras sátiras. De mi pecho brotaban poemas, y no inermes, sino bien erizados de dientes. Y mientras estuve inflamado por ese ardor, no pensaba más que en cosas de ese género, como si preparara una guerra por tierra y por mar que tuviéramos que emprender por la libertad de la Patria. Pero después cuando se empezó a enfriar mi pasión, y volví en mi mismo, retornando a mis cabales, me dije: ¿Para qué tales extremos? ¿Por qué dejarme arrastrar torpemente, a rienda suelta, a un tan amargo furor, por el amor de la Patria, por más dulce que éste sea? ¿Acaso para vengarnos de una calumnia inmerecida incurriré en la inmerecida nota de inmodestia y procacidad, que desdice en todo varón cristiano aunque haya sido injustamente ofendido? ¿De qué servirá responder golpe por golpe e injuria por injuria? ¿Qué fruto sacaré de ahí, si trocando mi estilo en puñal no

sólo punzo sino atravieso con él a nuestro adversario?...”

Y continúa: “Debemos pues emprender otro camino. Esto es, no debemos alterarnos demasiado por tales injurias. Y no dudaré —por lo que a mí toca— de someter a nuestro adversario esta causa, para que sea él mismo quien juzgue y vea quiénes en realidad son más sabios, si aquellos que tales injurias lanzan contra los que no las han merecido, o quienes las escuchan con paciencia y sin perder la serenidad. Y me decía: muy rectamente, pues, nuestro Eguiara prepara su *Bibliotheca* —suya y de todos nosotros—, buscando de todas partes y reuniendo los monumentos que a ella se refieren; pensando que con tal obra, se defenderá mejor nuestro honor y buena fama, que si el alicantino, forzado por nuestras apologías mil veces repetida, retractara su error.”

Importa subrayar de este comentario del mercedario algunos puntos: el primero, que reaccionó vivamente ante la injuria de Manuel Martí y se aprestaba a replicarle; segundo, que conoció a través de otro fraile culto, Manuel Bocanegra, que igual reacción habían experimentado otros criollos, entre ellos Eguiara y Eguren, lo cual le llevó a preparar su *Bibliotheca*, intento que habiendo conocido Bermúdez le llevó a auspiciarlo por amplio, generoso y correcto; y tercero, que este mercedario llama a México su Patria y siente que ha sido ofendida y por tanto se aprestó a su defensa. Iguales consideraciones debieron pesar en otros criollos ilustrados, identificados en su origen, raíces y cultura, para salir en defensa de la patria y elogiar su cultura.

Ecos de la réplica

Afirmamos que Eguiara, como otros criollos del siglo XVIII, proseguía la obra iniciada por Sigüenza y Góngora de revalorar, de justipreciar la cultura de los pueblos precolombinos. Varios de los prólogos de la *Bibliotheca* están consagrados a ello y esa valoración está hecha, y no podía ser de otra manera, de acuerdo a los elementos históricos que se tenían hasta el momento. Y aun cuando no eran muchos, lo que importa es que con los que se contaba se hacen reflexiones profundas sobre los valores culturales indígenas. De haber contado con mayores elementos, la valoración hubiera sido más amplia y profunda. Eguiara era filósofo y teólogo, pero fue buen lector de las fuentes históricas asequibles hasta sus días, y su utilización inteligente otorga gran mérito a sus juicios. Por otra parte la calumnia de Martí no estaba dirigida sólo a la cultura indígena, sino a toda la novohispana. Su concepción de la incultura en estas tierras afectaba mucho más a la obra cultural española en América, la cual se empeñó a través de diversos caminos y métodos por trasladar lo mejor de la cultura europea. Si España se había rezagado en el desarrollo cultural europeo, eso no significa que no hubiese trasladado a América a partir del siglo XVI, los vientos más modernos de la cultura, las ideas y formas más ricas del Renacimiento. Si a mitad del camino se detuvo e inició su decadencia, el impulso cultural que dio a sus colonias en los primeros tiempos permitió a éstas caminar, formar su propio proyecto cultural, identificarse con los elementos recibidos y con ellos tratar de desarrollarse.

Francisco Javier Clavijero, quien desde el destierro escribe

la obra más saliente sobre la historia mexicana, se concreta a la historia indígena. Él, que había aprovechado los testimonios sobre la cultura precolombina recogidos por Sigüenza y Góngora, a los cuales le había encaminado otro jesuita eminente, Rafael Campoy, va a valorar con algunos testimonios más de los que utilizó Eguiara la historia precortesiana. Su obra está esencialmente consagrada a ese periodo. No se ocupa de la historia colonial, como sí lo hace Eguiara. ¿Podría pensarse que Clavijero, víctima de la arbitrariedad borbónica, se inclina a estimar como raíz más auténtica de nuestra cultura a la india y no a la colonial, cuyos representantes se comportaban tan desdeñosos con sus vasallos de allende el océano a quienes no dejaban la facultad de razonar ni discutir, conminándolos tan sólo a obedecer y callar? El bárbaro decreto expedido por uno de los más perfectos representantes del despotismo borbónico, el marqués de Croix, debió pesar en la consideración de los jesuitas expulsos a inclinarse o preferir, como justa reacción, una de las raíces de nuestra nacionalidad.

Por otra parte, obsérvese que si Eguiara ofrecía su obra al católico monarca que fue Fernando VI, y a la Universidad la dedicaba como *Alma Parens*, Clavijero la consagra a la Universidad como institución generadora de pensamiento, como foco de ilustración. Es muy claro que en un periodo de cincuenta años transcurridos de la aparición de la *Bibliotheca* a la de la *Historia Antigua de México*, hubieran cambiado las circunstancias. El proyecto nacional tan completo que tiene la generación de criollos de la primera mitad del siglo XVIII, es un proyecto que maduró a través de dos centurias. Era un proyecto que cristalizaba pacíficamente, racional, y plenamente justificado. Los criollos percibieron que existían los elementos que configuran una nación, pueblo, territorio y valores comunes. Estos elementos que son los que de acuerdo con el derecho público se requieren para que se consolide una nación, estaban plenamente integrados, lo cual debería permitir la constitución de un Estado independiente. Si la metrópoli los desdeñaba, ellos, al mostrar su plena madurez, demostraban no sólo tener alta calidad espiritual, moral e intelectual, sino también la capacidad racional para labrarse independientemente su destino. Hay que aclarar que no encontramos en esta época testimonio alguno disidente, pero sí la afirmación de que esa comunidad criolla podía regirse por sí misma. Cincuenta años más tarde los criollos tendrán un proyecto nacional más avanzado. La experiencia política sufrida, de la que fueron víctimas desde Francisco Javier Gamboa hasta los jesuitas, ya indica a los criollos que su independencia política no les sería otorgada graciosamente, sino que habrían de conquistarla. Las argumentaciones emitidas por criollos mexicanos y un peruano totalmente afín a ellos, esto es por Primo de Verdad, Francisco Azcárate, y Melchor de Talamantes se dan en ese contexto. Esas argumentaciones estarán impregnadas de una gran fuerza política, la cual apoyada por una excepcional coyuntura histórica, encauzará esos sentimientos e ideas hacia la emancipación.

Este importantísimo proceso tendrá ciertamente por base la defensa de una cultura, de una identidad nacional, que se perfila muy claramente en las diversas generaciones criollas del siglo XVIII. ◇

La Ciudad tan oscura

¿Cuál es el rostro verdadero de nuestra noche? Es un afortunado lugar común decir que *La región más transparente* no volverá a ser escrita. Podemos agregar que la llamada narrativa urbana cabe intemporalmente entre esa novela y su antítesis, el *Cristóbal Nonato* de Carlos Fuentes: del gran fresco “modernista” a la comedia menipea del Apocalipsis. La ciudad ya no puede ser material para el romance burgués de la villa y homenajes como el de Usigli en *Ensayo de un crimen* han dejado de ser posibles. La ciudad desapareció lo mismo como villa que como metrópoli: ni orgullo de ciudadanos ni canto de los autómatas. Pocas realidades quedaron destrozadas de manera tan drástica como el Distrito Federal como tema literario. Los paseos y las miradas de Novo, Usigli, Fuentes o Bernal pertenecen a una tradición tan respetable como desaparecida, la de aquel *tourisme éclairé* que va de Rétif de la Bretonne a John Dos Passos. Queda una materia que degrada a sus cronistas. No en balde la ciudad son fragmentos en las declaraciones de amor y odio de los poetas: Efraín Huerta, Bonifaz Nuño, Jaime Reyes, David Huerta en *Incurable* u Octavio Paz en *Vuelta* y en algunos poemas de *Árbol adentro*. Ellos llevan cuarenta años comprendiendo a la ciudad como una máquina que produce signos atonales.

“Buscar el sitio donde ya se está es la más trasnochada de las búsquedas y la de peor sino”, dice Harold Bloom en *La angustia de las influencias*. Esa impotencia es la divisa de la narrativa urbana contemporánea entre nosotros. Todavía en los años sesenta llegar a la Ciudad de México era una experiencia de la educación sentimental. Varios de los escritores de esa generación –aun cuando hubieran nacido en el DF– miraban desde afuera el misterio de la ciudad, que para ellos era el laberinto donde se ocultaba el minotauro de la modernidad. La ruptura con la utopía natural produjo fascinación. El último héroe provinciano a la usanza de Flaubert o Stendhal es el alucinado de Juan Vicente Melo en *La obediencia nocturna*.

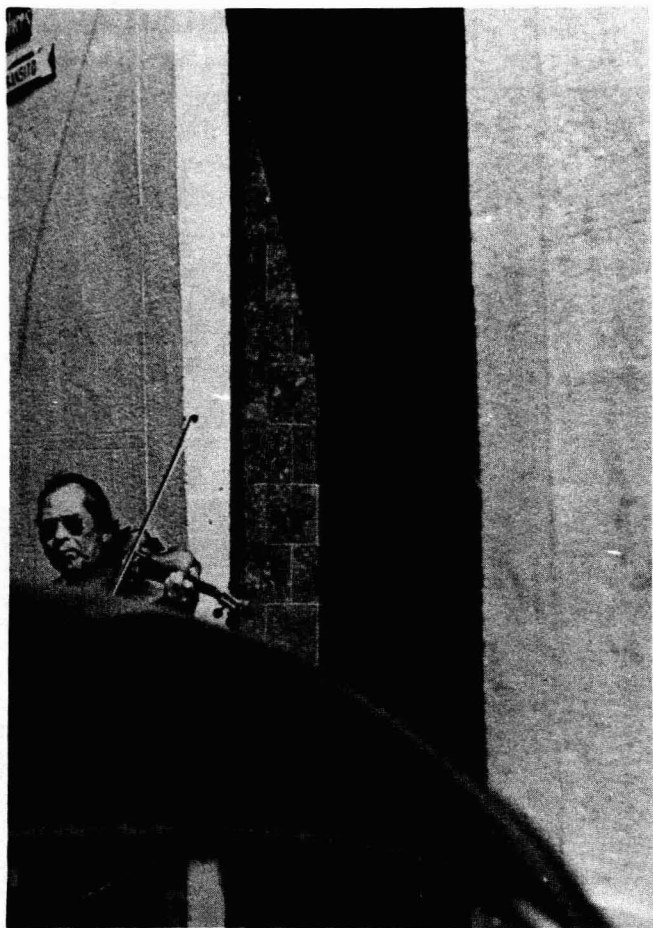
José Emilio Pacheco, Gustavo Sáinz y José Agustín, que nacen durante la segunda guerra, ya nada deben a la nostalgia del diarista de *El libro vacío* para quien la ciudad es un exilio sin retorno. Para estos novelistas la ciudad es carne inmemorial y desde ella convocan a sus fantasmas y trazan sus distancias críticas y sentimentales con la modernidad. Ellos no con-

Capítulo consagrado a la narrativa urbana contemporánea de la *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX*, tomo II, que el Fondo de Cultura Económica publicará próximamente.



quistaron a la ciudad. Ésta es y será suya en el pasado y en el porvenir.

Quien abre este capítulo es un escritor nacido en la provincia: Roberto López Moreno (1942), otro de los discípulos de Revueltas, autor igualmente interesado en la corrosión de lo humano y en la vida de los animales. “La creación” forma parte de los cuentos de *Yo se lo dije al Presidente* (1982), galería de retratos urbanos cuyo sino en la desesperanza y la marginación. López Moreno resume lo que en *Si muero lejos de ti* o *Cristóbal Nonato* son cosmovisiones o predicciones del desastre. Para este narrador el mundo urbano cabe en ese edén negativo que es el tiradero o basural, inventario de los desechos orgánicos e inorgánicos, séptimo día en el final de los tiempos. Es la reducción del Mictlán que aterroriza a Da Jandra y la misma galería de lo usado (y de lo usable) que festeja un poeta como Fabio Morábito en *Lotes baldíos* (1985).



La ciudad ya no produce héroes como los de Usigli, ni alegres paseantes como el de Novo ni testigos áulicos como Ixca Cienfuegos. El pepenador de López Moreno es un residuo del Aquiles Alcázar de Salazar Mallén. Pero éste es abandonado por los suyos en el Zócalo mientras que en "La creación" el personaje, si así puede llamársele, es una sombra que dimana más de los objetos que de los sentimientos. Depende estrictamente de esos desechos a los que da inaudita y estática coherencia. Más que humano es un resultado de la partenogénesis, un espantapájaros genético.

Narrativa sin nuevos héroes, incapaz de generar las condiciones de una negatividad, la de la Ciudad de México recurre sin cesar a los mitos populares explotados por los medios de comunicación masiva. Como en López Moreno ("El Kid"), personajes como el boxeador tienen una enorme incidencia no sólo en teatro y cine sino en narrativa. Autores tan diferentes entre sí como Rafael Ramírez Heredia (1942) y José Joaquín Blanco (1951) encuentran allí a la última o única posibilidad de encarnar literariamente a los mitos colectivos. El asesino virtuosamente fallido de *Ensayo de un crimen* como el detective al servicio de las causas sindicales en Taibo II, son concesiones a dos élites, una en extinción —la "aristocrática"— y otra en auge y democrática. Pero López Moreno, Ramírez Heredia o Blanco sólo encuentran en el eterno "campeón sin corona" al filtro luminoso capaz de comunicarlos con la tradición del héroe novelesco.

El boxeador —en un país donde los deportes de equipo están condenados al fracaso— es la estrella capaz de congrega a un grupo de escritores cuyo desasosiego es la desaparición de una

noción aceptable y modernizada de "pueblo". Sus boxeadores son los últimos guerreros. No sólo eso. Esa figura permite reencarnar el periplo nacional y popular del Napoleón literario. Literalmente a golpes, esos descamisados representan la vanguardia heroica de un pueblo llano degradado por el anónimo urbano.

Ramírez Heredia es un escritor desigual que se permite concesiones al público que no se veían desde Luis Spota —quien por cierto fue dirigente del boxeo capitalino. Ramírez Heredia heredó de Garibay ese oído privilegiado para registrar y transmitir las voces populares. "El rayo Macoy", el más célebre de sus cuentos, tiene todas las virtudes de la literatura popular firmemente enraizada en la literalidad vernácula. Ese coloquialismo se convirtió en la fórmula más pedestre y lógica utilizada por los narradores de la ciudad.

Lógica. El trabajo de la llamada Onda fue legitimar de manera masiva al habla coloquial como un recurso literario tan eficaz como prestigioso. Había antecedentes modernos desde Salazar Mallén hasta Garibay, pero lo que en ellos era escándalo o refinamiento retórico, acabó por convertirse en un horizonte pleno para la cultura literaria. Si el boxeador es el imago de un pueblo perdido, el coloquialismo urbanoide es el talismán al alcance de la pluma para fantasear la recuperación moral de un Tercer Estado perdido en la masificación, la miseria y el desprecio.

Pedestre. Harold Bloom, una vez más, protesta contra el festín vernáculo: "Este fenómeno está relacionado con la absurdidad crítica que alaba a cada nueva generación de bardos por encontrarse un tanto más cerca del lenguaje ordinario de los hombres corrientes y molientes de lo que estuvo la generación anterior."

La capacidad de mimetizar el lenguaje popular devino en una práctica técnica obligatoria. Más aún, se aceptó naturalmente que la única ideología narrativa que la ciudad podía expresar a través de sus escritores era el lenguaje, auténtica expresión del alma ciudadana. López Moreno, Ramírez Heredia, Armando Ramírez (1945) y Emiliano Pérez Cruz (1955) son sólo la cabeza visible de ese grupo de prosistas para quienes la vida de la ciudad se mide en el índice de la intensidad vernácula. Superaron con mucho a Garibay o a José Agustín en la liberalidad de su registro y sin duda han enriquecido la pluralidad léxica de la narrativa mexicana. Lo que es dudoso es que hayan logrado, en conjunto, elevar la comprensión novelesca de la ciudad. Han impuesto un modo de acceso multitudinario a la escritura, que por su facilismo impostado y desde los talleres literarios, ha rebajado el nivel creativo de la ficción en México. Han gozado, siguiendo a Bloom, del aplauso de la crítica y del consumo del público. Para la primera, culposa de ya no poder expresar deliberadamente su compromiso ideológico con la noción romántica de "pueblo", resultaron un alivio. Para el segundo, ávido de superar, dado el crecimiento del público lector, las ostensibles limitaciones de la comunicación de masas abrieron la posibilidad de una identificación más letrada con sus propios y desvalidos mitos.

Sólo Carlos Fuentes se atrevió, en un sólo movimiento que abarca treinta años, a homenajear y dejar morir a la Ciudad de México como totalidad novelística. Tras él imperan las figuras

marginales cuyo único prestigio es la lengua. El caso de Armando Ramírez es emblemático. Su primer libro (*Chin chin el Teporocho*, 1972) es el más antiguo de esta selección. Ramírez emprendió la continuación descamisada del juvenilismo ondulero de Agustín y Sáinz. El fraseo clasemediero que éstos inauguraron parecía poco frente a la parafernalia vernácula, ávida de exhibir su heterodoxia ortográfica, de Armando Ramírez. En *Chin chin el Teporocho* se actualiza la vetusta picaresca de Pito Pérez. Pero los treinta años que separan ambas novelas no pasaron en vano. José Rubén Romero despedía al campesino en las puertas de la gran ciudad y Ramírez lo recupera anónimo, olvidado del Paraíso, desprovisto de todo prestigio pueblerino y apenas cubierto de papel periódico en una callejuela helada y sombría. Pito Pérez se quiso Diogénes, mientras que Chin Chin, ya sin lámpara, es un pastiche que habla desde la oscuridad y recicla masivamente la opinión que “el pueblo” tiene de su marginación. El personaje de Ramírez ya no goza de las prerrogativas legendarias del lépero, pero tiene a su favor no la diferencia, sino la conmiseración colectiva, audiencia garantizada por la culpa nacional.

El nuevo lépero no lo es tanto. Una ciudad como la de México no puede sostenerlo sin aferrarse a la anciana mitología de los barrios. Para Ramírez es imprescindible situar a su máquina vernácula en los confines protectores de un barrio legendario como Tepito, origen y tumba de ese coloquialismo del que Ramírez es lo mismo padre que sepulturero. Autores como él han ido demasiado lejos, no en la extensión de sus licencias idiomáticas, sino en la creencia en que la fotografía

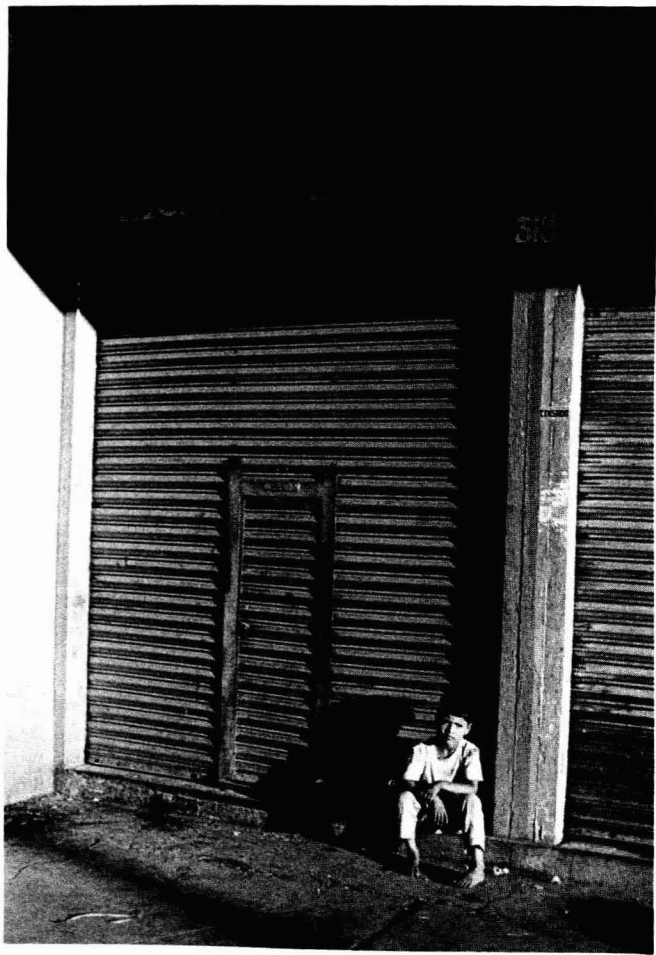
narrativa y la grabación textual son las bases genuinas de una literatura popular en forma y fondo. Uso y abuso de semejante naturalismo acabaron por convertirse en refugio de auténticos limosneros, que mediante el chantaje periodístico dominical, apaciguan su conciencia regalando al público folletones sobre la triste o ridícula, según el caso, vida de pobres y ricos.

Quizá el mayor éxito del coloquialismo urbano de los últimos veinte años sea la obra de Emiliano Pérez Cruz. Lejano de las figuras legendarias y de su protección retórica, Pérez Cruz es un narrador natural, para quien lo popular no es una imposición ontológica, sino una escena literaria. Su oído está en la tradición de Garibay y Ramírez, pero recorre las calles de la Ciudad de México con una inusual pertinencia dramática. “¿Qué no ves que soy Judas?” es un cuento que forma parte de *Si camino voy como los ciegos* (1987) y no es ésta la primera vez que es antologado.

El lote baldío y el ring parecen ser los espejos privilegiados donde la novela mexicana pretende hacer mirarse a los habitantes de la gran ciudad. En el primero abunda el desecho y el habla popular es el mecanismo que une a los objetos difuminados por la ausencia relativa del hombre. Resulta curioso descubrir que la germanía de los Ramírez Heredia, los Ramírez y los Pérez Cruz es la compañía vernácula del barroquismo de Valle-Arizpe: uno y otro son evasiones dolorosas de la realidad en busca del consuelo de la imaginación o de la culpa. Frente a estos universos donde el hombre desaparece destaca una vez más, como último héroe, el boxeador.

Calles como incendios (1985) de José Joaquín Blanco es una de las pocas novelas complejas que se han escrito sobre la ciudad en la última década. Blanco es un crítico culto y polémico y logra una novela urbana que supera la fascinación primaria por el habla popular y resume las caóticas posibilidades milenaristas de la Ciudad de México. El esoterista Adolfo Bonilla, “filósofo” y mercachifle de las Llaves de la Puerta Dorada, acompañado de una corte de comediantes, desempleados y oportunistas, entre quienes se oculta un narrador perseguido, emprende la fundación de una utopía urbana. Las más deleznablez baratas teosóficas son puestas comercialmente a disposición de las multitudes, enajenadas por la explotación de la figura mítica del boxeador fallecido y glorificado. Al morir en una pelea, el Gancho de Oro ofrece su cadáver a los intereses de la milagrería popular. Una turba de crédulos emerge de las entrañas del DF para curar con la fantasía de su inocencia la melancolía de los capitalinos.

Blanco recurre con astucia a los recursos de la picaresca. Su esfuerzo, mutilado por la prisa narrativa del cronista, logra, empero, una de las pocas imágenes parcialmente convincentes que se escribieron en los años ochenta sobre la Ciudad de México. Con mucho, Blanco va más allá de López Moreno y Ramírez Heredia. Si bien su boxeador produce los mismos efectos miméticos que en sus contemporáneos, la sensibilidad de Blanco se atreve a imaginar, es decir, a proyectar la vida popular mediante vectores antes ignorados y que él mismo no hubiera podido sintetizar sin las exploraciones testimoniales realizadas por Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska en decenas de artículos.



Durante los años setenta, como resultado del bautismo en los "baños de pueblo" que realizaron aquellos para quienes el 68 condujo hacia una comprensión sentimental de la noche popular, las no tan pálidas zonas rojas de la ciudad se volvieron motivo de atracción para los novelistas. Es un prurito inevitable de la novela de los setenta esa visita. De la Torre, Taibo II, Agustín Ramos, Aguilar Camín, Manjarrez, Zapata, Aguilar Mora, todos ellos, tienen su página de lagartijos o de juerguistas de diversa índole u origen. Ninguno pudo resistir a las libaciones de la noche. Hay una inevitable vocación naturalista que la exige. El mambo, la salsa, o la simple observación/participación en los ritos semieróticos de la pobretona variedad nocturna de la ciudad, son capítulos que pueden encontrarse en varias narraciones. Cualquier lector —al fin y al cabo víctima de semejantes inclinaciones— puede reconocer que se trata de viajes no por insistentes definitivos, sino de esporádicas apariciones que hacen de la Noche otro mito, cuya naturaleza siempre es fatalmente sociológica. Rodeados de burócratas sedientos, ficheras o chulos, los novelistas pretendieron reconquistar una escena abandonada desde el medio siglo. Deprime comparar la mundanidad de Usigli o Bernal —después de todo, habitantes de una ciudad que tenía *centro*— con la temerosa algarabía de Manjarrez (*Pasaban en silencio nuestros dioses*) o la solemnidad sacramental de Agustín Ramos en *La vida no vale nada*. Si la noche de una ciudad tiene sus misterios, éstos están ausentes de nuestra prosa. Las indagaciones sociológicas o propagandísticas de Monsiváis, Alberto Dallal o Froylán López Narváez, son un ejercicio legible que recupera gestos, guiños y tradiciones pero siguen sin tener equivalente en la ficción: la tierra baldía entre la "inteligencia" y el "pueblo", que tanto preocupaba a Alexandr Blok, sigue siendo vasta y pantanosa.

Páginas como "Lo mejor de Acerina" de Luis Arturo Ramos (1947) reflejan esa estupefacción, sonrisa que congela no un descubrimiento, sino la rehabilitación de una tradición quizá irremediabilmente turística. Aunque el caso Luis Arturo Ramos no es precisamente ejemplar. Ramos ha dedicado su obra (que se inicia con una interesante novela experimental de inspiración urbana, *Violeta-Perú*) a administrar la herencia orgullosamente provinciana de Sergio Galindo. Las preocupaciones históricas de éste, sin duda superadas, hacen de Ramos (*Intramuros* en 1984 y *Éste era un gato* cuatro años después) un novelista para quien existen otras ciudades, que como Xalapa o el puerto de Veracruz, viven una devastación tan abrumadora como quinticenteneria y demuestran la desaparición de esa aldea que Paz encontraba en las novelas de Agustín Yáñez.

A Luis Arturo Ramos, como a Blanco, le preocupa la pluralidad teatral de las ciudades. El narrador veracruzano persevera en esa mirada humanista que busca en cada creación novelesca una vida ejemplar. Con él, Arturo Azuela (1938) y Sealtiel Alatríste (1947) votan por el espacio familiar y sus tradiciones. Reivindicar el *barrio* es una reacción defensiva contra la progresiva "housmanización" de nuestras ciudades.

Arturo Azuela es un novelista cuya necesidad básica es la tradición. Nieto de Mariano, matemático y profesor universitario, Arturo Azuela se mueve en los confines de una tarea contraproducente, que insiste en volver a triangular vida ur-

baña, sagas familiares y leyendas de la calle en una ciudad que ya difícilmente las conserva. De *El tamaño del infierno* (1973) a *La casa de las mil vírgenes* hay una década de insistencia desesperada por restablecer las condiciones de una tradición nostálgica, que en el ínterin rindió su fruto más maduro con la noveleta de un poeta: *Las batallas en el desierto* (1981) de José Emilio Pacheco.

El pesimismo de Pacheco, no pocas veces increíble por la inocente virulencia de su retórica, convirtió el complejo apocalipticismo de *Morirás lejos* en una práctica narrativa de indudable prestigio popular. Para Pacheco la memoria de las ruinas es la condición eterna de nuestra memoria. Azuela evita la mención de una catástrofe, que siendo cotidiana es intemporal y prefiere refugiarse en la paciente reconstrucción de sus antecedentes. Novelista de tradición (y de tradiciones) Azuela vive de una memoria organizada y pulcra pero ineficiente como ficción y al final de cuentas vacía. *La casa de las mil vírgenes* recobra un barrio privilegiado de la ciudad, lo mismo por el linaje familiar que al autor atañe que por la relativa conservación que ha logrado de su fisonomía: Santa María la Ribera. Pero el empeño de Azuela no logra hacer nuestra a esa ciudad antigua. Queriendo conservarla en la memoria, Azuela logra provocar indiferencia ante su destrucción.

Sealtiel Alatríste proviene de la misma angustia que Arturo Azuela pero opera de manera distinta. La naturaleza cinematográfica de sus ficciones lo libra del costumbrismo adocenado de un Azuela. Para Alatríste su ciudad ya murió y tan consciente es de ello que la recuerda mediante la viñeta y el recuerdo o como él preferiría, el retablo. Coincide con Blanco en la exaltación de la milagrería popular pero en *Tan pordiosero el cuerpo* (1987) Alatríste se conforma con el armado artesanal de la vida en los interiores: magia blanca de vecindario, escrita con alguna ambición barroca pero sin falacia patética. Él y Blanco son los únicos que conceden a la religiosidad —cualquiera que ésta sea— una intervención plausible en la vida urbana. Mientras que Blanco se sabe un "modernista", para quien la crítica de la cultura es el telón de fondo de su narrativa, Alatríste se limita de manera harto explícita a reflexionar cromáticamente sobre el color local, ajeno a los desastres del Progreso como a las lamentaciones gratuitas de la memoria. El baile, la música y la cocina son los trazos que deja escritos Sealtiel Alatríste.

La llamada *deshumanización* es la característica sociológica con la que se define vulgarmente a las grandes ciudades de la modernidad. Esta muletilla de amplia eficacia olvida que lo único deshumanizado por completo es la Naturaleza y que las ciudades son lo humano en lo más concentrado y grave del concepto. Narrativa conservadora, la consagrada a las ciudades sobrepuestas en la superficie del Distrito Federal, opera según la lógica que defiende a las viejas tradiciones individuales —el boxeador, el lépero— lo mismo que a las venerables comunidades históricas como lo son el barrio popular o la colonia aristocrática. Aunque no confiemos plenamente en el término, no cabe duda que la Ciudad de México es de alguna manera *postmoderna*. Su narratividad ya superó los moldes que imponían las historias naturales y sociales o los folletones de la desgracia y la ventura de los paladines populares. Queda el



vacío y son pocos quienes han quebrado la resistencia naturalista. Uno de ellos es Guillermo Samperio (1948), que publicó *Gente de la ciudad* en 1986, colección de cuentos y prosas que paradójicamente no habla ni de los hombres ni de las mujeres del Distrito Federal.

A Samperio le interesan los objetos. Los 45 textos del libro renuncian lo mismo a la fabulación de la nostalgia que al apocalipticismo encendido en las hogueras de la tragedia cotidiana. Samperio no cuenta historias, fija imágenes. Olvida a la ciudad babilónica y la descarta como suma demencial, consagrado como está a la caza de las sombras. Figuras en las ventanas de los dormidos edificios burocráticos, automóviles que habitan a sus conductores, oficinas invadidas por otro tiempo y otros hombres. El joven Novo aplaudió la eléctrica fugacidad de una ciudad moderna recién inaugurada mientras Samperio parece advertir que lo verdadero dormita en la obra negra y en esos signos imborrables de lo humano que se leen en los postes, las coladeras, los estanquillos y los topes. Cuando Samperio insiste en esa topografía poética que viene lo mismo de Arreola que de Francis Ponge, logra textos ejemplares.

María Luisa Puga (1944) insiste con honestidad en el recuento de la vida de la clase media urbana. Autora de nueve libros, el primero sorprendió por su frescura y originalidad (*Las posibilidades del odio*, 1978), novela ambientada en Kenia y una firme y átemperada denuncia del colonialismo. Su obra

posterior insiste generalmente en la ciudad como itinerario formativo y sentimental.

Dice Fabienne Bradu: "...la obra de María Luisa Puga recoge las dos facetas cruciales que la caracterizan: la primera de la explicación del mundo para los demás, lo que ha calificado su visión ideologizada, y la segunda, es la recurrencia de la otredad como tema y mecanismo esencial de su literatura. Esta segunda faceta de su obra, seguramente la más interesante, la lleva a desarrollar un juego sutil y complejo entre todas las formas de la otredad que la definen a ella misma como un centro siempre diferido de su escritura."¹

Bradú acierta en la medida en que Puga, como Arturo Azuela, sufre la limitación que impone una mirada harto convencional lo mismo de la narrativa que de la ciudad que atiende. Sus ciudadanos suelen ser hombres superfluos que no se percatan de que lo son. Movidos sin malicia por sus creadores habitan una ciudad sentimental que nos es indiferente. La *deshumanización* —mal interpretada como incomunicación radical en María Luisa Puga— nos deja ver un mundo que queriéndose retóricamente opaco también lo es como lectura. Cuando Puga acierta es en sus "intentos" y en sus "accidentes", al lograr despojarse de la manida coherencia psicológica con la que organiza su universo y trazar esos instantes chejovianos que como en "Joven madre" (1981) dejan ver, en el brillo de un fragmento, lo que una totalidad harto plana obstruye.

Costumbrismo y naturalismo trasnochados, confianza en los héroes tradicionales y en el poder de convocatoria del habla popular, caracterizan al conglomerado prosístico conocido como "narrativa urbana", literatura que trabaja a marchas forzadas sobre un concepto de ciudad a menudo decimonónico. Sorprende que la ciudad más poblada del mundo no haya generado una imaginación radical a la altura de su pavorosa humanización.

Recientemente sólo las tragedias naturales y sociales —señaladamente el terremoto de 1985— parecen estimular a los escritores de la ciudad, como si la carroña fuera el único alimento apetecible para la prosa. Ramírez Heredia, Armando Ramírez, Emiliano Pérez Cruz, confían en el habla vernácula como la más presentable de las máscaras para hacer actuar a personajes sin rostro. Al confiar en el boxeador y en el lépero defienden maniqués abandonados en los camerinos de la tradición. José Joaquín Blanco logra encender un tinglado donde un pasado eterno se mueve hacia un futuro imprevisible, mientras que Arturo Azuela y Sealtiel Alatríste recuerdan un ayer que saben muerto y les produce más o menos nostalgia. Luis Arturo Ramos y María Luisa Puga escogen dos fragmentos del dilatado tiempo urbano: noche y fiesta, el día y la muerte. A Roberto López Moreno y Guillermo Samperio interesan los objetos, a uno los que la ciudad desecha y a otro lo que los humanos inventan y usan. Todos ellos no pueden componer "la historia de una ciudad", tarea ya imposible, y por ello nuestra narrativa urbana sufre de esa inmovilidad que preocupó a Harold Bloom y que sigue dejando en la penumbra al rostro, si lo tiene, de la ciudad tan oscura. ◇

¹ Fabienne Bradu, *Señas particulares: escritora*, FCE, México, 1987, p. 234.

Edmundo Valadés: 50 años de *El cuento* y 75 años del narrador

Jorge Ruiz Dueñas

Escribir es (...) hallar ese mundo con otro tiempo y otro espacio donde se puede respirar plenamente, embriagarse en una libertad que no tiene más límites que nuestra propia responsabilidad, pero que es totalmente desinteresada.

E. V.

Bien sabemos que todo sino humano es obra del acaso. No obstante, las más de las veces es imposible dejar de percibir en algunos destinos una lógica profunda que rige este azar. Especialmente en éstos cuya tarea parece predeterminada por lo firme de sus metas y la consistencia de sus caminos.

Tal es, ciertamente, el caso de Edmundo Valadés, con quien conmemoramos ya los 50 años de su revista *El Cuento*. Ésta, su creación, ahora que celebramos el 75 aniversario de su natalicio, se confirma como su destino.

Referirse a Edmundo Valadés implica reconocer la feliz coincidencia del logrado escritor y el importante animador de la cultura. Ambas labores son en Valadés tan significativas que no pueden separarse una de la otra. La publicación ha constituido una presencia constante en su vida y ésta ha sido ese prodigio de transparencia que ha permitido que *El Cuento* se consolide como un proyecto independiente, construido sólo con entusiasmo y amor a la literatura durante medio siglo, sin teñirse de prejuicios ni preferencias personales.

Promotor de nuevos valores, Valadés nunca ha sucumbido a la tentación de utilizar su publicación como plataforma de promoción ni aun cuando, retomado el proyecto después de una pausa, en los años sesenta, contaba ya con una larga y fecunda experiencia como periodista y narrador.

El Cuento ha cumplido desde sus inicios una doble función: difundir el necesario material de lectura para generaciones ávidas de expresarse y acoger los nuevos materiales de las letras nacionales. Sin ninguna duda, *El Cuento* ha sido el necesario espacio, abierto siempre al talento y a la creatividad.

Por lo demás, esas páginas aparecieron

en una época en que la oferta literaria en nuestro país se veía aún restringida. La revista nace en una época singular, de presagios sombríos para la humanidad y un futuro incierto. 1939 es el año de la invasión alemana a Polonia, el de la derrota de la República Española y, para México, el de un ambiente internacional deteriorado y tenso, producto de la expropiación petrolera.

En el ámbito cultural el impulso cardenista había generado un movimiento plasmado en inquietudes como la de Valadés. El estímulo de la publicación fue importante para los jóvenes, y lo fue también la fidelidad atenta de su director a las generaciones precedentes y a las figuras universales. La variedad de los materiales publicados y la constancia en la cuidadosa selección de los mismos, proponían un riguroso modelo intelectual de la mejor tradición.

En aquel México de hace medio siglo en donde había mucho y muy urgente que construir, este proyecto cuya idea era propiciar la creación y convertirse en un taller de lectura, fue decisivo para afinar la formación de los escritores que cada generación trae consigo.

La revista, concebida como un proyecto independiente en un medio acostumbrado a que casi todas las tareas artísticas y culturales fueran de la exclusiva competencia y responsabilidad del "Ogro filantrópico", hubo de desaparecer; esas circunstancias no le fueron propicias. El proyecto, sin embargo, no fue abandonado. En la década de los años sesenta volvió a surgir como una empresa personal que busca, aún ahora, sostenerse mediante el interés de sus lectores.

En este segundo aliento la publicación se fortaleció. En ella se cultiva de nuevo un género clásico de especiales características que no admite ninguna indolencia, ningún descuido. Éste, bien lo sabemos, requiere gran capacidad de comunicación: se ancla en el lenguaje dirigido siempre a ese pequeño campo en el que se juega la plenitud del texto, un lenguaje que conmina al rigor y a la firmeza del trazo.

Cuando Edmundo Valadés retoma la edición, es ya un escritor maduro que ha frecuentado exitosamente el periodismo. Su prestigio se había consolidado con la obra *La muerte tiene permiso*. El cuento que da título a ese libro, es un clásico que ha merecido ser incluido en numerosas antologías. Desde entonces, el escritor no se contrapone al promotor de la obra de otros; no hay barreras entre el creador y el editor. Ambos oficios son desarrollados con igual esmero y dedicación.

Así, Valadés ha cultivado el cuento —en el exacto sentido de la palabra— de manera tan natural como vive. Otras colecciones como *Antípoda*, *Las dualidades funestas*, y *Sólo los sueños y los deseos son inmortales*, *palomita*, lo prueban. Su producción se centra en personajes de la vida diaria, como los de John Cheever: hombres y mujeres comunes que se preocupan demasiado o que envejecen muy de prisa. Valadés sabe que lo fantástico es precisamente lo cotidiano y que la magia se encierra en cada día vivido. Su prosa es a la vez lírica, exacta y evocadora. Con sus propias palabras podríamos afirmar que cumple, sobradamente, con la tarea que él mismo asigna al escritor definido como "el historiador del alma humana y sus conflictos".

Con un universo literario rico y variado, se asienta en su época y en el tiempo que vive. Como creador forma parte del mismo mundo de sus creaciones, se nutre de él; pero hay además una gesta, un espectáculo caótico, disociado y confuso, dentro de otros personajes que viven en todos los hombres y mujeres sin atrevernos a reconocerlos y a quienes Valadés ha dado forma con los recursos de su narrativa: la intensidad, la rapidez y la síntesis. Como Augusto Roa Bastos ha dicho de él, patentizando nuestra segunda piel que sus cuentos desnudan: "uno los lee como lección de experiencia vivida". Pero, ¿acaso la literatura ha pintado otra cosa que no sea la vida privada, real o ficticia?

"Escribir es también un coraje, un arrojo, una cálida y ansiosa desesperación por poder transmitir el reflejo de la realidad o el sueño acumulados en la conciencia (...)", dice Valadés, porque, poseedor de recursos literarios vastos y esenciales, comunica en cada personaje la angustia oculta detrás de la supuesta impenetrabilidad de cada una de sus criaturas; si bien, como narrador, no parece establecer distancias entre ellas porque él forma parte del mismo mundo en el cual las ha colocado. Aun en el relato en tercera persona, Valadés no se coloca encima del tiempo como un observador neutro o impersonal; en muchos casos efectúa en su narración un análisis interno que quizá sólo puede hacer sobre sí mismo. Como Proust, a quien Valadés estudia en un importante ensayo, lleva a cabo un análisis introspectivo.

Así, cuando se acude a un texto de Valadés se descubre en forma directa e inusitada la historia detrás de la historia que bulle en él, y que, sin ambages, se revela con procedimientos narrativos donde no pierde de vista su materia básica, la palabra, el

idioma; esa capacidad de comunicación humana donde se juega la partida.

Si se buscan algunas de las claves sustanciales de su narrativa, salta a la vista su toma de posición frente a la irrealidad y la vida. En otras ocasiones he comentado algunos de sus relatos en términos que creo válido refrendar. Así, "La cortapisa" nos hace evocar el despertar sexual que rememora la inquietud adolescente con el mismo vigor trazado por Joyce en un pasaje de *Dublineses*, donde vemos una ordenación y una obediencia de los instintos naturales básicos descritas con tal precisión de senti-

mento a la burguesía con tan insólito vocabulario y la complejidad de lo humano.

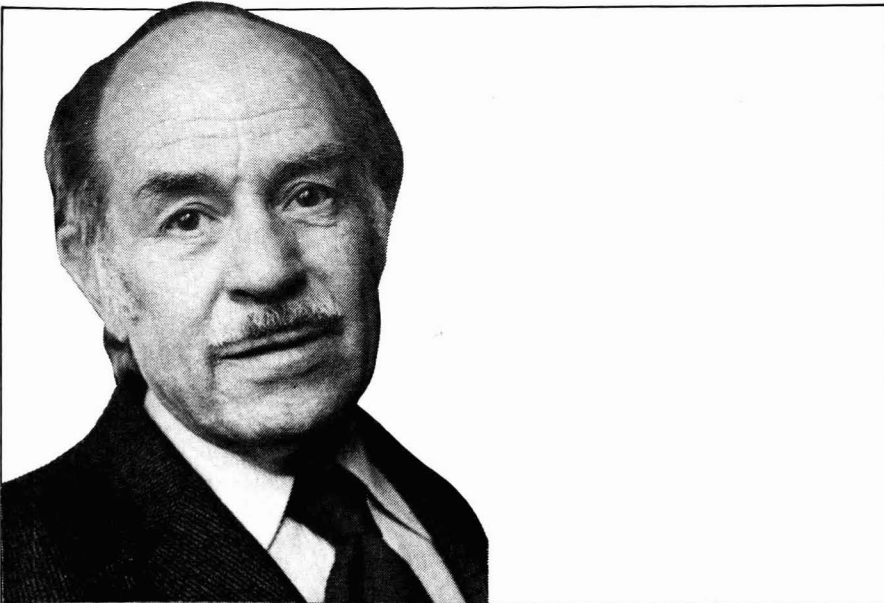
De alguna manera, el poeta como acusado, filicida-suicida, trae en "El cuchillo" la recuperación del viejo mito de la sombra viviente, del desdoblamiento inquietante —"Nadie, ni yo, sabe si ese hombre era la sombra de un hombre o yo mismo"— que vuelve a resurgir en "El crimen", "La marioneta", y "Fin": "¿Soy preso por mi crimen o víctima de un sueño?"

Si el flujo de la imaginación íntima, procaz, excitante y erótica, ha movido el pensamiento trágico que sobreviene a toda in-

terpretación de espacio y tiempo interpolando al creador y al creado, para reflejar una misma soledad humana con la que en la densidad del relato Valadés es solidario. En ocasiones —como en el monólogo de Molly Bloom—, Valadés también desata un alud de palabras sin los contratiempos de la puntuación y así, en ese efluviio, asociado o no, transcurre la escena de burdel y el traumatismo de la falta. Palabras que redondean una frase o se inmiscuyen con un sentido más semiótico que semántico, para saltar de la escritura automática de Breton al discurso de Beckett o al monólogo interior desde donde ilumina la lúcida embriaguez: "Tú eres, existes, vives. Eres la única realidad que no hace dudar"; y, entonces, la generosa entrega, el amor desconocido en un lecho placentero y previo al arrepentimiento y a la contrición en la soledad de sus jadeos, en ese minuto perdurable en que su nombre no importaba, salvo para agujinear la certeza del rápido olvido en esa bienamada.

Atormentado por la inasible perfección, por las tareas que agobian y distraen del oficio, Edmundo Valadés se tortura en sus personajes y se reclama insistentemente: "Me sufro casi inédito". Y es que compartir el tiempo personal con las formas de la supervivencia es todavía en nuestro medio un drama compartido. Por ello, hace algunos años afirmé algo que deseo repetir casi intacto, pues lo considero más válido aún con el paso del tiempo. En esa ocasión me preguntaba cuántos hemos disfrutado de la amistad de Valadés, de la orientación precisa, incisiva, oportuna; de las horas, tardes, días, dedicados a un magisterio involuntario, dentro y fuera del taller literario, prescindiendo de un tiempo que, bien lo sabemos, siempre será hurtado a la obra personal. Ésta ha sido, quizá, su lección más constante y generosa.

Al reunirnos en estas páginas para expresar nuestro reconocimiento al amigo y al escritor, podemos decir como Marguerite Yourcenar a través de Adriano, que el elogio sólo sienta bien a los muertos, pues en vida la polémica siempre persigue a los hombres. Sin embargo, en este caso, creo que el elogio, hoy y siempre, le irá bien a Edmundo Valadés, porque nunca ha escrito una línea para enturbiar el éxito de los otros o para hacerles más amargo su fracaso. Él representa una conciencia libre invariable ante las circunstancias y el tiempo; su proyecto editorial confirma que enfrentarse a lo calificado como imposible es, justamente, el método más noble para el desarrollo del hombre. ♦



Edmundo Valadés

mientos que podemos reconocerlas como nuestras. Como afirma Walter Muschg en *La historia trágica de la literatura*: "En cada niño, la imaginación crea un ídolo erótico que es la esencia de todo lo que quiere ser y poseer".

En "La increíble" asistimos a una dimensión temporal desde una posesión onírica. Pero si esta narración habla del amor en el ensueño, el cuento lo describe como una conmoción. Parte de una explicación que se diría susurrada al oído, del principio edénico de la redención de la carne con un sugerido y fatal aniquilamiento, porque aniquilarla a "ella" es asesinar los sueños para que viva el presente posible, ahí y entonces, en forma de vientre, vellón, boca, escarceo, tacto, glándula, pecado, entraña, resurrección...

En "El compa", calificada como obra maestra por Antonio Castro Leal, Valadés incursionó, al igual que en "Rock", en la progresiva elaboración de un léxico vivo y peculiar haciendo proselitismo cultural para la verdad popular, provocando en su mo-

fracción moral, en "Rock", con nuevos estallidos verbales, se da vida a una escena de violencia atenuada merced a la creciente compasión de Valadés por los seres humanos. Por otra parte, a la manera del recuerdo de la escolapia carioca de Vinicius de Moraes, una niña dorada alborza cualquier tarde en "Las piernas" y, con sus prodigios, retorna la esperanza al hombre abrumado por el recuerdo y la frustración.

Las transformaciones que el paso del tiempo opera en el mundo y sus personajes, uno de los cuales es el mismo escritor, están vigentes en "El extraño". Por eso, la nostalgia de la edad perdida y de la libertad, en la que el "yo" pasado repudia al "yo" presente, es quizá una de sus preocupaciones más recurrentes.

La épica moderna es la saga cotidiana del hombre por sobrevivir en la gran ciudad, con su dosis de frustración, angustia existencial, temor, deseos y compulsiones. Quizá por ello confiesa el autor, en "Los dos", se siente más cerca de la buscada verdad literaria. Hay en este cuento una in-

SOBRE LA SUPERFICIE BRUÑIDA DE UN ESPEJO FOTÓGRAFOS DEL SIGLO XIX

Texto de Rosa Casanova
y Olivier Debroise



- BREVE HISTORIA DE UNA TÉCNICA
- LA DAGUERROTIPIA EN MÉXICO
- LA AMBROTIPIA Y LA FOTOGRAFÍA
- UNA SOCIEDAD APRENDE A RETRATARSE

Otros títulos recientes
en *Río de Luz*

Manuel Álvarez Bravo
MUCHO SOL

Fotógrafos argentinos
DEMOCRACIA VIGILADA

Hugo Cifuentes
SENDAS DEL ECUADOR

La escritura como salida

Noé Jitrik

Me pregunté, al llegar a Bogotá, si no me interrogarían acerca de la última novela de García Márquez, que todo el mundo compra y, al parecer, todo el mundo lee. Extraño fenómeno, lo mismo había ocurrido con *Cien años de soledad*; entonces como ahora, pospuse la lectura.

Entretanto me enteró de que sólo en Colombia han aparecido tres novelas, de interesantes autores, también sobre Bolívar; se trata del venezolano Caupolicán Ovalles (*Yo, Bolívar rey*, 1986), del colombiano Fernando Cruz Kronfly (*Las cenizas del libertador*, 1987) y del venezolano Denzil Romero (*La esposa del Doctor Thome*, 1988). Junto a ellas, han aparecido libros de historia, una reedición de Germán Arciniegas (*Bolívar y la revolución*), uno nuevo de este mismo autor (*Bolívar de San Jacinto a Santa Marta*, 1984) y uno de Fabio Puyo (*Muy cerca de Bolívar*, 1988), particularmente interesante porque de sus trabajos previos se habría servido García Márquez. Junto a ellos se han reproducido otros estudios sobre el Libertador y sobre su maestro Simón Rodríguez. Incluso García Márquez insiste sobre el hecho de que tuvo que hacer una dilatada investigación histórica, tres años por lo menos. Algunos encarecen este rigor, otros señalan que se trata del mismo García Márquez de siempre, con expresiones que le son ya inseparables, con una concepción que no varía. Es muy probable que Bolívar no haga soldaditos de oro en su soledad pero quizá su modo de decir "¡Carajo(s)!" conduzca más que a Bolívar al García Márquez de todos sus libros precedentes.

Volveré sobre este punto pero antes quiero pensar que la profusión bolivariana, historiográfica y novelística, habla de un auge de eso que se llama "novela histórica" y que para algunos es un género, para otros un subgénero, para otros, entre los que me cuento, una ocasión para entrar en la literatura latinoamericana.

¿Nuevo auge? Para comenzar asumo esta expresión porque cierto entusiasmo sobre las posibilidades de la novela histórica como salida para la narración —que, a su vez, estaría sometida a periódicas crisis de desaliento (después del gran deslumbramiento borgiano quizás muchos ya no vean cómo seguir sin hacer retórica)— resurge cada tanto, de modo tal que se puede incluso ha-

blar de "periodos", no sólo en la literatura universal sino en la latinoamericana.

En cuanto al momento actual, esto que se observa en Colombia no sería aislado, el pretendido auge tiene ejemplos en otros países; lo que va de la novela de Roa Bastos hasta las de Aridjis pasando por las últimas de Carpentier, las de Fuentes, Del Paso, José Luis González, incluso Juan José Saer. Pero qué es "actual", qué el "ahora" del auge que estoy admitiendo. Yo señalaría su comienzo hacia 1970 y pondría en *Yo, el Supremo* una de sus manifestaciones iniciales, desencadenantes y aún modelizadoras.

No podría ignorarse, tampoco, y porque hay que pensar en lo que sucedió después de la novela de Roa Bastos, que dicho auge sea una secuela de ese proyecto tan grandioso y significativo que los académicos designan como "novela de dictadores" que de pronto pareció una realidad con libros como *El otoño del patriarca*, *La novela de Perón* y tantas otras. Aunque ese tema, si bien complementario en una perspectiva histórica, es lateral.

En resumen, si la novela histórica prolonga esta propuesta, explícita o implícitamente, se diría que toda la narrativa de estos años, o mejor dicho de la actualidad, podría ordenarse según tres actitudes narrativas fundamentales acerca del "referente", pero que descansan sobre una idea de "capacidad" de la literatura, de un poder de hacer.

1. Hay quienes se sienten capaces de enfrentarse con el pasado lejano. Son los cultores de la "novela histórica."

2. Hay quienes se sienten capaces de enfrentarse tan sólo con sus propios fantasmas, sociales o personales. Son los que hacen "novela situada", pero libre.

3. Hay quienes se sienten capaces de enfrentarse con una falta de proyecto en el orden del referente. Son quienes intentan "construir" imaginariamente lo que para los otros está dado en el exterior.

Cerrando el paréntesis y volviendo atrás, se diría que hubo otros momentos de fuerte inclinación por la novela histórica como salida a cierta crisis; por ejemplo, hay un período que llega hasta 1960 (cerrado quizás por *El siglo de las luces* y que empieza entre 19209 y 1930 con —aunque aparentemente y en el orden del "estilo" tenga poco que ver— *Escenas de la guerra del Paraguay*). Antes, se podría hablar del período del Centenario y que encierra textos tan diversos como *La guerra gaucha* y el ciclo de la "Revolución Mexicana" o las novelas de Payró en la Argentina y, en todo caso, las prolongaciones evocativas de los principios del

naturalismo, y aun el naturalismo mismo, en el cual pondríamos los textos de Vicente Riva Palacio. Y antes, todavía, está el periodo que podemos llamar "romántico". Se debería, en rigor, llenar cada uno de estos bloques pero por ahora vale tan sólo la intención y la indicación. Toda la variabilidad de conceptos entre las obras mencionadas y las que podrían entrar en cada uno de los bloques volvería loco a Luckács e incluso a Umberto Eco, preocupado por estos temas a propósito de *El nombre de la rosa*.

Para llevar a algún lado el razonamiento convendría retomar el periodo romántico para enfrentarlo con el periodo actual. Incluye textos como *La novia del hereje*, *Enriquillo*, *Guatimozín* e incluso el ciclo de Riva Palacio, pese a su ideología juarista impregnada de naturalismo. La obra de este último es importante porque implica la incorporación al mundo de la novela del reprimido pasado colonial, en el sentido de su exclusión, republicana, del imaginario narrativo.

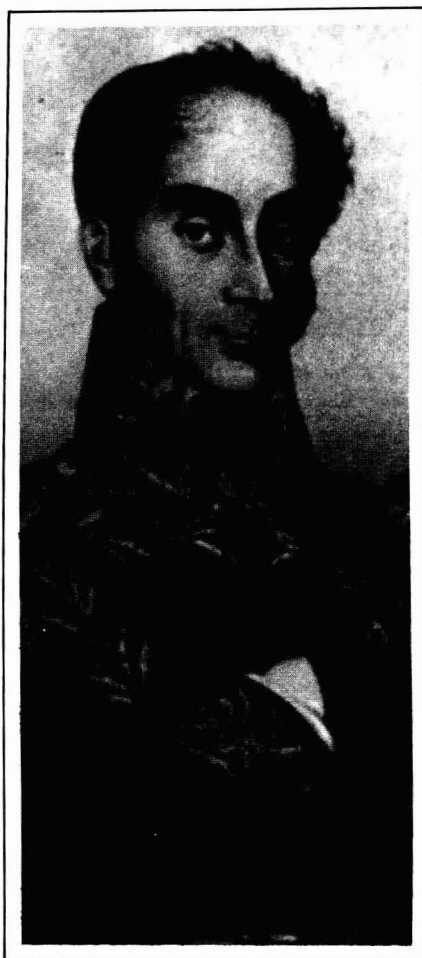
Lo que autoriza una comparación es un principio básico de la novela histórica: se vuelve al pasado para tratar de hacer inteligible un presente. Esto supone que hay una finalidad en el proyecto pero también una interpretación: el pasado fue de esta o de otra manera pero el presente desde el que se escribe es de tal o cual modo y es lo que importa.

En virtud de ello, se diría que la novela histórica del último ciclo es heterodoxa respecto de la romántica. Esto lleva a una necesaria pregunta: ¿En qué podía consistir una ortodoxia? Yo diría que, ante todo, en un acuerdo bastante perfecto, intelectual y filosóficamente hablando, entre novela, como aparato productor de ficción, e historia, como depósito de verdad fáctica pero también, como quería Hegel, de "sentido".

En esta relación, la ficción desempeña el papel de instrumento y la historia el de la luz. No es de extrañar, entonces, que las novelas de este periodo sean de "soluciones", de revelación de enigmas, de proyecciones morales y pedagógicas: la historia es lo posible y lo necesario, el modelo hermenéutico del presente.

Pero, cuando digo "ficción" no digo "imaginación". Digo, tan sólo, un aparato, una construcción muy propia del siglo XIX y mediante la cual se trata de afirmar un principio anterior todavía, el de la verosimilitud que, articulado como requisito de la representación, parece la garantía de toda literatura.

Como sabemos, la literatura —y la representación— no pertenece al orden de la naturaleza y las diversas vanguardias de este



Simón Bolívar

siglo han demostrado que la palabra literatura, en todas sus formas, bien puede constituirse fuera de la representación, por lo tanto de la verosimilitud. En esa falta de sustento que supone esa desviación respecto de una norma multisecular, la ficción tambalea. Porque la "ficción" es un artefacto creado, datado y se lo puede definir como un coagulado que partiendo de una experiencia de la realidad, o de sus comportamientos, se fija respondiendo a normas de verosimilitud y luego es tomada por diversos relatos porque sirve a los fines de su sintaxis narrativa. En 1492. *Vida y tiempo de Juan Cabezón de Castilla*, que sitúa la acción en época de la Inquisición, se elude presentar un juicio —ficción previsible— y se prefiere presentar un documento, lo no ficcional por excelencia.

No se encuentra —y de ahí la heterodoxia— esa relación o ajusta perfecto entre historia y novela histórica en el periodo actual. Basta considerar el texto de Roa Bastos: pareciera que tiene más importancia el paradigma "dictador-dictar-escribiente-escriptor-escribir", porque establece conexiones con otros discursos, que trazar una imagen verosímil por medio de ficciones tales como desbaratar una conspiración, hacer

un discurso público, etcétera. El documento, además, habla por sí solo, se resignifica en la contextualización narrativa, la poesía adultera la textualidad y acentúa la inverosimilitud a través de mecanismos variadísimos.

Quizás por eso se diga que el García Márquez del Bolívar sigue siendo el mismo de *Cien años de soledad*; sus tics verbales tal vez reaparezcan pero aquí serían reveladores de que lo que más importa no es aquel viejo acuerdo entre novela e historia sino otra cosa, lo que provisoriamente al menos llamaremos "escritura".

Pero la relación entre pasado referencial y presente es también muy diferente, como si el análisis del presente no llevara hacia zonas de descubrimiento sino tan sólo de angustiosa verificación. La historia, así, se convierte en un inventario de calamidades inmodificables, es un trauma y a la literatura no le queda sino insistir sobre ello pero no puede, como sí lo hizo la novela romántico-naturalista, proponer, así sea simbólicamente, ninguna posible reconquista del sentido. Habría que preguntarse cuál fue la filosofía de la historia que regía en esta novela y cuál es la que gobierna las novelas de este periodo, incluso si es la misma para todas.

Entre el comienzo de este último periodo y el final del anterior hay un respiro que concluye, creo, hacia 1968; es la Revolución Cubana y el libro que lo encarna es, en mi opinión, *El siglo de las luces*; si en su redacción primera concluía con las luces apagándose, así como *El reino de este mundo* presentaba una imagen perniciosa, spengleriana, de repetición, con la revolución, hacia 1959, Carpentier cambió el final y, en ese sentido, aproximó su texto a los inicios del periodo que concluía o, al menos, lo separó del que se iniciaba y para entender su tono la fecha de 1968 es importante. *La muerte de Artemio Cruz*, de los comienzos de periodo actual, insiste en lo concluido y ese estado de ánimo de nuestra literatura respecto de la historia progresa incesantemente, acaso se trate de eso que se llama "posmodernidad".

Pero hay una paradoja: estas novelas son más interesantes e inteligentes, son más artísticas. Justamente porque, quizás, la oscuridad histórica y acerca del futuro destrozó el dominio de la "ficción", ideológicamente instrumental, y obligó a imaginar una escritura menos determinada, ella sí descubridora de registros, ella sí capaz de dar cuenta de lo que es un mundo aparentemente ininteligible, mezcla rara de ilusión tecnológica y de miseria social. ◇

Libros

Un bien orientado "Norte de aguas"

Francisco Cervantes

Si un narrador mexicano del presente escribiera sobre la vida rural del pasado, sentiríamos inevitablemente en sus textos la imborrable huella de Juan Rulfo. O su ausencia, que es otra forma, acaso más notoria de marca. Lo mismo sucede y por parecidas causas cuando nos referimos a un autor brasileño con Guimarães Rosa. Tal es el caso de *Norte de aguas* de José Sarney.

Sucede algo particular. Sarney el cuentista asume abiertamente el peso del Mineiro sin pretender rebasarlo ni entrar en competencia con él; además hace lo mismo con otros, pero ninguno de ellos llega a devaluar en lo más mínimo su propia calidad y ubicación como narrador. Y más que asumir, parecería que intencionalmente busca los modelos de la literatura que, por estos rumbos, se llamó "costumbrista". No dejamos de escuchar resonancias —por ejemplo— de José Rubén Romero y hasta del entorno de Pito Pérez. Que nuestro cuentista lo ha leído, entendido y aprendido de él así como digerido sus enseñanzas, da testimonio, entre otros, este *Norte de aguas*.

Por ejemplo, en "El beatito de la madre de Dios", donde las inclinaciones populares y religiosas son las mismas, no así las circunstancias históricas, geográficas y biológicas. "Doña María Bolota, que presta de buen corazón", igualmente cuenta con honda penetración la consistencia de intereses, sentimientos y toda clase de parentescos que se comunican a través del hecho de dar y recibir, de la generosidad bien, mal y regularmente entendida, en un marco pueblerino, que es donde inevitablemente y con mayor independencia se puede transparentar.

La trilogía conformada por "Los Buenas tardes", "Los Buenos días" y "Los Buenas noches" siguiendo estrictamente ese desorden en el horario, ayuda a entrar en el mundo denso y mítico, pero distante del turismo y de las concesiones al puro color local y a la figuración de animal latinoamericano en proceso de extinción a que nos acostumbró el realismo mágico. Las figuras

del macho típico de toda "tierra de valientes" y de sus estereotipadas "heroínas" quedan bien retratadas, si acaso recargando un poco las tintas para matizar su oscuridad de silueta o caricatura. Convincentes como un corrido o "Abecés", no buscan ser realistas, sino los reflejos que leyendas y consejos filtran hacia el lector, narrador o escucha. Lección bien aprendida del costumbrismo, donde la ingenuidad permitía perfilar simplísticamente pasiones y dimensiones de personalidad, espesura y blanduras individuales. No así en "Mericia del riachuelo Bien Querer", cuyas esquematizaciones nos hacen sonreír de igual manera que aquella metáfora óptica de *Gringo Viejo*, cuando Carlos Fuentes pone a su general frente a un espejo, quien le propone a su grey revolucionaria observarse allí tal como es.

Los políticos pueblerinos, a quienes en buen mexicano llamamos "de campanario", tienen sus equivalencias en "Brezal de los Guajás", posiblemente el texto mayor de este *Norte de aguas*, no sólo en número de páginas sino en su valor narrativo. Curiosamente nos hace pensar, para volver sobre el michoacano José Rubén Romero, en lo que hoy sucede entre los dos partidos políticos que tienen mayor poderío de una u otra manera, en la opinión pública de México y —naturalmente— en el clima político brasileño de la actualidad. Aun cuando *Norte de aguas* se publicó inicialmente en

portugués hace 10 años, da fe de hechos y posiciones presentes, cuando el panorama parece tan cambiante día con día. La lucha por entender la democracia, el intento de "negociar" política y sensatamente ante situaciones extremas, sin dejar de considerar sector alguno de la población, hace de este "Brezal de los Guajás" una breve obra maestra, acaso una novela corta mejor que un cuento.

Del lenguaje arbitrariamente cortado, dócilmente allegado a sus temas y a la entonación en ocasiones temerosa, de valor o ternura, equilibrio y humillación, Sarney hace una demostración eficaz usando su oficio de buen constructor, que se prolonga por casi todo el espacio que ocupa su muy recomendable *Norte de aguas*. Libro hermoso en lo que tiene de creación, excelente en la forma en que nos aproxima a la roça (el campo) brasileña, *Norte de aguas* sin embargo no deja de sorprender por tratarse de la obra de un casi ex-presidente del Brasil, aun cuando Sudamérica —a través de Rómulo Gallegos y Belisario Betancur— nos autoriza a entender a un escritor en el poder. Ya Jorge Amado expuso muchas veces con tanta claridad sus cualidades como político, que no creemos necesario subrayarlo ni siquiera con el fin —que es el que nos proponemos— de invitar al lector mexicano e hispanoparlante a disfrutar de su lectura. ♦

José Sarney. *Norte de aguas*, México, Fondo de Cultura Económica, Col. Tezontle, 1989, 290 pp.



La pasión según Roffiel

Antonio Marquet

Historia de una relación amorosa entre Guadalupe y Claudia, *Amora*, primera novela de Rosamaría Roffiel (Veracruz, 1945) es a la vez un relato provocador y letargosamente convencional. "Los hombres son una subcategoría", es la primera frase de un requisitorio contra prejuicios y convencionalismos sociales en torno a las mujeres y, en especial, a la homosexualidad femenina; contra heterosexuales y fundamentalmente contra el sexo "fuerte", en quien —exceptuando a "unos cinco"— no se ve más que a psicópatas, violadores consumados o en potencia.

Provista de un programa, *Amora* denuncia la situación de la mujer. Aborda la injusticia legal que se comete contra víctimas violadas que se ven obligadas a demostrar su inocencia. Se rebela contra las taras que existen en la educación de la mujer a quien se le exige sacrificio, ser abnegada, sumisa, pudorosa... contra la desigualdad que padece la mujer.

Contra ello propone una mujer "biónica" independiente, agresiva, autosuficiente, que se expresa con un lenguaje lleno de sonoridades, bronco, que responde con ingeniosa procacidad a los "piropos". Un ejemplar de esta raza es sin lugar a dudas Guadalupe, la periodista, ávida lectora de Virginia Woolf, feminista y defensora de mujeres violadas.

Guadalupe, o Amora, como la llama Claudia, está enamorada de las esencias, busca el amor imposible, con el mayor grado de dificultad que existe: había que enamorarse de una heterosexual; pero además iniciarla, ser la "primera" (tribulación digna de todo buen macho); seducir a alguien a quien le sobran los galanes, convertir en fiel a quien predica la infidelidad. Pasando esta prueba extrema, el amor tonifica profundamente el narcisismo de quien realiza tal proeza ya que logró lo inimaginable: fue la primera, desplazó a los rivales y se convirtió en la única, marcó a la otra y provoca en ella un cambio radical. Logra incluso llevar a Claudia, la "pequeño[ham]burguesa", a... ¡manifestaciones, conferencias y exposiciones!

Guadalupe, narradora y protagonista, amiga solidaria, tía ejemplar y mujer que sabe hacerse amar como a las diosas, disgusta por el tono doctoral que adopta, por la impúdica autocomplacencia con la que se

juzga, ufanándose de poseer tan alto grado de autocritica y ser tan avanzada y progresista, por presumir de una supuesta intensidad e hipersensibilidad, atributos que a fin de cuentas resultan gratuitos.

En una novela con un fuerte matiz autobiográfico, el cambio de nombres, además de proteger la identidad de "los personajes", tiene una segunda intención. Si Eva es, obviamente, la primera relación sexual de la protagonista, uno no deja de incomodarse por la terrible normatividad de Norma y de pensar en la crueldad de Claudia, la narradora, siguiendo un deseo iconoclasta bautiza a su protagonista con el nombre de Guadalupe, apelación tabú en México.

En el universo de *Amora* todo está etiquetado y responde a una voluntad asfixiante de clasificación. Así, hay hombres de rolex y auto deportivo, e intelectuales de izquierda con el *Proceso* bajo el brazo... Tal compulsión se vuelve caricaturesca porque los criterios desde los que se hace, además de reduccionistas, se inspiran en el lugar común.

En el fondo es muy comprensible —y plausible— el odio de Guadalupe hacia la figura masculina. Tal como expone su historia familiar, los hombres de su casa no son nada encomiables: un padre irresponsable que los abandona muy pronto; sus hermanos, por otra parte, despilfarran la oportunidad de estudiar que se le negó a ella: a los quince años se le comunica a Guadalupe que fue inscrita en una escuela comercial, cuando ella no se decidía si iba a estudiar pedagogía, psicología o pediatría. La protagonista, hija mayor, debe ayudar a su madre en la educación de sus hermanos menores. Además, las mujeres que le rodean en su casa son convencionales, irrelevantes y han asumido el sexismo que además imponen (y con el cual mutilan) a las otras mujeres. Guadalupe se niega, por ello, a ser la mujer sumisa, abandonada, que enfrenta sola la dirección de la casa. Rechaza repetir el arquetipo de

...nuestras abuelas y nuestras madres [que] dejaron buena parte de su vida colgando de hilachos: los del trapo de sacudir que les sacudió las ilusiones, los de la jerga que les restregó sus sueños, los de las sábanas de un sexo sinónimo de sacrificio y, sobre todo: de los dolorosos hilos de una existencia a medias.

En ocasiones ingeniosamente proselitista, la novela es un gran comercial en favor de las lesbianas y el mundo femenino, que proclama la superioridad de su grey, clásico

mecanismo de defensa de las minorías. Excesivamente discursiva, el relato carece de agilidad y se empantana en tediosos diálogos, pronunciados en una densa atmósfera melodramática que la autora, por mínima cortesía, debió evitar al lector.

Debajo de esta dimensión de la denuncia y del afán de normalizar un tabú (la homosexualidad femenina no es cosa del otro mundo y no constituye ningún horror moral), también es un relato de las dificultades que encuentra Claudia para descubrir, reconocer y asumir sus tendencias homosexuales, pero este proceso es analizado, juzgado y ridiculizado desde el exterior por el grupo de Guadalupe.

Amora es un acto de rebeldía contra el pudor que la sociedad impone a la mujer. Por ello dedica páginas a la menstruación, a la cual incluso se recurre para afirmar que cada mes hay una mujer nueva. Si a la mujer se le impone el silencio y el *sottovoce*, Amora abusará de las "malas palabras" para expresarse. Es una lástima que tan alta dosis de rebeldía no haya sido suficiente para que la novela superara los clichés de la literatura gay. En efecto, además de la vida cotidiana de una intelectual homosexual —con todas sus trivialidades—, no faltan las fiestas (gay), el ligue (gay), el romance (gay), el humor (gay), la rebeldía (gay) contra una sociedad tradicional que condena a todo desviante, la solidaridad (gay), el gusto (gay) por el glamour, sin omitir el consabido intento de poetización (gay) del éxtasis amoroso (gay).

Argumentalmente débil y moroso el relato, *Amora* debió explotar más el sentido del humor, el ingenio y no el melodramatismo y la confesión así como el superficial autoanálisis.

Amora es una novela con propósitos de denuncia social, con un deseo de mostrar que las lesbianas también "comen tacos". Sin embargo es una obra de la que es evidente la ausencia de motivaciones literarias, de una voluntad de estilo, lo cual no deja de lamentar el lector. Esta novela-testimonio, por ejemplo, hubiera ganado mucho como novela corta. Extirpando divagaciones y algunos capítulos, sus propósitos originales tendrían mayor alcance. Después de todo, no es gratuito que esta novela haya ocupado, a pesar de sus evidentes defectos, el tercer lugar en ventas el año pasado (sólo superada por *El General en su laberinto* y *Como agua para chocolate*). ♦

Rosamaría Roffiel, *Amora*, México, Editorial Planeta, 1989, 162 pp.

Relación de la danza mexicana

Dionisia Urtubees

Existen obras y, en particular, las que a la historia del arte se refieren, que se apegan con rigor, o sencillamente no pueden ir más allá del título que sustentan. Claro, hay excepciones; el libro que comentamos es una de ellas, pues describe la actividad dancística y, al mismo tiempo, nos descubre una nueva dimensión de su tema. *La danza en México. Segunda parte* no se limita a ser una exhaustiva investigación acerca de la actividad dancística de tres importantes etapas de nuestro país; la cultura prehispánica, la colonia y el siglo XIX; más que esto, la reciente publicación de Alberto Dallal es una propuesta, una invitación para estudiar y comprender la danza en todas sus manifestaciones, desde una perspectiva diferente, a través de una sensibilidad más palpable, más orgánica. Simultáneamente, la obra es capaz de revelarnos rasgos, aspectos des-

conocidos de la vida de una comunidad, de un pueblo, de una sociedad.

Desde las primeras páginas del libro, y con la agilidad y la agudeza que lo caracterizan, Dallal literalmente "nos sacude" con sus profundas reflexiones: somos un país de danzantes y lo sabemos, y lo damos por un hecho porque desde hace cinco siglos México ha danzado. Sin embargo, hoy en día, aun cuando a la menor provocación sigamos bailando, ya no nos entregamos en cuerpo y alma a este ritual, o a ningún otro espectáculo, porque preferimos regresar a prender la tele para sentirnos, por un momento al menos, como personajes acartonados de telenovela. No nos damos cuenta de lo que sucede allá afuera porque ya olvidamos o queremos olvidar, como afirma el autor, "que tanto el mitin, el desfile, la procesión, el duelo, el espectáculo, son actos que nos remiten a una vital y auténtica comunicación colectiva"; porque nos hemos olvidado de que la danza es "un espejo de formas acumuladas a través del tiempo, un espejo erigido de formas antiguas y actuales, formas que hacen imagen, pero que tienen un principio y un fin: una historia". Nuestra historia, toda vez porque la danza, según Dallal, en todas sus manifestaciones

y no obstante su naturaleza efímera, alcanza la trascendencia de las batallas, de los gritos multitudinarios de independencia: hechos que suceden y pasan a ser otra cosa, y que al transformarse nos transforman y transforman la historia...

A causa de nuestra indolencia para conocer con certeza, *in situ*, el pasado de nuestras obras de arte (y aquí se incluye a los reducidos esfuerzos de nuestras burocracias culturales), nos hemos limitado a aceptar nuestra naturaleza de país de danzantes de la misma manera en que aceptamos los hechos históricos: nombres de héroes y batallas, obras literarias. Un cúmulo de datos superfluos, aprendidos a través de una cultura sintética y oficial, sin que casi nunca lleguemos a sentir la necesidad de indagar, de vivir y aprehender nuestra historia, nuestros espectáculos, nuestro arte, nuestra danza...

¿Y cómo romper con esta inercia, cómo entender y vivir este acto tan complejo y efímero que es la danza, cómo definirla, cómo situarla dentro de lo que denominamos "cultura"? Estas y tantas otras preguntas son expuestas, analizadas y respondidas en una sección de *La danza en México. Segunda parte*, dedicada a examinar algunas cuestiones teóricas. Al partir de la actividad dancística como objeto de estudio, el autor nos explica la naturaleza efímera de este arte, sus múltiples definiciones, sus diversos géneros; nos habla de la antigüedad y la contemporaneidad de la actividad dancística y analiza ciertas definiciones del hacer artístico. Con respecto al arte de hoy, Dallal concluye: "el arte, como parte de la cultura, tiene que ser analizado de nueva cuenta con el sentido que está imponiendo el devenir del mundo, con la aplicación de categorías propias de la época actual". Pues, dice, "ya no es posible pensar en los términos o principios tradicionales de los siglos anteriores, porque éstos ya no coincidirán con la naturaleza de las obras del arte contemporáneo". Por supuesto, la misma idea se aplicaría a la danza, ya que la compleja trayectoria de esta actividad "bien podría ilustrar y fundamentar estos cambios en la interpretación de la naturaleza misma de la obra de arte". ¿Por qué? Porque la danza siempre ha existido y ha acompañado al hombre.

Ante la necesarísima búsqueda de nuevos caminos para comprender, analizar y registrar los fenómenos culturales de nuestra época, menciono ahora el concepto de *cultura del cuerpo*, sin duda una de las aportaciones más valiosas de la obra. Dallal explica que el cuerpo humano es la fuente de toda danza y que, además de sus características propias en cuanto a raza, rasgos físi-



cos, etcétera, se ve influido a través de un sinnúmero de factores, objetivos y subjetivos, tales como la alimentación, los hábitos de trabajo, costumbres, creencias, hechos históricos, guerras... elementos que también influyen determinantemente en los modos y formas de hacer danza. Es a partir de esta óptica que el autor nos propone una nueva manera de percibir, abordar y estudiar, no sólo la actividad dancística, sino cualquier actividad física humana. Y es precisamente a través de esta sensibilidad a flor de piel, que Dallal nos conduce por un fantástico viaje a través de distintas épocas, y nos hace detenernos a observar las estatuillas de barro y piedra, para que asombrados escuchemos los misterios que éstas nos revelan. Nos lleva asimismo a las inmensas plazas, en las que miles de danzantes crean figuras que surgen y se desvanecen a un ritmo que persistentemente intenta alcanzar la eternidad. El autor de *La danza en México...* recurre a múltiples fuentes: documentos, diarios, crónicas, las cuales estudia, analiza, refuta, enriquece; ni por un momento nos topamos con largas teorías estériles o descripciones estáticas, ya que Dallal, apasionado escritor, logra crear secuencias casi cinematográficas, escenas



llenas de movimiento: respiramos el aire de aquellos espacios y palpamos a los personajes con sus detalladas vestimentas, sus olores y sabores. Dallal nos hace amar a Xochipilli, a Quelcholcohuatzin, a Juan de Castro, a la familia Marani y a tantos otros... nos invita a participar en los areitos, los mitotes, las follas, y hasta en los saines: *El soldado fanfarrón*, *El celoso confundido* o el rimbombante espectáculo titulado

Bonaparte en Egipto y la toma de El Cairo, que causó la conmoción de los asistentes al teatro Coliseo, el más famoso desde la Colonia.

Durante este maravilloso recorrido percibimos el cariño implícito del autor por los inigualables cronistas que México ha tenido en sus diversas épocas, y en especial por don Guillermo Prieto, quien, junto con Dallal, casi nos hace tocar las enaguas y los calzones de los bailarines de jarabe, las joyas, los abanicos y sedas de las elegantes damas de los salones del siglo XIX. Tan embebi-dos estamos que no nos damos cuenta de que va llegando el final de una época. Nuevos avisos de modernización.

Desfilan el excéntrico Frégoli, las seguidoras de Loie Fuller, el can-can, las tandas y zarzuelas... y cuando quedan ya muy pocas páginas de este libro que nunca quisiéramos cerrar, lo único que deseamos es pedirle a Dallal que se apresure a publicar el tercer tomo de esta impresionante historia, que nos invita a reflexionar, a imaginar, a danzar. ♦

Alberto Dallal. *La danza en México. Segunda parte*, Estudios y Fuentes del Arte en México LIX, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 1989. 300 pp. c/20 ilustr.

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**Literatura • política
música • teatro • cine**

**Cultura
como recreación humana**

**Cultura
como expresión universitaria**

**Cultura
como opción democrática**

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

- ☐ Suscripción ☐ Renovación
- ☐ Adjunto cheque por la cantidad de 90 Dlls. (cuota para el extranjero) U.S. Cy.
- ☐ Adjunto cheque o giro postal por la cantidad de \$ 40 000.00 (cuarenta mil pesos)

nombre

dirección

colonia

ciudad

estado

país

teléfono

Edificio Anexo de la antigua Facultad de Ciencias Políticas y Sociales Primer Piso. Ciudad Universitaria. Apartado Postal 70288, C. P. 04510, México, D. F. Tel. 550-55-59 y 548-43-52.

GACETA UNAM



Información universitaria

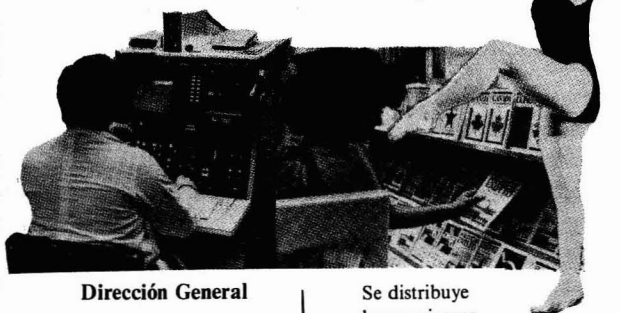
Publicaciones

Entrevistas

Ciencia

Arte

Cultura



Dirección General
de Información

Se distribuye
lunes y jueves
550-59-06

ESTUDIOS

filosofía / historia / letras

ITAM

18

CORNELIUS CASTORIADIS *Poder, política, autonomía*

MARTHA ELENA VENIER *México para extranjeros*

SAMUEL GONZÁLEZ *La relación lenguaje-
metalenguaje*

SOFÍA GALLARDO *Foucault y la ideología*

IGNACIO DÍAZ DE LA SERNA *Gramática del silencio*

KARL KOHUT *Artemio Cruz búsqueda de valores*

INSTITUTO TECNOLÓGICO AUTÓNOMO DE MÉXICO
otoño 1989

Suscripción a ESTUDIOS (4 números) México, D.F., \$20,000, Rep. Mexicana \$25,000, Extranjero 30 dls. USA.
Adjunto cheque o giro bancario a nombre del Instituto Tecnológico Autónomo de México

Nombre: _____ Tel.: _____

Dirección: _____ C.P.: _____

Ciudad y Edo.: _____ País: _____ Fecha: _____

INSTITUTO TECNOLÓGICO AUTÓNOMO DE MÉXICO (ITAM) Departamento Académico de Estudios Generales
Río Hondo 1 San Ángel 01000 México, D.F.



SUSCRIBASE A

TOPODRILO

SOCIEDAD

CIENCIA

ARTE



Nombre
Dirección
Población
País C.P.

Deseo suscribirme a TOPODRILO por un año
(cuatro números):

En México: \$10,000⁰⁰ M.N.

U.S.A., Canadá, Centroamérica

y Sudamérica: \$45 USD.

Europa: \$60 USD.

El importe lo haré efectivo con:
Adjunto Cheque ☐ Giro ☐

Universidad Autónoma Metropolitana
Iztapalapa (UAM-I)

A.P. 55-536, Edificio H-003,
Av. Michoacán y Purísima, Col. Vicentina,
Iztapalapa, México, D.F., C.P. 09340.
Tels. 686 03 22 y 686 16 11, Ext. 412

ediciones era

NOVEDADES

Fernando Benítez

LOS INDIOS DE MÉXICO

■ ANTOLOGÍA

PRÓLOGO DE CARLOS FUENTES



Sergio Pitol

VALS DE MEFILO

SILVESTRE REVUELTAS

Por él mismo

PRESENTACIONES DE MANUEL ENRÍQUEZ
Y PETER GARLAND

EDICIONES ERA / AVENA 102 / 06610 MÉXICO, D.F. ☎ 581-77-44.
■ GUADALAJARA ☎ 12-60-37

graffiti

Otoño de 1989

Cumpleaños (I)

- 7 cartas 7 de Alfonso Reyes a Julio Torri
- Ensayos de Serge Ivan Zaitzeff y José Homero Reyes y Torri

150 años de la fotografía

- Carlos Monsiváis: Nacho López
- Textos de Daniel Grant y Miguel Fematt

- Francisco Hernández: Ejercicios para niños

...and introducing: Ramón Rodríguez

Suscripciones: Revolución 243-2, 569-56, Jalapa, Ver.

FOMENTO EDITORIAL

NOVEDADES EDITORIALES UNAM

BIBLIOTECA DE LETRAS

LOS DICTADORES Y LA DICTADURA EN LA NOVELA HISPANOAMERICANA

1851-1978

Adriana Sandoval

Primera edición: 1989

270 p.

EL TIEMPO EN EL CUENTO HISPANOAMERICANO

Antología de ficción y crítica
Estudio preliminar, selección y
bibliografía de

Samuel Gordon

Primera edición: 1989

248 p.

GRAFFITI

Notas sobre crítica y literatura

Armando Pereira

Primera edición: 1989

157 p.

ANTOLOGIA DEL AMOR SENSUAL Y LA POETICA DE VICENTE

ALEIXANDRE

Estudio crítico, prólogo, selección y
anotaciones de

Eliana Albala

Primera edición: 1989

262 p.



COORDINACION DE HUMANIDADES

CUADERNOS AMERICANOS

NUEVA ÉPOCA

DESEO SUSCRIBIRME A CUADERNOS AMERICANOS

NOMBRE

DOMICILIO

LOCALIDAD

CODIGO POSTAL

PAIS

TELEFONO

CHEQUE

BANCO

GIRO

SUCURSAL

☐

☐

SUSCRIPCION

RENOVACION

IMPORTE

REDACCION Y ADMINISTRACION: P.B. TORRE I DE HUMANIDADES, CIUDAD UNIVERSITARIA, 04510 MEXICO, D.F. • TEL. 550-57-46 • TEL. (FAX) 548-96-62 • GIROS: APARTADO POSTAL 986 MEXICO 1, D.F. • PRECIO POR SUSCRIPCION DURANTE 1990, (6 NUMEROS), MEXICO \$37,000.00, OTROS PAISES 98 DLS. (VIA MARITIMA O TERRESTRE), 108 DLS. (VIA AEREA) • PRECIO UNITARIO DURANTE 1990, MEXICO \$6,500.00, OTROS PAISES 19 DLS. (VIA MARITIMA O TERRESTRE), 22 DLS. (VIA AEREA) • DE VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS

DESEO EJEMPLARES SUELTOS DE CUADERNOS AMERICANOS

NOMBRE

DOMICILIO

LOCALIDAD

CODIGO POSTAL

PAIS

TELEFONO

EJEMPLARES DE CUADERNOS AMERICANOS (Indicar número y año)

IMPORTE

AEREO

EJEMPLARES DE 1986 A 1992: 38 Dls.

EJEMPLARES DE 1989 A 1997: 22 Dls.

TERRESTRE

EJEMPLARES DE 1986 A 1992: 35 Dls.

EJEMPLARES DE 1989 A 1997: 19 Dls.

Vuelta

REVISTA

• noviembre de 1989 •

156

GABRIEL ZAID

MUERTE Y RESURRECCIÓN
DE LA CULTURA CATÓLICA

CARDENAL LUSTIGER y FRANÇOIS FURET

LA IGLESIA, LA REVOLUCIÓN
Y LOS DERECHOS DEL HOMBRE

OCTAVIO PAZ

IMÁGENES DE LA FE

EUGÈNE IONESCO

¿YO ABSURDO? ¡QUÉ ABSURDO!

NOVEDADES LIBROS

EDMOND JABÈS

EL PEQUEÑO LIBRO DE LA SUBVERSIÓN
FUERA DE SOSPECHA

(poesía)

ENRIQUE KRAUZE

PERSONAS E IDEAS

(entrevistas)

JEAN MEYER

HISTORIA DE LOS CRISTIANOS
EN AMÉRICA LATINA: SIGLOS XIX Y XX

(ensayo histórico)

EDITORIAL VUELTA S.A. DE C.V.

Presidente Carranza No. 210

554-88-11

Col. Coyoacán

554-56-86

554-89-80

10200, México D.F.

554-95-62



RADIO UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



XEUN 860 kHz AM XEUNFM 96.1 MHz FM Estereofónica

KEYU 9600 kHz, Onda Corta, Banda Internacional de 31 m

SELECCIÓN DE LA PROGRAMACIÓN FEBRERO/MARZO DE 1990

CURSOS DE RUSSO, ITALIANO Y ALEMÁN

Lunes a sábados: 7:07 h, AM/FM

Lunes a viernes: 18:15 h, AM y sábados 18:15 h, AM/FM

NOTICIARIOS

Lunes a jueves 8, 15 y 22 h, AM/FM

Viernes: 8 y 15 h, AM/FM y 20 h, AM

CONCIERTOS

Lunes a viernes: 9:30 h, y sábados 10 h, AM/FM

Lunes a viernes: 16 h, AM

Lunes a viernes: 22:45 h, sábados 23 h, AM/FM

CARTELERA CINEMATOGRAFICA UNIVERSITARIA

Lunes a viernes: 12 h, AM/FM

Sábados: 8:55 h, y 13:55 h, AM/FM

Domingos: 8:55 h, AM/FM

VENTANA AL MUNDO

Perfiles culturales de los países amigos de México

Lunes, miércoles y viernes: 12:30 h, AM/FM

CULTURA Y CIENCIA INTERNACIONALES

Los avances hoy del conocimiento y la investigación en el mundo

Martes y jueves: 12:30 h, AM/FM

MÚSICA POPULAR INTERNACIONAL

Lunes a viernes: 17 h, FM

SINTONÍA INTERNACIONAL

Noticias sobre la cultura en el mundo

Lunes: 17:15 h, AM

EN LA CIENCIA

Coproducción con el Centro Universitario de Comunicación de la Ciencia

Martes: 17:15 h, AM

NUESTRO PATRIMONIO ARTÍSTICO

Voces de tenaces luchadores por su salvaguarda

Martes: 14 h, AM/FM

ATMÓSFERAS SONORAS

Coproducción con Sonido Sorba

Música New Age

Martes y jueves: 18 h, FM

LAS GRANDES FIGURAS DE LA LÍRICA

Miércoles: 17:30 h, AM

MUNDO DE METAL

Por Juan Arturo Brennan

La excelencia en música para metales

Miércoles: 19 h, AM

COMUNICACIÓN RADIOFÓNICA UNIVERSITARIA

Entrevistas a investigadores y académicos de nuestra Casa de Estudios

Conductora: Yuriria Contreras

Jueves: 14 h, AM/FM. Teléfono abierto: 543 96 17

Retransmisión: 20 h, AM

SIN-CON-VENCIMIENTO

Guión: Pablo Cabañas Díaz

Reflexiones insólitas sobre la vida cotidiana

Jueves: 19 h, AM

MÚSICA EN IMÁGENES

Coproducción con la Dirección de Actividades Cinematográficas

Bandas sonoras de las grandes cintas

Viernes: 17:30 h, AM

POR EL SENDERO DE LOS LIBROS

Guión: Gilda Waldman

Miércoles: 14 h, AM/FM y viernes: 18 h, AM

LIBROS UNIVERSITARIOS

Novedades bibliográficas que edita la UNAM

Martes: 12:45 h, AM/FM

CENTROAMÉRICA EN LA MIRA INTERNACIONAL

Guión: Tomás Gerardo Allaz

Testimonios de solidaridad hacia nuestros vecinos del sur

Miércoles: 18 h, AM

EL ESPLENDOR DE LA MÚSICA BARROCA

Por Leonardo Velázquez

Sábados: 9 h, AM/FM

OTRO LADRILLO SOBRE LA PARED

Coproducción con Sonido Zorba

Sábados: 22 h, AM/FM

CONCIERTOS DE LA OFUNAM

Temporada 1989-1990

Control remoto desde la Sala Nezahualcóyotl

Domingos: 12 h, AM/FM

Retransmisión del concierto del domingo inmediatamente anterior

Viernes 20:30 h, AM/FM

LÍRICA INTERNACIONAL

Domingos: 17 h, AM/FM

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

ha publicado:

Marzo-abril, 1989 ♦ 458-459

Europa central
donde el tiempo se detuvo

Mayo, 1989 ♦ 460

Para el álbum de
Alfonso Reyes (1889-1989)

Junio, 1989 ♦ 461

Julio Torri de la A a la Z:
La visión de los herederos

Julio, 1989 ♦ 462

La destrucción del arte
mexicano

Agosto, 1989 ♦ 463

Caos y oscuridad en la materia

Septiembre, 1989 ♦ 464

Celebración de la vida

Octubre, 1989 ♦ 465

Noticias de indias

Noviembre, 1989 ♦ 466

Vieja Revolución
¿nueva historiografía?

Diciembre, 1989 ♦ 467

Trastierros

Enero, 1990 ♦ 468

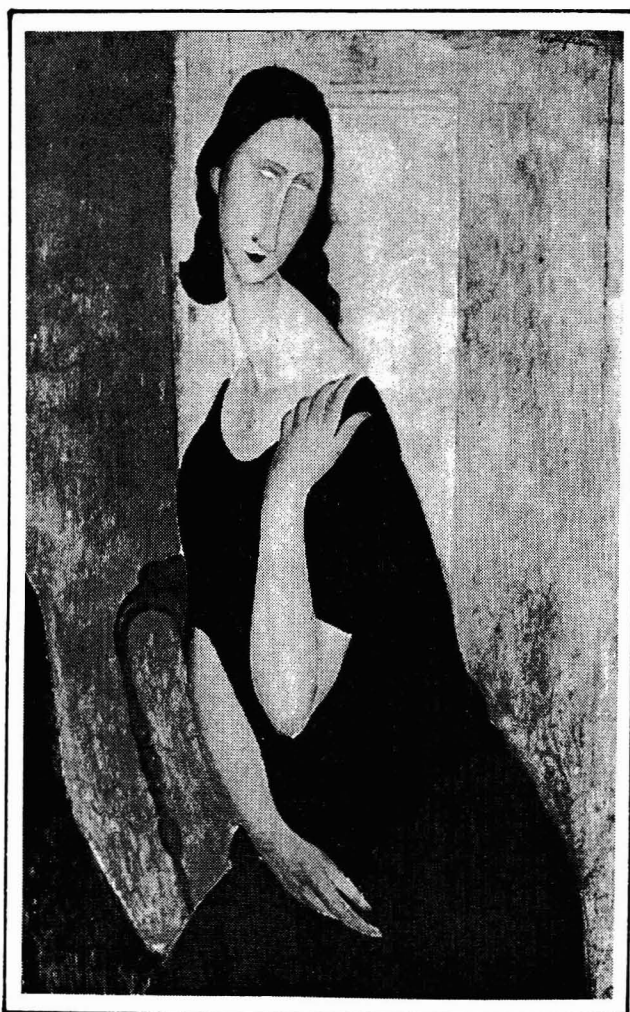
Literatura: Creación
y Crítica

El Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
y el Instituto Nacional de Bellas Artes
Presentan

SELECCIONES DE LA COLECCIÓN READER'S DIGEST

EN TORNO AL IMPRESIONISMO

Bonnard
Braque
Cézanne
Chagall
Degas
Van Dongen
Dufy
Gauguin
Giacometti
Van Gogh
Lachaise
Manet
Matisse
Modigliani
Monet
Morisot
Picasso
Pissarro
Redon
Renoir
Seurat
Sisley
Soutine
Utrillo
De Vlaminck
Vuillard



Enero
Febrero
1990

**MUSEO
DEL
PALACIO
DE
BELLAS
ARTES**

Av. Juárez y Eje Central

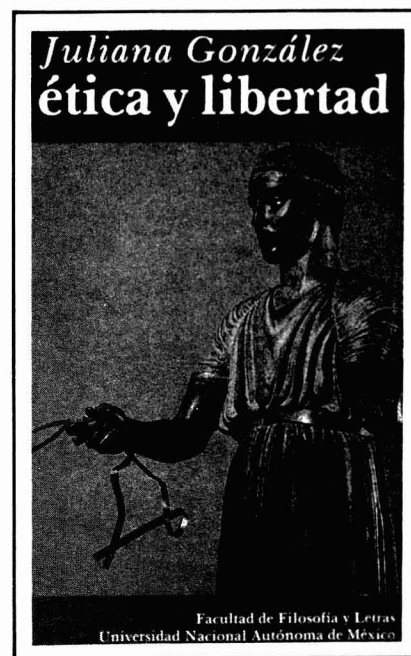
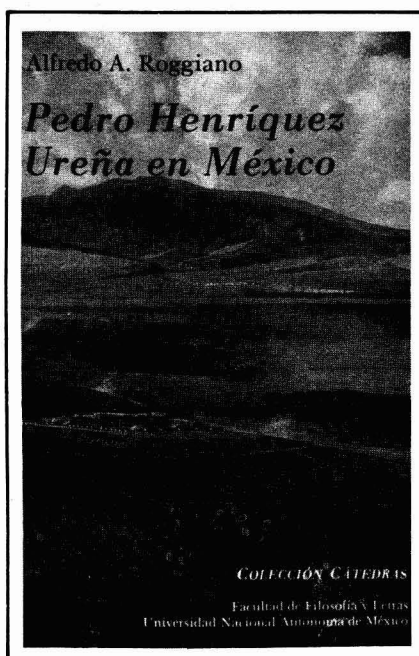
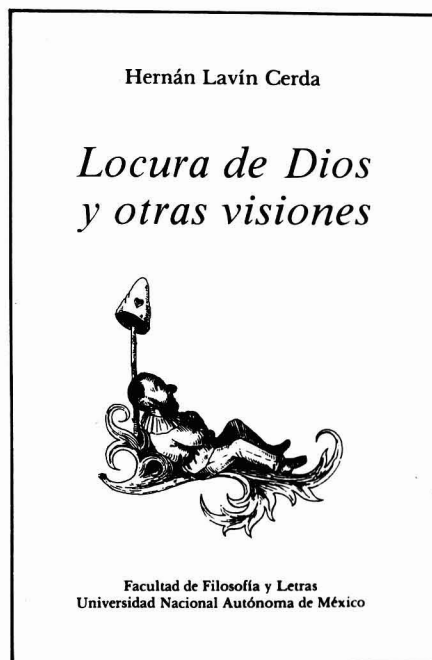


Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes



Instituto Nacional
de
Bellas Artes

*Nuevas publicaciones
de la Facultad
de Filosofía y Letras*



UNAM, 1990

ZACATECAS

UN ESCENARIO DE INCREIBLE BELLEZA

COAHUILA

NUVO
LEON

DURANGO

SAN LUIS
POTOSI

AGUASCALIENTES

GUANAJUATO

JALISCO



GOBIERNO
DEL
ESTADO
DE
ZACATECAS

COORDINACION GENERAL DE COMUNICACION SOCIAL

PEMEX AVANZA...

EN TODOS SENTIDOS

Para apoyar a la economía nacional...

Cuenta con 21 complejos petroquímicos, 9 refineras, 10 centros de tratamiento industrial y casi 53 mil km de ductos; abastece al mercado nacional en todas sus necesidades de energéticos, da empleo a 180 mil trabajadores y exporta más de un millón 300 mil barriles de crudo cada día.

En la moderna petroquímica...

Produce derivados que son base para cientos de productos que permiten disfrutar más y mejor la vida cotidiana... Los productos del petróleo están en los alimentos, la moda, la música, la televisión, la higiene, la salud, el transporte... PEMEX está con nosotros.

Cuidar el petróleo es básico para vivir mejor!



PEMEX

ORGULLO Y FORTALEZA DE MEXICO